

NESSA
McDUBH

TE BUSCARÉ, TE
ENCONTRARÉ Y TE
SALVARÉ.

Corazón
DE
FUEGO

B

Derechos de autor ©2023 Nessa McDubh

Primera edición: julio 2023

ISBN:

Sello: Independently Published

©Del texto: Nessa McDubh

©Maquetación y diseño: Eden Books

©Imagen de cubierta: Eden Books

Todos los derechos reservados. Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70/93 272 04 45).

Copyright ©2023 por Nessa McDubh

- «...y las penosas reflexiones que pasaban por su cabeza le daban un aire tan ridículo y cómico que sentí tentaciones de sonreír.»
- *La isla del tesoro*, **Robert Louis Stevenson**

ÍNDICE

[AGRADECIMIENTOS](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

AGRADECIMIENTOS

Aún recuerdo la conversación que hizo que me acabase embarcando en esta aventura de piratas. Literalmente, fue un «sujétame el cubata». Una proposición de escribir algo diferente a mis highlanders y salió a colación, y tras varias fotos de musos muy seductores, la vida pirata.

Primero, el trama se centraba en una pareja por libro, como venía haciendo hasta ahora. Una historia central que se basaba en el viaje en el tiempo de la que iniciaría en la primera novela y luego, cada libro, trataría de la vida de un pirata diferente.

Todo fue evolucionando hasta acabar siendo una trilogía con una pareja protagonista en los tres y unos personajes secundarios muy interesantes y atractivos para las lectoras. El tema de los piratas gemelos fue otra idea en una conversación, o más bien lucha por la custodia del pirata. Para que no llegase la sangre al río, decidí crear hermanos gemelos y de personalidades diferentes.

Así nacieron Hiram y Liam Burke.

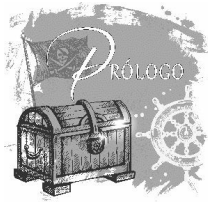
Sé cómo va a acabar la trilogía desde el principio porque siempre tuve claro cómo quería desarrollar la historia. Sí, quería viajes en el tiempo, pero los quería de una forma un tanto diferente. Un viaje diferente, pero nada carente de aventuras.

En esta segunda parte me he esforzado mucho en centrarme más en ella y en su evolución como mujer de un pirata. Ha sido un camino nada aburrido y muy satisfactorio para mí. Me he divertido como hacía tiempo que no lo hacía, solo espero haber logrado transmitir todas mis emociones en esta historia.

A Deborah, Tania, Inma, Pilar, Alethia, Yolanda, mis betas favoritas y que soportan mis locuras durante la escritura.

A mis bookstagramers favoritas, Pili, Aranzazu y Anarai, por dedicarle a mis niños vuestro tiempo y reseñarlos con tanto cariño.

Y a ti, lectora, por confiar en mí y seguir leyendo mis novelas. Eso me anima a seguir creando historias bonitas y llenas de aventuras.



Dolor. Las piedras bajo mi espalda me causaban un dolor tremendo. Ramas y varios guijarros se me clavaban como agujas afiladas en la parte baja de mi trasero, dolorido por la caída. Me moví con serias dificultades, escuchando a mis músculos quejarse. O tal vez fui yo quien maldijo en voz alta.

Abrí los ojos, parpadeé varias veces hasta acostumbrar la vista al lugar oscuro en el que me encontraba. Sobre mí, un agujero de claridad me indicaba que estaba en las profundidades de un pozo y la humedad a mi alrededor terminó por confirmarlo.

Me incorporé hasta quedar sentada y con las manos apoyadas sobre las frías rocas. Miré a mi alrededor y solo vi oscuridad. Me alegré de llevar todo ese amasijo de ropa, ya que amortiguó la caída. Aun así, me notaba dolorida. La cabeza, sobre todo.

Me llevé una mano a la nuca y luego acaricié mi rostro en busca de sangre, pero solo obtuve un quejido involuntario por mi parte cuando rocé el enorme chichón de la coronilla. Me había dado un buen golpe, pero, ¿dónde demonios estaba? ¿Qué narices hacía ahí abajo?

Hice un esfuerzo y me puse en pie, sintiendo un mareo enorme que me obligó a apoyar mi espalda contra la pared. Respiré con calma y volví a ponerme recta, necesitaba salir de ese sitio. Traté de recordar lo ocurrido.

Mientras buscaba la forma de trepar, mi mente me fue mostrando retazos de lo sucedido momentos antes de la caída. Hiram y yo paseábamos entre la vegetación a las faldas de nuestra colina secreta. Habíamos ido para estar a solas, me había hecho el amor y después, de vuelta a casa, un viento inusual nos envolvió cuando bajábamos por el sendero.

—No —exclamé entonces. Mi corazón comenzó a latir con fuerza y aceleré mis movimientos para escalar con seguridad—. No, por favor, no. Dime que está ahí arriba —supliqué a la pared musgosa del pozo.

Una angustia se apoderó de mí y ascendí a una velocidad que ni yo misma lograba creerme. Rezaba a las fuerzas del universo que Hiram estuviese allí arriba, esperándome y buscando la forma de sacarme de ahí. Las lágrimas comenzaron a arroyar por mis mejillas, un mal presentimiento se

alojó en mi corazón y deseé morir.

Me arrastré por la pared hasta llegar, por fin, al borde de la cavidad. Saqué una mano y me aferré con fuerza a la hierba. Otra mano fuerte me sujetó y tiró de mí. Cerré los ojos, empapados en lágrimas, y di las gracias al cielo. Mi salvador estaba ahí, mi alma gemela... Pero no era él. Cuando abrí los ojos, me quedé en *shock* y mi corazón se rompió en mil pedazos.

—¿Estás bien, jovencita? —preguntó el hombre a mi lado.

No podía hablar, no podía decir nada. Lo miraba atónita. Un rostro actual, de mi tiempo. Un turista con una cámara de fotos colgada del cuello me observaba con preocupación. Miré a mi alrededor y mi corazón se paró.

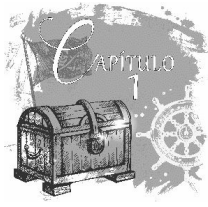
Ruido, coches, cruceros gigantes.

El mundo, mi mundo, volvía a abrirse paso ante mis ojos. Un mundo en el que él ya no estaba, no existía porque estaba muerto.

Muerto, Hiram estaba muerto.

Me doblé al sentir el dolor más horrible que jamás hubiera sentido y grité. Grité un desgarrador lamento y lo llamé, le supliqué al universo, a Dios o a quien fuera que me devolviera con él, pero nadie escuchó mis plegarias.

Y la oscuridad se volvió a cernir sobre mí.



Nassau, marzo de 2017

Nueva Providencia

Aturdida, esa era la definición más exacta de cómo me sentía. Aturdida y desorientada. A mi alrededor todo era gente vestida con batas blancas, corriendo de un sitio para otro y hablando entre ellos. Un hombre se agachó ante mí y me deslumbró con una linterna enfocada directa a mis pupilas.

—Señorita, ¿comprende mi idioma? —me decía ese hombre, pero las palabras se habían esfumado de mi garganta.

Estaba sentada sobre una camilla, con las piernas envueltas por mis brazos y cubiertas por la tela de la falda azul que ese día había elegido. Miraba todo a mi alrededor sin comprender nada, asustada. Mis manos estaban llenas de tierra y sangre por los rasguños provocados por las piedras y raíces que rasparon mi cuerpo en la caída.

El hombre dejó de cegarme con ese objeto del demonio y se alejó para hablar con otras personas vestidas de igual forma. Mientras, una mujer joven, de no más de treinta años, comenzó a limpiarme la herida de la cabeza.

—No sé si puedes entenderme, pero tengo que limpiar ese corte tan feo que tienes y ver si necesita puntos. —Yo la miré y asentí, sin más. Incliné la cabeza hacia ella—. Me llamo Alice, dime si te hago daño.

Ese nombre me golpeó el corazón y los ojos se me inundaron en lágrimas, aunque logré contenerme y dejarla obrar. Con unos guantes de látex en las manos, la vi manipular unas gasas y empaparlas de un líquido. Luego, con mucha delicadeza, las colocó sobre la sangre reseca de la herida. Solté un leve quejido al notar el escozor.

—Perdón, ¿te he hecho daño? —me preguntó. Negué con la cabeza.

Sentí cómo la gasa raspaba mi piel y cerré los ojos. Me aferré con más fuerza a mis piernas dobladas, tratando de no ponerme a gritar como una histérica.

—Jovencita, ¿entiendes nuestro idioma? —Un hombre alto, fornido, de pelo negro como la

noche y unos ojos de igual oscuridad, se sentó delante de mí y vi que me miraba con cierta angustia.

—Sí —contesté con un hilo de voz.

—¿Recuerdas tu nombre? ¿O de...?

—Me llamo Liv... Olivia O'Brien Diaz —dije. No era capaz de soltar mis piernas. Alice seguía limpiando con sumo cuidado la herida de la cabeza, aunque ya me había dejado de escocer.

El hombre abrió los ojos, impactado por mi respuesta, y miró a la mujer que me estaba curando. Se levantó y se acercó al hombre de la linterna y a otros dos hombres. Hablaron entre susurros y luego, todos, desviaron sus miradas hacia mí. En sus rostros se veía un claro asombro.

Uno de ellos, el más joven y de cabellos dorados y alborotados, asintió y se alejó de allí a grandes pasos. El hombre de la linterna y el de pelo negro se acercaron a mí de nuevo.

—¿Eres la turista española desaparecida? —preguntó el que me cegó minutos antes con esa luz del infierno sobre mis ojos.

—¿Qué día es hoy? —quise saber.

—Veintitrés de marzo —respondió el de pelo negro.

—¿De qué año?

—Dos mil diecisiete. —Nueve meses, tan solo habían pasado nueve meses desde que todo cambió.

No pude contenerme más, metí la cabeza entre mis rodillas y grité contra la tela de la falda. Un grito desgarrador, seguido de un llanto difícil de consolar. Había vuelto a mí mundo, a mi época... y sin él.

—Olivia, vamos a quitarte esta ropa para ponerte un pijama y poder hacerte pruebas —me explicó Alice a mi lado.

—¿Qué? —pregunté aturdida.

—Necesitamos quitarte esta ropa para...

—No, no..., por favor, la ropa no... yo no... —balbuceé.

Era lo último que me quedaba de él, de mi tiempo entre piratas, y no quería perderlo. Mi cuerpo comenzó a temblar y me hice un ovillo en la cama. Ella, con una calma y esbozando una sonrisa sincera, posó una mano sobre mi rodilla y dijo, con voz suave:

—Tranquila, no la perderemos. Tan solo vamos a cambiarla por algo más cómodo.

La miré a los ojos y sopesé sus palabras. Me sentía como un cervatillo asustado cuando lo encuentra algún cazador sin corazón. Alice se mantuvo a mi lado, paciente y sin ejercer ningún tipo de presión. Finalmente, asentí y dejé que me fueran desvistiendo. Una enfermera había cerrado la cortina que rodeaba la camilla para darme algo intimidad, mientras otras dos me iban quitando prenda a prenda.

Yo solo podía pensar en él, en Hiram, y en esos últimos momentos juntos. Sus ojos, tan azules como el cielo sobre nuestras cabezas y que me miraban tan enamorados como yo lo miraba a él. Ese

beso, su último beso... Las lágrimas brotaron de nuevo y me llevé las manos a la cara.

«Llévame de vuelta, por favor. Devuélveme a él», supliqué al universo o a algún poder superior.

Mis plegarias no fueron escuchadas.

Llevaba dos días encerrada en una habitación, sola, sin más compañía que mis pensamientos y recuerdos, cuando unos golpes en la puerta me sobresaltaron. Un hombre de estatura media, vestido con un traje negro, camisa blanca y unas gafas de sol que me impedían ver sus ojos, abrió la puerta y me mostró una sonrisa forzada.

—Señorita O'Brien, mi nombre es Marco Fernández —pronunció en un castellano perfecto.

—¿Español? —pregunté, sin más.

Ni siquiera hice ademán de moverme de la cama en la que permanecía tumbada desde que me asignaron esa estancia. Allí pasé las horas, mirando hacia la ventana y dejando que mis recuerdos me llevaran de vuelta con Hiram.

—Sí, así es. Me han asignado su caso...

—¿Mi caso?

—Señorita O'Brien, lleva desaparecida nueve meses y, al ser usted una ciudadana española y estar en terreno internacional, la investigación ha sido coordinada por varias agencias —me explicó.

—Claro —susurré con un largo suspiro. Desvié mi mirada de nuevo hacia la ventana, deseando convertirme en un ave que atravesara el tiempo y volar de regreso a la Nassau pirata.

—¿Podría hacerle algunas preguntas, señorita...?

—Lláname Liv, por favor —le corté, sin mirarlo siquiera.

Lo escuché resoplar y luego el chirriar de un taburete al ser arrastrado. No tuve necesidad de mirar para saber que se había sentado a los pies de la cama. Escuché un *clac* y supe que había sacado un bolígrafo para tomar notas.

—Muy bien, Liv. ¿Sabrías decirme dónde has estado todo este tiempo? —preguntó.

—No lo recuerdo —mentí, no me creería y acabaría ingresada en un psiquiátrico. A veces, ni yo misma me lo creía.

—¿Quién es el hombre que la secuestró? —La pregunta hizo que desviase la mirada hacia él y lo vi sin sus gafas de sol. Unos ojos marrones me miraban fijamente, a la espera de una respuesta.

—¿Por qué dice que un hombre me secuestró?

—Los sanitarios que la atendieron, y las personas que la sacaron de ese agujero, dijeron que usted no dejaba de gritar que la llevaran con él. ¿Quién es él? ¿A quién se refería, al hombre que la secuestró...?

—Él no me secuestró —aseveré con lágrimas en los ojos.

—Pero hay alguien que la retuvo...

—¡He dicho que él no me secuestró, ni me retuvo ni me hizo nada malo! ¡Él me ayudó, me

protegió! —exclamé fuera de mí.

Unas enfermeras entraron de golpe, tras escuchar mis gritos.

—Le dijimos que esperase a que el doctor estuviese presente, señor. Tiene que salir de aquí —le ordenó la más mayor.

—Disculpenme, pero tengo que averiguar quién secuestró a una ciudadana española y no puedo arriesgarme...

—¡No me secuestró, nadie me secuestró! ¡Él no me hizo nada malo, nada! —vociferé.

Empecé a agitarme en la cama, como si de la mismísima niña de *El Exorcista* se tratase. Me volví loca, ya no tenía el control sobre mi cuerpo. La ira se había apoderado de mí.

—¡Salga de aquí o llamo a seguridad! —aseveró la enfermera.

—Pero... —insistió el agente.

—¡Ahora! —exigió de nuevo ella.

Marco me miró, desconcertado, y las miró a ellas. Cerró ese pequeño cuaderno de notas, guardó el bolígrafo en el bolsillo interior de la chaqueta y abandonó la habitación. Me desgarré la garganta en llantos y gritos, hasta que noté un pinchazo en el brazo y el mundo se volvió oscuro a mi alrededor.

No sé cuánto tiempo estuve durmiendo, si fueron horas o días. Me desperté aturdida y desorientada. Intenté recordar dónde me encontraba, pero todo daba vueltas en mi cabeza demasiado rápido.

Luz, unos rayos de claridad atrajeron mi mirada y una cálida brisa acarició mi rostro. A mi alrededor, una sala blanca, con un retrato de un santo, una butaca de piel y una mesilla alta. La habitación de un hospital, estaba en el presente. No lo había soñado.

El graznido de las aves en el exterior llamó mi atención. Me incorporé en la cama y fue cuando noté la vía en mi brazo. Suspiré, resignada. Bajé con cuidado y caminé descalza hasta la ventana, llevándome conmigo el gotero con suero y, suponía, medicamentos para mantenerme tranquila.

Mi habitación tenía vistas a la ciudad de Nassau y, gracias a su altura, podía vislumbrar la playa a lo lejos. El puerto estaba lleno de veleros de recreo, barcazas y, algo más lejos, dos cruceros enormes. Se escuchaba el ruido de fondo de los coches y las bocinas de los barcos, mezcladas con el batir del mar y el cantar de las gaviotas.

Cerré los ojos para contener las lágrimas. Cuando los abrí, me fijé en una serie de plantas floridas en el alféizar de mi ventana. En una, cuyas flores eran de un azul intenso que me encogió el corazón, vi a un pequeño colibrí revolotear a su alrededor. Buscaba la forma de alimentarse del néctar de la planta.

Ya no pude controlar mis lágrimas y descendieron por mis mejillas como ríos. Miré a la diminuta ave y susurré:

—Dile que estoy bien, que estoy viva y a salvo... Y... dile que lo amo y que lo amaré para toda la eternidad.

Como si hubiese escuchado mi mensaje, agitó con más fuerza sus pequeñas alas y se alejó de allí, perdiéndose en esa selva de cemento en la que se había convertido Nassau. Volví a mirar hacia la bahía, hacia esa playa por la que tantas veces paseamos juntos y lloré. Lloré sin dejar de mirar hacia el horizonte, esperando ver la figura de un barco pirata.

Mi corazón se rompió en mil pedazos y mi alma se quebró por completo. Separados por un océano inmenso llamado tiempo, imposible de sortear de nuevo. Mi brújula, la que me había llevado hacia él, ya no estaba conmigo. Ella se quedó allá, en su época, dejándome encerrada aquí y sin posibilidad de retornar junto a él.

—Hiram —susurré al viento su nombre, con la esperanza de que me respondiese, pero no hubo más que el agitar del viento sobre las copas de la poca vegetación que rodeaba el hospital. Nada, sola y sin opción a volver.

Regresé a la cama y me sumí en un profundo sueño, otra vez, pero envuelta en un llanto imposible de consolar. Yo estaba viva, en mi tiempo, pero él... Hiram estaba muerto y nada podría traerlo de vuelta. Nada.

Un océano inmenso, pero de auténtica oscuridad. Un purgatorio, mi purgatorio.



Al día siguiente, mientras permanecía en mi estado habitual de indiferencia y de tristeza absoluta, una voz desde la puerta de la habitación llamó mi atención. Un sonido familiar que añoré durante todos aquellos meses atrás. Una mirada cómplice que necesité durante mucho tiempo, una hermana.

—Dios mío, eres tú de verdad —pronunció entre jadeos.

—Hola, Nat —saludé e intenté sonreír, pero el dolor de la pérdida aún oprimía demasiado mi corazón.

Mi amiga, mi hermana del alma, mi confidente y compañera, permanecía sujeta al pomo de la puerta, atónita y con lágrimas en los ojos. Alivio, angustia, un dolor curado y una enorme alegría pude leer en su mirada.

Corrió hacia mí y me abrazó con fuerza, sin pensar siquiera que estuviese herida. Mi amiga necesitaba tocarme, sentirme, y yo a ella también. Tardé unos segundos en ceder, pero acabé abrazada a ella y dejando que el dolor brotase en forma de lágrimas.

Fuera de la sala, escuché varias voces. Dos hombres y una mujer hablaban cerca de la puerta. Uno de ellos hizo una pregunta y mi corazón dio un vuelco en el pecho. Conocía esa voz masculina, ese sonido que tantas historias me había contado desde la infancia.

«Papá...», pensé.

Lo que sea que le estaban contando fue rápido y conciso porque enseguida se oyeron los pasos de otro visitante. Levanté la mirada hacia la puerta y lo vi ahí de pie, quieto y sin saber cómo reaccionar. No se podía mover, estaba clavado sobre las baldosas y se debatía entre acercarse o permanecer a una distancia prudencial, como si no se acabase de creer lo que estaba viendo.

—Liv —dijo en un leve susurro, y las lágrimas inundaron sus ojos verdes.

Yo solo pude asentir y estirar un brazo hacia él, una señal que lo hizo saltar sobre la cama como un resorte. Los tres nos abrazamos con fuerza, hasta que mi padre me llenó el rostro de besos y caricias.

Mi corazón se terminó de romper en mil pedazos al sentir la urgencia de ellos por comprobar que era yo y no un espejismo o un engaño. Comprendí el largo viacrucis por el que habían debido de

pasar durante todos estos meses en los que desaparecí.

—Gracias a los dioses, al universo o quien sea que te ha traído de vuelta —soltó mi padre, con las dos envueltas en sus fuertes brazos.

A pesar de que en su rostro se veían claramente señales de haber envejecido de una forma pasmosa, seguía siendo un hombre grande y fuerte. Un viejo irlandés que se aferraba a su hija desaparecida y que por fin había regresado a su lado, sana y salva.

Mi corazón se volvió a desgarrar del dolor, y no sabía si podría seguir soportando tanta herida abierta. Dolor por la angustia causada a mis seres queridos, dolor por reencontrarme con ellos y dolor por la pérdida de un amor que jamás volvería a encontrar.

—No sé qué decir, no sé qué hacer... Ni siquiera sé si esto es real o un sueño. Mi niña, mi pequeña... —balbuceó mi padre, con lágrimas en los ojos y una emoción enorme en el tono de su voz que me oprimió el corazón por completo.

—Amiga, te hemos estado buscando por todas partes —dijo Nat, con su cabeza apoyada en mi cuello y sin soltarse de mí.

Enterré mi cara entre ellos y contuve mis propias lágrimas porque debía encontrar una forma de contarles una historia creíble. Decirles la verdad sería una auténtica locura y posiblemente eso me otorgase unos cuantos meses en un psiquiátrico, aunque la idea de vivir recluida el resto de mis días no me disgustaba en absoluto. Sin él, mi vida no tenía sentido alguno.

Cerré los ojos y busqué una forma de ordenar mis pensamientos para comenzar con una mentira piadosa que aliviara el peso de sus corazones. El mío seguiría cayendo hacia un abismo del que no lograría retornar nunca, porque el único capaz de sacarme de esa oscuridad sería Hiram y él ya no estaba en este mundo.

Me removí entre sus brazos y comencé contando una historia que ni era mentira ni era verdad. Empecé por el suceso con Diego y ahí fue donde me enteré de que estuvo en prisión durante unos meses. Lo acusaron de homicidio, pero al no encontrar cuerpo alguno ni más pruebas, y contando con el poder que su padre tenía entre los jueces y altos cargos del país, acabaron liberándolo.

—Ese... ese... —Mi padre contenía toda su furia al escuchar cómo había intentado abusar de mí y me había golpeado.

—Pedazo de hijo de puta —pronunció Nat por mi padre.

—Gracias, yo no lo habría dicho mejor —le dijo.

Proseguí con mi relato. Les conté que un grupo de personas, pertenecientes a una colonia que vivía al margen del mundo moderno, me había encontrado inconsciente en la playa y me había llevado a su hogar. Un lugar remoto al que no recordaba cómo llegar. No era una mentira, la verdad, porque, si pudiese saber cómo regresar...

Les conté que me trataron bien durante todo este tiempo, que curaron mis heridas y que me habían ayudado a recuperar la memoria porque, del golpe y del *shock* por la agresión, la había

perdido. Les hablé por encima sobre Hiram, sin dar muchos más detalles.

—¿Es el hombre del que les hablaste a los sanitarios? —preguntó mi padre. Yo lo miré extrañada por ello.

—Nos dijeron que habías hablado de un hombre, de alguien que te había salvado o protegido...

Uno de los médicos que se encargaba de mi caso entró en la habitación y le solicitó a mi padre hablar fuera. El profesor O'Brien me dio un beso en la frente y salió tras los pasos del doctor de cabellos negros.

—Nat, ¿cómo está...? ¿Cómo...? —Las palabras no querían salir de mi boca, no me atrevía a preguntar por él. Ni siquiera sabía si quería verlo o si podría soportar su mirada.

—David no sabe aún, no quise decirle nada hasta asegurarme de que esta vez sí eras tú —respondió ella.

—¿Si esta vez era yo?

—Liv, durante estos meses hubo varias chicas que se hicieron pasar por ti. Querían cobrar la recompensa que...

—¿Qué recompensa? —quise saber, asombrada.

—Tu padre ofreció un millón de euros como recompensa para quien supiese de ti o te encontrase. Durante los primeros meses nos avisaron de que tenían a varias jóvenes de tu misma complexión aquí ingresadas y que afirmaban ser tú. David vino con nosotros y salía destrozado cada vez que llegábamos y no eras tú —comenzó a explicarme mi amiga, que se había sentado en el borde de la cama y me mantenía sujeta por una mano entrelazada con la mía.

»Él... él casi mata a Diego cuando regresó al hotel. Tuvimos que separarlos porque se volvió loco. Luego, fuimos corriendo en tu busca, pero jamás te encontramos. David gritó, Liv, un grito desgarrador que me heló la sangre. Lleva unos meses implicado en un proyecto de arqueología que vuestro profesor le consiguió y no quise llamarlo. Si no eras tú, no quería verlo romperse de nuevo —finalizó.

Mis ojos se inundaron del todo y dejé que el agua lagrimal descendiese por mis mejillas. Ella me apretó la mano y me dio un beso en el moflete.

—Déjame el teléfono —le pedí. Algo me empujó a querer llamarlo, a escuchar su voz. No solo había sido mi novio, él era mi amigo y debía saber que estaba viva.

—¿Estás segura, Liv? Puedo hacerlo yo...

—No, debo ser yo quien hable con él

Natalia asintió y echó mano de su mochila marrón. Rebuscó en su interior, sacó el teléfono del fondo y me lo entregó. Me quedé mirándolo durante unos segundos, asombrada. Era como si hubiese pasado una vida entera y hubiese perdido mi habilidad con la tecnología.

—Trae, déjame a mí —se apresuró a decir ella. Como siempre, mi querida amiga lograba leer en mi rostro lo que con palabras no podía expresar. Buscó el número de David, marcó y me entregó el

móvil.

—¿Nat? ¿Ocurre algo? —escuché su voz al otro lado.

Mi corazón dio un vuelco, de alegría y tristeza al mismo tiempo. Él, en otra vida, me amó y yo quería forjar ese lazo a su lado, quería intentar un futuro juntos... Quería amarlo, pero ahora ya era tarde. Yo amaba a otro, a alguien que ya no estaba entre los vivos, a un fantasma.

—¿Nat? ¿Va todo bien? —volvió a preguntar tras mi silencio.

—Hola, David —dije con un hilo de voz. Escuché un golpe al otro lado y el sonido de varios objetos caerse, seguidos de un jadeo.

—Liv... ¿dó-dónde estás? ¿Estás... estás...?

—Estoy bien, David. Ahora estoy ingresada en el hospital de Nassau...

—La voy a matar por no avisarme —protestó, y yo no pude evitar reírme. Llevaba días sin hacerlo y ese gesto, en cierto modo, aligeró algo la carga que llevaba conmigo.

—No quiso... no quiso darte esperanzas —dije para excusar a mi amiga.

—Ahora mismo busco un vuelo para ir y...

—No —le corté enseguida, quizás con demasiada brusquedad. Me aclaré la garganta y dije: —. No hace falta que trastoces toda tu vida ahora, David. Yo regresaré pronto y te llamaré para que... para que vengas y...

—No habrá montaña ni carretera que me impida ir contigo, Liv. No sabes las ganas que tengo de abrazarte otra vez —confesó para mi desdicha, pues en sus palabras había mucho amor... demasiado, y yo no podría corresponderlo, ya no.

Cerré los ojos, tomé aire y lo dejé ir en un largo suspiro.

—David, yo...

—Te quiero, Liv, no he dejado de quererte en todo este tiempo. —Ahí estaban, las palabras que no quería oír porque sabía que ya no podría corresponderle nunca más.

—Yo... yo... —titubeé. La puerta de la habitación se abrió otra vez, salvada por el destino o el universo o la fuerza superior que me estuviese rondando—. David, tengo que dejarte. Mi padre acaba de entrar con el médico y quieren decirme algo. —Y le entregué el teléfono a Nat, que me insistió segundos antes porque quería hablar con él. Para pedirle perdón por no avisarle, supuse.

Mientras ella se alejaba de la cama y hablaba con David por teléfono, mi padre y el doctor me informaron de que en unos días ya podría regresar a casa. *A casa...*, esa expresión me resultó de los más extraña, lejana. Mi hogar estaba a kilómetros de allí, a años de distancia, en otro tiempo. Porque él era mi casa, mi hogar..., mi mundo.

* * * *

Había pasado una semana desde que regresé a mi tiempo, a mi época, y seguía sintiendo ese enorme agujero en mi alma como si se expandiese con cada respiración agónica. Estar allí, en Nassau, y no tenerlo a mi lado fue la prueba más dura a la que el destino me había sometido, después de la repentina muerte de mi madre.

Papá fue quien se encargó de todo el papeleo necesario y de hablar con el inspector español que llevaba el caso. Yo me mantuve en la misma historia: no sabía dónde me habían llevado ni podía recordar mucho más. Me aferré a las palabras del doctor que aseguró que el *shock* tiene diferentes formas de manifestarse en las personas. Algunas pierden la memoria por completo y jamás la recuperan; otras, tienen saltos temporales y pueden llegar a perder la cordura por no ser capaces de adaptarse a la realidad. Esa sería mi excusa porque, ¿quién se iba a creer que viajase en el tiempo y acabase viviendo todas esas aventuras, en una época tan lejana y llena de peligros?

Apenas teníamos equipaje con el que subir al avión. Mi padre y Nat vinieron con lo justo y yo... yo solo tenía la ropa con la que me encontraron. En un principio, me ofrecieron la opción de deshacerme de ella, pero me negué. Era el único recuerdo que me quedaba de él, de mi tiempo entre piratas, y no podía ni quería separarme de ellas.

Me costó alguna que otra discusión con ellos, pero terminaron por ceder a mis exigencias. Era mi recuerdo y se vendrían conmigo hasta el fin del mundo, o hasta que lograra encontrar la forma de regresar a él.

El coche que nos llevaría al aeropuerto, estaba aparcado en la entrada del hospital. Una reluciente limusina de color negro, digna de un magnate más que de una pequeña familia que retornaba a su hogar. En cuanto nos ajustamos los cinturones de seguridad, el chófer puso rumbo a nuestro siguiente destino.

Nassau, como siempre, bullía de turistas por las calles. La carretera que bordeaba la playa y el puerto estaba llena de coches transitando en ambas direcciones. Eso dificultaba un poco la fluidez del tráfico y hubo puntos en los que estuvimos varios minutos detenidos. Fue en uno de esos momentos en los que mi alma se quebró por completo.

Parados en un cruce, tras dejar lo que en su día fue el Viejo fuerte de Nassau, vi una congregación de personas alrededor de una pareja que se estaba dando el *sí, quiero* en la playa. Todos iban vestidos con prendas ligeras y de color blanco y los novios brillaban al mirarse el uno al otro. Se veía tanto amor entre ellos.

Una lágrima arroyó por mi mejilla cuando los recuerdos se agolparon en mi mente y atenazaron mi corazón demasiado herido. Cerré los ojos y lo busqué con mi mente, lo llamé. Grité su nombre y me sumí en la oscuridad.

Y de la mano del rey de los sueños, viajé de nuevo a su lado.



El suelo bajo nuestros pies empezó a retumbar por los golpes en la madera de la tripulación, que prorrumpieron en vítores y aplausos en cuanto Hiram y yo nos besamos para sellar nuestra unión.

—Bienvenida a la piratería, pelirroja —ronroneó contra mi boca. Quise responderle con una insinuación de lo más sensual, pero me vi elevada por los aires de repente.

Los chicos nos rodearon y nos alzaron a ambos en el aire, aunque, con Hiram, les costó un poco más debido a su imponente altura. A mí, en cambio, les resultó de lo más sencillo. Por un momento recordé un concierto al que fuimos Natalia y yo, donde acabamos cada una en un extremo del estadio.

Una vez devueltos a suelo firme, nos dirigimos hacia la playa para dar comienzo con la celebración. Allí, y para mi gran sorpresa, había un succulento banquete esperándonos. Obviamente, no se parecía en nada a las celebraciones de mi tiempo, pero se podría decir que era toda una comida de lujo.

Alice, Liam y Bellamy lo habían dispuesto todo para que se uniera a nosotros quien deseara festejar nuestra reciente unión. Pescado y carne ahumada, algunas verduras, frutas y, cómo no, mucho ron.

Cantamos, reímos y bailamos hasta bien entrada la noche, instante en el que una enorme hoguera iluminó la playa.

En un momento en el que estábamos todos sentados sobre unos troncos y viendo a varios grupos de personas danzar al ritmo de los violines y las canciones, Liam se levantó, jarra en mano, y pronunció:

—Escuchadme todos, quiero brindar por mi hermano y su hermosa mujer. Por un futuro maravilloso que, espero, tengan y por que llenen pronto nuestras vidas de pequeños piratas que malcriaré... —. Emití un sonido a modo de queja, sin dejar de sonreírle. Yo estaba sentada sobre el regazo de Hiram, con nuestras manos entrelazadas y sus labios acariciando mi hombro desnudo—. Preciosa, bienvenida a la familia Burke y, si mi hermano no es capaz de dar la talla en la cama, ya

sabes que puedes contar conmigo...

—¡Liam! —exclamé. Cogí un trozo de fruta y se lo lancé a la cabeza, que esquivó, como siempre, con suma agilidad. La gente a nuestro alrededor estalló en carcajadas, Hiram incluido.

—¿Te apetece dar un paseo con tu esposo, lejos de todos? —me susurró al oído. Acarició mi oreja con la punta de la nariz y depositó un beso sobre la base de mi cuello que me hizo arder.

—Mmm, suena genial —ronroneé con los ojos cerrados. Él gruñó contra mi piel y por un instante deseé que fuese un vampiro y me clavase los colmillos allí mismo. El mundo siempre desaparecía a mi alrededor cuando estaba con él, cuando me besaba de esa forma tan ardiente..., cuando me amaba con el alma.

Cogidos de la mano, caminamos por el arenal sin dejar de sonreírnos. Unidos para siempre, dos almas que se habían encontrado de la forma más inesperada. Dos seres que se acababan de prometer amor eterno y que habían jurado que ni el tiempo podría romper su vínculo.

Nos alejamos tanto del bullicio que apenas escuchábamos el sonido de la música o de las voces de los demás. Cuando llegamos al final, la única luz que nos iluminaba el camino era la emitida por la propia luna, que brillaba en el firmamento con gran intensidad. Sobre nuestras cabezas, un manto negro salpicado por pequeñas motas blancas que titilaban de forma alterna, como si estuviesen tocando una canción silenciosa.

Hiram tiró de mi mano y me atrajo hacia su cuerpo, se apoderó de mi boca y me besó con pasión. Mi cuerpo enseguida respondió a su reclamo y me aferré a su cuello para profundizar más en ese beso.

—No veo la hora de llegar a casa y poder hacerte el amor —jadeó contra mi boca, mientras sus manos manoseaban mis nalgas con insistencia.

—¿Y por qué esperar? —respondí yo. Rocé con la punta de mi lengua el lóbulo de su oreja y él emitió un gutural quejido.

Sin más premisas, me tumbó en el suelo, levantó los faldones del vestido hasta la cintura y se bajó los pantalones. Me abrí de piernas para recibirlo, soltando un gemido en cuanto lo tuve dentro. Nuestros cuerpos ardían, se deseaban.

Mordió con delicadeza mis labios, paseó su lengua por ellos y luego, con suma agilidad, liberó mis pechos para devorarlos al ritmo que me penetraba. Era maravilloso, poderoso. Cerré los ojos y jadeé con cada embestida, elevando mis caderas para poder sentirlo más profundo, más adentro.

—Amo estas dos preciosidades, me vuelven loco —ronroneó contra mis senos desnudos, al mismo tiempo que saboreaba uno de los pezones.

—No pares, Hiram... Joder, no pares. Sigue... —jadeé desesperada por obtener mi recompensa.

—Eso es, mi amor. Siénteme dentro de ti, deléitame con tus sonidos... —Y yo obedecí, porque era tan hábil que lograba hacerme llegar al orgasmo casi nada más estar dentro de mí. Se movió y me embistió de una forma tan bruta que grité en cuanto el clímax se apoderó de mí. Temblé sobre la

arena, mientras él aceleraba su ritmo en busca de la liberación.

—Oh, Dios, Liv... —Hiram se derramó en mi interior con tanta fuerza que lo sentí vaciarse del todo. Por un instante creí que el tapón no serviría de barrera para contener toda su fuerza, pero no me provocó ningún miedo. Al contrario, sonreí al pensar en la posibilidad de tener un hijo con él.

Permanecimos así durante unos minutos, unidos por nuestros cuerpos y jadeando por el esfuerzo. Nos miramos y nos reímos. Él soltó un quejido gutural, me besó en los labios y salió de mí, dejándome esa sensación de vacío que tanto odiaba. Se subió los pantalones y se quedó tumbado boca arriba, a mi lado.

—Creo que nunca me saciaré de ti —dije entonces.

—Eso espero, porque yo jamás me cansaré de hacerte el amor —respondió tras una ligera carcajada. Se colocó de lado, apoyado sobre un codo y me miró. Rozó mis pechos aún descubiertos y la piel se erizó por completo. Realizó sensuales círculos alrededor de los pezones y yo me retorcí ante esas caricias. Quería más—. Cúbrete, quiero llevarte a casa y ver tu cuerpo desnudo. Deseo saborearte entera, sin posibles mirones a nuestro alrededor —susurró contra mi boca antes de apoderarse de ella. Un beso fugaz, pero feroz en el que ahogué un gemido.

En cuanto él se hubo abrochado el cinturón del pantalón, me ayudó a anudar bien la parte de arriba del vestido. Lo hizo con tanta delicadeza que no dejé de sonreír, embobada, mientras lo observaba manipular las telas.

—¿Qué? —preguntó al ver cómo lo miraba.

—Me encanta observarte, verte trabajar con tus manos y la delicadeza con la que tratas todo lo que tocas —respondí. Él rodeó mi cintura y me atrajo hacia su cuerpo.

—¿Insinúas que soy delicado? —Me puse de puntillas y rocé la punta de su nariz con la mía.

—Hasta cuando eres un bruto en la cama, lo haces con delicadeza —susurré.

—Me matas, Liv —jadeó contra mi boca, y yo me reí.

—Llévame a casa, pirata, y elévame al séptimo cielo como solo tú sabes hacerlo. —Un gruñido como respuesta y un apasionado beso fue todo lo que obtuve de él.

Emprendimos rumbo de vuelta a la celebración para despedirnos de nuestros amigos. Robándonos besos a cada paso, riendo como dos adolescentes enamorados, llegamos a la hoguera donde todos seguían con los cánticos y los bailes.

—Irlandés —pronunció una voz femenina a nuestras espaldas.

Ambos nos giramos hacia la mujer, que no era otra que la dueña del burdel. De forma inconsciente, mi cuerpo se tensó y Hiram, que pudo notar mi cambio, me rodeó con los brazos.

—Anelle —saludó él con suma educación.

Ella le correspondió con una sonrisa educada y luego me miró a mí. Ambas nos evaluamos durante varios segundos. La última vez que la vi, yo tenía el cañón de una pistola dentro de la boca de una de sus putas por intentar envenenar a Hiram.

—Quisiera felicitaros y daros mi bendición por vuestro enlace —dijo la mujer.

—Mi mujer y yo te lo agradecemos, Anelle...

—Me gustaría darte un regalo... —Esas palabras iban dirigidas hacia mí, ya que extendió una mano en mi dirección y me mostró un pequeño colgante—. No temas por mí, no te guardo ningún rencor. Sé por qué lo hiciste y yo, en tu situación, hubiese hecho lo mismo por proteger a mi hombre —dijo. Estudié su rostro unos segundos más hasta que algo en su mirada me confirmó que eran sinceras sus palabras.

—Gracias, Anelle, pero no hacía falta que me regalases nada. —Aun así, dudé si cogerlo o no. Ella, al ver la duda en mí, cogió el colgante y lo lamió por ambas partes. Lo limpió con la tela de su falda y me lo entregó. Lo dejó caer en mi mano, al mismo tiempo que la miraba atónita.

—No soy vuestra enemiga y ya he informado a mis chicas de que no se acerquen a tu esposo —comentó.

—Pues..., gracias... supongo —titubeé.

—Tienes fuego en las venas, muchacha. A tu esposo le espera una buena vida a tu lado, siempre y cuando sepa cómo manejarte. —Levanté la mirada hacia ella y sonreí. Anelle asintió y se alejó de nosotros.

—Bueno, parece que has hecho una buena aliada en la isla.

—Vámonos a casa, creo que ha sido un día largo y... —. Miré ese precioso colgante en mi mano, con forma de corazón en llamas—. Será mejor que meta esto en agua hirviendo y sal antes de ponérmelo —afirmé.

Hiram estalló en carcajadas ante mi comentario, me giró entre sus brazos y me besó. Tras despedirnos de todos, emprendimos camino hacia nuestra casa, que se nos hizo eterno como nunca antes. El ansia por llegar y desnudarnos hizo que nos resultase un trayecto infinito.

Cuando por fin llegamos, me tomó en brazos y entró cargando conmigo, mientras nos devorábamos la boca el uno al otro. Abrió la puerta de casa de un puntapié y avanzó conmigo hasta llegar a la habitación. Cerró con el talón y yo me reí en su boca.

Me depositó en el suelo y comenzó a quitarme las flores de la cabeza para después deshacerme la trenza que Alice me había hecho con mucho mimo. Desanudó los cordones que sujetaban la falda a mi cintura y dejó caer cada pliegue al suelo. Luego, mi camisola, la cual deslizó por mi cuerpo con tanta delicadeza que me estremeció.

Ya desnuda y con mis cabellos rojizos cayendo en cascada hasta cubrir mis pechos hinchados, Hiram dio un paso hacia atrás y me devoró con la mirada. Lo vi relamerse y morderse el labio. Se llevó una mano hacia su dureza y se frotó. Ese gesto me excitó.

Di un paso hacia él, dejando atrás mis prendas esparcidas por el suelo. El azul de sus ojos se tornó tan oscuro que temí perderme en su mirada, en su deseo. Cogí una de sus grandes manos y la posé sobre mi seno, que subía y bajaba por mi agitada respiración. Después, empujé esa mano por

mi piel hasta llevarla a mi entrepierna.

Hiram cerró los ojos y soltó un gruñido al notar la humedad en mi sexo. Moví mi mano sobre la suya, indicándole lo que deseaba que me hiciera y dejé que me frotara con esos dedos callosos. Jadeé y gemí cuando metió un dedo entre los pliegues y acarició mi clítoris.

Cerré los ojos y arqueé la espalda, que enseguida se vio sujeta por su otro brazo libre. Bajó su cabeza hacia mis senos y tomó un pezón entre los labios. Lo mordisqueó y jugueteó con él hasta hacerme gemir con más fuerza. Su mano en mi sexo ya había tomado el control y yo, simplemente, me aferré a sus hombros.

Frotó, me acarició y me penetró con los dedos mientras saboreaba mis pechos. No tardé en liberarme en su mano, en gritar y jadear cuando mi cuerpo convulsionó por el orgasmo.

Fue entonces cuando Hiram me tomó en brazos y me tumbó sobre el colchón. Se deshizo de toda su ropa a la velocidad de la luz y metió la cabeza entre mis piernas, rugiendo como un león hambriento. Y en verdad que lo estaba..., hambriento de mí y yo de él.

Besó el interior de mis muslos, los acarició con los labios y luego depositó pequeños mordiscos hasta llegar al gran premio. Me sentí desfallecer en cuanto sentí su lengua pasear sobre mi sexo aún sensible. Me elevé en la cama y abrí más mis piernas, jadeando y gimiendo sin parar. Retorcí las sábanas bajo mi cuerpo y grité, grité su nombre una y otra vez. Hasta que el clímax volvió a apoderarse de mi cuerpo y acabé riendo mientras la descarga del orgasmo volvía a dejar mi cuerpo laxo.

Hiram se colocó sobre mí y entró con furia. Su melena leonada caía sobre mi rostro como una cortina dorada y acariciaba mi piel con cada movimiento brusco de él. Eso era volar al séptimo cielo y de la mano de un arcángel.

—Te amo, Liv, te amo tanto que mi alma se desgarrar y se reconstruye a cada segundo que estoy contigo —jadeó contra mi boca.

—Yo también te amo, Hiram —respondí casi con dificultad, pues mi cordura hacía tiempo que se había esfumado.

Me abrí aún más para dejarlo entrar con fuerza y él comprendió mi deseo, por lo que salió y entró de un empujón. Y la locura se apoderó de mí. Otro orgasmo asomó sin previo aviso, pero mi cuerpo ya no tenía fuerzas para volver a convulsionar.

Hiram era grande, rudo y poderoso, tanto que podía notar cómo me llenaba entera. No dejaba ni un milímetro libre cuando entraba, nada, y eso hacía que el roce fuese aún más placentero. Imposible no gritar.

—Oh, joder, me corro... otra vez —jadeé con dificultad.

—Hazlo, libérate conmigo —suplicó tras una embestida, y obedecí.

Ambos llegamos juntos al clímax y nos rompimos en millones de pedazos cuando el orgasmo se apoderó de nosotros. Sentí el calor de su simiente en mi interior cuando se vació del todo. Mis

piernas, en algún momento que yo no recuerdo, lo habían rodeado por la cintura.

Dejé que se desplomara sobre mí, me gustaba sentir el peso de su cuerpo sobre el mío. Su respiración aún era acelerada, al igual que la mía. Acaricié varios mechones rubios y los enredé entre mis dedos. Él levantó la cabeza, que había dejado caer sobre la almohada, y me miró.

—Me tienes totalmente embrujado, pelirroja —ronroneó antes de darme un beso en los labios.

—Lo mismo digo, Irlandés. —Él se rio y sentí su miembro vibrar dentro de mí. Apreté los músculos ahí abajo y Hiram gruñó contra mi boca.

—Insaciable —pronunció sin más. Esa era la señal de que tocaba otro asalto.

Con suma agilidad, invirtió las posiciones y acabé sentada a horcajadas sobre él, que ya estaba listo para más. Eso me maravillaba. Nunca había estado con alguien así, aunque tampoco había sentido lo mismo por nadie.

Diego y yo dormimos muchas noches juntos. Follamos sin descanso, pero no era lo mismo. Con David, se podría decir que también tuvimos buena actividad sexual durante el corto tiempo en que estuvimos juntos, pero lo que mi cuerpo era capaz de hacer con Hiram era total y absolutamente diferente a todos.

Reclamaba más de él, lo necesitaba como una droga y por eso acabábamos siempre tumbados sobre el colchón, con los cuerpos sudorosos y jadeando por la intensa actividad sexual. Pero no era solo sexo. No, esto era mucho más. Hiram era mucho más. Era mi alma, mi corazón, mi otra mitad..., mi complemento.

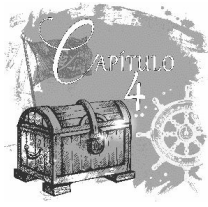
—Dios mío, Liv, sabes cómo matar a un hombre —jadeó él bajo mi cuerpo, mientras yo balanceaba el mío.

—No, a un hombre no. A ti —dije.

Apoyé mis manos sobre sus piernas, estiré el cuerpo hacia atrás y aceleré más el ritmo de mis caderas. Sentí el calor de sus manos acariciar mi piel, amasar mi pechos y escuchaba sus jadeos con cada movimiento de mi cuerpo sobre él.

—Oh, pequeña, me vuelves loco, joder —protestó. Yo me reí y aceleré más y más y más..., y más. Hasta que ambos culminamos con sendos gemidos.

Ahora, la que se desplomó sobre su torso desnudo fui yo. Hiram me rodeó con los brazos y depositó un beso en mi coronilla. Nos quedamos dormidos así, con el calor de nuestros cuerpos y el latir de nuestros corazones desbocados.



A la mañana de nuestro tercer día de recién casados, Hiram se había puesto manos a la obra con el tejado del cobertizo, ya que Liam tuvo que partir en una nueva misión con el capitán Hornigold. Yo, como siempre, me fui a ayudar a Alice con las tareas de la casa.

Quitamos todas las sábanas de las camas. Primero, empezamos con la del pequeño de los Burke, ya que fue el segundo en nacer y por eso es el menor de los dos. Luego, quitamos las de nuestra habitación y dejamos el colchón levantado para airearlo.

Con el cesto lleno de telas blancas, entramos en la estancia de Alice. Su habitación era la más grande de la casa y en el fondo, en una esquina, aún conservaba la cuna de madera que Benjamin había fabricado para los gemelos. Me quedé observándola un buen rato hasta que el ruido de la tela al ser retirada del colchón llamó mi atención.

—Deberíais quedaros con esta habitación, ahora sois los dueños de la casa —comentó ella, sonriente al ver mi cara de felicidad.

—Pero, ¿qué dices, Alice? Estás loca, esta es tú habitación —la reprendí con cariño, mientras estirábamos la sábana bajera sobre el colchón.

—Cielo, he visto cómo mirabas esa cuna y me imagino que pronto vendrán niños. Vuestra habitación es pequeña para albergaros a vosotros y a un bebé. Aquí tendréis más espacio, cielo.

—Pero esta es tuya y, bueno, también era de tu esposo...

—Benjamin estaría de acuerdo en cederos el sitio a vosotros y a vuestra nueva familia. De hecho, hasta sería capaz de construirnos una pequeña cabaña para nosotros dos solos al otro lado del jardín —dijo.

Lanzó la fina manta sobre la cama para que tomase una esquina y la estirase a la vez que ella. Cubrimos todo el colchón con ella y yo hice una bola con las sábanas sucias para depositarlas sobre las otras, dentro del cesto. Escuché, entonces, los martilleos de Hiram sobre la madera.

—Déjame que lo hable con tu hijo y te doy una respuesta. No quiero tomar ninguna decisión sin consultarlo antes con él —comenté.

—Me parece lo más sensato, cariño. Trae —. Alice se acercó a mí y cogió el cesto de mimbre

cargado de ropa sucia—, ve a darle algo de beber a ese cabezota que tengo por hijo. Lleva demasiado tiempo al sol y se va a deshidratar. Estoy segura de que no ha bebido ni una gota de agua — pronunció con resignación. Yo me reí ante sus quejas y salí de la habitación.

En el exterior, observé a Hiram encaramado en lo alto del tejado del cobertizo, golpeando con fuerza la madera. Estaba con el torso desnudo, dorado por el sol y sudoroso por el esfuerzo de tantas horas de trabajo.

Caminé hasta el pozo sin dejar de observar esa perfección masculina. Si le brotasen unas alas, bien podría ser un arcángel porque tanta belleza no podía ser terrenal. Con cada golpe, los músculos de su brazo y su torso se tensaban. No pude evitar relamerme al saber que todo eso era solo para mí.

Lancé el cubo al fondo y lo cargué de agua. Luego, no sin esfuerzo, tiré de la cuerda hasta tenerlo de nuevo a una altura en la que poder sacarlo sin mayor problema. Lo raro es que no hubiese acabado ya en el fondo de ese agujero, con mi gran tendencia a los accidentes.

Agarré el asa con ambas manos y caminé hacia el cobertizo. No pude evitar derramar algo de agua por el camino, que me salpicó los bajos de la falda limpia. Solté alguna que otra maldición, pero llegué al pie de la escalera.

—¡Necesita tomarse un descanso, marinero! —exclamé con tono de burla.

Hiram sonrió y se acercó al borde del tejado para mirarme. Le saqué la lengua y señalé hacia el cubo.

—Mi madre te ha obligado a hidratarme, ¿verdad?

—Me sorprende que conozcas esa palabra y su significado, pero sí, me pidió que viniese a hacerme cargo de mi testarudo esposo porque lleva muchas horas al sol —respondí.

—Está bien —dijo, tras soltar un leve gruñido—. Bajo ahora, dame un segundo que termine con esa última tabla.

Lo escuché arrastrarse sobre la tejas de madera y al segundo golpear varias con el martillo. Unos minutos después, lo tenía ante mí, esbozando esa amplia sonrisa tan hipnótica que me maravillaba.

Tomó agua del cacito que le entregué y bebió un par de tragos largos. Luego, cogió el cubo y se lo derramó por todo el cuerpo. Una imagen de lo más sensual, que hizo que todo mi cuerpo ardiese en ese instante.

—Deja de mirarme así —dijo en cuanto dejó el cubo en el suelo.

—¿Cómo?

—Como si fueses un animal a punto de saltar sobre su presa.

—Bueno, me está costando contenerme, no te creas. No me culpes por desear a mi esposo.

Hiram rodeó mi cintura con un brazo, me atrajo hacia él y se apoderó de mis labios. Me besó con fervor, con deseo y ahogando un gruñido en la garganta.

—Dilo otra vez —susurró contra mi boca. Pude notar el calor de su aliento. Rocé mis labios con los suyos y luego lo miré, sabía a qué se refería.

—Esposo —ronroneé.

Como un animal hambriento, volvió a apoderarse de mi boca y me besó con pasión. Rodeó mi cintura con ambos brazos y me elevó del suelo, al tiempo que yo me aferraba a su cuello y dejaba que nuestras lenguas se encontrasen en una danza sensual.

El ambiente entre nosotros se fue caldeando y, a pesar de estar semidesnudo, lo noté ardiendo. Me sujetó del trasero en cuanto yo rodeé su cintura con mis piernas. A pesar de la tela de la falda, pude notar su erección.

—Dios, Liv... Te juro que estoy a un instante de arrancarte la ropa y hacerte el amor aquí mismo —jadeó contra mi boca.

—Vámonos a la habitación —supliqué excitada.

—No. —La respuesta tan cortante me dejó intrigada y lo miré. Él sonrió, me apartó el pelo hacia atrás y besó mis labios—. Te voy a hacer el amor en nuestro rincón secreto, rodeados de esas aves pequeñas que tanto te gustan. —Gemí y dejé que me besara de nuevo.

Horas más tarde, ambos descansábamos sobre la mullida hierba de nuestra pequeña colina secreta. Allí nos sentíamos a salvo, protegidos por la vegetación y sabiendo que nadie nos interrumpiría, pues solo hay un camino de acceso y está justo tras la casa.

Hiram permanecía tumbado boca arriba, con un brazo tras la cabeza y los ojos cerrados. Su melena leonada se expandía alrededor como un aro celestial. Apoyada sobre su torso desnudo, recorrí el perfil masculino de mi pirata con la punta de los dedos, viendo cómo se estremecía ante mi contacto.

Mi esposo, mi amante, mi amigo y mi alma gemela. Perfecto, imponente, inteligente y de principios férreos e inamovibles. Guardián, protector y luchador. Todo eso era el hombre que tenía ante mí, el que me había robado el corazón sin apenas darme cuenta. Mi otra mitad, sin la que ya no podría vivir.

—Me vas a desgastar de tanto mirarme, mi amor —pronunció sin abrir los ojos.

—No puedo evitarlo, eres el ser más perfecto que jamás haya visto —dije. Él se rió.

—Me pasa a mí lo mismo contigo. —Hiram abrió los ojos y clavó esos dos océanos en calma en mí. Brillaban con tanta intensidad que me deslumbraron. Me incorporé y lo besé en los labios. Luego, volví a mi posición.

—Tu madre quiere que nos mudemos de habitación —comenté entonces.

Con su otra mano, comenzó a hacer sensuales círculos sobre mi hombro y mi espalda, enredando los dedos en algunos de los mechones de mi cabello.

—¿Y eso? —preguntó.

—Bueno, pues porque dice que es más amplia para..., bueno, para cuando vengan los niños. —Se hizo el silencio durante eternos segundos y me hicieron dudar de si sería el momento adecuado

para tener esa conversación. Nunca había pensado en hijos ni en tener una familia, pero eso era en mi tiempo. Aquí, y con él, lo quería todo.

—¿Quieres tener hijos ya?

—Bueno..., yo... —Dudé por un instante qué contestar. Nerviosa, me incorporé y me quedé sentada mirando al horizonte. Él hizo lo mismo y pasó un brazo por mi cintura para acercarme a su cuerpo—. Hubo un tiempo en el que te hubiese dicho que no quería hijos, que primaba más mi carrera, pero aquí y ahora..., contigo...

—Liv, ya sé que te has quitado el tapón y que no tomas nada para evitarlo —dijo sin más. Lo miré sorprendida, aunque no debía porque él siempre iba un paso por delante de mí, siempre. No sabía cómo lo hacía, pero su capacidad de observación me maravillaba.

—Ya veo que no se te puede ocultar nada —dije, algo avergonzada.

Apartó los mechones de mi cabello rojizo de la cara y me dio un suave beso en mi sien izquierda. Luego, me tomó del mentón y posó sus labios sobre los míos, dándoles una simple y fugaz caricia.

—Anoche no noté nada en tu interior. Las otras veces, siempre lo rozaba. Supuse que no lo llevabas y con esta conversación, me lo confirmas —me explicó con ternura.

—También podrías haberlo desplazado, no sería la primera vez que tu ímpetu me lo mueve de sitio. —Esbozó una divertida sonrisa y acarició mi labio inferior con el pulgar.

—Pero tú lo notas y al instante te lo colocas otra vez.

—Y... ¿te molesta que yo... que me...?

—No, me halaga y me encantaría verte con nuestro hijo entre los brazos. Criar a nuestros vástagos juntos sería todo un honor, Liv, pero... —El silencio volvió a rodearnos.

—¿Pero? —lo insté a continuar.

—¿Qué ocurre si vuelves a tu tiempo? ¿Qué pasaría con nuestros hijos, contigo... conmigo?

—No volveré, Hiram. Ya te lo he dicho, quiero romper la brújula. Quiero quedarme aquí, contigo —confesé de nuevo.

—Mi amor, no quiero que te quedes atrapada en un tiempo que no es el tuyo, en caso de que a mí me ocurriese algo. Mira a mi madre...

—Tu madre lo hizo de forma consciente y os tenía a vosotros. Os tiene a vosotros dos, sois lo más importante para ella.

Hiram cerró los ojos y apoyó su frente sobre la mía, sopesando la respuesta. Lo vi debatirse con sus pensamientos mientras envolvía mi rostro entre sus callosas manos. Sentí miedo por lo que quiera que le estuviese rondando por la cabeza, pavor. Hasta que, por fin, abrió los ojos y dijo:

—Dame unos días para que hable con Bellamy y tomaremos una decisión entonces.

—¿Con Sam, por qué? —quise saber.

Llenó sus pulmones de aire y lo dejó salir con un sonoro suspiro.

—Porque quiero saber cuánto me costaría mi libertad para formar una familia contigo, lejos de la

piratería.

Esa confesión me dejó en *shock*. Me quedé atónita y sin saber muy bien qué decir. Iba a dejar de ser un pirata... por mí. Quería formar una familia conmigo, me estaba ofreciendo una vida normal y la posibilidad de envejecer juntos.

—¿Liv? —pronunció mi nombre como si fuese la llave que desbloquease el hechizo que se acababa de apoderar de mí—. Mi amor, ¿estás bien?

Mis ojos se inundaron al instante y una enorme sonrisa asomó en mi rostro, tensando cada músculo alrededor de mi boca.

—¿Tú... tú harías eso... por mí? —Hiram estalló en carcajadas.

—¿Y por quién demonios iba a hacerlo, si no? Eres lo más importante de mi vida, la mujer a la que quiero hacer feliz por encima de todo. La madre de mis hijos, la dueña de mi alma. Olivia Burke, ahora me perteneces al igual que yo a ti y solo tú tienes poder sobre mí —confesó, mientras acariciaba mis mejillas con ambas manos y recorría mi rostro con la mirada—. Te amo más que a mi vida —finalizó.

Me lancé sobre él y lo besé. Lo besé entre risas y jadeos, entre gemidos y gritos de alegría. Lo besé y lo amé, y lo amaré para siempre. Volvimos a hacer el amor, de forma salvaje y apasionada. Me llenó de su poder, me envolvió con su calor y yo me dejé arrastrar al infierno por mi pirata. Mi alma ya estaba perdida.

Una semana más tarde, y muy a nuestro pesar, Hiram fue reclamado de nuevo por su capitán. Debían partir a una nueva misión de búsqueda de oro español. Me hizo prometer que no cometería ninguna locura mientras estuviese en alta mar y que no rompería la brújula. Durante esa travesía juró que hablaría con Bellamy y llegaría a un acuerdo que contentase a ambas partes.

—Volveré pronto, pelirroja. Nada ni nadie podrá mantenerme lejos de ti por mucho tiempo. Solo espérame y no cometas ninguna locura de las tuyas —dijo tras darme el más ardiente de los besos de despedida que me hubiese dado hasta el momento.

—Más te vale o iré a buscarte donde quiera que estés, Irlandés —respondí con lágrimas en los ojos y aferrada a su cuello.

—¡Venga! ¡Dejad los arrumacos, que ya habéis tenido una semana entera para amaros en exceso! —exclamó Bellamy desde la cubierta del barco.

—¿Mi capitán tiene envidia de que una mujer le caliente el alma a su pupilo? —bromeé.

—Eres de lengua afilada, señora Burke. Más me vale mantenerme lejos de tus palabras y custodiar bien mis armas, no quiera Dios que me las vuelvas a robar y tenga que explicarle a tu esposo por qué han ahorcado a su mujer —respondió con sarcasmo, haciendo alusión al suceso con la prostituta que intentó envenenar a Hiram hacía un par de semanas.

Lo miré y le saqué la lengua, lo que provocó una enorme y sonora carcajada en Bellamy.

—Sois como dos niños peleando por su juguete —dijo mi esposo, entonces.

—Sí, y tú eres nuestro juguete.

—Creía que era solo tuyo —ronroneo contra mi boca.

—Y lo eres, pero me gusta dejar que Bellamy se piense que también puede jugar contigo —contesté, esbozando una pícara sonrisa que hizo que se riese con fuerza.

—Te amo, esposa, no lo olvides —dijo antes de besarme de nuevo.

—Yo también te amo, esposo —respondí.

Con gran pesar, nos separamos y lo dejé subir la pasarela hacia la cubierta de La Sultana, donde todos estaban ya cada uno en sus posiciones. En cuanto recogieron la tabla y soltaron los cabos del puerto, el buque del príncipe de los piratas zarpó, llevándose consigo lo más preciado de mi vida: mi alma.



Asturias, marzo de 2017

España

Tras dos escalas, nuestro avión aterrizó en suelo asturiano sin mayor dificultad. Había regresado a casa, a mi tiempo y yo solo me sentía atrapada, enjaulada y sin poder regresar junto a él. La brújula no había viajado conmigo, se quedó allí, en la mesilla de noche que tantas veces nos escuchó amarnos.

Asturias, mi hogar natal y el de mi madre. A pesar de las protestas de mi padre y de su insistencia por llevarme con él a Edimburgo, insistí en quedarme en el piso de mi madre. Era mi refugio siempre que necesitaba desconectar de tanto estudio o en vacaciones, cuando el calor en Madrid se hacía insoportable.

Recorrimos la distancia desde el aeropuerto hasta la ciudad de donde era originaria mi madre en absoluto silencio. No podía hablar, sentía que rompería a llorar en cuanto abriese la boca y no sabía muy bien qué contarles sobre mi aventura en el pasado. Me tomarían por una loca o pensarían que me habrían drogado y lavado el cerebro de alguna forma. No, mis seres queridos no estaban preparados para escuchar mi historia..., ni yo lo estaba para hablar sobre él.

Hiram...

—Bueno, ya estamos en casa —dijo mi padre nada más cerrar la puerta del piso de mi madre.

Suspiré con tristeza. Mi casa... un hogar que no sentía ya como mío, un tiempo al que ya no pertenecía. Mi hogar... mi hogar estaba lejos, en otra era y junto a otra persona. Mi mitad, mi complemento, y mi alma se habían quedado en aquella paradisíaca isla.

—Hija, debo insistir en que te vengas conmigo a Escocia. No me quedaré nada tranquilo si te quedas aquí sola —insistió él tras dejar las maletas en la habitación.

—Te lo agradezco, papá, pero estaré bien aquí. Quiero quedarme en Gijón y Nat llegará en un par de días, en cuanto organice toda la mudanza del resto de nuestras cosas de la universidad —respondí.

Caminé por la casa para familiarizarme de nuevo con ella, buscando algo que me hiciera sentir a salvo. La encontré extraña, ajena a mí. Me sentía desubicada por completo, fuera de lugar. Tan solo había estado en el pasado unos nueve meses, pero para mí fueron toda una vida..., y ya no podría regresar nunca más.

—No voy a discutir contigo, cariño, porque sé que siempre has sido muy sensata en tus decisiones, pero me quedaré aquí hasta que Natalia llegue. Me sentiré más tranquilo, si no te...

—Claro que no, papá. No tienes ni que decirlo. —En su rostro asomó una sonrisa, pero sus ojos me mostraron una gran tristeza. Esos hermosos ojos que me miraban con adoración, ahora lo hacían con angustia.

Dejé que se fuese acomodando mientras yo recorría con paso lento el pequeño salón del piso. Estaba tal y como lo había dejado la última vez que estuve de visita, salvo por algunos libros extras que añadí en su día a la pequeña biblioteca.

La luz del exterior entraba con fuerza a través del gran ventanal del fondo. Caminé hasta él y me apoyé sobre uno de los marcos de la ventana. Miré a la amplia avenida que se vislumbraba desde ahí y al enorme arenal que formaba la playa de Gijón.

Los coches circulaban con calma, en ambas direcciones, y la gente paseaba de forma relajada por toda la costa. Algunos iban acompañados de sus mascotas, que corrían de un lado para otro por la orilla del mar y se dejaban envolver por las pequeñas olas que rompían con gracia sobre la arena.

Suspiré, la nostalgia se apoderó de mí de nuevo. La playa de San Lorenzo tenía un parecido increíble con la pequeña playa de Nassau, esa en la que hacía tan solo unos días había recorrido de la mano de mi esposo, de mi alma gemela... y que ya jamás volvería a recorrer. Una lágrima descendió por mi mejilla de forma involuntaria.

—Cielo, ¿quieres que salgamos a comer algo? Hace mucho tiempo que no vengo a Gijón, pero recuerdo algunos lugares donde solíamos ir tu madre y yo —preguntó mi padre a mi espalda.

Me giré y sonreí. Sabía a qué sitios se refería porque mamá y yo íbamos muchas veces. Ella me contaba siempre la historia de cómo se conocieron y se enamoraron. Siempre supe que ella seguía enamorada de ese irlandés testarudo y cabezota, pero optó por la felicidad de ambos en la distancia. Fue la mejor decisión que pudieron tomar o me hubiese envuelto en una guerra absurda.

—Sí, vale. Me vendrá bien salir y distraerme un poco —respondí.

Papá decidió ir a uno de los restaurantes favoritos a los que solían ir mamá y él. No estaba muy lejos, a unos diez minutos a pie. Recorrimos todo el paseo de la playa hasta llegar al lugar elegido, un sitio donde se celebraban muchos eventos como bodas, bautizos...

El día era soleado y no había señal de nubes en el horizonte, por lo que se tenía una vista perfecta de toda la bahía de San Lorenzo. Nunca me había parado a observar con tanto detenimiento mi

propia ciudad, pero ahora tan solo quería quedarme allí, cerrar los ojos y dejar que el sonido de las olas del mar y el canto de las gaviotas me llevaran de nuevo a Nassau.

—¿Añoras Gijón? —me preguntó papá, parado a mi lado en un punto del paseo.

—Lo cierto es que sí...

—Cariño, no voy a presionarte porque has pasado por mucho, de eso no me cabe duda, pero quiero que sepas que estoy aquí. Si necesitas hablar, sabes que me puedes contar lo que sea. —Lo miré y sonreí con tristeza porque no había nada que deseara más que poder contarle toda mi aventura, pero me tomaría por loca—. Incluso puedes hablarme de él, si quieres. Te vendrá bien —dijo.

—No sé de quién me hablas, papá, no hay...

—Cielo, el doctor me contó que, cuando te encontraron, solo pronunciabas un nombre y suplicabas que te devolviesen a él. —Esa afirmación me dejó atónita, no recordaba gran cosa de esos momentos en los que me encontraron—. ¿Te hicieron algo... ese hombre te... él te...?

Tomé aire y cerré los ojos para encontrarme en mis recuerdos con esa mirada azul que tanto añoraba. Suspiré con nostalgia y obligando a mi cuerpo a no derrumbarse. No podría contarle la verdad, pero algo debía decirle. Al menos, para dejarlo tranquilo.

—Él no... no me hizo nada malo, papá. Él... me salvó, me protegió... cuidó mucho de mí —balbuceé. Tragué saliva al notar que se me quebraba la voz. Mi padre me tomó de las manos y las apretó con ternura. Fijé mi mirada en él.

—¿No pudo venir contigo? ¿Dónde está? Si sabes la ubicación exacta, quizás podamos...

—No, él no... él ya no está, papá. Hiram no... —Me rompí al pronunciar su nombre.

Me derrumbé entre los brazos de mi padre, que me envolvieron en cuanto mis manos cubrieron mi rostro. Lloré contra su pecho y me desgarré de nuevo.

* * * *

Los días pasaron con pesar. Poco a poco fui recuperando mi yo de ese tiempo, la Olivia que todos recordaban, aunque, en lo más profundo de mis adentros, esa mujer ya no existía. Esa Liv se había quedado allí, en la Nassau de 1716.

Papá y yo salíamos a pasear todos los días y hablábamos de nuestras cosas de historiadores, como siempre solíamos hacer. Él me contaba sobre los nuevos hallazgos y los avances en el estudio de diferentes civilizaciones de la antigüedad, mientras yo lo escuchaba con suma atención.

Esas conversaciones me ayudaron a recuperar la pasión por la profesión que en su día elegí y empecé a sentir la necesidad de enfrascarme de nuevo en mis libros. Dejé esa idea a un lado, pero sin olvidarla del todo. Retomaría mis estudios, sí, pero los orientaría en otra dirección: viajes en el tiempo.

Mientras hablaba y escuchaba a mi padre, tomaba nota en mi mente de todo lo que debía investigar. Tal vez me estuviese volviendo loca, pero si pude viajar una vez, debía existir una forma de volver. En algún lugar habría un texto o un estudio que me ayudase en mi propósito. Porque mi único deseo era retornar a su lado.

Un día antes de la llegada de Nat, mi padre tuvo que tomar el primer vuelo a Edimburgo porque mi hermana pequeña había tenido un accidente mientras realizaba una de sus rutinas de ballet y se había roto una pierna. Por un instante quiso decirle a su esposa que no podía dejarme sola, pero logré convencerlo de que volviese a casa.

Después de despedirnos con un efusivo abrazo, me desplomé en el pequeño sofá azul del salón. Sola, con el único sonido de los coches del exterior, el mar y las gaviotas. Cerré los ojos y busqué en mi interior un rostro. Hiram vino en seguida a mí, invocado por mi deseo de tenerlo de nuevo conmigo.

Lo sentí envolverme con sus fuertes brazos y colmar mi cara a besos, hasta apoderarse de mi boca para devorarme con fervor. Noté el calor de su cuerpo contra el mío, su peso sobre mí... hasta que el teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa de cristal y rompió por completo la magia creada.

Me levanté para ir en busca del móvil y fui consciente de que había estado llorando. Limpié las lágrimas que rodaban por mis mejillas con el dorso de mi mano, tomé una servilleta y me soné con fuerza. Cogí el teléfono y abrí el mensaje que me acababa de llegar.

«Mañana ya me tienes ahí para hacerte compañía, amiga. He visto a David y me preguntó si podría acompañarme. Le he dicho que hablaría contigo, pero... Liv, tiene muchas ganas de verte, aunque no quiere presionarte».

Solté un largo suspiro, porque me quedaba la conversación más difícil de todas. ¿Cómo iba a romper mi relación con David sin mencionarle a Hiram? ¿Qué excusa le podría dar, cuando lo último que le dije antes de desaparecer fue que quería tener un futuro con él?

Dejé el móvil sobre la mesa y sopesé las opciones. La sola idea de tener a David de nuevo ante mí, me producía una angustia enorme... pero no podía alargar más las cosas. Debía sincerarme con él para liberarlo.

Mis nervios se agolparon en las manos, que no atinaban a sujetar con fuerza el teléfono ni a escribir una frase completa. Escribí y reescribí el mensaje demasiadas veces hasta que finalicé con un *De acuerdo, estará bien verlo de nuevo*. Le di a enviar y suspiré con fuerza. En un día nos veríamos.

Un día...



Me desperté empapada en sudor esa misma noche, sollozando y gritando el nombre de Hiram. A oscuras, estiré mi mano hacia un lado de la cama, en busca de la protección de su cuerpo, pero no encontré nada más que un hueco frío y una soledad inmensa.

Angustiada, aparté las mantas de la cama y me senté en el borde. Me aferré al borde del colchón, cerré los ojos y me derrumbé entre lágrimas y lamentos. Sola, en un tiempo que ya no me pertenecía, y sin la posibilidad de retornar junto a él.

Hiram llevaría muerto más de doscientos años y nada podía hacer para recuperarlo. Nada, salvo viajar de vuelta a su época. Pero sin la brújula sería imposible y no sabía si serviría cualquier otra o tenía que ser una en especial. No tenía idea de nada, salvo de una cosa y era que no sabía cómo vivir sin él.

Mi cuerpo empezó a tiritar, momento en el que me levanté de golpe y decidí prepararme un té para recuperar la temperatura perdida. Fui directa a la cocina sin más luz que la que entraba a través de los grandes ventanales del salón y que provenía de una brillante luna llena de invierno.

Con la humeante taza entre las manos me senté en el *chaiselong* del sofá y me quedé observando hacia el exterior, hacia la hermosa bahía de San Lorenzo y esas aguas oscuras que reflejaban a la perfección a la diosa de la noche. Todo en ella me recordaba a Nassau y a Hiram. Todo me llevaba de vuelta al lugar donde fui realmente feliz, a mi verdadero hogar.

Cerré los ojos para contener la amenaza del llanto y respiré bien profundo para calmar mi angustia.

«Siempre estaremos juntos, pase lo que pase, porque nuestros corazones están unidos y ni el tiempo podrá romper ese vínculo. Nuestro amor es más fuerte que todo ello, Liv. Nuestras almas lograrán reencontrarse, de una forma u otra. Sabes que descendería al mismísimo infierno por ti. Te amo y siempre te amaré».

La promesa que Hiram me confesó momentos antes de que el tiempo me trajese de vuelta resonaron en mi interior como si me las estuviese susurrando en ese mismo instante. Un dolor enorme atenazó mi corazón y las lágrimas se apoderaron de mí de nuevo.

—Siempre te amaré, Irlandés, y lograré encontrarte..., aunque tenga que matar al mismísimo rey

del infierno —juré mirando hacia el horizonte oscuro que se veía al otro lado de la ventana.

* * * *

El sonido de unas llaves, y el posterior portazo de la puerta de entrada del piso, me despertaron de golpe. Desorientada, miré en derredor y comprobé que me había quedado dormida en el sofá, abrigada por una simple bata de algodón y una manta que no recordaba de dónde la había sacado con exactitud.

—Buenos días, dormilona. ¿Te has quedado dormida viendo algún programa en la tele? —La voz de Natalia me hizo sonreír y, a la vez, darme cuenta de dónde estaba. La sonrisa se me borró en segundos.

Estiré mi cuerpo y bostecé con tanta fuerza que casi se me desencajó la mandíbula. La observé entrar en su habitación para dejar dos maletas enormes. Me dispuse a ir a su encuentro cuando el timbre sonó.

—¿Puedes abrir, Liv? Es David, no podíamos subir los dos con todo el equipaje —dijo Nat.

El corazón me dio un vuelco y detuve mi avance en seco. Un sudor frío apareció y mi respiración se aceleró, haciendo que mi pecho se elevase con fuerza con cada bocanada de aire. Me quedé mirando a la puerta, dudando si abrir o no.

El timbre volvió a sonar, acompañado de unos golpecitos en la madera.

—¡Liv! —me reclamó mi amiga a lo lejos.

Cerré los ojos, tomé aire y lo dejé salir en un largo suspiro a la vez que estiraba la mano hacia el pomo de la puerta. Abrí y, al otro lado, me encontré con el rostro del que había sido mi novio hasta mi desaparición.

Ahí estaba, mirándome con asombro y con un brillo en esos ojos que una vez me obnubilaban. Nos quedamos quietos durante eternos segundos, sin una sola palabra que saliese de nuestras bocas.

—Hola. —Apenas reconocí el sonido de mi propia voz.

David soltó el aire contenido en los pulmones de golpe, sonrió, dejó caer la mochila que llevaba sujeta al hombro y me abrazó con fuerza. Me pilló tan de sorpresa que mi cuerpo se quedó rígido por unos instantes. Hasta que cedí al reconocer el calor de sus brazos y hundí mi rostro en su amplio pecho.

—No sabes la de veces que soñé con volverte a abrazar, Liv —susurró contra mi cabeza. Yo solo pude contestar con un *Lo sé* ahogado contra su camiseta porque el dolor de esas palabras me golpeaban con dureza—. Te busqué durante días, casi mato a Diego por...

—¿Qué hiciste qué? —pregunté sorprendida. Me separé de él para poder mirarlo a los ojos y vi lágrimas empapando sus mejillas.

—Sabía que ese cabrón te había hecho algo, pero...

—¿Pegaste a Diego... por mí?

—Joder, Liv, claro. ¿Por quién demonios lo iba a hacer si no? Él fue el último en verte, apareció lleno de arañazos y con un tremendo golpe en la cabeza. Estaba claro que te había hecho algo y que tú te defendiste. —Mis ojos se empañaron y una lágrima furtiva recorrió mi mejilla hasta detenerse en la cálida mano que David había colocado en mi cara. Limpió el agua con el pulgar y recordé lo que esas caricias me producían. Cerré los ojos y dejé que mis sentidos me envolviesen. Él posó los labios sobre los míos y me dio un tierno beso que me llevó a esos momentos vividos juntos en Nassau.

El rostro de un pirata vino a mi mente y me golpeó con fuerza. Un hombre al que le había entregado todo, no solo mi cuerpo. Mi alma era suya y seguiría siendo así por mucho tiempo. Tal vez para siempre.

Me separé de David de golpe y agaché la cabeza para que no viese la culpa en mis ojos.

—Perdona, Liv... Yo... no quiero presionarte, es solo que... —balbuceó él. Noté cómo le temblaban las manos cuando acarició mi brazo y me tomó de la mano.

—No, tranquilo. No pasa nada —mentí. Me hice a un lado de la puerta y le invité a entrar. Él asintió, cogió las maletas y cruzó el umbral con cierta inseguridad.

Mis piernas se volvieron chicle y me tuve que sujetar al pomo de la puerta, mientras David dejaba el resto de las cosas en la entrada del piso. Nos miramos y ambos curvamos nuestras bocas en unas sencillas sonrisas. Una extraña cordialidad se instaló entre nosotros en ese instante. Por suerte, Nat apareció para ayudar con el traslado de nuestras pertenencias.

—¿Sabes de quién es cada caja? —le pregunté a mi amiga, tras colocar la última sobre otras dos en el salón.

—Pues, mira, ni lo pensé y cuando me di cuenta, ya tenía media habitación embalada. Lo sabremos cuando las abramos y así será más emocionante —respondió ella riendo.

—Y por eso no dejas que hagas el inventario del almacén del bar —bromeó David.

Se había quitado la cazadora de cuero y el jersey gris y se había quedado solo con una camiseta negra. Llevaba dos cajas entre los brazos, lo que hacía que los músculos se viesen bien tensos, casi a punto de romper la tela. Cargaba con las más pesadas, por lo que intuí que se trataban de mis libros de consulta. Las depositó al lado de un módulo blanco con cuatro huecos y se apoyó en el borde para tomar aire y limpiarse la frente con la mano.

—¡Eh, Nat! ¿A dónde vas con mi maleta? —exclamó al ver a mi amiga coger su equipaje.

—A dejarla en su lugar —respondió.

Para mi sorpresa, Nat entró en mi habitación y la dejó allí dentro. Mi cuerpo se tensó y, de forma instintiva, miré a David. Él pudo notar mi incomodidad y me dijo:

—Puedo dormir en el sofá, si te es más cómodo...

—Tonterías —interrumpió ella, antes de que yo pudiese responder. Se acercó al comedor, donde

él y yo permanecíamos estáticos, y cogió su abrigo de invierno.

—¿A dónde vas ahora? —pregunté, intrigada.

—Pues a aparcar bien el coche, amiga, porque vives en una zona un tanto difícil y no puedo dejarlo ahí estacionado más de quince minutos. Ya lleva media hora y me huelo una multa. — Caminó por el corto pasillo, la escuché coger las llaves y abrir la puerta—. No os emborrachéis sin mí —exclamó segundos antes de cerrar con fuerza.

Un silencio incómodo se instaló entre David y yo, que seguíamos de pie entre tanta caja y sin saber cómo interactuar el uno con el otro.

—¿Quieres tomar algo? —Fue él quien, tras soltar el aire contenido en los pulmones con un sonoro suspiro, rompió la incomodidad entre ambos.

—¿Eso no debería de preguntarlo yo? —dije divertida.

David sonrió y pude notar cómo la tensión abandonaba su cuerpo. Se encogió de hombros y no pude evitar reírme. Me acerqué a la nevera y abrí para sacar un par de cervezas. Me sobresalté al girarme y verlo ahí, tan cerca de mí.

Le entregué nerviosa la bebida y yo me moví unos pasos hacia un lado de la encimera que hacía esquina. Abrí mi botella y le di un trago largo. Él asintió e hizo lo mismo.

Maldita sea, no sabía qué decir ni qué hacer. El silencio se apoderó de nuevo de nosotros, aunque podía escuchar a la perfección sus pensamientos..., o tal vez eran los míos los que gritaban.

—Fuimos a buscarte —pronunció sin más. Levanté la vista de mis pies y me lo encontré mirando a la cerveza, apoyado contra el mueble de la cocina y tratando de quitarle la etiqueta a la botella—. Removimos cielo y tierra, pero solo encontramos tu móvil. Un pánico se apoderó de mí, acompañado por la rabia, y volví al hotel a por Diego. Lo golpeé hasta que me destrocé la mano, pero él seguía diciendo que te había dejado allí y que estabas viva. Casi lo mato... si no me llegan a detener los demás, lo hubiese hecho —relató.

Los ojos se me llenaron de lágrimas al pensar en el tormento por el que debieron de haber pasado todos, pero sobre todo por él. Quise abrazarlo, quise confesarle todo, pero mi boca permaneció cerrada y mi cuerpo se quedó estático en esa posición.

—¿Dónde estuviste, Liv? ¿A dónde fuiste y quién te... quién...?

—No sabría cómo explicártelo, David. Ni yo misma sé cómo llegué allí —respondí.

—¿No viste nada, ni quien te secuestró...?

—No me secuestró nadie..., o al menos yo no lo viví así. Estuve en un lugar al que no se puede volver, pero me trataron bien. Me curaron, sané mis heridas y... —El recuerdo de Hiram golpeó de pleno en mi mente y en mi corazón, notando una opresión que me impedía continuar con la conversación. Cerré los ojos para controlar las lágrimas que amenazaban con volver a salir.

—Liv —dijo David, dando un paso hacia mí para cogerme de la mano.

Me moví rápida y me alejé de él. Le di la espalda y respiré bien profundo para calmar mis nervios.

—¿Qué te ocurrió allí, Liv? ¿Qué te hicieron? —Sentí la angustia en sus palabras.

—No me hicieron nada..., nada malo —susurré con voz temblorosa. Me aferré al borde del respaldo de una de las sillas del comedor. Lo escuché dejar la botella sobre la encimera y al poco noté el calor de su cuerpo tras el mío.

—Háblame, Liv, por favor —suplicó con desesperación contra mi cabeza.

—David, yo no... —Me alejé de él de nuevo.

—¿Por qué huyes de mí?

—No huyo, yo no... —Acortó el espacio entre ambos y estiró la mano para coger la mía, pero yo di un paso hacia atrás.

—Huyes de mí, y no me dejas tocarte. Liv...

—Conocí a alguien. Él... él me... —¿Cómo iba a hablarle de Hiram, si ni siquiera yo misma sabía cómo explicar lo que me sucedió?

—¿Hablas del hombre por el que preguntaste cuando te encontraron? —Lo miré sorprendida porque conociese esa información—. Nat me lo contó, dijo que suplicabas porque te devolvieran con él, con...

—Hiram. —Pronunciar su nombre en voz alta quemó mi garganta, hasta las entrañas sentí arder —. Su nombre es Hiram y me salvó. Curó mis heridas, me-me amó y... y yo a él también —solté sin más.

David se quedó atónito. Observé cómo hinchaba las fosas nasales. Cerró los ojos y se revolió el cabello negro.

—¿Cómo... cómo que...? ¿De qué estás hablando, Liv?

—Lo siento, David. Yo no... intenté volver contigo muchas veces, pero... las circunstancias, el no saber cómo regresar... Creí que me quedaría allí para siempre y...

—Liv, por favor, esto es... esto es absurdo, apenas han pasado nueve meses. —Dio un paso hacia mí, tembloroso—. Tú no... no puedes decirme que...

—Me casé con él, David. Soy su mujer. —Me miró a los ojos y noté cómo la rabia crecía en su interior, y la tristeza.

—¿Qué tú qué?

—Me enamoré, David. Amo a otro, lo amo a él y yo... yo solo... —Un nudo enorme se aferró a mi garganta. El dolor era cada vez más fuerte y el aire apenas llenaba mis pulmones.

—Tú solo piensas en volver con él —dijo él.

—Sí —afirmé, ya con lágrimas en los ojos.

David apretó la mandíbula y bajó la mirada al suelo. Apretó los puños a ambos lados de su cuerpo y tomó aire. Me partía el alma verlo así, hacerle eso, pero no podía fingir como si nada hubiera pasado. Mi corazón anhelaba a otra persona..., a pesar de que no perteneciese a este tiempo.

—Esto ha sido un error —dijo, al fin—. Será mejor que me vaya, no debí venir. Algo en mi

interior me lo advirtió, pero me pudieron más las ganas de verte de nuevo. Supe que algo iba mal entre nosotros cuando oí tu voz por teléfono. —Se dio la vuelta y caminó hacia mi habitación.

—Espera, no tienes por qué irte así —intenté detenerle, aunque sin saber muy bien el motivo.

—Tranquila, será lo mejor para los dos. Me alojaré esta noche en un hotel y mañana tomaré un avión a Madrid. —Cogió la cazadora, el jersey y la maleta y se dirigió hacia la puerta.

—David, yo ... —No sabía qué hacer o qué decir, no sabía cómo arreglar o gestionar todo aquello.

Abrió la puerta, pero se quedó sujeto al pomo. Sin mirarme, dijo:

—Tú has sido muy importante para mí, Liv, no te haces una idea. Te dije que te quería y lo mantengo, pero no te voy a forzar a nada que no quieras o desees. Solo espero que encuentres la felicidad. —Y desapareció.

Me quedé mirando esa puerta cerrada durante largos segundos, con lágrimas en los ojos y una opresión en el pecho que me impedía respirar. Mi cuerpo se dobló en dos y acabé sentada en suelo, llorando por un amor que pudo haber sido y no fue y por el que había perdido para siempre.

Natalia no tardó mucho en llegar y por la cara con la que me miraba, supe al instante que había estado hablando con David. Yo estaba sentada en el sofá, abrazada a mis rodillas y con los ojos hinchados de llorar.

—¿Me vas a explicar qué coño te pasa, Liv? ¿Quién narices es Hiram? —Dos preguntas en un tono nada amistoso, ni me molesté en mirarla.

—Es mi esposo.

—¿Tu esposo? ¡Es qué has perdido la cabeza?! ¿Cuándo demonios te has casado tú, Liv? ¿Y lo has hecho con tu secuestrador?

—Él no me secuestró, no me hizo daño —contesté apretando los dientes.

—¡Joder, Liv, habla conmigo! —Nat estaba fuera de sí. Se sentó a mi lado y me giró de forma brusca para obligarme a estar cara a cara—. ¿Qué te ha pasado durante todo este tiempo, amiga? ¿Qué demonios te han hecho esas personas...?

—¿De verdad quieres saberlo, Natalia? ¿Estás segura de que aceptarás todo lo que te cuente, la verdad absoluta? —le solté. Mis ojos ardían de nuevo, pero esta vez no había lágrimas. Solo dolor y rabia.

—Claro, Liv. Joder, ¿cuándo no te he creído? —dijo ella, sorprendida.

—Nat, lo que te voy a contar es difícil de creer. Ni yo misma logro comprender lo que me sucedió. Joder, sigo sin creérmelo aún.

—Estoy dispuesta a hacer un esfuerzo y escucharte con la mente abierta, Liv. Además, confío en ti porque te conozco —afirmó, colocando ambas manos en mis hombros.

Durante unos segundos, busqué en sus ojos la confirmación de que podría contarle mi historia

sin que llamase a los loqueros y me encerrasen en un psiquiátrico. Recordé, entonces, todos nuestros momentos vividos, nuestras aventuras y confesiones. Nos vi a las dos sentadas en nuestras camas de la universidad, riendo por alguno de sus ligues o a mí llorando por culpa de Diego. Recordé a mi amiga, mi confidente, y supe que podía confiar en ella.

Tomé aire, lo solté con un largo suspiro y asentí. Adquirí una postura más cómoda en el sofá, al igual que ella, y comencé a relatarle mi viaje atemporal.

* * * *

A la mañana del día siguiente a mi confesión con Natalia, me desperté con un tremendo dolor de cabeza, pero lo que más me dolía era el pecho de tanto llorar. Recordar todo lo sucedido en Nassau, a Hiram, a Liam... fue devastador para mí. Me rompí en mil pedazos en varias ocasiones y solo hallé consuelo entre los brazos de mi amiga.

Estaba algo desorientada, no tenía ni idea de la hora que era. Estiré la mano hacia la mesilla de noche y cogí el móvil: Las once del mediodía.

Hundí la cabeza en la almohada, cerré los ojos y resoplé. Otro día más en ese año, en esa época. Otro día más sin él.

—No, maldita sea. Levántate, Olivia Burke, y busca la forma de volver —me reprimí a mí misma en voz alta.

Mis palabras fueron una inyección de energía y salí de la cama de un salto. Tenía que recobrar mi vida, mis dotes de investigadora porque tenía clara una cosa: iba a volver a Nassau, con Hiram.

El primer paso sería darme una buena ducha de agua caliente, mientras trazaba un plan de acción y pensaba en dónde buscar la información que necesitaba porque el terreno místico no era lo mío.

Con el cabello húmedo y ropa cómoda, me preparé una taza de té bien caliente. Luego, me senté en la mesa del comedor y abrí el portátil para empezar con la búsqueda de leyendas caribeñas sobre viajes en el tiempo.

A cada sorbo me desesperaba más, ya que apenas encontré meras conjeturas y habladurías. Estaba claro que por internet poco iba a hacer, salvo volverme más loca de lo que ya debía de estar.

Desesperada, cerré el ordenador tras un sonoro bufido y seguido de una maldición. Me desplomé sobre la mesa, perdida y con una enorme frustración recorriendo mi cuerpo. El canto de unas gaviotas en el exterior llamó mi atención. Levanté la cabeza y miré hacia los ventanales del salón. El sol de invierno inundaba toda la bahía de San Lorenzo y las aves marinas revoloteaban sobre el arenal.

Como atraída por el canto de una sirena, me incorporé y avancé para observar mi ciudad a través de los cristales. Me acomodé en el sofá y fijé la vista en el horizonte, con la esperanza de ver asomar la figura de La Sultana o El Marianne.

Gijón era mi hogar de nacimiento y el de mi madre, y nunca me había dado cuenta de lo mucho que se asemejaba a la playa de Nassau. Esa por la que tantas veces paseamos Hiram y yo, y en la que alguna que otra vez nos dejamos llevar por la pasión e hicimos el amor. Cerré los ojos y dejé que mi mente volase hasta ese lugar, hasta él.

Volví a Nassau.



Nassau, noviembre de 1716

Los días tras la partida de Hiram pasaron lentos, pero no fueron lo que se dice aburridos del todo.

Hacía días que Liam había vuelto y aún permanecía en la isla, ya que Hornigold no planeaba partir pronto. Según el hombre que había introducido en la piratería a los Burke, empezaba a sentirse muy mayor para tanta aventura.

Para Alice era toda una bendición que uno de sus hijos permaneciese en la isla, pero a mí me costaba mucho controlar las ganas de estrangularle cada dos por tres. Quería mucho a mi cuñado, pero debía reconocer que era peor que un grano en el culo con su forma de provocarme. Porque si algo había en el mundo que a Liam le gustaba más que la compañía de una mujer, era sacarme de mis casillas.

—¡Vamos, preciosa! ¡Levanta ese redondo trasero del suelo y esfuérzate más! —se burló sin pudor alguno en cuanto todo mi cuerpo acabó estampado contra la gravilla.

—¿Sabes? Un día te daré tan fuerte que no se te volverá a levantar en la vida, Liam —protesté. Me incorporé de un salto, sacudí la tierra en mí y cogí el palo del suelo.

—¡Esa boca! ¿Besas a mi hermano con esa suciedad, Olivia Burke?

—Y le hago cosas mucho más satisfactorias —contesté de forma pícara.

—Ay, Liv, si lo que buscas es... —No le dejé terminar la frase, moví mi palo de tal forma que le hice un barrido sobre su pie izquierdo y acabó sentado ante mí.

—Oh, vamos, Liam. Levanta tu bonito trasero del césped, lo vas a estropear —me burlé. Lo miré de forma victoriosa, le guiñé un ojo y le tiré un beso.

Me lanzó una mirada reprobatoria desde el suelo, soltó un gruñido y se levantó. Sacudió los pantalones y recogió su palo. Di un paso atrás en cuanto vi esa pícara expresión en su rostro.

Con suma agilidad, Liam hizo girar la vara con ambas manos mientras me mostraba su sonrisa más seductora. Le correspondí a ese gesto y me preparé para un nuevo ataque. Hizo un par de movimientos del todo teatrales y saltó sobre mí con la clara intención de golpearme con fuerza. Levanté mi palo con ambas manos segundos antes de que la madera cayese sobre mi cabeza.

¡Crack!

Liam había empleado tanta fuerza que mi arma se partió en dos. Ahora tenía dos palos cortos, uno sujeto a cada mano. Él no quiso detener nuestro entrenamiento y volvió a atacar de la misma forma, obligándome a proteger mi cabeza cruzando ambos palos ante mí.

—Muy bien, preciosa. Buenos reflejos —pronunció con algo de dificultad. Llevábamos demasiado tiempo con esto y el cansancio empezaba a asomar en ambos.

—He tenido un buen maestro. —Recordando los movimientos vistos en varias películas y series de acción de mi tiempo, empujé a Liam para tomar espacio. Giré mis nuevas armas con las manos y lo desafié con la mirada.

—Impresionante, pelirroja, pero no cantes victoria todavía. —Y volvió a atacar.

Lanzó un golpe a mis espinillas, pero logré esquivarlo saltando hacia atrás. Volvió a avanzar, esta vez intentando darme en la cara. Me agaché, giré con rapidez, impulsada por los talones, y solté el primer golpe con mi palo derecho. Le di de lleno en la parte baja de la espalda.

Liam soltó un quejido, seguido de un improperio, y se llevó una mano a la espalda. Vi cómo se le hinchaban las fosas nasales y comenzó a resoplar cual toro embravecido. Me preparé para la represalia.

Retomó la posición de ataque e hizo un barrido con su palo para desestabilizarme y tirarme al suelo. Yo levanté la pierna izquierda, segura de que así me libraría del golpe, pero fui demasiado confiada. Liam golpeó la parte interna de mi pie de apoyo y caí al suelo.

Sin pensárselo dos veces, levantó su palo y lo dejó caer sobre mí, pero fui más rápida y rodé hacia atrás haciendo una voltereta. Me quedé ante él, respirando con gran agitación, empuñando ambos palos con fuerza entre mis manos y clavando mis ojos en él.

—¡Wow! ¿Dónde has aprendido a hacer eso? Estoy seguro que yo no te enseñé nada parecido —exclamó sorprendido. Incluso creí ver un poco de orgullo en su mirada.

—Viendo pelis de Marvel. Digamos que me he inspirado en la agente Romanov —respondí, divertida.

—No he entendido ni una sola palabra de lo que acabas de decir, Liv. —Estallé en carcajadas al ver su cara de desconcierto.

—Perdona, es algo de mi tiempo.

—¿En tu época os enseñan a hacer esas cosas?

—Bueno, no es algo que todos sepamos hacer, pero sí, existen personas que entrenan a otras en defensa y demás cosas —le expliqué.

—Mm, interesante ese tiempo.

—¿Hemos acabado por hoy, maestro? —pregunté en tono de burla.

—Después de ese espectáculo tienes el descanso más que ganado, preciosa. —Se acercó a mí, estiró la mano y me ayudó a levantarme—. Liv, debo confesarte que siento unas ganas enormes de

besarte ahora mismo...

—¡Liam! —exclamé, ofendida. Lo empujé con fuerza y él estalló en risas.

—Tranquila, no voy a besarte, pero me encanta provocar ese enfado en ti.

—Un día te voy a golpear tan fuerte que...

—Sí, sí, sí, ya me sé la respuesta: Me dejarás incapacitado para tener descendencia —bromeó, dejando el palo apoyado contra el cercado.

—Para tener más descendencia porque si de algo estoy segura es de que existe algún que otro bastardo Burke por ahí suelto —me burlé de él.

—¿Y qué te hace pensar que solo sería un bastardo mío, preciosa? Los piratas somos seres muy... sociales. Nos gusta confraternizar con todo el mundo allá a donde vamos —explicó de forma sensual. Estaba claro que buscaba provocarme otra vez y por eso insinuó que Hiram podría haber engendrado algún que otro hijo.

—Tu hermano no ha tenido descendencia todavía.

—¿Estás segura?

—Sí, y él también. Me dijo que siempre ponía cuidado de...

—Recuerdo a cierta pelirroja asegurarme que, por mucha seguridad que pusiese, había cosas que eran imposibles de controlar del todo. —Era un cabrón, no había más. Le pegué un puñetazo en el brazo y soltó un quejido de dolor, acompañado de risas. Le di la espalda y me fui hacia la casa, resoplando y maldiciendo su existencia—. ¡Vamos, Liv! —lo escuché decir a mis espaldas.

Ni me molesté en darme la vuelta, proseguí mi camino y desaparecí en el interior de la casa.

* * * *

Después de una cena ligera pero deliciosa, Alice decidió retirarse a descansar mientras que Liam y yo salimos al porche para disfrutar de una bonita noche invernal. El tiempo era cálido, hacía un poco de frío porque las temperaturas no eran las mismas, pero se podía estar bien ahí fuera.

Estaba sentada en la madera, con las piernas colgadas y acariciando la hierba con la punta de mis pies. Levanté la cabeza al escuchar el graznido de varias aves marinas rezagadas y me quedé maravillada con la visión que tenía ante mí. Como siempre, sobre nuestras cabezas se mostraba una nebulosa salpicada por pequeños puntos luminosos que parecían estar tocando una música celestial.

Cerré los ojos y respiré bien profundo para embeberme del aroma a sal y a plantas tropicales. Ya me había acostumbrado a esos olores y me encantaban porque me recordaban a él. Sentí la madera vibrar a mis espaldas y unas fuertes pisadas. Abrí los ojos y, por un instante, creí ver el rostro del hombre al que tanto amaba y añoraba.

—Aún me queda algo de whisky —dijo. Me entregó un pequeño vaso de hueso de ballena, tallado con unos bonitos relieves. Lo cogí con una mano y lo observé con suma atención, admirando

cada detalle y cada línea marcada—. Lo hice durante una de nuestras travesías —comentó.

—¿Lo has hecho tú? —pregunté asombrada.

—Tengo más habilidades que abordar barcos y entrenarte a ti, querida Olivia.

—O acostarte con mujeres casadas —bromeé antes de darle un trago a mi bebida.

—¿Eso es una insinuación para que tú y yo...? —Le di un codazo cuando se sentó a mi lado y se rio.

—Ni en tus sueños, amigo mío.

—Oh, créeme, preciosa. En mis sueños hacemos cosas que podrían avergonzar al mismísimo...

—¡Liam! —exclamé, atragantándome con el whisky.

Obviamente, él estalló en carcajadas hasta doblarse sobre sí mismo e incluso llorar de la risa mientras golpeaba la madera del suelo con el puño.

—Eres lo peor, pirata —protesté entre tos y tos.

—Definitivamente, me encanta provocarte, pelirroja. —Esa forma de llamarme, al igual que lo hacía su hermano, me trajo de nuevo la imagen de Hiram a la mente. Solté un largo suspiro y me quedé en silencio—. Va a volver, Liv, no te preocupes. La vida de los piratas es dura, pero siempre retornamos al hogar. Sobre todo si nos dan un motivo para ello y mi hermano tiene uno muy bueno —me dijo.

Tenía razón, sabía que iba a volver, pero aún así, su ausencia se me hacía cada vez más difícil. Quise contarle que Hiram iba a pagar por su liberación, pero me guardé esa información para cuando él regresara.

Liam pasó un brazo sobre mí y me atrajo hacia él. En cuanto sentí el calor de su cuerpo, me dejé caer sobre su hombro y volví a suspirar.

—¿Cómo es que tú te quedaste con Hornigold y no fuiste con él a la tripulación de Bellamy? —pregunté sin pensarlo.

—Benjamin es como un padre para mí, y para Hiram también, pero él sintió que tenía una deuda con Bellamy por...

—Porque le salvó la vida en aquella playa —intervine al recordar la historia de la herida que cruzaba el pecho de Hiram.

—Sí, pero también se hicieron buenos amigos mientras todos formábamos parte de la tripulación de Hornigold —contestó.

—Pero a ti no te cae especialmente bien, ¿me equivoco?

—Alguien está muy preguntona hoy —bromeó tras asomar la misma media sonrisa seductora que su hermano—. No, no te equivocas —afirmó.

—¿Por qué?

—Verás... No todo el mundo lo sabe, pero Bellamy tiene un motivo oculto por el que sale cada poco en busca de más riquezas y...

—Tiene una mujer esperándolo en Cabo Code, lo sé. —Liam se movió en el sitio y me miró. Yo sonreí y levanté los hombros en señal de disculpa.

—Ya conocías esa historia, ¿verdad?

—Bueno, conozco la historia de la piratería y de los más famosos. En mi tiempo es a lo que me dedico..., o pretendía dedicarme, vaya —le expliqué.

—¿Somos famosos?

—Mucho.

—Vaya —susurró—. ¿Sabías de nosotros dos? —Negué con la cabeza y él solo sonrió, algo decepcionado diría yo—. Bellamy está reuniendo la mayor fortuna que podamos calcular y todos piensan que es por avaricia. Tan solo Williams, mi hermano y yo conocemos ese secreto. No sé por qué no lo quiere compartir con sus hombres, al menos.

—Tal vez no quiera parecer débil ante la tripulación y perder así la capitanía del barco —dije.

—Le estás tomando cariño, ¿verdad?

—No..., no sé. Bellamy siempre tiene muchos secretos, nunca cuenta las cosas de una forma clara. Es un zorro marino...

—Yo no lo podría haber descrito mejor.

—Pero, aún así, Samuel se hizo pirata por amor y eso me dice que tiene un corazón que una vez latió con fuerza por otra persona.

Lo escuché reír y me abrazó con más fuerza. Luego, me dio un beso en la frente y apoyó la mejilla sobre mi cabeza.

—Tienes un gran corazón, Olivia Burke. Mi hermano ha sabido elegir bien —confesó y a mí me hicieron vibrar esas palabras. Yo también había elegido a un gran hombre, a mi alma gemela.



La conversación con Liam me dejó intrigada por conocer más sobre Bellamy. Yo sabía lo que decían algunos textos y poco más, pero sentía una necesidad enorme por conocer la historia del príncipe de los piratas que se embarcó por amor.

Tumbada en la cama, pensé en el capitán Bellamy y en mi decisión de romper la brújula para quedarme aquí con Hiram. Comprendí que no éramos tan diferentes el uno del otro. Él se hizo pirata por una mujer y yo abandonaría todo mi futuro por mi Irlandés.

Cerré los ojos, estiré un brazo hacia el lado que siempre ocupaba él y suspiré al notar el frío de su ausencia.

—Vuelve pronto, mi amor, por favor —supliqué al cielo, deseando que el viento le llevase mi mensaje.

A la mañana siguiente, acompañé a Alice a asistir un parto a una casa cerca Spencer's Point, hacia el oeste. Liam se quedó en la casa para rematar las zonas que le quedaban por terminar del tejado.

El angustiado padre de la joven parturienta acudió en busca de ayuda porque su hija, según nos explicó en cuanto llegó, llevaba dos días alumbrando y el niño parecía no tener intenciones de salir.

Alice no lo dudó y enseguida cogió todo lo necesario para un parto tan difícil. Me pidió que la acompañase y yo accedí al instante porque así estaría más distraída. Y porque mi mente de historiadora me empujaba a aventurarme y así aprender más sobre los métodos utilizados en esta época.

Nos subimos a la carreta del hombre, que sujetaba las riendas de una hermosa yegua marrón con patas y crines negras. En cuanto se hubo asegurado de que estábamos bien sujetas, azuzó al animal y salimos de allí a gran velocidad.

El trayecto no fue muy largo, pero lo suficientemente accidentado para mi trasero. Viajar en una carreta de madera del 1700 por esos caminos de tierra y guijarros no era la mejor de las experiencias.

Tras dejar atrás la bahía de Nassau, y de comernos una docena más de baches que hicieron que tanto yo como algunas de las cajas de la carreta acabásemos saltando cual gatos al tocar el agua, llegamos a una casa de madera oscurecida ubicada cerca de la costa. Una cabaña, más bien, con un

tejado a dos aguas y de dimensiones no mucho más grandes que el resto. En cuanto el hombre aseguró la carreta frente a la puerta, se apresuró a ayudar a Alice a bajar. Yo salté al suelo sin problemas y hasta me sorprendí de no haberme enredado con mis propios pies. Sonreí al pensar en que los entrenamientos con Liam me estaban sirviendo para mucho más que para saber defenderme.

Unos gritos agónicos provenientes del interior de la casa, nos dejó atónitas a ambas. No así al hombre, que enmudeció y se puso de un color blanco como la leche. Miré a Alice y esta asintió.

—Vamos, llévanos con tu hija —lo instó.

Él asintió y nos guió hacia el interior de la vivienda, donde encontramos a un joven envuelto en lágrimas, sentado en un taburete de madera. Tenía la cabeza apoyada en ambas manos y se balanceaba de la misma forma en que un autista lo solía hacer. Se me encogió el corazón al verlo tan angustiado.

—Gael —pronunció el hombre a nuestro lado, sin querer preguntar nada más. Miedo, había mucho miedo en su mirada y un dolor tremendo. No me hizo falta ser muy empática para percibir todas esas emociones.

—No sale, señor Barrows. El niño viene de nalgas y no hay forma de ayudarlo a salir y... y eso... eso está matando a vuestra hija... a mi esposa... yo... yo no —balbuceó el muchacho.

Alice se acercó a él, posó una mano sobre su hombro y lo instó a mirarla. En cuanto levantó la vista hacia ella, vi a mi suegra sonreírle de la misma forma maternal que lo hacía con sus hijos.

—Tranquilo, Gael, haré todo lo que esté en mi mano por salvarlos —afirmó ella.

Abrí los ojos, sorprendida porque pudiese estar tan segura de que lograríamos tal hazaña. No sabía mucho sobre las técnicas en esta época, pero sí conocía lo suficiente como para saber que había un alto índice de mortandad durante los partos, tanto por parte de las madres como de los bebés.

Con una mirada Alice me indicó que la acompañase y así lo hice. Con la canasta bien sujeta entre mis brazos, caminé tras ella hacia la habitación de la que provenían los alaridos. Al entrar, nos encontramos a dos mujeres tratando de aliviar a una agotada parturienta.

Me fijé en que no debía de tener más de diecisiete años y ya estaba padeciendo los dolores más horribles que jamás podría imaginar. La muchacha estaba en cuclillas, sujeta con fuerza de una mano a uno de los pilares del dosel de la cama. Se la veía agotada, empapada en sudor y con serios problemas para respirar.

Desvié la mirada hacia el suelo y, debajo de ella, observé un pequeño charco de sangre y lo que intuí que debía de ser flujo. No era médica ni enfermera, pero supe que eso no era buena señal.

Una señora regordeta la sujetaba del otro brazo y la animaba a empujar, mientras, la mujer que deduje que era su madre, masajeaba la zona lumbar de la joven y le daba ánimos con semblante angustiado.

—¡Santo cielo! Pero... —exclamó Alice en cuanto vio la escena—. Salgan todas de aquí, tan solo

quiero a la madre de la muchacha y a mi ayudante. Traedme baldes con agua caliente y paños hervidos. Rápido —las instó dando unas palmadas.

La mujer regordeta pareció ofenderse por las órdenes impuestas, pero a una orden de la madre de la joven, salió de la habitación como una exhalación. Nos quedamos solo nosotras tres y la parturienta, que se incorporó con serias dificultades.

Dejé la canasta en el suelo y corrí a ayudarla. La cogí de la cintura con un brazo y con el otro, sujeté su mano. Tenía el cuerpo completamente frío y pude escuchar lo mal que respiraba. Entre su madre y yo la llevamos hasta la cama y la colocamos tal y como Alice nos fue indicando.

—Gracias... —susurró con leve hilo de voz la joven.

—Tranquila, la señora Burke es muy buena en su trabajo y pronto acabará todo. En nada tendrás a tu hijo en brazos y todo se habrá quedado en una pesadilla —dije, mientras le apartaba el pelo mojado de la cara. Ella me respondió con una leve sonrisa.

—Muy bien. Liv, necesito que te coloques detrás de ella y hagas de punto de apoyo porque esto va a ser muy incómodo —habló Alice.

En ese instante, la señora regordeta volvió a entrar en la habitación cargando con dos baldes de agua hasta arriba. Uno de ellos llevaba en su interior varios paños de tela. Alice se subió las mangas de su camisa y metió los brazos en el cubo hasta la altura de los codos. Repitió la misma escena varias veces.

Cogió los utensilios y los refregó bien en el mismo agua. Luego, con todo listo, se acercó hasta nosotras y se arrodilló en el suelo, quedando su cara a la altura necesaria para poder maniobrar bien.

Tomó a la joven de los tobillos y los colocó sobre el colchón a ambos lados de sus caderas para dejarla bien abierta y expuesta. Con uno de los paños, limpió la sangre y nos miró a las dos.

—¿Listas? —Yo asentí, pero la joven asintió con cierto temor—. Bien, esto te dolerá un poco, pero debo hacerlo para que tu hijo salga y ninguno de los dos acabéis abandonando este mundo —dijo, y metió las manos dentro de la muchachas.

Ella se retorció entre mis brazos y soltó un grito, más por la impresión que por las molestias. La sujeté con fuerza y le hablé con calma para tranquilizarla, le canté una nana que me solía cantar mi padre cuando era pequeña mientras veía a Alice ahí abajo, hurgando y moviendo los brazos en el interior de la joven.

—Está de nalgas y atravesado, por eso no salía. Del esfuerzo de empujar, te has desgarrado las paredes... —fue explicando con cada movimiento.

La chica gritaba de dolor y reculaba hacia mí, algo que hizo que en varias ocasiones Alice perdiese la posición. Lo intentó una última vez y, en cuanto escuché un *eureka*, supe que había logrado colocarlo bien.

—Muy bien... no me has dicho tu nombre —dijo Alice, aun con las manos dentro de la chica.

—Ruth, me... me llamo Ruth, señora —jadeó. El sudor había vuelto a asomar y arroyaba por su

rostro hasta perderse en el cuello y entre el pelo.

—Muy bien, Ruth. Ahora necesito que hagas un último esfuerzo y empujes con todas tus fuerzas. ¿Podrás hacerlo, querida? —La joven asintió.

—Sujétate a mis manos, Ruth —le dije y se las tendí a ambos lados. Las tomó con fuerza, cogió aire y comenzó a empujar—. Eso es, vamos. Empuja —la animé.

—Ya sale, Ruth, tú hijo ya está aquí —afirmó Alice.

Ruth gritó con fuerza mientras daba un último empujón y una pequeña criatura morada resbaló hasta los brazos de Alice. Ya estaba hecho..., o eso creíamos todos. Observé a mi suegra manipular al bebé recién nacido. Lo limpió con uno de los paños y le quitó restos de la placenta de la boca.

Me miró con cara de preocupación y mi corazón se encogió. El niño no respiraba, no había signos de vida. Quizás llevase demasiado tiempo sin recibir oxígeno y los esfuerzos no solo agotaron a la madre, si no que al niño también.

—No-no llora, ¿por qué no llora? —jadeó angustiada Ruth.

—Tranquila, Alice está en ello —dije sin desviar mis ojos de mi suegra.

La madre de la joven estaba a su lado, sujetando la cabecita del niño mientras Alice masajeaba el pecho con dos dedos y le insuflaba aire en los pulmones. Fueron unos minutos demasiado largos en los que nos temimos lo peor, pero, finalmente, un llanto fuerte nos informó a todas de que el pequeño estaba vivo.

—Tiene unos buenos pulmones —bromeó Alice. Envolvió el cuerpecito del niño y se lo entregó a la abuela, que lo miraba con suma adoración y se reía mientras lo acunaba—. Bueno, Ruth, nos queda la última parte...

—¿Qué? Pero... el niño ya ha...

—Lo sé, pero hay que sacar la placenta de tu interior o morirás por fiebres —dijo. Sí, eso también era muy común en estos tiempos. Si no las mataba el parto, las mataban las infecciones por no limpiar bien el interior de las madres.

—Pero... —Percibí el miedo y las dudas en la joven.

—Ruth, hay que hacerlo, será un instante y nada desagradable ni doloroso —comenté con calma.

—Tranquila, jovencita. Será mucho menos molesto y tan solo me llevará unos minutos —afirmó Alice. Sin dejarla decir una sola palabra más, volvió a meter las manos en su interior—. Muy bien, Ruth, empuja de nuevo —dijo.

La joven obedeció y empujó, sin saber muy bien por qué. Seguía agarrada con fuerza a mis manos, las cuales dejé de sentir hacía ya varios minutos.

—Ya está, no empujes más —la instó Alice.

La vi manipular algo muy asqueroso que deduje se trataba del resto de la placenta. Esa fue la parte más desagradable de todas, pero necesaria. Envolvió los restos en una manta y le pidió a la señora regordeta que la quemase.

Luego, cogió un paño del cubo, lo removi6 entre el agua tibia, lo retorci6 y procedi6 a limpiar toda la zona vaginal de la joven. Ruth respiraba con dificultad entre mis brazos, pero se le veía otro semblante mucho m6s relajado.

En cuanto Alice termin6 de asearla, la tap6 con una manta. Recogi6 todo y se sent6 en el borde junto a Ruth, le abri6 el camisi6n y comenz6 a manipularle los pechos hinchados. Sonri6 en cuanto uno de ellos solt6 un l6quido blauecino.

—Bien, es hora de darle de comer a tu beb6, Ruth —dijo y se gir6 hacia la madre de la joven para pedirle el ni6o.

Con una delicadeza que me dej6 impresionada, le coloc6 el ni6o en el regazo y le ense6o c6mo darle de mamar bien, sin que hubiese atragantamientos ni mayores dificultades. Estaba claro que Alice había sido una gran enfermera en su tiempo. Esta familia había tenido mucha suerte de tenerla allí porque estoy segura de que no hubiesen sobrevivido ninguno de los dos, ni la madre ni el ni6o.

—Au... succiona fuerte —pronunci6 Ruth en cuanto el peque6o se le enganch6 del pez6n.

—Eso es bueno, quiere vivir y tiene hambre —respondi6 Alice.

—¿Quieres que le diga a tu esposo que venga? —le pregunté mientras salía de detr6s de ella y la ayudaba a acomodarse mejor contra el respaldo de la cama. Ella me mir6, esboz6 una enorme sonrisa y asinti6.

No me dio tiempo a moverme de la habitaci6n cuando Gael, al que había informado ya su suegra, entr6 como alma que lleva el diablo en la habitaci6n. Tenía los ojos hinchados y llenos de l6grimas, pero esta vez no eran de tristeza, si no de una enorme felicidad.

—Felicidades, ambos sois padres de un peque6o hombrecito —le inform6 Alice.

—¿Un ni6o? ¿Es un ni6o? —Gael me mir6 asombrado, mir6 a su esposa y luego a Alice, que asinti6 sin m6s.

—Un heredero, cari6o. El primero de muchos —contest6 Ruth, mientras el peque6o permanecía aferrado a su pecho y degustaba de la leche materna que manaba de él.

Gael se ri6, sonri6, se limpi6 las l6grimas con la manga de la camisa y corri6 a sentarse al lado de su esposa y su hijo. Alice me hizo un gesto para que los dej6semos a solas, pero, momentos antes de salir de allí, me giré y vi la estampa m6s maravillosa de todas. Vi a unos padres felices y orgullosos por haber traído vida al mundo. Tuve ganas de llorar y a la vez sentí una especie de llamada. Mis pensamientos volaron hacia Hiram y, por un instante, nos vi a los dos ahí, dando la bienvenida al mundo a nuestro hijo.

—Eso que estás sintiendo ahora mismo es normal —pronunci6 Alice a mi lado.

—¿Te refieres a un repentino deseo por ser madre? —pregunté mientras cerraba la puerta tras de mí. Ella asinti6—. No te voy a negar que deseo mucho formar una familia con tu hijo, pero...

—A la vez sientes pavor por las dificultades que acarrea parir en estos tiempos. —Me maravillaba la forma en la los Burke lograban leer mi mente siempre. Asentí—. No te negaré que es

un riesgo grande, pero me tienes a mí a tu lado, Liv. Si decides tener un hijo o los que sean, yo te ayudaré en todo —me aseguró.

—Bueno, para eso tendría que tener a mi esposo conmigo... —protesté en tono de broma.

Alice me envolvió con los brazos y me dio un tierno beso en la mejilla.

—Pronto regresará, ya lo verás, y podréis formar esa familia que tanto deseáis los dos. Os auguro un gran futuro juntos, querida mía. Vuestros corazones estaban destinados a estar juntos y ese tipo de unión no puede quebrantarlo ni la muerte.

—Le dije a tu hijo que quería romper mi brújula. —Esa confesión la dejó pasmada. Se separó de mí y me observó con detenimiento, sin soltarse de mis hombros.

—¿Ya has tomado la decisión?

—Sí, pero tu hijo quiere que espere un año...

—¿Un año? ¿Y por qué demonios habría de esperar tanto?

—Bueno, verás... Él quiere...

—Habla ya, jovencita, o me va a dar un infarto —protestó Alice.

—Hiram quiere hablar con Bellamy para dejar la piratería, pero no sabe cuánto le va a costar obtener su liberación. Dice que no quiere que me quede aquí atrapada, en caso de que a él le ocurriese algo —le conté finalmente.

Alice abrió los ojos, sorprendida por mis palabras. Se quedó ahí, estática y fija en mis ojos, hasta que una enorme sonrisa asomó en su rostro. Sin más, me volvió a abrazar, pero esta vez me apretó mucho más fuerte.

—Sabía que eras la indicada, la que haría que mi hijo abandonase ese oficio tan peligroso —me susurró con la voz entrecortada por la emoción.

—Bueno, yo no hice nada, Alice. Fue decisión de él, ni se me ocurriría pedirle que deje algo que le guste.

—No hizo falta, Hiram es muy intuitivo y supo leerlo en ti. Ahora solo me falta que alguien haga que el descerebrado de mi otro hijo tome el mismo camino que su hermano mayor —dijo.

—En eso no te puedo ayudar —solté entre risas, y ambas acabamos riéndonos a carcajadas.

Permanecimos allí hasta última hora de la tarde porque Alice quiso asegurarse de que todo estaba bien. Cuando hizo la última exploración a la madre y al niño, y vio que todo estaba correcto, recogimos nuestras cosas para volver a casa antes de que la noche cayese sobre nuestras cabezas.

El padre de Ruth se ofreció a llevarnos de vuelta a casa y ambas aceptamos su ofrecimiento. No teníamos mucho deseo de volver caminando, así que acabamos subidas de nuevo sobre esa vieja carreta de madera. Esta vez, fuimos los tres sentados en la parte delantera, aunque eso no evitó que mi trasero rebotase con los mismos baches.

Al pasar por la zona del puerto, mi corazón dio un vuelco en el pecho. Fondeado en el mar vi la figura de La Sultana y del Mariane. Mis labios se curvaron en una enorme sonrisa y mi respiración se

aceleró. Hiram estaría en casa esperándonos.

Cerré los ojos y suspiré emocionada. Alice apretó mi mano con la suya para transmitirme su calor, ella también había reconocido los barcos.

Se me hizo eterno el tramo desde la bahía hasta casa. Tenía la extraña sensación de que, si me hubiese bajado de la carreta, hubiese llegado mucho antes corriendo. No podía esperar para abrazarlo, para besarlo y amarlo de nuevo.

En cuanto entramos en el último tramo del camino hasta la casa, vislumbré varias figuras masculinas a lo lejos. Estaban parados en el porche, con los brazos cruzados y dialogando. Uno de ellos, al que reconocí en seguida, se rascaba la cabeza con nerviosismo y negaba con la cabeza.

Liam

Un mal presentimiento se asentó en mi interior y noté mi sangre helarse a cada metro que acortábamos. Miré a Alice, que también parecía estar pensando lo mismo que yo.

Desvié la vista de nuevo al grupo de hombres y vi la figura de Bellamy, cabizbajo o mirando al suelo más bien, como absorto en sus pensamientos. Pero me centré en Liam porque se movía nervioso y eso me preocupó mucho.

Segundos antes de que la carreta se detuviese frente a la casa, la mirada azul de mi cuñado se clavó en mí y supe que le había ocurrido algo malo a Hiram. Apenas el padre de Ruth echó el freno, salté y corrí hacia ellos.

—¿Qué ha pasado, Liam? ¿Dónde está Hiram? —pregunté, agitada y teniendo problemas para respirar con regularidad.

—Cálmate, Liv —se apresuró a decirme. Posó ambas manos sobre mis hombros, intentando calmarme, pero su semblante angustiado no me ayudaba mucho.

—¿Dónde está mi esposo?! —exclamé. Miré a Liam con dureza y luego al resto de hombres que había allí, hasta detenerme en Bellamy—. Capitán, por... por favor... dónde... —balbuceé ya con un hilo de voz y las lágrimas brotando sin control.

Samuel, por primera vez, no me mantuvo la mirada como otras veces. Cerró los ojos, suspiró y miró al suelo para tomar fuerzas de algún lugar en su interior. Levantó sus ojos de nuevo hacia mí y dijo:

—Lo han apresado. Vane le organizó una emboscada y lo detuvieron por piratería.

—¿Dónde? —pregunté sin más. Mi cabeza comenzaba a dar vueltas y empezaba a verlo todo borroso.

—Está en Jamaica, so pena de muerte. —Y el corazón se me detuvo tras esas palabras.

El mundo se quedó a oscuras.



Noté algo frío y húmedo acariciarme la frente. Abrí los ojos, no sin dificultad porque los sentía pesados. Escuché voces en la lejanía, una mujer y varios hombres hablaban, aunque no lograba entender nada.

Quise moverme, pero una mano me aferraba con fuerza. Giré la cabeza y seguí el brazo que permanecía sujeto a mí. Me encontré con unos ojos azules fijos, que me observaban con angustia.

Conocía esa mirada, esa sonrisa que asomó en su rostro al verme despertar. Mi corazón se agitó, cerré los ojos de nuevo y los volví a abrir. La cruda realidad me golpeó con fuerza al comprobar que no se trataba de él, sino de su hermano.

—Por fin, preciosa. Nos has dado un susto de muerte a todos —pronunció Liam, apartando un mechón de cabello que cruzaba mi rostro y acariciando después mi perfil con delicadeza.

Una mano femenina me rozó una mejilla. Ladeé la cabeza hacia el otro lado de la cama donde me encontraba tumbada y vi a Alice observándome con ternura. Atisé restos de lágrimas en sus ojos y entonces recordé.

—Hiram —exclamé, incorporando mi cuerpo de golpe y sintiendo un mareo repentino, acompañado de un dolor de cabeza enorme. Me dejé caer de nuevo hacia atrás, hasta acabar hundida contra los almohadones de plumas.

—Liv, despacio. No debes moverte tan rápido, has sufrido un desmayo y aún no te has recuperado —dijo Alice. Pasó por mi frente un paño mojado y frío y me apartó el pelo hacia atrás para no empaparlo.

—Pero... —intenté protestar y moverme de nuevo, pero Liam me lo impidió posando su mano sobre mi hombro.

—No, hablaremos cuando te recuperes —me instó, con semblante serio.

—Tienen razón, debes descansar. —Esa voz... la reconocí y seguí el sonido hasta encontrarme con dos gemas verdes que me observaban desde la puerta de la habitación. Bellamy permanecía apoyado contra el marco, con los brazos cruzados y serio. Junto a él estaban Brom, Ronny y Alastir.

—Ya descansaré después, ahora debemos liberar a mi esposo de...

—Es una orden, Olivia Burke —soltó con voz firme.

Clavé la mirada en él y resoplé.

—No soy un miembro de tu tripulación a quien puedas ordenar —le espeté.

—Oh, ya lo creo que lo eres y uno muy valioso —afirmó con ese tono de suficiencia con el que siempre me hablaba. Pero, entonces, su semblante cambió, descruzó los brazos y se acercó al borde de la cama—. Lo digo en serio, Liv, debes descansar. Mañana hablaremos de todo lo que quieras, te haremos partícipe en todo momento de las decisiones que se tomen porque te prometo que iremos en su busca. Te lo traeré de vuelta, lo juro por mi alma —dijo.

Bellamy nunca me había llamado por mi nombre de pila, ni tampoco se había mostrado tan preocupado por mi estado. Más bien, nuestra relación se basaba en un tira y afloja de dos caracteres fuertes y decididos. Ese gesto me conmovió y tan solo asentí.

—Muy bien, todos fuera. Aquí ya hay mucha gente y ella debe descansar —impelió Alice, dando unas palmadas e indicando a todos que se fueran de la habitación.

Liam se acercó a mí, me besó en la frente y se levantó de la cama. Movida por un impulso, me estiré y lo sujeté de la mano.

—No... Quédate conmigo, por favor —le supliqué sin pensarlo.

—¿Estás segura? —Asentí con decisión y él me sonrió. Se tumbó en la cama a mi lado y levantó el brazo para que yo pudiese apoyar mi cabeza sobre su torso—. Pero no pienso besarte, ¿eh? Soy fiel a mi hermano —bromeó. Le di un puñetazo en el costado y él se quejó, para acabar los dos riendo.

Nos quedamos en esa posición en silencio durante un buen rato, solo dándonos apoyo mutuo. Él dibujaba pequeños círculos con la punta de sus dedos sobre mi hombro y eso me recordó a Hiram.

—Dime que podremos salvarlo —supliqué, con mi mejilla pegada a su pecho y mi mano apoyada sobre su tripa.

—Ya oíste lo que dijo Bellamy...

—No, quiero oírtelo decir a ti. —Me incorporé y me quedé ahí, quieta y mirándolo fijamente. Eran tan iguales los dos, tan parecidos, que había veces que me costaba convencer a mi corazón de que no eran la misma persona—. No confío en nadie más, Liam —confesé, finalmente.

Él esbozó esa media sonrisa traviesa y me preparé para una de sus bromas, pero, para mi sorpresa, tan solo acarició mi mejilla con ternura mientras recorría mi rostro con la mirada. Por un instante, se detuvo en mis labios y vi cómo se humedecía los suyos. Se acercó a mí y me dio un cálido beso en la frente que me hizo cerrar los ojos y suspirar ante ese contacto tan fraternal.

—Lo salvaremos, Liv, te lo juro. —Volvimos a colocarnos en las mismas posiciones de antes y nos quedamos dormidos, o yo al menos me dejé llevar rápido por los brazos de Morfeo.

Abrí los ojos cuando la claridad invadió mi habitación. Me moví en la cama y encontré el sitio

donde Liam había estado echado vacío y frío. Eso era señal de que se había ido hacía bastante tiempo.

Me tumbé boca arriba, cerré los ojos y suspiré. Mis pensamientos viajaron en busca de un rostro y de una mirada oceánica que me calmase. Recordé los últimos momentos con mi esposo y pude sentir sus besos y sus caricias recorrer todo mi cuerpo.

—Hiram —susurré su nombre al vacío de la habitación, una palabra que sonó como un lamento.

Al otro lado de la puerta, que estaba cerrada, escuché pasos y varias voces masculinas. Supuse que serían Liam y algunos miembros del barco.

—¡Ay! —se oyó un quejido proveniente de una voz joven. Ronny, pensé.

—Jovencito, aún no estamos todos. No toques el desayuno —lo regañó Alice. Una risa involuntaria salió de mi boca al imaginarme la escena.

Aparté las mantas de la cama y me levanté como alma que lleva el diablo. Busqué mis pantalones de piel y las botas marrones que Hiram me había comprado. Al remover la ropa del armario, encontré una camisa suya y no me lo pensé. Me la puse, aunque me quedase enorme, y la ajusté con el corpiño como pude.

Una vez que estuve vestida, me llevé el brazo a la cara y aspiré el aroma de la manga de la camisa. Olía a él, era una forma de llevarlo siempre conmigo y así garantizarme que lo traeríamos de vuelta. Pero, por lo pronto, mi primera misión era convencer a Bellamy para que me permitiese embarcar con ellos e ir a salvar a mi esposo.

Salí de la habitación y, cuando llegué a la entrada, me encontré con Brom y Ronny sentados a la mesa, a Alastir ayudando a Alice con varios cacharros de la cocina y a Liam y Bellamy parados en el umbral de la puerta mientras dialogaban.

Mis ojos se fueron directos a mi cuñado, quien se acercó a mí en dos zancadas. Posó las manos en mis caderas, me miró y, con una suave y aterciopelada voz, me preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

Sonreí, agradecida por su preocupación, y susurré para que nadie más nos oyese:

—Bien, gracias. —Él esbozó una enorme sonrisa y me besó en la frente. Asomé mi cabeza por un lado de Liam y miré hacia Bellamy—. Lista para ir en busca de mi esposo, capitán —dije.

Nadie habló, nadie se movió del sitio. Ni siquiera Alice o Liam. Samuel y yo permanecimos fijos el uno en el otro. Soltó un sonoro suspiro, descruzó los brazos del pecho y caminó hacia la mesa.

—No esperaba menos de ti, Olivia Burke —comentó mientras arrastraba un taburete hacia atrás y se acomodaba en él—. Te dije que iba a querer venir —le dijo a Liam.

Desvié mis ojos hacia mi cuñado y lo vi apretar la mandíbula al mismo tiempo que me miraba. Resopló y me tomó de las manos.

—Liv, será una misión muy peligrosa...

—No me importa, sé defenderme. Además, necesitáis a alguien que conozca bien Port Royal —

lo interrumpí porque sabía que iba a intentar convencerme para que me quedase esperando.

—Nunca has estado en Jamaica —protestó Liam.

—Pero he visto los suficientes mapas para saber cómo moverme por la fortaleza y por...

—Liv —insistió él.

—No me pidas que me quede aquí, por favor. Es mi esposo, tu hermano, y voy a ir —aseveré.

—También te dije que no lograrías convencerla —se apresuró a comentar Bellamy.

—Déjame el tema de mi cuñada a mí, por favor —soltó Liam, mirando por encima de su hombro hacia donde estaban los demás.

—No soy ningún tema que tratar. Voy a ir y no se hable más —sentenció. Me solté de sus manos y me crucé de brazos, desafiándolo con la mirada.

Liam cerró los ojos, resopló y maldijo varias veces antes de girarse hacia Bellamy y decir:

—No irá sola, yo viajaré en tu barco. —El capitán esbozó una sonrisa victoriosa y asintió.

—¿No tendrás problemas con Hornigold por enrolarte con otra tripulación? —pregunté preocupada.

—Bueno, llevamos hablando desde bien temprano sobre cómo vamos a proceder para rescatar a Hiram y hemos acordado que uniremos ambas tripulaciones —me explicó Liam. Me quedé pasmada y abrí los ojos tanto que bien se me podían haber caído de las órbitas.

—Eso aún no está del todo claro, vayamos por partes —dijo Bellamy.

—No podemos esperar mucho más, Sam. —El semblante de Liam cambió al decir esas palabras y pude percibir la preocupación en ellas.

—¿Qué no me estáis contando? —Paseé mi mirada de uno a otro, incluso al resto de la casa, pero ninguno dijo nada.—Hablad —les ordené.

—Lo colgarán en dos semanas. —Fue Bellamy quien contestó, pero Liam me lo confirmó en cuanto busqué sus ojos.

Mi corazón otra vez se detuvo y sentí que mi mundo se derrumbaba por momentos. Dos semanas... Teníamos dos semanas para planificar, asaltar Port Royal y liberar a Hiram. Y todo eso, sin que nos capturasen en el intento.

Mis piernas temblaron y dejaron de sostenerme por unos instantes. Liam fue rápido y me sostuvo entre los brazos.

—Eh... Liv, vamos, cálmate —dijo mientras me sujetaba.

—Estoy bi-bien. Solo ha sido...

—Siéntate y come algo, jovencita. Tantas emociones no son buenas —me ordenó Alice, que en algún momento se había acercado a nosotros y me estaba colocando una mano sobre la frente.

—No tengo fiebre, Alice, estoy bien —dije para calmarla.

—Tu suegra tiene razón, Olivia. Debes comer algo antes de ponerte a trazar planes de rescate suicidas —comentó Bellamy.

—Gracias por tu aportación —dijo Liam con absoluto sarcasmo.

—De nada, siempre es un placer ayudar —respondió y esbozó una pícaro sonrisa.

—Dejad de discutir u os juro que os daré una patada en vuestras lindas posaderas, una vez que haya comido algo —aseveré. Vi a Bellamy agachar la cabeza para esconder una risa y a Liam hacer lo mismo.

Me senté a la mesa, con Liam a mi lado. Alice fue en busca de un poco de caldo templado que había preparado porque decía que me haría bien y equilibraría mi cuerpo.

—Bueno, será mejor que os dejemos a solas. Muchachos —ordenó Bellamy a sus hombres.

—Pero, si no hemos desayunado —protestó Ronny.

—Has devorado varias bandejas de cecina y queso en la taberna a primera hora de la mañana. ¿Cuántas veces más quieres desayunar, muchacho? —lo regañó Alastir.

—Estoy creciendo, necesito alimentar mi cuerpo —refunfuñó el joven.

Ahora éramos Liam y yo los que ocultábamos nuestras risas. Brom le dio una colleja a Ronny y lo levantó de la silla.

—Anda, vamos, muchacho. No discutas con tu capitán o te hará pasar por la quilla del barco.

Los tres piratas salieron de casa. Bellamy me miró, parecía querer asegurarse de que estaba bien. Sonrió y se levantó.

—Nos veremos en la casa de Anelle —dijo y salió tras sus hombres. Los observé alejarse por el camino mientras mordía un trozo de queso.

—¿Por qué quiere reunirse en una casa de putas? ¿Es que no os podéis ver en una taberna o en el mismo barco? —inquirí a Liam.

—¿Celoso de que alguna mujer se me acerque demasiado, preciosa? —bromeó él.

—No seas tonto. —Él estalló en carcajadas.

—Nos reunimos allí porque es donde nos estarán esperando Hornigold y Teach...

—¿Has dicho Teach? ¿Edward Teach? —pregunté asombrada. Emocionada, más bien.

—¿Has oído hablar de él, no es así?

—¿Quién no ha oído hablar del infame pirata Barbanegra? —respondí sonriendo como una niña a la que le acaban de decir que la llevarían a su parque de atracciones favorito.

Liam resopló y movió la cabeza de lado a lado, llegando incluso a revolverse su melena castaña y ondulada.

—Sea lo que sea que sepas, cuida tus palabras y no digas nada que...

—Tranquilo, cuñado. Sé moverme por estas tierras, ya —le interrumpí, divertida. Posó su mano sobre mi rodilla y dio un ligero apretón en ella.

—Liv, hablo en serio. —Lo miré y pude ver una gran preocupación en sus ojos. Eso me enterneció, nunca lo había visto comportarse así conmigo. Dejé mi mano sobre la suya y la acaricé con ternura.

—Deja de preocuparte tanto por mí, sé las cosas que puedo decir y las que no. Estaré bien, Liam.

—Espero que así sea o no sabré qué demonios contarle a mi hermano cuando regrese.

—¿Crees que lo lograremos? —pregunté, entonces.

—Sí, estoy muy seguro de ello.

—¿Cómo? ¿Cómo puedes estarlo?

—Porque veo el amor tan grande que sientes por él y lo dispuesta que estas a arriesgar tu propia vida por salvarlo, por eso lo sé. Un amor como el vuestro no se puede romper tan fácilmente. —Mis ojos se nublaron, se llenaron de agua y dejé que las lágrimas corriesen por mis mejillas.

Un sollozo se escapó de mis labios y entonces Liam me abrazó con fuerza. En ese instante me derrumbé y rompí a llorar por dolor y la angustia que atenazaban mi corazón. Lloré de rabia y maldiciendo la existencia de Charles Vane, jurando en mi interior que lo mataría si tuviese la oportunidad. Lloré hasta casi desgarrar mi voz.

* * * *

Con el sol brillando y calentando en lo más alto, Liam y yo caminamos entre la muchedumbre que siempre se congregaba alrededor del mercado de Nassau, cerca del fuerte. Los habitantes de la isla vendían sus trabajos artesanales, en su mayoría, pero también acudían a comprar o intercambiar objetos por pescado y otro tipo de alimentos.

Se escuchaban conversaciones de todo tipo, pero sobre todo se podía oír cómo regateaban y acordaban el precio de las ventas. También el sonido de las risas de los hombres en las tabernas y en el exterior de estas inundaban la zona. Piratas fornidos que bebían ya desde bien entrado el día.

En un momento de mayor aglutinamiento de gente, Liam me tomó de la mano para no separarse de mí y tiró con suavidad, apartando los cuerpos que nos encontrábamos a cada paso que dábamos.

Dejamos el puerto a nuestras espaldas y llegamos a la amplia plaza donde las prostitutas paseaban y los hombres sedientos de placeres las acechaban.

Liam desvió su mirada hacia la derecha y soltó un largo suspiro. Seguí la dirección de sus ojos y supe lo que estaba viendo. Era la casa de Anne Bonny, la amante que rompió con él hacía pocas semanas porque había encontrado calor en otro hombre más masculino. Al menos eso es lo que Liam me había contado.

Apreté mi mano sujeta a él, que se giró para mirarme. Le sonreí con ternura al comprender lo que estaba sintiendo y Liam simplemente asintió, curvando su boca lo suficiente para mostrarme su mejor sonrisa.

Continuamos nuestro camino hasta llegar ante las puertas de la casa de Anelle, ese edificio de estilo indiano, con corredores de madera y de un color blanco amarillento que traía unos desagradables recuerdos de la última vez que estuve aquí.

Me pregunté si la puta a la que le disparé en el pie se habría recuperado bien, pero no tuve que esperar mucho para saberlo. Justo cuando nos disponíamos a entrar, la joven atravesaba las puertas abatibles de la taberna, caminando con dificultad y ayudada por un bastón largo de madera retorcida.

Se quedó petrificada al verme allí ante ella y pronto su mirada se tornó en un odio visceral. Liam se colocó delante de mí, protegiéndome con su cuerpo.

—Me has destrozado la vida, ¿sabes? —exclamó con desprecio.

—Tú intentaste matar a mi esposo. Estamos en paz —le espeté.

—Pero está vivo y yo, en cambio, he perdido muchos de mis ingresos debido a que ya no podré caminar bien nunca más. Estoy defectuosa, incompleta, y...

—No es mi culpa que los hombres que frecuentas sean unos mastuerzos. Para follar no necesitan tus pies, solo que te abras de piernas y los dejes entrar. —Liam agachó la cabeza y ahogó una risa tosiendo y tapándose la boca con la mano—. De todas formas, te pido perdón porque me dejé llevar por mis impulsos y no tenía que haberte disparado en el pie —dije con absoluta sinceridad.

—El daño ya está hecho, pero acepto tus disculpas. —Se alejó de nosotros, caminando con bastante dificultad y me sentí mal por ella. Avergonzada, más bien.

—Es lo que más me gusta de ti, preciosa —soltó Liam en ese instante.

—¿El qué?

—Tu noble corazón. Otra mujer en tu misma situación jamás le hubiese pedido perdón y mucho menos después de haber intentado matar a su hombre. De hecho, cualquier otra mujer de esta isla la hubiese matado.

—Bueno..., supongo que venir de un tiempo mucho más civilizado me ayuda a tener cierta compasión —contesté.

Liam se giró, apoyó una mano en mi cadera y con la otra, me tomó del mentón para mirarlo y afirmó:

—La bondad en el corazón no se construye con la sociedad. Tu bondad nace de ti, en este tiempo y en el que sea. Tenlo en cuenta, preciosa. Tu corazón es infinito.

—Liam... —dije con un hilo de voz temblorosa. Esas palabras tan bonitas y tan sinceras habían salido de él y era algo que jamás se me hubiese pasado por la cabeza.

—¿Qué? ¿Vas a llorar otra vez? Al final, tendré que besarte para calmarte y... ¡Ay! —Le di un puñetazo en la boca del estómago, resoplé y pasé por delante de él sin mirarlo.

—Desde luego que eres único para estropear los momentos bonitos —refunfuñé mientras atravesaba las puertas de madera de la taberna.

Lo escuché reírse a mis espaldas y resoplé, pero no me giré para mirarlo. Seguí mi camino hacia el interior, siendo escrutada por diversas miradas lascivas de algunos hombres y el desagrado de algunas prostitutas al verme invadir su terreno.

—Una mujer como tú me daría muchísimos beneficios —pronunció una voz femenina a mi lado.

No necesité mirarla para saber quién era.

—Hola, Anelle. Siento desilusionarte, pero solo me abro de piernas para un hombre —contesté. En ese instante, Liam me dio alcance y se paró a mi lado.

—¿Estás segura? —Esa pregunta iba cargada de la más absoluta de las malicias, o así la entendí yo, por eso la desafié con la mirada—. Ese fuego en tu interior te puede acabar quemando, muchacha, pero me gusta. Y no soy la única que lo piensa —dijo.

—¿Dónde están los chicos, Anelle? —intervino Liam, antes de que yo le saltase al cuello a la mujer por insinuar lo más mínimo que entre él y yo pudiera existir algún tipo de relación más allá de la familiar.

—Están en mi despacho, ya sabes el camino —contestó e hizo un gesto con la cabeza para señalar el lugar concreto.

—Gracias —dijo Liam y me tomó de la mano para obligarme a moverme.

Tiró de mí con suavidad y me llevó local a través, pasando entre las muchas mesas de madera que había, y hasta llegar a los pies de la escalera que daba a la primera planta del edificio. Antes de poner un pie en el primer peldaño, Liam se giró y me preguntó:

—¿Qué te dijo?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser, Liv? Anelle. —Una mezcla entre nerviosismo y rabia se agolpó en mi estómago. Me molestaba que esa mujer se atreviese a pensar siquiera eso, pero a la vez me avergonzaba tener que contárselo a él—. Liv... —me instó a hablar.

Resoplé, lo miré y contesté:

—Insinuó que entre tú y yo había algo, que me acostaba con los dos hermanos.

Liam se quedó serio, ladeó la cabeza un poco y tan solo emitió un sonido gutural. Luego, se giró y comenzó a ascender. Desconcertada por esa reacción tan... vacía de emociones, fui tras él.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —pregunté indignada en cuanto llegamos a lo alto de la escalera.

Liam se paró y se dio la vuelta de golpe, haciendo que chocara contra él.

—No serías la primera que se mete en la cama de los dos, tranquila —dijo.

—Pero es que no es cierto —protesté.

—¿Y eso qué más te da? ¿Tanto te importa lo que piensen de nosotros..., de ti y de mí?

—Hombre, pues un poco sí... Es mentira, Liam, y esas cosas pueden hacer mucho daño a las personas.

—Si temes porque mi hermano se crea alguna de esas absurdecas, puedes estar tranquila. Me conoce, sabe que jamás le haría algo así, por mucho que lo desee. —Y me dio la espalda de nuevo. Caminó con paso firme sobre la tarima del primer piso, retumbando sus pisadas por todas partes.

¿Por mucho que lo desee?

Esas palabras se quedaron dando vueltas en mi cabeza y no supe qué decir ni qué pensar. ¿Acaso me estaba diciendo que deseaba acostarse conmigo? ¿Liam sentía algo por mí? No podía ser, nosotros dos solo... Oh, por los dioses.

Sacudí la cabeza para sacar de ella todos esos pensamientos y corrí tras Liam, que ya había llegado a la altura de dos puertas de un azul desgastado y algo escamadas. No dijimos nada, él se limitó a abrir y a dejarme pasar primero.

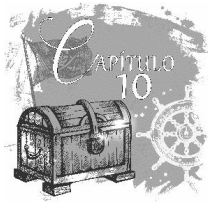
En cuanto entré, vi a cuatro figuras masculinas en el interior. Reconocí a Williams y Bellamy, que me sorprendió mostrándome su mayor sonrisa al cruzar su mirada con la mía. Los dos estaban sentados a ambos lados de una mesa amplia y llena de papeles.

Vi a otro hombre con los brazos apoyados sobre el escritorio y los dedos de las manos entrelazados. Ninguno de los tres llevaba el sombrero puesto y eso me permitió distinguir un cabello de un color marrón cobrizo, bien peinado y recogido en una cola baja, al igual que Bellamy y Williams. Nos miró y sonrió.

Al fondo, asomado al pequeño balcón de madera, un hombre alto, de hombros anchos y vestido con una casaca de un color vino oscuro, permanecía apoyado en la barandilla. Miraba hacia el exterior, con una pose calmada, pero imponente.

Bajo el sombrero pirata que llevaba colocado sobre la cabeza, pude ver una cabellera negra y alborotada. Me fijé en las dos pistolas que colgaban a ambos lados del cinturón y un sable curvo en su lado izquierdo. Supe al instante de quién se trataba y mi corazón se aceleró.

Barbanegra.



—Por un momento creí que habías logrado convencerla de que no se uniese a esta aventura — bromeó Bellamy desde su asiento. Williams, con las manos cruzadas tras la cabeza, soltó una carcajada.

—Ni con toda la maldita flota inglesa podríais impedirme ir al rescate de mi esposo —le espeté. Lo miré de forma desafiante y él me correspondió con un guiño de ojo muy seductor.

—Por favor, dejad vuestro despliegue de madurez para otros momentos —protestó Liam, cerrando las puertas tras de sí.

Fue el tercer hombre, al que identifiqué como Hornigold, el que se levantó y arrastró una silla hasta el borde de la mesa para que me pudiese sentar.

—Encantado de conocer a la esposa de Hiram, yo soy Benjamin Hornigold —se presentó mientras me ayudaba a tomar asiento con suma galantería.

Ya lo decían los textos, un corsario con mucha educación y maestro de todos los allí presentes. El padre de la República pirata de Nassau y de casi todos los que en esos tiempos ejercían ese oficio porque, para bien o para mal, muchos habían empezado sus andanzas enrolados en algún barco de su flota.

—Lláname Liv, por favor —le respondí, acompañando mis palabras con una sincera sonrisa.

—Muy bien..., *Liv* —asintió.

—Bueno, si ya estamos todos —pronunció Barbanegra de pronto, ya de frente a todos nosotros y apoyado contra el marco de la ventana con los brazos cruzados al pecho—, ¿me puede explicar alguien por qué vamos a permitir que una mujer se involucre en una misión así? —preguntó sin dejar de mirarme.

Pude ver el recelo y la desconfianza en sus ojos, y no le culpaba. Ciertamente, las mujeres piratas no abundaban. De hecho, la primera sería Anne Bonnie, pero aún no se había embarcado. Su único contacto, hasta la fecha, con la piratería, era dejar entrar en su cama a todo marinero que precisase de sus favores sexuales.

—Pues porque es mi esposo el que está encarcelado y soy la única que sabe cómo liberarlo de

Port Royal... —Barbanegra estalló en carcajadas, llegando incluso a doblarse de la risa y dejando rodar por sus mejillas alguna que otra lágrima.

—¿Tú? ¿Una mujer? ¡Por Dios santo! ¿Qué te hace pensar que eres mejor que cualquiera de nosotros para asaltar el corazón del imperio inglés en estas aguas? —se burló con demasiada soberbia en sus palabras, y eso encendió mi fuego interior.

Me levanté de un salto de la silla, di un golpe sobre la madera envejecida de la mesa y aseveré:

—Porque yo conozco bien las entradas y salidas de la ciudad y soy la única que ha visto los planos de los fuertes y de la cárcel.

—Liv... —sentí a Liam pegarse a mi espalda y posar una mano sobre la parte baja de mi espalda, a modo de súplica para que me controlase.

Barbanegra se quedó serio y fijó en mí sus ojos negros. Parecía estar viendo mi alma y eso me estremeció, pero no me acobardé. Permanecí erguida, desafiante y sin moverme ni un milímetro de mi posición. Pude percibir la tensión de Liam en ese leve contacto.

—Teach, te garantizo que Olivia es un activo muy importante de mi tripulación y te aseguro que lo que dice es cierto —explicó Bellamy, para mi sorpresa.

—¿Miembro de tu tripulación? —Esta vez, Barbanegra fijó su mirada en Sam.

—Edward, estamos aquí por Hiram, no para pelearnos entre nosotros —intervino Hornigold sin mirar a su segundo al mando.

—Eso ya lo sé, pero no voy a arriesgar mi vida así sin más y mucho menos bajo el liderazgo de una mujer que...

—¿Qué pasa, te molesta que una mujer esté por encima de ti? —le solté con sarcasmo. Liam suspiró a mi espalda, Williams agachó la cabeza para ocultar la risa y Bellamy me miró con orgullo y admiración.

—Cariño, he tenido a muchas mujeres sobre mí y no tengo queja alguna, siempre y cuando sea para darles placer —contestó Teach.

—¿Y qué te hace pensar que les das placer? —proseguí con mi desafío.

—Que siempre vuelven a por más —afirmó—. ¿Quieres probar? No serías la primera mujer casada que termina enredada entre mis sábanas...

—Mucha montura para poco jinete, amigo —le espeté un refrán muy español, pero de mi época y que intuía que no entendería nadie.

El silencio se hizo en el ambiente y, a pesar de hacer un sol tremendo, noté cierto frío recorrer mi cuerpo. De pronto, y pillándome por sorpresa, Teach estalló en carcajadas otra vez, pero esta vez no vi ningún tipo de burla en sus gestos.

Liam relajó su mano y liberó el aire que tenía retenido en los pulmones. Se pegó más a mí y me susurró:

—Un día me vas a matar de un infarto, preciosa.

Lo miré sin comprender nada, miré a Hornigold, que tan solo sonrió y asintió. Bellamy seguía fijo en mí con esa expresión de orgullo.

—Muy bien, pelirroja. Tienes fuego en las venas y eso me gusta. Adelante, soy todo oídos. Tracemos el plan para rescatar a tu hombre, estoy deseando ver la cara de ese estúpido de Heygood —pronunció Barbanegra.

El muy cabrón me puso a prueba y yo entré de pleno en su juego. Piratas, ellos y sus formas. Por un instante, tuve ganas de rodear la mesa y darle una patada en el culo al hombre más temido de la historia de la piratería, pero por el bien de Liam, me contuve. Él debió de leer mis pensamientos porque, cuando lo miré, negó con la cabeza y en su mirada pude ver la súplica de que me quedase en mi sitio.

Resoplé a modo de protesta y Bellamy sonrió.

Hablamos durante horas, trazando bien el plan y discutiendo en varias ocasiones con Teach porque le parecía una locura de aventura. Y no fue el único. El primero en mostrarse reticente a mi idea fue Liam.

Ellos pretendían entrar a cañonazo limpio en la bahía y, en el caos de los ciudadanos que se originaría por el pánico de ser asaltados por los infames piratas, entrar en la fortaleza donde tenían preso a Hiram y liberarlo.

Me parecía una misión demasiado arriesgada y suicida, así que les expliqué mi plan: me haría pasar por una viuda asaltada por los piratas y abandonada en la orilla a mi suerte. Haría que me llevasen ante el gobernador y lograría encandilarlo para que me mostrase la ubicación exacta de Hiram. Para ello, tendría una semana durante la que desplegaría todos mis encantos para...

—¿Qué?! ¡No, ni hablar! ¿Es que te has vuelto loca? —exclamó Liam.

—No, no me he vuelto loca. Es la mejor opción, desarmar al enemigo desde dentro. No lo verán venir y podré informaros con mayor exactitud de los puntos más débiles y el tipo de armamento del que disponen allí —le expliqué.

—¿Y dejarte sola entre esa gente, con un gobernador con fama de ser un mujeriego sin escrúpulos?

—Vivo día a día entre mujeriegos y no veo que tengas problemas con ello —solté y me crucé de brazos.

Ahora era Liam el que me desafiaba con la mirada, mientras los demás aguantaban las risas.

—Liv, te juro que tengo un límite y tú estás a punto de sobrepasarlo.

—Liam, entiendo tus miedos, pero Olivia tiene razón. Es un buen plan —intervino Bellamy.

—Gracias, capitán —le dije sonriendo y en verdad que le agradecía su apoyo.

—Tienes una gran mente estratega, querida. *Corazón de fuego*, te voy a llamar —contestó Barbanegra.

—¿Es que os habéis vuelto todos locos?! —Liam estaba atónito al ver que todos se ponían de mi lado. Se llevó las manos a la cabeza y comenzó a revolverse el pelo de forma nerviosa.

Estaba realmente preocupado, angustiado más bien. Me levanté de la silla y me acerqué a él. Lo cogí de las muñecas para que dejara de agitarse tanto el cabello y lo miré a los ojos. Miedo: estaba aterrado.

—Escúchame con atención, cabezota. Me has enseñado bien, Liam. Sé defenderme sola y conozco Port Royal, ya lo sabes. Es la única forma de sacar a tu hermano sin que ninguno más acabe colgado de una soga —dije con calma.

Él clavó en mí esos dos luceros, que brillaban con intensidad. De forma instintiva, tomé su rostro en mis manos y sonreí. Estaba temblando y yo también.

—Por Hiram —susurró.

—Por Hiram —respondí.

Nos fundimos en un sincero abrazo, sin dejar de temblar los dos, aunque de eso solo fuimos conscientes nosotros.

—Bien, alguien debería conseguir los planos de ese maldito lugar para saber cómo movernos por allí —comentó Teach.

—Dadme papel y lápiz y yo misma lo dibujaré —comenté entre los brazos de Liam.

—Ya os dije que era un miembro de mi tripulación importante —soltó Bellamy. Se levantó de la mesa y rebuscó entre los papeles de Anelle. Tomó un par de hojas y un trozo de tiza negra, los dejó sobre la mesa y me invitó a acercarme.

Tracé cada línea y cada detalle que recordaba de la pequeña ciudad portuaria de Port Royal. Tantas horas de estudio y de revisión de mapas por fin darían sus frutos. Marqué el lugar donde se encontraría Hiram encarcelado y la casa del gobernador. También dibujé las zonas donde se encontraban los fuertes que aún quedaban en pie tras el incendio y los huracanes.

Una vez terminado, lo dejé extendido sobre la mesa y me alejé unos pasos para dejar que lo revisaran con calma. Hornigold, Bellamy y Teach se apoyaron en el borde de la madera y se inclinaron para observar bien el dibujo.

—Sigue sin gustarme este maldito plan tuyo —me susurró Liam a mi espalda. Yo sonreí, emocionada por su excesiva preocupación.

Me giré y le dije:

—Estaré bien, ya te lo he dicho. No hay otra forma menos arriesgada para todos.

—¿Y qué pasa contigo, Liv? Tú estarás expuesta y no habrá nadie para protegerte. —Me conmovieron esas palabras y le acaricié la mejilla con ternura.

—Sí que lo habrá, estará tu hermano y estarás tú. Además, sabes que tengo una buena técnica para tumbar a un hombre.

—Preciosa, ya puedes ser rápida con esas piernas tuyas porque tendrás que dejar sin pelotas a

toda una guarnición de soldados de la corona inglesa —contestó, esbozando esa media sonrisa traviesa suya y que era igual a la de su hermano.

* * * *

Tras una cena deliciosa, como todas las que elaboraba Alice, la pusimos al corriente de los planes que habíamos trazado para liberar a Hiram de la horca. Hubo un momento de la conversación en el que ella, al igual que Liam, intentó hacerme cambiar de opinión por lo arriesgado que era todo.

Me llevó un tiempo explicarle por qué era la mejor opción y que necesitaba participar en esta misión. No podría quedarme en casa a la espera de saber si lo habrían logrado o no, o de si habrían capturado a alguno de ellos. O peor aún, muerto en la refriega. Jamás me lo perdonaría.

Acabada la conversación, Alice se retiró a descansar y nosotros, como siempre solíamos hacer, nos quedamos en el porche, disfrutando de la noche estrellada de Nassau. Liam sacó dos vasos de whisky y me hizo entrega de uno. Luego, se sentó a mi lado.

Nos quedamos en silencio, degustando el primer trago de la bebida, hasta que lo escuché suspirar con fuerza. Ladeé mi cabeza para mirarlo y me encontré con un perfil serio, con la mirada perdida en algún punto del camino.

—Sé que no apruebas este plan, pero...

—No se trata de eso, Liv —me interrumpió.

—Entonces, ¿qué te pasa?

Se quedó en silencio durante unos segundos, volvió a suspirar y miró hacia el suelo. Movié el vaso y le dio un trago. Giró la cabeza y me miró.

—Tengo miedo —confesó.

—¿Por qué?

—Por ti.

—Pero, Liam...

—Y por mi hermano. Estoy aterrado, si algo sale mal y lo pierdo..., si os pierdo a los dos en esta misión... —Las palabras dejaron de salir y volvió a quedarse fijo en el vacío de la noche.

Movida por un impulso, dejé mi vaso a un lado y me abracé a él. Metió su cabeza en el hueco de mi cuello, rodeó mi cintura con un brazo y dejó que el dolor saliera en forma de llanto.

Me rompía el corazón verlo así, escucharlo sollozar como un niño pequeño. Nunca jamás pensé que vería a alguien como Liam romperse de esa forma. Lo acuné entre mis brazos y le susurré palabras en gaélico irlandés, como hacía mi padre muchas veces en las que me veía angustiada. Acaricié su melena rizada y enredé mis dedos entre varios mechones marrones.

—No puedo perderlo, Liv. No sabría qué decirle a mi madre..., ni lo qué haría yo sin él. Es mi hermano, mi gemelo... mi...

—Sschh, Liam, no lo vas a perder. Lo vamos a salvar, te juro por mi alma que lo sacaré de allí. Pronto volveremos a estar juntos, como una gran familia —le prometí, no sin serias dificultades para hablar. El nudo tan grande que tenía en la garganta, amenazaba con dejar salir mi propio llanto.

—Prométeme que tendrás cuidado y que no cometerás ninguna de tus locuras —dijo tras enderezarse.

Lo miré a los ojos, vidriosos por las lágrimas y sonreí. Tomé su rostro entre mis manos, limpié el agua de las mejillas con los pulgares y le di dos suaves besos en cada ojo. Luego, apoyé mi frente contra la suya y lo miré.

Él acarició mi nuca con ternura. Abrió los ojos y se retiró unos centímetros de mí, sin dejar de masajear mi cabeza. Me apartó el pelo hacia atrás, sonrió y dijo:

—Preciosa, no vuelvas a hacer eso o juro que devoraré tu boca, sin importarme las consecuencias.

—Sabes que te patearé las pelotas —respondí, divertida.

—Un riesgo que correré con sumo gusto —ronroneó. Acarició el perfil de mi mandíbula y supe que estaba manteniendo un autocontrol enorme, pero, por algún motivo, no me alejé. Confiaba en él, sabía que no daría ese paso—. Vete a descansar, Liv. Mañana será un largo día —dijo, finalmente.

A pesar de haber distancia entre ambos, pude notar su aliento cálido sobre mi boca. Me quedé fija en sus ojos durante largos segundos hasta que asentí y me fui directa a mi habitación.

Me encontré con la respiración agitada y el corazón latiendo deprisa mientras me quitaba la ropa. No pude evitar recordar las palabras que había dicho momentos antes de entrar en el despacho de Anelle.

«No haré nada, por mucho que lo desee».

La duda que me asaltó fue si yo me retiraría, en caso de que él perdiese el control y me besase, porque estaba claro que algo había cambiado entre los dos. Quise pensar que era por la situación tan tensa y emotiva por la que estábamos pasando, pero...

Sacudí la cabeza, me hice una trenza en el pelo y me metí bajo las mantas de la cama. Me coloqué de lado, mirando hacia el sitio de Hiram y estiré la mano. Acaricié esa zona de la cama y cerré los ojos para contener las lágrimas.

Ahí supe que yo solo podría amar a un hombre y ese era él, no podría dejar entrar a nadie más en mi corazón, en mi alma o en mi cama.

—Te salvaré, mi amor. Te traeré de vuelta y formaremos una hermosa familia juntos, todos —prometí al silencio de la habitación.

El sueño no tardó en apoderarse de mí, cosa que agradecí porque nos esperaban unos días muy duros. Cerré los ojos y me dejé llevar a un mundo donde Hiram y yo nos amábamos sin descanso y donde éramos felices y libres.

A la mañana siguiente, y con todo listo para embarcar, nos despedimos de Alice en el porche de casa y emprendimos el camino hacia la bahía. Allí nos reunimos con el resto de la tripulación en la taberna antes de subir cada uno a sus respectivos barcos.

Mientras permanecía sentada entre Brom y Ronny, observé a Liam hablar largo y tendido con Hornigold y Bellamy. De vez en cuando, desviaba la mirada hacia mí. En cuanto Teach hizo acto de presencia en la cantina, todos nos levantamos y salimos rumbo al puerto.

Me sorprendió que Liam apenas le dirigiese la palabra a Barbanegra, pero más me sorprendió el gesto arrogante por parte del capitán hacia un compañero de tripulación. Hornigold, por su parte, tan solo le dio a Liam unas palmadas en el hombro y le susurró algo al oído.

Nos movimos todos como un gran ejército de soldados que se encaminaban hacia la batalla, y en cierto modo así era. Pero mi preocupación estaba fijada en Liam, que caminaba cabizbajo a mi lado o pensativo, más bien.

—¿Va todo bien? —le pregunté.

—Sí, tranquila. Son cosas de piratas —respondió sin más, pero se esforzó por mostrarme la mejor de sus sonrisas. No me creí ni una sola palabra, pero sabía que hablaría conmigo cuando estuviera preparado.

Llegamos al puerto y pude vislumbrar el buque de Bellamy, La Sultana, y la balandra de Williams, el Marianne. Pero mi mayor asombro fue ver ante mí la imponente figura de uno de los barcos más famosos y temidos en los mares del Caribe. Se trataba de la fragata bautizada con el nombre de *Queen Anne's revenge*, el barco que capitaneaba Barbanegra.

Con treinta y un metros de eslora, siete de manga y casi cinco de calado, era el barco más grande de los que se conocían entre los piratas. Por eso era el más temido de todos. Podía llegar a cargar unas trescientas toneladas y, por lo que pude recordar, Teach se había encargado de cargarlo con cerca de cuarenta cañones. Todo un monstruo de destrucción marino.

A su lado, vi el balandro de Hornigold, *Ranger*. Muy parecido al Marianne, pero que portaba cerca de treinta cañones.

Emocionada, igual que una niña pequeña en el parque de atracciones. Así me sentía en esos momentos. Estaba ante la flota más famosa y temida de toda la Edad de Oro de la piratería.

—Cierra la boca o se van a pensar que nunca has visto un barco —susurró Liam a mi lado.

—Perdón, pero es que... esos son... esos barcos... No te haces una idea de cuántas horas he empleado en mi tiempo estudiando sobre ellos, sobre vosotros —contesté pasmada.

—Algún día me encantaría escuchar tu historia de cómo será el mundo en el futuro.

—Estaré encantada de contártela —respondí. Iba a soltarle un comentario sarcástico sobre las mujeres de mi tiempo, pero una mujer nos cortó el paso justo antes de que llegásemos a la pasarela de La Sultana.

—Anelle, ¿vienes a despedirnos? —saludó Liam, cogiéndome de la mano y colocando su cuerpo

unos milímetros delante de mí.

—Vengo a darle algo a ella —contestó señalando hacia mí.

—Está bien, Liam. Entre Anelle y yo todo está calmado —dije. Me adelanté hacia ella y me fijé en que portaba una prenda bastante abultada—. ¿Qué es eso? ¿Un vestido? —pregunté.

—Si quieres hacerte pasar por una dama de la nobleza, necesitarás vestirme acorde a ello —comentó.

Estiró ante mis ojos un precioso, y pomposo, vestido digno de una dama de la alta burguesía. Tenía varias tonalidades, pero todas ellas dentro de la gama de los verdes, y unas faldas abultadas.

—*Wow* —exclamé maravillada—, pero... Anelle, yo no... esto no es necesario...

—Sí que lo es. Tengo a estos dos muchachos en una alta estima. La familia Burke es muy querida en esta isla y eso te incluye a ti, corazón de fuego. Llévatelo y úsalo para liberar y traer de vuelta a tu hombre. —Y me hizo entrega del pesado vestido, porque pude sentir su peso en cuanto me lo colocó en los brazos.

—Gracias, Anelle —dije con sinceridad. La mujer asintió, se dio media vuelta y desapareció por el mismo camino por el que había venido.

—Corazón de fuego..., vaya, preciosa, ya tienes tu apodo pirata —comentó Liam.

—Qué gracioso —dije y le di un codazo suave en el costado.

—¡Chicos! —nos llamó Bellamy desde la cubierta de su barco—. No vamos a estar todo el día esperando por vosotros, subid de una vez —indicó, señalando hacia la pasarela de madera.

Le saqué la lengua y le hice un gesto con el dedo corazón de mi mano derecha. Liam tosió a mi lado y se atragantó con la risa.

—Creo que pasas demasiado tiempo con nosotros —dijo en cuanto se recuperó.

—Oh, no, tranquilo. Eso lo he traído de mi tiempo, nos comunicamos así entre amigos. Por cierto, ¿se puede saber a dónde vas tú? —pregunté intrigada al verlo subir conmigo al barco de Bellamy.

—Embarcar para ir a por mi hermano. Vamos en misión de rescate, ¿recuerdas?

—Sí, claro, pero este no es tu barco.

—Me dañas con tus palabras, preciosa —se burló. Iba a darle un puntapié en la espinilla, pero lo esquivó —. Cuidado, o nos iremos los dos al agua y empezar el viaje empapados sería un gran problema —dijo, y me recordó a su hermano. Me hizo casi la misma broma la primera vez que nos conocimos. Suspiré y mi semblante cambió—. Eh, no pienses cosas malas. Lo lograremos, Liv —me calmó Liam con sus palabras.

—En serio, ¿es que vas a viajar con nosotros..., en el mismo barco que...? —quise saber tras saltar al suelo de la cubierta.

—Tu cuñado no se fía de nosotros y quiere vigilarte, por eso hemos hablado ambos capitanes para permitirle formar parte de mi tripulación durante la misión —respondió Bellamy, apareciendo a

mi lado y sorprendiéndome.

—Muy gracioso, Sam —apuntilló Liam a mi espalda.

—Te agradecería que me llamasen capitán, mientras estés en este barco.

—No prometo nada, pero lo intentaré.

—¿Vais a estar mucho tiempo midiéndoosla? —intervine al verme entre esos dos piratas testarudos y con el ego más grande que jamás haya conocido nunca.

Capitán y cuñado me miraron atónitos por mi expresión, con los ojos abiertos como platos y sin pronunciar ni una sola palabra. Fueron las carcajadas de Brom y las siguientes risas de los demás los que rompieron el momento.

Una vez todos en los barcos, recogieron las pasarelas de madera que unían las cubiertas con tierra firme, y pusimos rumbo hacia Jamaica.



—Bueno, supongo que preferirás quedarte en tu camarote —comentó Bellamy a nuestro lado.

Lo miré intrigada, sin comprender muy bien a qué se refería con *mi camarote*. Nunca tuve nada parecido en ese barco y, hasta donde yo recordaba, el único que tenía una estancia privada era el capitán.

—¿Esto es algún tipo de broma tuya? —pregunté. Escudriñé en su rostro algún atisbo de travesura, pero no hallé nada. Tan solo esa mirada verde que permanecía en mí de una forma intensa.

—Fue idea de tu esposo. Seguidme por aquí —dijo y nos hizo un gesto para que fuésemos tras él.

Liam y yo nos miramos, aunque a mi cuñado parecía divertirle la situación porque no había ni un ápice de desconfianza.

Seguimos a Bellamy por la cubierta hasta llegar a la zona de proa. Mi asombro era cada vez mayor. Esa era la estancia donde yo había viajado cuando me encontraron, pero estaba llena de mapas y no había ni un triste camastro. Más bien fue Hiram quien improvisó una cama para mí.

El capitán abrió la puerta de madera y se quedó apoyado en el marco. Hizo un gesto de lo más teatral y me invitó a entrar primero. Lo miré con cierta desconfianza, tomé aire y di un paso al interior.

Me quedé atónita. Nada quedaba de las estanterías llenas de planos y diversos mapas y documentos de las travesías del barco. Tan solo quedaba la pequeña mesa de madera. Al fondo, vi un camastro amplio recubierto de una estructura de madera tallada con símbolos marinos. De una estancia pequeña, llena de cosas, se había convertido en un camarote amplio y digno de un capitán.

Las palabras no salían de mi garganta, tan solo miraba boquiabierto a todas partes. Ambos piratas me observaban sonrientes mientras avanzaba con paso temeroso por la estancia. Acaricié la madera de las paredes con la punta de los dedos, maravillada. Pero mi corazón se encogió cuando llegué a las figuras talladas en los barrotes de madera de la cama.

Conchas, peces, sirenas y un sinfín de seres mitológicos que decoraban los pilares. Paseé mi

mano sobre ellos hasta que llegué a una frase que hizo que el corazón se me encogiese en el pecho.

Cruzaría océanos de tiempo por ti

—Hiram —pronuncié con la voz entrecortada.

—Así es, todo esto ha sido obra suya. En los ratos muertos, se dedicó a redecorarlo todo y a tallar cada palo. Dijo que así dispondríamos de un camarote extra, en caso de tener que alojar a algún invitado inesperado, pero yo supe que se refería a ti —explicó Bellamy.

Los ojos se me inundaron al instante y las lágrimas descendieron por mis mejillas con suaves caricias. Tenía que lograr salvarlo, no podía perderlo. No ahora que lo había encontrado. Un amor así no era normal y no iba a permitir que nada ni nadie nos impidiese vivirlo. Él cruzaría océanos de tiempo por mí, y yo bajaría al mismísimo infierno por él.

—Ya la has hecho llorar —bromeó Liam. Pasó por el lado de Bellamy y me rodeó con los brazos. Hundí mi cara contra su pecho y dejé que las lágrimas empaparan su camisa—. Vamos, preciosa, no llores. Pronto lo tendrás de vuelta —me susurró al mismo tiempo que acariciaba mi cabello y me daba un beso en la coronilla.

—Podéis compartir camarote, si queréis —dijo Sam.

—Qué amable por tu parte..., *capitán* —respondió Liam con burla, enfatizando en la última palabra.

—Os dejo a solas, tengo que dirigir un barco. —Escuché los pasos firmes del capitán caminar hacia la puerta—. Olivia, me gustaría que pudiésemos hablar a solas en algún momento antes de llegar a Jamaica. No temas, no es nada malo —pronunció, sujeto a la puerta.

Me limpié la cara con una mano y giré mi cabeza, sin soltarme de Liam, para mirarlo. Asentí y dije:

—Claro, no hay problema... *capitán*.

Bellamy sonrió y el pecho de Liam vibró, lo que me indicó que se estaba riendo por mi respuesta.

En cuanto nos quedamos a solas y me calmé, se separó de mí, pero dejando ambas manos sobre mis hombros.

—¿Ya estás más calmada? —preguntó. Asentí y me limpié los ojos con las palmas de mis manos. Él me dio un cálido beso en la frente—. Bien, entonces me iré a buscar un camastro para mi...

—¿No prefieres quedarte aquí? —le interrumpí. No quería quedarme sola, la verdad, y la compañía de Liam en esos días estaba siendo mi salvavidas.

—Ambos sabemos que es mejor que no me quede, preciosa, pero si en verdad necesitas que esté aquí contigo... Aunque no sé si podré resistirme a tus encantos, ya que tienes la odiosa costumbre de contonearte siempre delante de mí y... —No le dejé terminar y le pateé la espinilla, lo que hizo que soltase un quejido acompañado de una carcajada.

—Tienes razón, es una muy mala idea porque te acabaría pateando tus lindas pelotas.

—¿Piensas que tengo unas pelotas lindas? Interesante —bromeó.

Cogí mi petate y se lo lancé, sin dar en el blanco porque logró esquivarlo con suma agilidad y sin dejar de reírse.

—Iré a buscar la hamaca de mi hermano, luego vendré a buscarte. No mates a nadie aún —dijo y abandonó mi camarote.

Me acerqué para recoger mi bolsa del suelo y miré hacia la puerta. Me quedé fija en la pared y un recuerdo invadió mi mente de golpe. Nos vi a los dos ahí, a Hiram y a mí, sentados en el suelo mientras el barco era zarandeado por las olas. Recordé cómo me acarició el pelo y la espalda y el cálido beso que nos dimos, lo que hizo que me olvidase por completo de la posibilidad de morir ahogados.

El dolor volvió a apoderarse de mí y me escuché sollozar al recordar ese momento. Sentí el agua de las lágrimas caer por mis mejillas de nuevo. Cerré los ojos y me giré para dejar las cosas sobre la mesa, pero... ahí también había recuerdos que empujaban por salir.

Recordé el momento en el que le había visto con esa prostituta bajo cubierta y como, cuando vino tras de mí, me sentó sobre la mesa y comenzó a besarme por el cuello de aquella forma tan sensual que hizo que todo mi cuerpo temblase. Ya entonces lo deseaba con todas mis fuerzas, tenía un poder de atracción enorme sobre mí.

Mi imaginación fue más allá del recuerdo, entonces. Vislumbré la posibilidad de que ambos hubiésemos consumado lo que habíamos iniciado sobre el escritorio. Sentí sus manos deslizarse por mis piernas para levantar la camisa extralarga que usaba como camisón hasta dejarme expuesta ante él.

Pude notar sus besos descender por mi cuello hasta posarse sobre mis pechos, lamiendo con ansia los pezones mientras metía una mano entre mis piernas. Cerré los ojos y lo sentí entrar en mí con sus dedos, estimulando terminaciones nerviosas que ni yo misma sabía que existían. Y lo sentí penetrarme con fuerza, gruñendo mientras me embestía de forma salvaje y yo gemía entre sus brazos.

Me aferré con fuerza al borde de la mesa cuando el orgasmo me sacudió y liberé un gemido. Me sorprendí de lo que acababa de suceder y permanecí ahí sujeta, jadeante y a la vez aliviada. ¿cómo unos recuerdos y la imaginación podrían provocar algo así, sin haber tenido ni una mínima estimulación?

Traté de calmar mi respiración cuando Liam apareció de nuevo en la habitación.

—Ya tengo mi cama abajo y... —dijo, sorprendiéndome y haciendo que diese un salto en el sitio. Se me quedó mirando y se acercó a mí en dos pasos—. ¿Qué ocurre? —preguntó preocupado.

—N-nada, no ocurre nada. Solo que... me sorprendiste, nada más. —No se creía ni una sola palabra. Me tomó del mentón y me obligó a mirarlo. Escudriñó en mi rostro en busca de una respuesta.

—Estás acalorada y tienes las mejillas sonrojadas. —Una pícaro sonrisa asomó en su cara—.

Olivia Burke, ¿te has estado aliviando tú sola?

—¿Qué?! ¡Claro que no! ¿Cómo puedes... cómo puedes pensar eso?

—Liv..., no serías la primera mujer a la que he visto hacer algo así.

—Será mejor que vaya a buscar a Bellamy y zanjemos lo que quiera que tenga que decirme. —
Dejé todo sobre la mesa y pasé por su lado en dirección a la puerta, pero Liam me cogió de las manos y se las llevó a la boca. Le dio un suave beso a cada una, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Mmm, no huelen a feminidad...

—¡Liam! —exclamé y tiré de mis manos para liberarme. Él estalló en carcajadas ante el rubor que asomó en mis mejillas—. Eres... eres... eres lo peor, Liam Burke —bufé y me fui del camarote y lo dejé carcajeándose solo.

Recorrí la cubierta con la mirada hasta que localicé a Bellamy en el timón, con Brom a su lado oteando el horizonte con el catalejo. Resoplé y atravesé la cubierta a paso rápido. Saludé a Alastir y a varios miembros de la tripulación por el camino.

—¿Ya te has instalado, Olivia? —preguntó Bellamy en cuanto subí los últimos escalones de la popa y aparecí ante él.

—Sí, gracias por todo, Sam... *capitán*. —Él esbozó una divertida sonrisa mientras mantenía el timón bien sujeto con ambas manos.

—Brom, mantén el rumbo fijado. La señora Burke y yo tenemos que hablar —le dijo al hombre, que asintió y ocupó al instante el puesto del capitán. Bellamy me miró y puso cara de intriga al ver mi expresión de desagrado—. ¿Ocurre algo?

—No, es solo que... me suena raro que me llamen *señora*.

—Pero eres una mujer casada y así es como debo tratarte. ¿En tu reino no os tratáis de esa forma? Juraría que es algo que hacemos todos, ingleses, franceses, españoles...

—No..., sí, o sea... Es que mis padres me han educado de forma diferente al resto —mentí a medias, pero no sabía cómo explicarme sin desvelar que venía del futuro y acabar siendo lanzada al agua por bruja.

—De eso no tengo ninguna duda, que eres una mujer del todo diferente es algo que supe en el primer instante en que crucé palabra contigo. Si te sientes más cómoda, te llamaré señorita Burke.

—Liv, me gusta más que me llamen así y nos dejamos de tantos formalismos —dije. Él ladeó la cabeza y supe que esa última palabra le había sonado del todo extraña.

—Muy bien..., Liv —contestó.

Bellamy me ofreció su brazo y yo lo tomé con suma elegancia. Nos giramos y a lo lejos pude ver a Liam hablando con algunos de los muchachos. Nos miró, desvió los ojos hacia donde estaba mi mano y la del capitán y apretó la mandíbula. Tan solo nos saludó con un leve movimiento de la cabeza. Yo le correspondí con una sincera sonrisa.

Nos adentramos por el castillo de popa hasta llegar al camarote del capitán. Samuel abrió la

puerta y me invitó a entrar. Todo me recordaba a Hiram, cada rincón, cada olor... Tuve que hacer un gran esfuerzo por sucumbir al llanto otra vez.

—Siéntate, Liv. —Tomé asiento en una de las sillas del escritorio, mientras él se acercó hasta las botellas que había sobre una repisa—. ¿Quieres una copa de whisky? El ron que tenemos en el barco es muy malo esta vez —me ofreció.

—Whisky está bien, gracias —contesté.

Sacó el tapón de una botella de un color oscuro y vertió el líquido ambarino en el interior de un vaso curvo que me entregó segundos después. Se sirvió otro vaso para él y dejó la botella sobre la mesa. Se sentó frente a mí y le dio un trago a su bebida sin dejar de mirarme a los ojos.

—Bueno, ¿de qué querías hablar conmigo? —pregunté algo incómoda por la intensidad de su mirada.

No podía negar que Samuel Bellamy me ponía muy nerviosa y no solo porque fuese uno de mis piratas favoritos desde que era niña. Siempre parecía estar estudiándome y parecía como si pudiese leer dentro de mí.

—Hiram me ha pedido que lo libere de la piratería. De hecho, ya me ha pagado la cantidad exigida por nuestras leyes y... —Lo vi rebuscar en el interior de uno de los cajones. Sacó un saco de monedas y lo dejó caer sobre la mesa—, aquí lo tienes —dijo.

Lo miré asombrada, sin entender nada. Ya sabía que iba a hablar con él para decirle que quería dejar esa vida para poder formar una familia juntos, pero no tenía ni idea de que ya hubiese pagado. ¿De dónde demonios había sacado el dinero? ¿Y por qué me lo entregaba Bellamy?

—No entiendo. —Fue lo único que atisé a decir, quieta en mi sitio y sin soltarme del vaso que tenía sujeto con ambas manos.

—Es vuestro, cógelo —respondió señalando a la bolsa de piel.

—Pero es el pago que Hiram te hizo por dejar...

—Lo sé, pero no lo necesito y vosotros estáis construyendo vuestra familia. Lo vais a necesitar más que yo. Tómatelo como un regalo de bodas, Liv —comentó, esbozó su sonrisa más seductora y le dio otro trago a su whisky.

Me quedé en *shock*, mirando esa bolsa llena de monedas y atónita. Dudé durante unos segundos hasta que le di un trago largo a mi bebida y me guardé el dinero en uno de los bolsos de mis pantalones.

—Gracias, no me esperaba esto de ti, la verdad —confesé.

—Sé que piensas que soy un tirano o mil cosas peores, Liv. Soy consciente de que entre tú y yo existe una tensión tal vez gestada desde la desconfianza mutua...

—Yo no desconfío de ti, *capitán*. —Cada vez que lo llamaba como él quería, se reía.

—Pues, entonces, no sé por qué me odias tanto.

—Tampoco te odio, Sam..., capitán. Es solo que...

—Lláname Sam, o Bellamy, cómo prefieras. Deja el *capitán* para el resto de la tripulación —me interrumpió.

—Muy bien, Sam. Yo no te odio ni desconfío de ti, es solo que... Te guardas muchas cosas y a veces no comprendo muy bien tus intenciones. Me cuesta leerte —le expliqué tras darle otro trago a mi bebida.

Bellamy me miró, se terminó el contenido de su vaso y se echó más whisky. Levantó la botella hacia mí para preguntarme si quería más y yo asentí.

—La actitud que ves en mí no es quién soy, realmente. Es un papel que debo asumir porque estoy a cargo de muchas vidas en este barco. Soy serio, sí, pero también me sé divertir y no soy un cabrón sin corazón. Conozco lo que es el amor, Liv. Tú y Hiram no sois los únicos que hacéis cosas movidos ese sentimiento tan fuerte —comenzó a contarme.

»Esto que te voy a contar, muy poca gente lo sabe. Tu esposo es uno de ellos y Liam, también. —Supe en ese instante que me iba a contar su historia con Mary Hallet y, por un segundo, me sentí muy emocionada por poder conocerla en su boca suya—. Yo no siempre fui un pirata. Nací en Devonshire, Inglaterra, y me embarqué en mi primer barco a la edad de ocho años. Luché para la corona inglesa durante gran parte de mi adolescencia hasta que me casé y me vine a esta parte del mundo para hacer riqueza.

»No estoy orgulloso de lo que hice, abandonar a mi esposa con un hijo pequeño, pero... digamos que mi matrimonio no fue por amor, precisamente y siempre tuve mis dudas de que ese niño fuese mío.

—Aun así, le diste tus apellidos y la protección de tu apellido —interrumpí.

—Tuve mis motivos. Además, siendo el quinto hijo menor, tampoco es que me hubiesen permitido casarme por amor. Sí, soy un idealista, un romántico, que dirían las malas lenguas. —Quise responder a ese comentario, pero me limité a asentir, beber y dejarle continuar—. Me gusta la literatura, los ensayos y la filosofía. No soporto los malos modos de muchos de mis compañeros, por eso siempre procuro ser lo más gentil que mi cargo me permita, pero, tal y como te he dicho antes, estoy a cargo de más de doscientas personas y no puedo mostrar ningún signo de debilidad o me dejarán tirado en cualquier isla.

»Tras dejar Inglaterra, llegué a las colonias y allí, en un pequeño asentamiento llamado Eastham Harbor, conocí al amor de mi vida. No lo busqué, y sí, siempre tuve la suerte de rodearme de mujeres hermosas. Tengo una personalidad bastante liberal, en ese sentido, y es por eso que estoy donde estoy ahora mismo. Mi actitud no gustó nada a los padres de Mary, *mi Mary*. —Bellamy dio un trago a su bebida y continuó con la historia.

»La familia Hallet son unos terratenientes muy importantes de Massachuset y no querían ver a su hija envuelta en un libertino como yo, al que consideraban de baja clase para casarse con ella. No era suficiente, decían. Pero, por mucho que lo intentaron, no pudieron impedir que nos enamorásemos.

Como locos, Liv, sabrás de lo que te hablo.

»Mary y yo nos veíamos a escondidas, lejos de los ojos de sus padres, aunque por ahí corrían rumores de nuestra aventura. Me acosté con ella. Yo fui su primer amor, el primero hombre que yació con ella y fue algo maravilloso. No quiero incomodarte, pero sabrás a qué me refiero. Esa conexión que forjas con la persona indicada es algo que pocas personas podemos disfrutar en nuestra vida. Y yo, por suerte, la pude tener.

»Al comprobar que era imposible lograr que me aceptase, y tras las amenazas de su padre, me vi obligado a elegir entre embarcar y alejarme de allí o acabar encarcelado y, lo más seguro, ahorcado. Como podrás comprobar, elegí la primera opción, pero con la firme promesa de regresar a por ella. Por eso hago las cosas que hago, Liv...

—Por amor —terminé yo por él.

—Así es, todo lo hago por amor..., por mi Mary. —Me enterneció el corazón esa forma de referirse a ella como *mi Mary*.

—Es... es una historia... no sé si decir muy bonita o muy triste —atiné a decir. Él sonrió y terminó el resto de whisky que le quedaba en el vaso.

—Prefiero pensar en que es bonita porque, y esto que te voy a contar a continuación es un secreto que nadie sabe, pienso volver a buscarla en unos meses. —Esa confesión me sorprendió bastante. Saber que él tenía intenciones de abandonar la piratería era algo que ni me hubiese imaginado—. Antes de que llegue el verano siguiente, mi intención es volver a casa y casarme con ella para poder formar la familia que siempre soñamos —dijo.

Mierda.

No podía contarle nada, no podía decirle que Mary ya había tenido un hijo suyo y moriría en pocos meses. Los acontecimientos del pasado no se deben tocar porque podría ocasionar un efecto nefasto en el futuro, pero... ¡Oh, por todos los dioses!

—Por eso, te devuelvo el dinero que Hiram me entregó a cambio de su liberación, Liv, porque sé lo duro que es tener que enrolarte en una empresa peligrosa para poder alimentar a tu familia. Y porque él lo hace por amor a ti, al igual que yo pienso hacer pronto —finalizó así toda su exposición.

—¿Puedo hacer una cosa? —le pregunté con cierta duda. Él me miró con algo de recelo—. Tranquilo, no es nada malo. En mi... entre la gente con la que crecí, solemos darnos abrazos cuando nos contamos historias tan emotivas. Es un gesto de amistad...

—¿Quieres darme un abrazo? —me cortó sin más. Asentí.

Me miró por unos segundos, sopesando mi petición. Se aclaró la garganta y echó la silla hacia atrás, no sin sonreírme e invitarme a que me acercase a él. Me levanté y caminé hacia su posición.

Bellamy se sacudió la casaca roja y se la recolocó bien, hasta se atusó el pelo negro. Yo estaba emocionada por lo que iba a hacer, ya que iba a abrazar al príncipe de los piratas. El hombre que más noches me tuvo despierta estudiando su historia.

En cuanto estuve a su altura, estiró los brazos y me permitió acomodarme a mí primero antes de rodearme con ternura. Aspiré su aroma y él hizo lo mismo. Lo abracé con fuerza y apoyé mi mejilla sobre su camisa.

—Gracias por confiarme tu secreto —dije contra su pecho.

—De nada, Olivia Burke. Ha sido un placer hablar contigo con sinceridad. ¿Significa esto que ya somos amigos? —susurró contra mi cabeza.

—Significa que tienes mi absoluta confianza, *capitán* Bellamy —respondí seguido de una risa.

—Lláname Sam —ronroneó, y me parecieron las palabras más sexis dichas por un gentil pirata.



El atardecer nos encontró entrando en pleno océano Atlántico y dejando atrás la barrera de coral de las Bahamas. Llevábamos rumbo hacia Isla Tortuga, que sería nuestra primera parada y donde haríamos el cambio a un barco mercante que nos llevaría directos al puerto de Kingston. Una vez allí, nos acercaríamos a las costas de Port Royal en barca.

Después de eso, todo dependería de mi habilidad para desempeñar mi mejor papel como una mujer a la que acababan de atacar los piratas y, en consecuencia, se había quedado viuda.

Con esos pensamientos rondando mi cabeza, me encontré a Liam apoyado en la baranda cercana a la proa, mirando con atención al horizonte y con los pensamientos perdidos en algún lugar de su mente.

—¿Pensando en algo interesante? —pregunté en cuanto llegué a su altura.

Él sonrió, me miró de soslayo y estiró el brazo para atraerme hacia su cuerpo. Me rodeó por los hombros y dejó que me acomodara contra su pecho. Cerré los ojos en cuanto me besó en la frente y suspiré.

—En muchas cosas, preciosa —respondió. Bajó el brazo hasta dejarlo en mi cintura—. ¿Tú estás bien?

—Lo estaré en cuanto lo hayamos liberado. Hasta entonces, digamos que *estoy* —contesté con sinceridad.

—Lo salvaremos, Liv, sé que será así.

—Creo que tienes demasiada fe en mí, pirata —bromeé.

—Bueno..., te conozco bien y sé de lo que eres capaz cuando de proteger a mi hermano se trata —dijo, a la vez que dibujaba suaves círculos sobre mi camisa y rozaba así mi piel.

—Haría lo mismo por ti, Liam, y lo sabes. —Se quedó en silencio, detuvo sus caricias y suspiró. Luego, retomó el movimiento con los dedos y me dio un beso en la cabeza.

—Lo sé, pero tu corazón le pertenece a él. —Esas palabras me desconcertaron porque mi intuición me decía que escondían mucho más de lo que en realidad pretendía mostrar. Quise contestarle, pero Liam se separó de mí y dijo: —Vete a descansar, Liv. Aún nos quedan un par de

jornadas hasta llegar a Tortuga.

Lo miré extrañada, escudriñando en esos ojos tan azules como los de su hermano, pero solo encontré anhelo. Liam me acarició la mejilla con una mano, paseó los dedos por el perfil de mi mandíbula y luego se detuvo en mis labios.

—Vete ya, por favor —suplicó.

No dije nada, ni una sola broma. Asentí, me puse de puntillas para darle un suave beso en la mejilla, pero él me lo impidió dando un paso hacia atrás. Entendí el mensaje, le di un cariñoso apretón a su mano y me fui directa a mi camarote.

Antes de cerrar la puerta tras de mí, me giré para mirarlo y lo vi apoyarse con ambas manos en la baranda. Observé cómo agitaba la cabeza, debatiéndose con algún pensamiento. Se llevó una mano a la cabellera y se revolvió la melena castaña. Tomó aire, miró al cielo y lo soltó con un largo suspiro.

Dirigió, entonces, su mirada hacia el camarote. Cerré la puerta rápido y recé porque no me hubiese pillado espiándolo. No sabía cómo interpretar lo que acababa de ver..., o tal vez me negaba a creerlo.

—No, Liam no siente nada por mí. No puede ser... Ambos estamos viviendo una situación muy tensa y difícil, nada más. Tenemos los sentimientos algo revolucionados, es eso —me dije a mí misma para calmarme, pero... ¿Y si en verdad sí que sentía algo por mí? ¿Cómo afectaría eso a nuestra relación? ¿Y con su hermano?

Resoplé, frustrada y sacudí la cabeza para alejar todos esos pensamientos de mi mente. Me quité la ropa y me deslicé entre las cálidas mantas de mi cama, pero no pude dormirme hasta bien entrada la noche.

Me desperté a la mañana siguiente, entumecida y algo dolorida por no haber descansado bien. Las preguntas no dejaron de dar vueltas en mi cabeza, hasta tuve pesadillas en las que me veía corriendo hacia Hiram, pero teniendo que elegir abandonar a Liam. Agonía, dolor y una terrible sensación de vacío me acompañó durante toda la noche.

Aparté las mantas hacia un lado y me quedé sentada en el borde de la cama, con los pies colgando. Mis sentimientos eran claros, amaba con todas mis fuerzas a Hiram y no podría estar con nadie más, pero Liam se había convertido en una pieza fundamental en mi vida. La duda era si él sentía algo por mí, más allá de ser familia.

Maldije por no saber qué pensar de todo eso y me fui directa a por mi ropa. La mejor solución sería seguir como siempre, sin tener que mantener esa conversación que tan solo nos iba a incomodar a los dos.

Saqué una camisa de Hiram del petate que había llevado para la misión y una muda limpia. Me quité el camisón que llevaba puesto y me vestí con la camisa y los pantalones de piel marrones. Anudé las botas con fuerza, me hice una trenza larga y me dirigí al exterior con paso decidido.

—Buenos días, Liv —me saludó Alastir, haciendo una reverencia de lo más teatral. Esboqué una sincera sonrisa y le devolví el saludo con una leve inclinación de cabeza.

Proseguí mi camino por la cubierta, saludando a todos los hombres que me encontraba y buscando con la mirada a Liam, pero no había rastro de él.

—Está con el capitán —me informó Brom al verme ascender las escaleras en dirección al timón. Lo miré asombrada—. Te están esperando en su camarote —dijo.

—Gracias —respondí agradecida y me dirigí hacia allí. Bajé los dos peldaños que había subido y giré para entrar en el interior del castillo de proa.

El mar estaba algo agitado en la mañana y eso hizo que mis pasos fueran del todo irregulares, por no decir que acabé restregando mi costado derecho contra la rugosa pared de madera.

Ya a la altura de la puerta del camarote de Bellamy me acomodé la ropa y la trenza y llamé. Un par de leves golpecitos con los nudillos y me separé un paso hacia atrás para esperar. Enseguida se escucharon pasos firmes sobre la tarima de madera al otro lado.

—Buenos días, preciosa —me saludó Liam, mostrándome una enorme sonrisa que disipó por completo todas mis dudas y miedos.

—Buenos días —respondí. Di un paso al frente, pero él me frenó. Me tomó del mentón y escudriñó en mi rostro con intriga.

—Has dormido mal, ¿verdad? —«Mierda, ¿cómo coño podía saber eso?»

—Ya sabes, mis problemas de siempre para conciliar el sueño cuando tu hermano no está —contesté, intentando ocultar la verdadera razón por la cual había pasado una pésima noche.

—Tienes que descansar, Liv...

—Vaya, gracias por tus consejos, Sherlock. No es algo que haga a propósito, ¿sabes?

—Déjala entrar ya, Burke —protestó Bellamy desde el interior. Liam se hizo a un lado y atravesó el umbral—. Buenos días, Liv. Te preguntaría qué tal has dormido hoy, pero ya veo que no muy bien. ¿Puedo hacer algo para ayudarte?

—Siempre duermo mal cuando mi hermano está fuera, tranquilo —se apresuró Liam a contestar. Yo le lancé una mirada reprobatoria por atreverse a contestar por mí.

—Bueno, en eso no puedo ayudarte. Yo al menos, no, pero puedo prometerte que haremos todo lo posible por traer a tu esposo de vuelta —aseguró y yo le creí. Desde que se había confesado conmigo, me sentía más cómoda con él y pude notar su absoluta sinceridad.

—Gracias..., *capitán*. —Liam se atragantó con su bebida tras escucharme pronunciar esa palabra de esa forma burlona y Bellamy curvó su boca en una amplia sonrisa divertida.

—Sois como niños los dos —dijo, acompañado de una risa. Tomó el vaso que tenía frente a él y le dio un trago. Yo desvié la mirada hacia Liam y lo vi guiñarme un ojo de forma cómplice.

—Desayuna algo antes de empezar o te acabarás desmayando —comentó Liam, retirando una silla de la mesa hacia atrás e indicándome que me sentara.

—¿Empezar qué? —pregunté intrigada mientras tomaba asiento—. ¡Oh, queso! —exclamé al mirar los dos platos que había sobre la mesa, uno con mi perdición y otro con trozos de cecina y algunos arenques. También vi un par de trozos de pan y, cómo no, whisky. Eso es algo que echaba mucho de menos de mi tiempo, los buenos desayunos con una bebida caliente.

—Tu entrenamiento. ¿No pensarías que te ibas a librar? —contestó Liam, esbozando una pícaro sonrisa.

—¿Sinceramente? —Tomé un trozo de queso y le indiqué a Bellamy que me echase un poco de bebida en el vaso—. Sí, lo pensaba. No es que tengamos mucho espacio aquí para entrenar —contesté.

—Te equivocas, tenemos el espacio justo y necesario. Así, aprenderás a moverte mejor en situaciones mucho más reales que en la entrada de casa.

—¿Voy a poder portar un sable o pistola? —pregunté mientras degustaba mi trozo de manjar.

—¿Y arriesgarme a que me cortes las pelotas? No, gracias, aún las quiero en su sitio. —Bellamy estalló en carcajadas y yo terminé contagiándome también.

Degustamos nuestro desayuno entre chanzas y risas, y conversamos sobre cómo se iban a desarrollar nuestros planes durante los próximos días. Una vez en Port Royal, dispondría de apenas cinco días para lograr mi objetivo.

Pude notar el disgusto en la voz de Liam cada vez que hablaba sobre la ejecución del plan, pero también obtuve por su parte el apoyo que necesitaba. No quería el de nadie más, salvo el suyo y ese siempre lo tendría, tal y como me había prometido desde el principio.

Una vez terminamos con todo, nos dirigimos hacia la cubierta. Bellamy ocupó su posición en el timón, con Brom a su lado, y Liam fue a buscar un par de palos para dar comienzo así con mi entrenamiento rutinario.

—Muy bien, preciosa. A ver qué sabes hacer en una cubierta de un barco —pronunció en cuanto subió de la bodega. Me lanzó un palo y se quedó frente a mí, agitando el suyo y mirándome de esa forma provocadora con la siempre lo hacía.

Le saqué la lengua y moví mi arma para hacerme con el peso, eso era algo que me había enseñado desde el principio. Debía saber cuánta fuerza iba a tener que emplear con el arma que me tocara emplear y así poder trazar mi estrategia.

—¿Lista? —preguntó. Lo miré y asentí.

Dio comienzo nuestro espectáculo, el cual siguieron todos con suma atención. Aprovechando que el día se había despejado del todo y que el mar estaba en calma, Liam y yo dimos rienda suelta a nuestras acrobacias.

Atacó primero, lanzando un golpe hacia mi cabeza y que yo frené sin problema alguno, levantando mi palo con ambas manos sobre mí.

—Buenos reflejos, para alguien que no ha tenido pesadillas esta noche —dijo, tras dar un paso

hacia atrás.

—Yo no he dicho que haya tenido pesadillas —respondí.

—Siempre las tienes, recuerda que ya he dormido contigo..., y en la misma cama. —Esa forma de acentuar la última parte... Supe al instante que buscaba provocarme.

—Si lo que tratas de hacer es buscar mi ira, no la vas a encontrar, Liam. Estoy muy calmada y serena.—. Y lancé el siguiente ataque.

Bloqueó mi golpe y nuestras caras se quedaron una frente a la otra. Su mirada se tornó oscura y su boca se curvó en una traviesa sonrisa, mostrando parte de su perfecta dentadura.

—¿Estás segura? —ronroneó tan cerca de mis labios que pude notar la calidez de su aliento en mi boca. El corazón se me agitó en el pecho, pero mantuve la posición.

—Totalmente —aseguré, acercando mi boca a la suya de forma seductora. Sabía cómo provocarme, pero yo a él también.

De pronto, y sin que me diese tiempo a reaccionar, hizo un giro sobre sus talones y acabó tras mi espalda. Sin previo aviso, me soltó un manotazo en el trasero. Pude notar todos los dedos bien marcados en mi nalga derecha.

—¡Liam! —protesté y la ira se apoderó de mí. Caí en su trampa y eso me enfureció.

Me giré de golpe y salté sobre él, con el palo alzado y lista para asestarle un golpe en la cabeza. Hábil, era demasiado hábil. Se hizo a un lado sin apenas esfuerzo y volvió a palmearme el trasero.

—Vamos, preciosa. Puedes hacerlo mejor —bromeó, para divertimento del resto de la tripulación.

Solté un grito y me lancé contra él, con el palo sobre mi cabeza y con la firme intención de hacerle el mayor daño posible..., pero volví a perder y de nuevo la cubierta se llenó de risas y chascarrillos del resto.

«Serénate, O'Brien, o te volverá a patear el culo», pensé mientras controlaba mis respiraciones en busca de la necesitada calma. Debía serenarme y buscar una estrategia que lograra darme ventaja.

—¿Por qué no? —jadeé con la solución en mi mente. Me giré y lo miré.

—¿Ya estás cansada? —preguntó con ese tono condescendiente que tanto me irritaba, pero mantuve la calma.

—Calla y atácame de una vez —le desafié. Moví el palo y le incité a dar el siguiente golpe.

Asomó esa sonrisa traviesa y fijó sus ojos en mí, cual depredador a punto de saltar sobre su presa. Dejé que me atacase. Un golpe a las piernas que yo frené con agilidad. Otro, al costado y también lo paré. Así estuvimos un buen rato, bailando y moviéndonos por la cubierta, mientras el resonar de los palos al chocar marcaba un ritmo que nuestros cuerpos conocían.

En un movimiento de Liam, volvimos a quedar frente a frente y nuestras respiraciones aceleradas calentaban nuestras bocas. Le mostré mi sonrisa más seductora, humedecí mis labios ante su atenta mirada y lo besé sin más.

Liam se quedó inmóvil, con los brazos alzados sobre nuestras cabezas y sujetando el palo con fuerza. Abrió los ojos por la sorpresa de ese beso. Entonces, con un rápido movimiento, realicé un movimiento con mis brazos y le hice un barrido con el palo. Acabó con la espalda pegada al suelo, momento que yo aproveché para colocar un pie sobre su pecho y la punta de mi arma contra su garganta.

—Ríndete, pirata —exclamé, orgullosa por mi hazaña y jadeante.

El barco estalló en vítores, aplausos y silbidos tras mi triunfo. Los tripulantes golpearon el suelo de la cubierta con los pies, causando un enorme estruendo.

Bajé mi pie de su pecho y estiré una mano hacia él. La tomó y tiré con toda la fuerza que pude para ayudarlo a levantarse. Liam me miraba entre asombrado y orgulloso. Yo tan solo esboqué una sonrisa victoriosa.

—Has hecho trampas —susurró a mi lado.

—Tú me has enseñado a utilizar todos los recursos que fuesen necesarios para vencer a mi oponente —respondí con cierta travesura en mi tono de voz.

—Bien hecho, preciosa, pero... —Acercó su boca a la mía y ronroneó: —. La próxima vez que me beses, ponle más empeño. Sé que puedes hacerlo mejor.

—No habrá una próxima vez —le respondí de la misma forma, aunque empezaba a sentir mis pulsaciones más aceleradas de lo normal y no eran por el esfuerzo de la pelea.

—¿Estás segura? —Y se alejó de mí dos pasos, sin desviar la mirada ni dejar de sonreírme.

Unos disparos a lo lejos me sobresaltaron y me giré para ver de dónde provenían. Tanto del Marianne, como del Queen Anne's revenge y del Ranger, se podían escuchar de forma clara gritos, vítores y varios disparos al aire.

—Habéis dado un buen espectáculo, muchachos —pronunció Bellamy desde lo alto de la proa. Fijé mis ojos en las verdes esmeraldas del capitán, que me sonrió y asintió con orgullo.

Liam y yo nos miramos, algo exhaustos aún, pero divertidos por la situación. Rodeó mis hombros con un brazo, me atrajo hacia él y me dio un beso en la frente.

—Estoy muy orgulloso de ti, preciosa —me susurró al oído. Por alguna extraña razón, esas palabras me calentaron el corazón.

Tras recibir la ovación de la tripulación, después de diversas risas, de que me lanzaran por los aires como si de una pluma se tratase y de que mis gritos provocasen carcajadas, cada uno retomó su puesto.

La vida en un barco pirata nunca era aburrida y no existían horas muertas, aunque sí momentos de más calma y tranquilidad. Mientras todos realizaban diversas tareas en la cubierta, yo permanecí apoyada sobre la baranda de madera y dejando que el viento marino acariciase mi rostro y revolviese los cabellos rebeldes que se me habían soltado de la trenza.

Pronto llegaríamos a isla Tortuga, en un par de días, y desde allí, pondría rumbo hacia Port Royal,

hacia él.

Pronto...



La última vez que estuve en el centro neurálgico de los piratas, apenas fueron unas horas. Recorrer los mismos caminos que en su momento hicimos Hiram y yo, me suponía un gran esfuerzo por tener que controlar mis propias emociones. No había pasado mucho tiempo, pero la vida en esa época se vivía de una forma tan intensa que dos meses podían llegar a parecer una eternidad.

—Estás pensando en él, ¿verdad? —La voz de Liam a mi lado me trajo de nuevo a la realidad. Lo miré, esperando el golpe en el centro de mi corazón al verme reflejada en esa mirada tan idéntica a la de Hiram, y esboqué mi mejor sonrisa.

—¿Tan fácil de leer soy?

—Para mí, sí.

Le di un trago a mi bebida, una cerveza de lo más aguada y amarga que él había logrado conseguir. La taberna en la que nos encontrábamos estaba llena de hombres rudos en busca de emociones fuertes, muchos de ellos con mujeres de escasa ropa sentadas sobre sus rodillas. Todo un espectáculo sexual, porque muchos de ellos no se cortaban ni un pelo en manosear los pechos de algunas de las prostitutas.

—Si te incomoda, podemos irnos...

—No, estoy bien. Ya debería acostumbrarme a ver estas cosas —le respondí con sinceridad.

—Realmente, no tienes por qué estar acostumbrada, Liv. Eres una mujer casada y estas cosas...

—En mi tiempo también hay putas, Liam. Y existen otro tipo de entretenimientos al cual todos tenemos acceso. Se llama porno. —Tomé otro trago de cerveza, pero esta vez más largo, mientras recordaba algunos momentos vividos junto a Diego en su habitación.

—Siempre se me olvida que vienes de un tiempo más avanzado, te has adaptado tan bien a este —dijo.

—Vive o muere, amigo —contesté, chocando mi vaso contra el suyo. Él se rio y pasó un brazo por encima de mis hombros. Me atrajo hacia él y me dio un cálido beso en la frente.

—¿Estás lista para mañana?

—No —me apresuré a responder.

—Yo tampoco —dijo y soltó un sonoro suspiro.

—¿Por qué? La que va a viajar en un barco lleno de desconocidos hasta Port Royal soy yo. Tú...

—Si te piensas que te voy a dejar ir sola es que no me conoces bien, preciosa —soltó y bebió de su cerveza. Lo miré pasmada.

—Liam..., no puedes venir. Si te ven allí...

—No tienen nada contra mí, tranquila.

—Pero eres igual que tu hermano, te apresarán al instante pensando que te has escapado —masticé seria.

—Tranquila, preciosa —dijo. Acercó su cabeza hacia mi cara y depositó un beso en mi mejilla que mantuvo ahí eternos segundos—. Me entenece que te preocupes tanto por mí, pero no te dejaré ir sola —susurró de tal forma que todo mi cuerpo se erizó. Apreté el vaso entre mis manos y cerré los ojos al sentir el calor de su voz contra mi piel. ¿Qué nos estaba pasando, joder?

—Te he conseguido una habitación, Liv, y le he pedido a la dueña que te lleven una bañera. Supuse que querías limpiarte un poco —comentó Bellamy. Apareció tan de repente que nos sorprendió a ambos y nos separamos de golpe.

—No hacía falta... —comencé a decir cuando me di cuenta de que allí no había ninguna posada —. Sam, ¿me has cogido una estancia en el burdel? —pregunté.

Bellamy, que se había sentado a mi otro lado en la pequeña mesa de la taberna, me miró y me mostró su sonrisa más traviesa.

—¿Prefieres volver al barco? —Iba a responderle, pero dijo: —Allí no tendrás una bañera para lavarte.

—El *capitán* tiene razón, preciosa. Necesitas un baño, apestas —bromeó Liam. Le di un codazo en el costado y soltó una carcajada.

—Bueno, supongo que servirá. Solo espero que ningún *hombre* se confunda y entre en busca de *calor* femenino —dije.

—Tranquila, seguro que Burke sabrá cómo impedir que eso suceda. —Bellamy y sus indirectas. Esta vez, el pisotón se lo llevó él.

—¿Acaso prefieres ser tú quien lo haga? —le espetó Liam.

Puse los ojos en blanco porque se avecinaba otra lucha de gallos.

—Basta ya los dos, sé cuidarme sola —intervine, antes de que alguno dijese algo de lo que arrepentirse más tarde.

—En cuanto a eso —comentó Bellamy y se llevó la mano a uno de los bolsillos de su casaca roja, siempre perfecta e impecable. Sacó una daga corta y me la entregó—. Te he conseguido esto, vas a necesitarlo y algo me dice que sabrás manejarla bien —dijo.

Me quedé en *shock* por ese gesto. Miré la mano que sujetaba el arma y luego a él, sin poder cerrar la boca del asombro.

—Pero..., Sam... esto es, es demasiado. Te habrá costado una fortuna —balbuceé. Estiré la mano, la cogí con cuidado y pude notar su ligereza. Ideal para manejarla bien y no acabar cortándome un dedo por no poder sujetarla en condiciones.

—Tengo riqueza suficiente, no tengas pena. —Y bien sabía yo que eran ciertas sus palabras. El príncipe de los piratas, considerado el que más fortuna llegó a amasar y del que poco se sabe por su corta trayectoria.

—Gracias, en serio —agradecí con sinceridad. Sam sonrió, asintió y se fue en busca de sus hombres o de alguna mujer que le calentase la cama esa noche.

—Ha sido un bonito detalle y viniendo de él... diría que uno grande. Bellamy no suele tener gestos así con cualquiera, preciosa. Creo que te has ganado la confianza y el corazón del *capitán* —dijo Liam a mi lado.

Yo no podía dejar de observar con atención el regalo. Una daga de no más de quince centímetros de hoja, brillante y con una empuñadura sencilla, pero de fácil agarre.

—Espero que no me la claves en el trasero —bromeó él.

—No puedo prometerte nada —respondí de igual forma. Liam se carcajeó y yo seguí mirando con detenimiento mi pequeño regalo brillante..., y mortífero.

Tras haber tenido una tediosa reunión con Hornigold y Barbanegra, donde vivimos de nuevo momentos tensos entre el pirata más temido de todos los tiempos y yo y en el que Liam parecía estar a punto de sufrir un infarto, nos fuimos directos a la taberna para cenar un poco de ese guiso de carne tan jugoso y que tanta fama tenía entre los bucaneros.

Ocupamos bastante espacio dentro y fuera del pequeño local, ya que la tripulación de los cuatro barcos junta ascendía a cerca de mil hombres. Yo estaba maravillada por tanto pirata junto, aunque era diana de varias miradas incendiarias por parte de algunas prostitutas por ser la única mujer entre ellos.

Siempre flanqueada por Liam y Bellamy, fui consciente de las ampollas que levantaba mi presencia y no las podía culpar. A mi juicio, eran los dos hombres más atractivos de toda Tortuga en esos instantes. Esa situación me generó una sensación de poder enorme.

Acabada la cena, decidí que era momento de dejarlos disfrutar a solas de la compañía de otras mujeres, que apenas se acercaban a nuestras mesas debido a mi presencia, y me retiré a mi habitación.

Para disgusto de varias prostitutas, Liam me escoltó hasta mi destino. Bellamy, en cambio, decidió que tenía suficiente con soportar la fiera custodia de un hombre y se quedó en la taberna.

—Hola, cosita guapa. Podría ofreceros a ambos una experiencia diferente y muy saciante —ronroneó una mujer, bien ligera de ropa para la época en la que estábamos, que permanecía apoyada

contra la pared de la entrada al edificio donde se encontraba mi estancia.

—No, gracias, tenemos bastante con nuestra mutua presencia —respondió Liam, de forma educada, pero que a mí me hizo esconder una risa involuntaria.

—Es una pena porque dos cuerpos tan perfectos como los vuestros tienen que moverse de maravilla —dijo ella. Pude ver la decepción en su rostro y a punto estuve de pedirle disculpas por la respuesta de mi cuñado.

—Oh, no te haces una idea. Sobre todo, por ella..., si tú supieras cómo se mueve cuando la tengo así... —comenzó a explicar él, haciendo gestos con sus manos y su cuerpo.

—¡Liam! —exclamé. Le di un codazo en el costado, bien fuerte esta vez, y él se dobló a la vez que se rio.

Noté que mis mejillas se incendiaban y aceleré el paso. Subí las escaleras de madera que bordeaban la pared oeste exterior del edificio y entré en mi habitación a toda velocidad. Él llegó segundos después.

—Perdona, ya sé que no te gustan esas bromas —dijo tras entrar.

—Mierda —solté sin más.

—¿Qué ocurre?

—Me dejé el vestido que me regaló Anelle en el barco. Quería ponérmelo mañana, antes de embarcar...

—Yo te lo traigo, tranquila. —Se giró y desapareció sin darme tiempo a decirle nada más.

Me acerqué para cerrar la puerta y me quedé ahí sujeta al pomo, mirando hacia el vacío de la habitación. No era muy grande, pero tenía lo justo y necesario para pasar la noche. Hacía rato que habían llevado la bañera, de la que disfruté apenas Bellamy me dijo que me esperaba un baño relajante.

Estaba claro que esa estancia se usaba para otros menesteres y no como alojamiento de alguien como yo. Había un pequeño armario de dos puertas, una cama grande con un dosel de madera sencillo y un lavabo al fondo que, por lo supe, era donde hacían a los hombres lavarse momentos antes de iniciar las prácticas sexuales.

—Al menos, tendré donde asearme mañana —dije, divertida.

Me solté de la puerta y caminé despacio por la habitación, escuchando la madera crujir bajo mis pies y oteando todo a mi alrededor. La ropa de cama era de un color rojo intenso y yo solo podía desear que estuviera bien lavadas para no pillar una enfermedad de ese siglo.

Pensé en Hiram, intenté convencerme de que estaba bien y que lograría liberarlo sin ningún tipo de percance. Nunca fui creyente, pero recé porque así fuera. De hecho, jamás había rezado tanto en toda mi vida como desde que acabé atrapada en ese mundo de bucaneros, piratas y filibusteros.

Llegué a la altura de la cama y posé una mano en el colchón para comprobar su dureza. Blando..., y ruidoso. Suspiré con fuerza, resignada. Me tumbé a la larga sobre las sábanas y me

quedé pensativa, mirando al techo del dosel.

Llevaba un rato ahí anclada, siguiendo la línea de los listones de madera sobre mi cabeza con la mirada, hasta que vislumbré unas sogas colgadas de un par de ellas. Me incorporé y me quedé de rodillas sobre el sonoro colchón.

Oh, por los dioses

Adiviné al instante para qué estaban ahí puestas esas sujeciones y me reí. Unos gritos femeninos, acompañados de unos gruñidos masculinos, sonaron de golpe al otro lado de la pared. No tardaron en llegar los golpeteos rítmicos del cabecero, seguidos de jadeos y palabras del todo inspiradoras.

Miré hacia arriba de nuevo y me puse de pie, con cuidado de no acabar estampada en el suelo. Los observé con detenimiento y la curiosidad de una arqueóloga en busca de respuestas. Estiré una mano y note la rugosidad de la cuerda.

Movida por un impulso, metí mi mano por uno de los agujeros. Miré hacia la otra y estiré el brazo para comprobar la distancia. Sí, era la de una mujer de tamaño medio. Realicé la misma acción y me quedé ahí sujeta, con los brazos estirados y haciendo movimientos para ver cuánto peso podría aguantar la estructura de madera.

—¿Necesitas ayuda, Liv? —La voz de Liam me heló la sangre. Desvié mi mirada hacia la puerta y lo encontré apoyado contra el marco, con los brazos cruzados y observándome con una sonrisa traviesa en su rostro.

Me puse roja al instante, no hizo falta que me viese en ningún espejo porque pude sentir el calor recorrer todo mi cuerpo y quedarse alojado en mi cara.

—Yo... yo no... sentía curiosidad y...

—¿Y ya la has satisfecho?

—Me queda claro para qué sirve esto, gracias —respondí. Tiré de mis manos para sacarlas de las sogas, pero me quedé atascada. Volví a realizar el mismo movimiento, pero solo lograba apretar más el nudo—. Mierda —maldije.

—Sí, veo que lo tienes todo controlado.

—Podrías ayudarme, en vez de quedarte ahí a burlarte de mí —protesté.

—¿Estás segura? Podríamos aprovechar la situación y...

—Liam Burke, te juro que te patearé el culo como termines esa frase —le amenacé, para su divertimento porque estalló en carcajadas.

Dejó a un lado de la puerta el saco donde traía mi vestido y caminó hasta la cama. Se subió con agilidad, haciendo rechinar los muelles con mucha más potencia que yo y se quedó de pie frente a mí.

Su cercanía me puso nerviosa, pero me concentré en las sogas. Liam estiró ambas manos hacia mi muñeca izquierda y la manipuló con sumo cuidado. Luego, hizo lo mismo con la otra y no pude evitar recordar a Hiram. En cuanto me vi liberada, lo miré y él me sonrió.

Bajó de la cama primero y luego me ayudó a mí, cogiéndome de la cintura y llevándome a suelo firme con tanta delicadeza que bien podría confundirlo con su hermano. Eso me rompió por dentro.

—Bueno, te he traído tu bonito vestido. Ahora, te dejaré sola para que...

—No —dije de forma involuntaria.

—¿No? —Liam se quedó intrigado y me instó a explicarme, pero ni siquiera yo misma sabía por qué había dicho eso. O tal vez sí.

—No quiero quedarme sola. Yo... este sitio no me inspira mucha confianza, la verdad, y... ¿Podrías quedarte conmigo?

—¿Estás segura? Nadie te va a hacer nada, Liv. Tenía pensado quedarme en la puerta...

—¿Cómo? ¿Y dormir en el suelo, pudiendo dormir aquí?

—Da igual el suelo del exterior que el de la habitación... O no me estás pidiendo eso. —Mi nerviosismo me impedía mirarlo, así que fijé mis ojos en mis pies y comencé a moverlos de forma inquieta. Él me tomó del mentón y me obligó a mirarlo a los ojos—. ¿Liv?

—Ya dormimos juntos en la misma cama y, bueno... esta es más grande. Podríamos compartirla...

—No creo que esa sea la mejor de las decisiones.

—Confío en ti, Liam.

—Bien, me alegro porque eres la única que lo hace.

—Por favor, yo... no quiero quedarme aquí sola y tú... tú dices que vas a quedarte ahí fuera, ¿no? Pues, mejor que te quedes aquí dentro —expliqué a modo de súplica, y en verdad que no quería estar sola.

Liam se quedó ahí, fijo en mis ojos y sujetando mi mentón con dos dedos. Larga la espera, o eso me pareció, hasta que me soltó, agachó la cabeza y se fue hacia la puerta. Sentí una enorme congoja por verlo marchar, pero me quedé pasmada cuando lo vi cerrar la puerta y girarse hacia mí.

—Gracias —susurré, emocionada.

—No tienes que dárme las, tampoco es que esté haciendo algo de forma forzada. Mi única condición es que no me pidas que te haga el amor porque soy leal a mi hermano y...

—Empiezo a arrepentirme de mi decisión —bufé y puse los ojos en blanco.

Liam se rio de forma escandalosa y decidí darle la espalda. No pude evitar sonreír al saber que estaría conmigo. Me sacaba de quicio, cierto, pero se había convertido en alguien fundamental en mi vida. No era solo mi cuñado, era mi amigo y sabía que siempre estaría ahí para mí.

Me metí tras el biombo blanco que había junto al armario para desvestirme cuando él dijo:

—Esperaré aquí hasta que te quites la ropa y te metas en la cama. Prometo no mirar.

Me sacó otra sonrisa por ese juramento. Aunque su tono era de burla, sabía que cumpliría la promesa de no mirar. Es un bromista, pero, ante todo, Liam Burke era todo un caballero con las mujeres.

Dejé las prendas dobladas sobre una silla de mimbre que había tras el biombo y me fui directa a la cama. Me deslicé entre las sábanas, apoyé la cabeza sobre la almohada y solté un gemido de placer.

—Liv..., me lo pones muy difícil para que me controle...

—Sabes que tengo una daga bajo la almohada, ¿verdad?

—Ya me has facilitado las cosas, gracias. —Se giró y me miró.

Le saqué la lengua. Él se rio y se quitó el calzado. Caminó hacia la cama bajo mi atenta mirada, rodeó la estructura y, cuando llegó a la altura de su lado, se dejó caer sobre el colchón. Todo rechinó con fuerza y, por un momento, pensé que el dosel entero se desplomaría sobre nuestras cabezas.

—Si querías dormir en el suelo, haberlo dicho —protesté. Me contestó con un leve gruñido, ya que tenía los ojos cerrados y se había llevado un brazo tras la cabeza—. ¿Vas a dormir así, sobre las mantas? —pregunté intrigada.

—Ajam.

—Pero...

—Duérmete, Liv —me ordenó sin abrir los ojos.

—Vas a coger frío, no seas cabezota y métete dentro, Liam. —Esos luceros brillantes se clavaron en mí y escudriñaron mi rostro.

—Créeme, será mejor así. Duérmete ya, tienes que descansar porque mañana nos queda una travesía más. —Y volvió a cerrar los ojos.

Yo me quedé mirándolo durante largo tiempo, hasta que llamé su atención y me miró de nuevo. Estiré mi mano hacia la suya y enredé mis dedos entre los suyos. Liam sonrió, asintió al entender lo que dije con ese simple gesto. Se acercó a mí y me dio un beso en la frente.

—No tienes que darme las gracias, ya lo sabes —dijo.

Se dio la vuelta y se quedó dormido al instante. Yo aún tardé un rato en conciliar el sueño porque mis pensamientos no dejaban de volver una y otra vez hacia Hiram y la necesidad de saber que estaba bien. Pero también volaron por mi mente las preguntas que me rondaban desde hacía días.

No puedes enamorarte de mí, Liam.

Fue lo último que procesé en mi cabeza antes de que Morfeo me rodease con sus fuertes brazos y me arrastrara al reino de los sueños.



El día amaneció soleado y las gaviotas inundaban los cielos con sus cánticos y aleteos. Isla Tortuga despertaba con decenas de cuerpos, algo ebrios algunos, tirados por sus calles y otros iniciando sus labores rutinarias de cada día.

Muchos de los hombres de nuestra compañía aún permanecían dormidos en alguna cama o tirados por el suelo de las bodegas de los barcos. En el embarcadero tan solo estábamos Liam, Bellamy, Hornigold, Teach y yo. Un buque comercial con licencia para operar en esas aguas con Jamaica, libres de ser atacados por el resto de los piratas, permanecía atracado y a la espera.

—Bien, os deseo suerte, señora Burke —pronunció Hornigold. Tomó mi mano y le dio un beso en el dorso. Luego, miró hacia Liam y dijo: —Y tú procura no meterte en más líos de los que te sueles meter.

—A sus órdenes, mi capitán —respondió él, haciendo un gesto de lo más teatral.

—Vaya..., veo que te conocen bien —bromeé.

—Demasiado bien le conocemos y de bastantes apuros le hemos tenido que sacar, incluido su hermano —apuntó Barbanegra.

—¡Eh! Que me sé sacar las castañas del fuego yo solito. Me ofendéis con vuestras palabras, señores —protestó Liam. Yo agaché la cabeza para esconder una risa.

—Si sobrevivimos a esta aventura, dejaré que restaures tu honor en Nassau, tranquilo —contestó Teach con sarcasmo. Se acercó a mí, tomó mi mano de la misma forma que Hornigold y depositó un suave beso en ella—. Mi querida corazón de fuego, os deseo buena ventura. Pronto volveremos a vernos, o eso espero —dijo.

—¿Crees que serás capaz de no recrearte mucho en tu parte del plan? No hay que destruir la ciudad —le recordé con calma. Todos éramos conocedores de las tendencias sociopáticas de Barbanegra.

Levantó la mirada hacia mí y esbozó una torcida sonrisa guasona.

—Haré lo que pueda, *milady*. —Soltó mi mano al mismo tiempo que yo asentía, resignada porque sabía que no iba a tener muchos miramientos a la hora de bombardear edificios llenos de gente.

—Bueno, yo no seré tan galán —comentó Bellamy y me abrazó sin previo aviso. Sus brazos rodearon mi cuerpo y me sentí pequeña. No me había dado cuenta de lo grande que era hasta ese momento..., y fuerte. El abrazo se alargó y se hizo intenso hasta que Liam carraspeó a nuestras espaldas—. Voy a decirte lo mismo que Hornigold a tu cuñado, no te metas en líos, Olivia Burke. Ve con cuidado y no te dejes atrapar —dijo tras liberarme y separarse un paso de mí.

—No puedo prometer nada..., *capitán* —respondí de forma burlona. Bellamy se carcajeó y volvió a estrujarme contra su cuerpo.

—Eres toda una Burke, no hay duda de ello. Tráelo de vuelta, Liv. Volved los dos —susurró contra mi oído.

—Eso sí que puedo prometerlo.

—Bueno, venga, ya está bien de tantas despedidas. Aún tenemos día y medio de travesía y debemos salir cuanto antes —intervino Liam.

—¿Celoso, Burke? —bromeó Barbanegra, que permanecía cruzado de brazos junto a Hornigold.

—Para nada, yo obtengo otros favores de ella que ninguno de vosotros jamás lograréis tener...

—¡Liam! —exclamé. Me liberé del agarre de Bellamy y le di un puñetazo en el brazo—. Te voy a clavar la daga en el culo, un día de estos. Te lo juro —le amenacé, indignada y a la vez con la cara sonrojada.

Todos estallaron en escandalosas risas, mientras yo los miraba ofendida y de brazos cruzados.

Tras finalizar con las despedidas, Liam y yo cruzamos la pasarela hasta llegar a la cubierta del barco llamado La Gloriosa y cuyo capitán, Aiden Fraser, era considerado uno de los comerciantes de tabaco más importantes de todo el Caribe. Ese era su salvoconducto frente a la piratería, la preciada mercancía que vendía.

En cuanto soltaron amarres, el buque se puso en movimiento y mi corazón comenzó a latir con fuerza. Pronto llegaríamos a nuestro destino, pronto volvería a verlo y, si todo salía bien, Hiram regresaría a casa conmigo.

* * * *

La brisa marina enredaba los mechones sueltos de mi trenza y traía algunos hacia mi boca. Llevábamos medio día de travesía y ya habíamos dejado atrás la isla de La Española. A este ritmo, y si no nos sorprende ningún golpe de mar, llegaremos al puerto de Port Royal a la mañana siguiente.

—¿Nerviosa? —preguntó Liam a mi lado. Estiró la mano y me retiró varios mechones que se habían introducido en mi boca para llevarlos detrás de mi oreja.

—Mentiría si te dijera que no.

—Tranquila, todo saldrá bien —dijo.

—Me halaga la grandísima fe que tienes depositada en mí, Liam —contesté con sarcasmo,

porque ni yo misma me sentía segura de nada en esos momentos.

Él sonrió, pasó un brazo por detrás de mí y me atrajo hacia su cuerpo con tierno abrazo. Como ya era común entre nosotros, apoyé mi cabeza contra su pecho y depositó un suave beso en mi frente. Liam y yo nos habíamos acercado mucho en los últimos días, nuestra relación había cambiado.

—Confío en tu corazón, preciosa, y sé de lo que es capaz un corazón que ama como lo hacéis mi hermano y tú. Por eso estoy tan seguro de que todo saldrá bien. Además, no estarás sola...

—Sigo sin entender por qué has cometido una locura así, Liam. Pueden reconocerte, eres igual que Hiram y podrían apresarte al instante. Te dije que te quedaras con Bellamy y...

—Y yo te dije que no te dejaría sola en esta empresa —me cortó. Solté un bufido de disconformidad. ¿Qué iba a hacer yo si le ocurría algo a Liam? ¿Cómo se lo explicaría a su hermano? —. Tranquila, Liv —dijo, apretando más su abrazo—. Estaré bien, no te preocupes por mí.

—Ya, claro. Eso es fácil decirlo, pero me preocupo..., y mucho.

—Cualquiera diría que empiezas a sentir algo por mí, preciosa —bromeó. Me giré entre sus brazos y lo miré indignada. Obviamente, le golpeé en el pecho.

—¿Qué...? —Liam soltó una carcajada al sentir el puñetazo en el pecho—. Eres... eres... ¡Aargg! Te juro que un día te tiro por la borda del barco —le amenacé.

—¡Señor Burke! —. La voz del capitán Fraser llamó la atención de ambos y le vimos hacer gestos para que Liam se acercase a hablar con él.

Me dio un beso en la mejilla y se alejó. Lo observé subir las escaleras de popa y colocarse al lado del capitán, que permanecía sujeto al timón y con la vista al frente. Ambos hombres se pusieron a hablar de forma relajada, así que yo decidí seguir oteando el horizonte.

La inmensidad del mar del Caribe, completamente en calma y con un sol que calentaba lo justo sobre nuestras cabezas, era abrumadora. El fondo se veía oscuro y eso me causó un poco de claustrofobia.

—Eso te pasa por ver tantas películas sobre desastres acuáticos —me recriminé a mí misma. Quizás hasta lo dije demasiado alto porque uno de los miembros de la tripulación me miró con extrañeza, dejando claro que mis palabras le sonaron del todo incomprensibles.

Agaché la cabeza para esconder una risa. Jamás me acostumbraría a esas cosas, tal vez con el tiempo lograra hacerme a la idea de que ya no estaba en mi tiempo y que ciertas expresiones eran desconocidas para los habitantes de ese siglo.

Permanecí junto a la baranda de madera un buen rato, admirando la tranquilidad del mar en calma, hasta que decidí irme a mi camarote. Necesitaba pensar muy bien en todos los pasos que debía dar en cuanto llegásemos a nuestro destino. Desvié la mirada hacia Liam y lo vi hablando aún con el capitán, así que simplemente abandoné la cubierta con calma.

Ya en mi pequeña estancia, elegida y pagada por Bellamy, me senté en el borde de mi camastro y

dejé salir el aire contenido durante todo el trayecto por el interior del castillo de proa. Eso era algo a lo que jamás me iba a acostumbrar y era el olor tan fuerte que había en un barco lleno de hombres sudorosos.

Se podría decir que el aroma a tabaco hacía de escudo, pero para mí era un olor que siempre me desagradó mucho y me encontraba algo mareada.

—Benditas duchas de agua caliente y aseos, ¡cómo os echo en falta! —dije tras un largo suspiro.

Mi mente viajó hacia un tiempo que se me antojaba muy lejano, demasiado, y en realidad era hacia una época futura. Me pregunté qué estarían haciendo mis seres queridos. La duda de si el tiempo discurriría del mismo modo o, por el contrario, para ellos no habrían pasado ni dos minutos de diferencia.

El rostro de David volvió a mí y lo sentí como un jarro de agua fría. Me di cuenta, en ese instante, que hacía mucho tiempo que no pensaba en él. En cierto modo, era normal, pero... sentí una gran tristeza por lo que pudo ser y no fue. En verdad que quería intentarlo con él porque, en el poco tiempo que estuvimos juntos, me trató como nunca me habían tratado hasta el momento. Pero... un pirata se cruzó en mi camino y mi mundo cambió por completo.

Hiram

Ahora, el rostro que asomaba en mis recuerdos eran los suyos. En el poco tiempo que llevábamos juntos, se había hecho tan intensa nuestra relación que no podía concebir la vida sin él. Se había convertido en mi mundo, mi centro..., mi todo. Cerré los ojos y apreté fuerte para contener las lágrimas que amenazaban con aflorar.

Unos ligeros golpes en la puerta llamaron mi me sobresaltaron. Me levanté y acudí a abrir. Cuando mis ojos se cruzaron con esos dos luceros azules, todo se rompió dentro de mí y las lágrimas salieron sin control alguno.

—Eh, preciosa... —pronunció Liam, sorprendido por mi reacción. Me llevé las manos a la cara al mismo tiempo que él me rodeaba con los brazos—. ¿Qué te ocurre, Liv? —susurró de una forma tan aterciopelada que me recordó a Hiram y rompí a llorar contra su pecho.

—Tengo miedo, Liam, mucho miedo. Yo... yo no... —sollocé. Me rompí en su abrazo y las lágrimas empaparon tanto mis manos como su camisa.

Noté la suave caricia de su mano en mi cabeza y cómo la deslizaba con delicadeza por mi espalda a la vez que me susurraba palabras tranquilizadoras al oído. Todos los miedos se apoderaron de mí y no sabía cómo sacarlos del interior.

Lloré durante largo tiempo, demasiado quizás, porque un dolor de cabeza enorme hizo acto de presencia en cuanto dejé de sollozar. En ese instante, Liam se separó lo justo para tomar mi rostro entre sus manos y limpiar el agua que mojaba mis mejillas con los pulgares.

—¿Me vas a contar qué te ha pasado? —me preguntó.

—Nada, es solo que... pensé en Hiram, en que todo dependía de un plan trazado por mí y que

ahora veo absurdo, arriesgado y hasta peligroso —expliqué con algún que otro hipido de por medio.

—Liv, tu plan va a funcionar y es el mejor que podríamos haber hecho. Ya sabes que la otra opción era destruir media ciudad, según ese loco de Teach.

—Lo sé, pero... yo, estar allí entre toda esa gente... engañarles para...

—No vas a estar sola, Liv. Yo estaré allí y vas a dejar de preocuparte por si me pasa algo porque no es la primera vez que voy a Port Royal. Sé camuflarme... —No le dejé terminar. El corazón se me encogió al escucharle hablar y me abracé a él con fuerza. Metí mi cabeza en el hueco de su cuello y sollocé de nuevo—. Preciosa, empiezo a pensar que en verdad sientes algo por mí —bromeó.

—Eres un idiota, Liam Burke —protesté contra su cuello, pero sonreí—. Pues, claro que siento algo por ti, pirata. —Aflojé los brazos y me quedé frente a él para poder mirarlo a los ojos—. Te quiero, y mucho. Te has convertido en alguien muy importante en mi vida, alguien imprescindible y no podría soportar que te ocurriese nada —confesé.

Liam estudió mi rostro, ladeó la cabeza y esbozó una media sonrisa que me calentó el corazón. Acarició el perfil de mi mandíbula y se detuvo en el mentón, que tomó con dos dedos y levantó un poco mi cara hacia la suya.

—Preciosa, esa confesión acaba de hacer que todo mi interior se vuelva loco y tenga unas ganas enormes de besarte —pronunció a pocos centímetros de mi boca. Y le creí, porque pude escuchar el latir de su corazón. O tal vez era el mío el que sonaba así de fuerte.

—No debes, Liam —susurré.

—Lo sé... —Apoyó su frente sobre la mía y cerró los ojos—, pero no te haces una idea de lo difícil que está siendo.

—Liam... —Se separó de mí de golpe y me dejó una sensación de vacío enorme.

—Voy a buscarte algo para comer y..., beber. Al menos yo voy a necesitar mucho whisky. —No tuve opción a responder, salió del camarote y me dejó sola con mis pensamientos.

La noche transcurrió lenta y pesada. A pesar de que Liam durmiese en el mismo camarote que yo, había decidido hacerlo al otro extremo de la sala. Allí, estirado sobre un colchón sacado de alguna parte, dormía a pierna suelta. O tal vez no, tal vez se hacía el dormido para no tener que soportar mis divagaciones.

Me desperté con un tremendo dolor de cabeza y un nudo en el estómago enorme. Estaba tan nerviosa que tuve hasta ganas de vomitar. Me sobrevino una arcada en cuanto me incorporé de la cama y vi que Liam ya se había ido.

No tenía ni idea de qué hora era o a cuánta distancia estábamos del puerto, pero un nerviosismo descontrolado comenzó a apoderarse de mí. Pronto, en pocas horas estaría más cerca de Hiram.

Comencé a pasear descalza por el suelo rugoso del camarote, recordando la historia que debía

contarle al gobernador Heywood. Una mentira muy bien elaborada, basándome en la verdad, por así decirlo.

Mientras repetía en voz alta cada palabra, me fui colocando ese precioso vestido que Anelle me regaló para esta misión. Bonito, aunque más pesado que un muerto. Las primeras capas fueron sencillas, pero cuando llegué a la última, tuve serios problemas para anudar bien todos los cordones del corset.

—Ahora entiendo porqué las damas de esta época necesitaban la ayuda de sirvientes para ponerse estos endemoniados trajes —protesté, resoplando con cada movimiento y contorsión de mi cuerpo. No pude evitar soltar un *jeureka!* Cuando por fin finalicé.

Me dispuse a hacerme mi clásica trenza, pero recordé que los peinados de esa época, dentro de las damas de la burguesía, no eran así. Eran más elaborados. Ya que no podía pedirle a Liam que me ayudase con ello, me hice un recogido como buenamente pude y me dejé algunos mechones cayendo por la nuca y los laterales de mi rostro.

—Tendrá que servir —le dije al silencio del camarote cuando escuché las voces de los marineros en el exterior que avisaban del avistamiento del puerto.

Empecé a temblar.

Tomé aire y lo dejé salir con un largo suspiro. Repetí la acción un par de veces para calmarme y caminé hacia la puerta. Estaba lista para desempeñar mi papel de viuda desconsolada.

Al abrir la puerta, me topé de bruces con Liam, que se quedó atónito al verme. Durante eternos segundos, recorrió todo mi cuerpo con la mirada hasta detenerse en mi cuello.

—*Wow...* estás...

—Ridícula, lo sé. Me siento extraña, por no decir que es lo más incómodo que he llevado nunca y...

—Preciosa..., iba a decir que estás preciosa. Toda una reina, diría yo —dijo.

—No seas exagerado, no es para tanto.

—No acostumbro a mentir cuando a la belleza femenina se refiere. —Acompañó esas palabras con una pícara sonrisa y una besada de mano de lo más teatral—. ¿Lista? —me preguntó.

Los nervios volvieron a hacer acto de presencia, pero cerré los ojos, suspiré y respondí:

—Sí.

Él me observó un momento, asintió y luego se hizo a un lado para dejarme pasar. Cual dama elegante, di un paso al frente y me dispuse a emprender camino hacia cubierta, pero Liam me cogió del brazo y tiró de mí hasta tenerme entre sus brazos.

Todo ocurrió demasiado deprisa. Sus labios se apoderaron de los míos y yo... yo cedí sin pensarlo mucho. Abrí mi boca y dejé que su lengua se enredase con la mía. Un beso posesivo, cargado de deseo y de una tensión acumulada durante demasiado tiempo.

Me sujetó con fuerza de la cintura y caminó conmigo entre los brazos hasta chocar contra una

pared. Me devoró, y yo también lo devoré a él. Gruñó contra mi boca y yo ahagué un gemido en la garganta.

El calor empezó a invadir todo mi cuerpo y entonces Liam dejó mis labios y pasó a depositar sensuales besos por todo mi cuello hasta llegar a la base de mis pechos, que asomaban redondos y tersos debido al escote del vestido.

—Liam..., para... esto no está bien —jadeé al recobrar el poco sentido que me quedaba.

Él gruñó contra mi cuello y dejó la mano posada sobre mi cadera, mientras la otra me acariciaba la nuca. Su respiración era igual de acelerada que la mía y lo escuché soltar una maldición. Dio un paso hacia atrás, evitando mi mirada y se pasó los dedos por la boca, nervioso.

—Perdóname, Liv. Yo... yo no...

Lo vi tan aturdido, tan compungido, que se me comprimió el corazón. Tomé su rostro con las manos, acaricié sus mejillas con mis dedos y sonreí cuando fijó sus ojos en mí.

—Está bien. Los dos nos dejamos llevar, hemos estado muy tensos los últimos días y nuestras emociones nos han jugado una mala pasada —afirmé, porque así lo sentía.

—No quiero que pienses nada malo de mí, ni que nuestra relación cambie por esto... —No le dejé terminar. Le di un beso en la mejilla y lo abracé con fuerza. Estaba temblando y yo también, pero, al final, cedió y me rodeó con los brazos.

—No cambiará nada, Liam, te lo prometo. Te dije que te quería y lo mantengo, no lo dudes nunca. Te necesito en mi vida —susurré en su oído.

Él metió su cabeza en el hueco de mi cuello y suspiró. Noté el calor de su aliento contra mi piel y, en cierto modo, me reconfortó. Así nos quedamos hasta que un movimiento brusco del barco no obligó a separarnos.

—Creo que ya hemos llegado —dijo Liam. Nos miramos, ambos con un brillo intenso en los ojos, y asentimos. Llegó la hora, todo dependía de mi soberana actuación.

Cinco días. Ese era el tiempo que tenía para liberar a Hiram y huir de allí.



Port Royal, capital de la isla de Jamaica y, en su día, uno de los puertos más importantes de todo el Caribe. Tras el incendio acontecido, y que un tercio de la ciudad acabara bajo el lecho marino debido a un terremoto que sacudió los cimientos de toda la isla, había perdido su potencial. La mayor parte de la actividad mercante se trasladó al puerto de Kingston, al otro lado de la bahía.

Tal y como habíamos hablado momentos antes de desembarcar, el capitán Fraser sería quien hablaría con el gobernador en mi nombre. Liam debería permanecer oculto en el barco hasta entonces.

El nerviosismo era más que evidente en mí, ya que no dejaba de pasear de lado a lado por la cubierta. Cada poco me abrazaba el estómago, resoplaba y volvía a caminar.

—Vas a desgastar la madera, Liv —bromeó Liam, que permanecía apoyado contra uno de los mástiles del barco.

—No puedo evitarlo, estoy muy nerviosa.

—No me había dado cuenta —se burló. Lo miré y le saqué la lengua—. Todo saldrá bien, Liv, relájate —dijo, pero eso iba a ser imposible.

—Está tardando mucho, tal vez no se hayan creído la historia...

—Por Dios, ¿quieres parar? —me instó él, que se acercó a mí y me sujetó por los hombros con fuerza—. Tal vez, si te beso de nuevo, te calmes —dijo.

—O tal vez acabes en el fondo del mar, sujeto a una roca —le solté ofendida. Él se carcajeó, a pesar de mi mirada reprobatoria antes ese comentario tan fuera de lugar, hasta que comprendí lo que intentaba—. ¿No has encontrado otra forma de tranquilizarme que provocar mi ira?

—No, porque siempre funciona. —Y me dio un beso en la mejilla.

Unos pasos a nuestras espaldas nos indicaron que alguien subía al barco. Nos giramos y vimos al capitán dirigirse hacia nosotros. El nudo en el estómago volvió y me aferré con fuerza a la mano de Liam.

—Bien, el gobernador nos recibirá ahora en su mansión —nos informó Fraser.

Solté el aire contenido en los pulmones con un sonoro suspiro. Liam apretó mi mano con

delicadeza, me dio un beso en la sien y dijo:

—Puedes hacerlo, preciosa. Encandila a ese hombre y saca a nuestro chico de la cárcel.

Agradecí esas palabras y toda la confianza que él tenía en mí. Cerré los ojos, respiré bien profundo y me preparé para hacer el mejor papel de mi vida.

—*Milady*... —Fraser hizo una leve inclinación de su cuerpo y extendió el brazo hacia mí.

Metida ya en mi papel como dama inglesa, asentí y me sujeté al brazo del capitán con elegancia. Ambos abandonamos el barco y nos dirigimos hacia un carruaje de madera bien barnizado, con unos grabados en dorado de los símbolos de la corona británica.

Un lacayo vestido con una levita azul, pantalones hasta la rodilla de color marrón claro, medias blancas y unos zapatos claros impecables, algo que me sorprendió, nos esperaba junto al transporte y sujeto a la puerta.

Colocó un peldaño de madera y me ayudó a subir al carro. Fraser entró tras de mí y se sentó en frente. El joven cerró la portilla y lo escuché subirse a la parte trasera. Supuse que habría trepado, como era costumbre. Seguido de eso, se oyó el sonido de un látigo y al instante, nos pusimos en marcha.

Había llegado la hora.

Recorrimos todo el puerto hasta que nos detuvimos por culpa de un carromato que había volcado la carga de uno de los barcos que había allí atracados. Miré por la ventanilla y vi a un grupo numeroso de hombres fornidos cargando con cajas de un lado para el otro, mientras otros ayudaban a la mula a ponerse en pie.

Diversas voces provenientes del conductor de nuestro transporte llamaron mi atención, ya que la gente, al ver el escudo pintado en las puertas, se hizo a un lado enseguida. Al pasar por su lado, vi cómo algunos hacían una reverencia.

Mientras nos movíamos por la pequeña ciudad portuaria, observaba todo pasmada. Hasta ahora, el Port Royal que yo conocía de esta época solo lo había visto en planos e ilustraciones.

Casi todas las edificaciones eran de madera autóctona. Obviamente, era más barato que la piedra, pero también había mucho más riesgo de que un incendio arrasase con todo, como así había sido sobre 1707.

Nos cruzamos con mucha gente que iba de un lado para otro. Era una ciudad que rebosaba vida y eso que muchas personas se trasladaron al otro lado de la bahía. Aún así, Port Royal tenía algo atractivo que hacía que muchos se quedasen allí.

Tras abandonar la zona portuaria, pasamos junto a uno de los fuertes construidos para la protección de la ciudad, el fuerte Charles. Mi corazón dio un vuelco enorme porque ahí era donde tenían retenido a Hiram, a la espera de ser juzgado y ejecutado. Tuve que controlar el impulso de saltar en marcha del carro e ir en su busca. Cerré los ojos y respiré bien profundo para serenarme.

—Tranquila, me consta que no lo han torturado ni nada por el estilo —dijo Fraser en ese instante.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis contactos en la isla, muchacha.

—Espero que no os hayan mentado, capitán —pronuncié y desvié la mirada de nuevo hacia el exterior.

Proseguimos ruta entre varias edificaciones hasta llegar al fuerte Morgan, lugar elegido por el gobernador para establecer su morada. Al ver la estructura de piedra caliza perfectamente pulida y los cañones que asomaban por diversas aberturas, creí estar viviendo en primera persona la película de Piratas del Caribe. Por un momento, esperé ver al capitán Jack Sparrow asomado, haciendo alguna de sus teatrales piruetas.

El carruaje se detuvo frente a una casa de estilo indiano, pintada de un color amarillo claro toda ella. Los pilares y marcos de ventanas y puertas eran de color blanco. Una edificación del todo inusual y bastante grande para la época.

El joven lacayo nos abrió la puertecilla de nuevo y tendió una mano hacia mí para prestarse como punto de apoyo. Esbocé una sonrisa de gratitud y me sujeté al joven. Bajé el escalón con delicadeza y levanté la vista hacia lo que tenía ante mis ojos.

No era una parcela muy grande, la verdad, pero sí lo suficiente como para tener a un buen destacamento de soldados ingleses patrullando por ella. Todos iban vestidos con el uniforme real de color rojo, por el que se les había bautizado como Dragones.

Fraser se colocó a mi lado, me volvió a ofrecer su brazo y yo posé mi mano sobre él.

Un hombre de piel oscura, vestido de igual forma que el lacayo, se acercó a nosotros y nos presentó una sonrisa de lo más cortés. Se presentó como el mayordomo del gobernador y nos pidió que le siguiésemos al interior de la vivienda. Mientras caminábamos tras sus pasos, me pregunté si no se moría nadie de calor con tanta ropa encima. Yo estaba asada con mi vestido.

En cuanto atravesamos el umbral, se abrió ante nosotros una entrada de techos altos, toda ella de una madera barnizada con un esmalte oscuro. Una amplia escalera nos recibía al entrar. Miré, embobada, todo a mi alrededor y vi un comedor grande a la derecha, listo para albergar a unos doce comensales.

—Por aquí, por favor —nos indicó el mayordomo. El hombre señaló hacia la sala a nuestra izquierda y nosotros obedecimos.

Se trataba de un pequeño salón compuesto por un sofá de tres plazas, rústico y revestido de unas telas estampadas y muy coloridas, y dos butacas con los mismos estampados. En el centro, una pequeña mesilla para el té. Al fondo, y atrayendo mi mirada hacia ella, una preciosa chimenea de mármol gris.

Fraser me guio hasta el sofá y me ayudó a tomar asiento. Él se sentó al otro lado y le dio las

gracias al mayordomo cuando nos informó de que el gobernador se reuniría con nosotros en breves instantes.

—Dicen que Heywood es un hombre de gustos un tanto extravagantes y se le considera un mujeriego, a pesar de tener esposa y una hija viviendo en Londres —me contó el capitán en un tono bajo para que nadie más supiese lo que estábamos hablando.

—¿Por qué me contáis esto? ¿En qué me podría ayudar a...?

—Sois una mujer hermosa, *lady Ballfour*...—Pronunció el nombre falso que elegí para esta misión con un poco más de entonación, como si quisiese que los espías que nos estuviesen vigilando conocieran quién soy—, y creo que debéis saber cómo jugar bien vuestras cartas para aseguráros de que vuestra empresa llega a buen puerto —explicó.

Lo cierto era que tenía razón en cuanto a aprovechar todas mis posibilidades y esa información sobre el gobernador tenía mucho valor para mí. Me ayudaría a afianzar más mi papel de desconsolada viuda frente a los ojos de Heywood.

Nos quedamos en silencio, con el único sonido de los hombres hablando en el exterior. Entrelacé mis manos sobre mi regazo, nerviosa e intentando concentrarme en la historia que debía contar. Pensé en Liam, entonces, miré a Fraser y dije:

—¿Creéis que estará...?

—No debéis preocuparos por él, muchacha. Sabe moverse por la ciudad, nacieron aquí y conocen cada recodo. Estará bien. —Me sorprendió que supiese de quién le estaba preguntando, ya que no le di ningún nombre.

—¿Cómo sabéis a quién me estoy refiriendo?

—Porque a un hermano ya lo tenéis localizado y os he dicho que estaba bien, por lo que solo queda otro por quien os preocupáis.

—¿Y cómo sabéis que nacieron aquí?

—Porque su padre y yo fuimos socios mercaderes en un tiempo muy lejano, hasta que se trasladaron a vivir a Nassau y ocurrió el terrible incidente que acabó con la vida de Ben. —Bajé la mirada hacia la mesilla de té y recordé la historia que Hiram me había contado sobre su familia, pero no me había hablado mucho sobre el oficio de su padre. Tan solo me dijo que fue un mercader que traía productos de Inglaterra para vender en Jamaica y que, una vez asentados en la isla, se pasó al contrabando de carnes y tabaco.

—No tenía ni idea de que fuerais amigos —dije tras mirarlo de nuevo.

—Amigos, socios, hermanos de mar... Ben y yo nos aventuramos en esta empresa desde bien jóvenes y, gracias a Dios, nos dio muy buenos frutos. Todo lo que sé sobre negociación lo aprendí de él. Esos Burke saben muy bien cómo manejar a las personas —comentó, acompañándolo de una risa nostálgica.

Sí, sí que eran buenos negociadores. Muy observadores e intuitivos y eso les otorgaba una gran

ventajas sobre los demás.

Las puertas del salón se abrieron y dejaron ver a un hombre alto, de cabello rubio y recogido en una coleta baja. Elegante, y ataviado con una levita negra adornada con bordados dorados, irrumpió mostrando una enorme sonrisa al verme. Sus ojos castaños permanecieron fijos en los míos cuando saludó:

—Bienvenidos a mi humilde hogar.

—Gracias por atendernos, gobernador Heywood. Esta es la muchacha de la que os hablé, lady Isobell Ballfour —nos presentó Fraser.

Me levanté despacio del sofá, mientras el hombre acortaba la distancia entre ambos.

—Gobernador Heywood, le estoy muy agradecida por...

—Querida, cuánto siento vuestra pérdida... —De forma impulsiva, tomó una de mis manos entre las suyas y la calentó con una leve caricia del pulgar sobre mi piel. «Fraser tenía razón», pensé —. El capitán me informó de que os encontró navegando a la deriva en mitad del mar, en una pequeña lancha, porque vuestro barco fue atacado por esos bárbaros filibusteros —dijo.

Allá vamos.

—Así es, señor. No pudimos hacer nada por defendernos y... mi-mi esposo... yo no... —Meforcé a pensar en Hiram para que las lágrimas brotaran y, aunque al principio me costó un poco, logré empañar mis ojos.

—Oh, mi querida señorita Ballfour... Sschh, no os disgustéis. Ya estáis a salvo en Port Royal —se apresuró a decir Heywood. Pasó un pulgar por mi mejilla y limpió el agua que descendía por mi piel.

Asentí y le sonreí de forma coqueta, bajando las pestañas de forma grácil. Miré de soslayo hacia Fraser y lo vi contener la risa.

—Gobernador, quería saber si la muchacha se podría quedar aquí en la ciudad. No tiene familia ni a nadie y yo me temo que no tengo sitio en mi barco para alguien tan delicada —comentó el capitán.

—Oh, pero por supuesto —respondió él con emoción—. De hecho, seréis mi invitada en esta casa. Le pediré a Alfred que os prepare una estancia digna de una dama inglesa como vos —me dijo.

—Pero, señor, no quiero molestaros en vuestros...

—Tonterías, querida. Has pasado por un trauma muy grande y necesitas recuperarte primero. Os quedaréis aquí, no se hable más. —Sin darme opción a réplica, salió de la sala en busca del mayordomo.

Yo miré a Fraser y este asintió divertido. El plan estaba funcionando y ahora me tocaba a mí jugar mi papel.

Cinco días desde hoy, ese era el tiempo que tenía para lograr liberar a Hiram antes de que la ciudad fuese bombardeada.

Cinco días y contando...



U nos golpes en la distancia me trajeron de vuelta del mundo de los sueños. Abrí los ojos para encontrarme en una oscuridad angustiosa. No me dio tiempo de indicar que podían entrar, las puertas de la habitación se abrieron de golpe y tres chicas jóvenes irrumpieron de forma acelerada.

Comenzaron a abrir las cortinas de las ventanas, dejando entrar así la claridad del exterior. Levanté la mano para proteger mis ojos de la luz y miré a mi alrededor. Me encontré en una cama amplia, con un dosel de madera envejecida y grandes telares de color rojo vino que cubrían la estructura.

—Buenos días, lady Ballfour —saludó la que parecía ser la sirvienta de mayor rango.

Ballfour

Recordé entonces dónde estaba. El día anterior habíamos llegado a Port Royal y el capitán Fraser fue mi enlace con el gobernador de Jamaica, Peter Heywood. La conversación fue amena y la cena lo fue aún más. Al parecer, mi papel como viuda desconsolada y asaltada por esos infames piratas fue toda una obra maestra digna de un Oscar.

—El gobernador la espera en el comedor para el desayuno, si lo desea —me informó la joven.

—Gracias..., ¿cómo te llamas? —quise saber a quién dirigirme.

—Mary, milady. —La observé anudar los cordones de los telares del dosel a cada mástil con gran habilidad. Luego, se acercó al borde la cama y me ayudó a salir de ella, apartando hacia un lado las mantas.

—Mi ropa... —Quise preguntar por mi vestido, ya que no lo veía colgado donde lo había dejado la noche anterior, cuando Mary me deslizó el camisón por el cuerpo hasta quitármelo del todo.

Me quedé desnuda y, aunque todas ellas eran mujeres como yo, sentí algo de vergüenza. De forma instintiva, cubrí mi cuerpo con las manos y los brazos.

—Le hemos traído un vestido nuevo, milady, por orden del señor Heywood —me contó una de las chicas.

—Oh, vaya eso... —Mary me colocó una camisola de lino limpia sobre la cabeza y me indicó que estirase los brazos, por lo que dejé de hablar.

Mientras ella me ayudaba a vestirme, algo que me resultó de lo más extraño, observé a las otras dos muchachas deshacer la cama y formar una bola con las sábanas para llevarlas a lavar. Me fijé que se llevaban también toda mi ropa.

Mary me colocó con cuidado cada capa de la vestimenta indicada para una dama de mi clase. Cuando llegó la hora del corpiño, me indicó que me sujetase a uno de los mástiles de la cama y así lo hice. Después, comenzó a tirar de los cordones hasta dejarlo perfectamente ajustado a mi cuerpo.

Tocaba el vestido, ligero y de un tono verdoso con bordados dorados que me sentaba muy bien. Realzaba mi piel y mi pelo rojizo. Una pena no poder verme mejor en un espejo de los de mi época.

Mary me guio hasta el tocador y comenzó a acicalarme el pelo. Primero, deshizo la trenza y lo cepilló con tanta suavidad que casi me vuelvo a dormir. Luego, me hizo un recogido de lo más elegante, pero discreto.

—Lista, milady —dijo tras finalizar.

Como una auténtica dama de la corte inglesa, así me sentía y así debía de parecerlo o acabarían por descubrirme y todo el plan se iría al traste.

Me levanté de la silla con suma elegancia, miré a Mary y asentí ante su ligera reverencia. Las dos salimos de la habitación y descendimos por las escaleras hasta llegar a la planta principal. Allí me acompañó hasta el salón, donde me encontré con el gobernador.

—Buenos días, lady Ballfour. Espero que hayáis dormido bien —saludó él en cuanto me vio entrar. Sujetaba una taza de té con una mano y un documento con la otra.

—Buenos días, gobernador Heywodd. He dormido muy bien, gracias. Una cama muy cómoda y Mary ha hecho maravillas con mi alocado cabello —respondí mientras tomaba asiento a la derecha del gobernador.

—¿Desea té con el desayuno, milady? —me preguntó un chico joven, alto y muy moreno de piel. Un lacayo más al servicio del gobernador.

—Sí, por favor —contesté agradecida.

El joven se acercó a uno de los alargados aparadores a ambos lados de la sala, repletos de comida, y tomó una tetera de porcelana blanca con dibujos azules. Se colocó a mi derecha y vertió el líquido en mi taza.

—Déjalo aquí, Tomen. Ya nos serviremos nosotros, si queremos más. Puedes dejarnos —le dijo el gobernador. El joven obedeció, asintió y abandonó el salón, cerrando ambas puertas tras de sí.

El silencio se instaló entre nosotros. Heywood levantó la vista de su lectura durante unos segundos para mostrarme una pequeña sonrisa. Yo tomé un trozo de pastel y le di un mordisco. Tragué con calma y le devolví la sonrisa. Cuando él volvió su atención hacia su lectura, le di un sorbo a mi té.

—Gracias por acogerme en vuestra casa, gobernador...

—Llámame Peter, por favor —dijo sin mirarme.

—¿Perdón?

—Me gusta más que me tuteen, me es menos incómodo y más cercano.

—Oh, pero eso sería algo... —Heywood dejó el documento a un lado y clavó en mí sus ojos marrones.

—¿Indecoroso?

—Bueno..., más bien raro. No tenemos esa confianza aún como para tutearnos —contesté, aparentando sufrir un acaloramiento.

—Entonces, lo haremos solo cuando estemos a solas. Así no te sentirás incómoda ni la gente se escandalizará. —Lo miré durante unos segundos, sopesando su ofrecimiento, hasta que asentí con una leve caída de mis pestañas, un gesto bastante coqueto que obtuvo la respuesta deseada. Heywood me mostró la sonrisa más amplia hasta el momento y pude notar cómo su mirada se prendía de deseo—. Bien, en cuanto termines el desayuno, me gustaría llevarte a mi modista para que te confeccione algunos vestidos. De paso, y si me lo permites, Isobell, me gustaría mostrarte la ciudad —comentó.

—Me encantaría conocer Port Royal de vuestra mano, gobernador... Perdón, Peter. Estaré encantada de acompañarte, pero no hace falta que me compres ningún vestido...

—Oh, querida —me interrumpió tras posar su mano sobre la mía—, es un regalo que quiero hacerte. Además, me gustaría tenerte más tiempo como mi invitada y suelo tener bastantes reuniones, así que necesitarás ir vestida para la ocasión.

—En ese caso, *Peter*, como ya dije, estaré encantada de ser tu compañía. —Lo miré y me mordí el labio inferior. Respiré profundo a propósito para llenar los pulmones y elevar así mi busto. Heywood dirigió los ojos hacia mi escote y entonces fue él quien se mordió el labio.

Tomamos el carruaje para trasladarnos hacia la zona portuaria y alrededores. Con nosotros vinieron dos lacayos, el chófer y cinco escoltas bien armados, cada uno en su propia montura. Toda una comitiva que más bien parecía de la realeza.

Hicimos el mismo recorrido que el día anterior, pero a la inversa. Aún así, admiré todo como si lo viese por primera vez. Estar en esa época, en uno de los enclaves más importantes de todo el mar del Caribe, era algo inaudito. Mi arqueóloga interior gritaba y saltaba de emoción por todas esas vivencias.

Peter me fue relatando, durante todo el trayecto, la historia de las colonias inglesas en esas tierras. Una historia que yo conocía a conciencia por tantas horas de estudio, pero era interesante escucharla de primera mano y con un punto de vista que ningún texto sería capaz de mostrar.

—Lamentablemente, mi estancia en Port Royal tornará a su fin muy pronto, si no hay cambios por el camino —comentó para mi sorpresa, aunque lo cierto era que no recordaba haber leído nada

sobre un gobernador de Jamaica llamado Heywood. Sí sobre su predecesor, quien será el encargado de acabar con la vida de Charles Vane en la horca cinco años más tarde.

—¿Os marcháis de la isla, señor? ¿Algún cambio de destino que la corona os impone? —pregunté intrigada. Él sonrió y entendió que no optase por tutearnos, como lo hicimos en la intimidad de la mansión.

—Realmente, es el destino que yo había elegido, pero me ofrecieron pasar un corto período de adaptación aquí, en Port Royal.

—Oh, el Caribe no fue vuestra primera opción... Entiendo, ¿y cuál es ese destino elegido? —continué con la conversación. Abrí un abanico de color blanco que Mary me entregó y lo agité ante mi rostro. Agradecí el haber hecho caso a la joven porque me iba a desmayar del calor en cualquier momento. *¡Por Dios, si estamos en pleno invierno!*

—Milady, estáis hablando con el próximo gobernador de Florida —respondió con galantería, haciendo una leve caída de pestañas.

—Un puesto muy importante, señor. Mi más sincera enhorabuena —dije con sinceridad.

—Gracias, lady Ballfour. Dicho esto, me gustaría extender mi invitación allí. Seréis bien recibida y podréis tener más oportunidades de prosperar en La Florida que aquí. —Ahí estaba, anzuelo lanzado y picado.

—¿Me estáis invitando a irme con vos, señor? —Si Nat me viese ahora... Yo, coqueteando de la manera más seductora como jamás había hecho e imitando muchas de las acciones que le vi a mi amiga en diferentes situaciones.

—Si vos queréis, milady...

—¿Tengo tiempo para pensármelo? —Volví a agitar el abanico, pero esta vez lo golpeé con delicadeza contra mi pecho. Heywood dirigió la mirada hacia esas dos montañas que asomaban en mi escote y suspiró. «Espero que no se abalance sobre mí», pensé divertida.

—Por supuesto que sí, querida. Aún nos quedan varios meses para comenzar con el traslado —respondió. No tendría que esperar tanto tiempo para saber mi respuesta y, en cierto modo, sentí lástima cuando descubriese mi traición.

Un bache en el camino hizo vibrar tanto nuestro transporte que me vi obligada a sujetarme a ambos lados del asiento. El gobernador echó una mano a mi cintura para evitar que me fuese al suelo del carruaje.

—Gracias —contesté agitada. Mi respiración elevaba mi pecho con fuerza y pude ver cómo Heywood se relamía mirándolo.

—Sois una mujer muy hermosa, lady Ballfour —ronroneo.

Se incorporó de su asiento y se acercó más a mí, siempre con la vista fija en mi pecho. Tragué saliva, nerviosa, y me retiré hacia atrás todo lo que pude, pero el espacio era especialmente pequeño como para escapar a sus intenciones.

—Señor..., no creo que este sea el lugar indicado para... —El carruaje frenó y yo me vi impulsada hacia él, dejando escapar un grito de sorpresa.

—¿Estáis bien, milady? —preguntó divertido y dejando asomar una media sonrisa de lo más traviesa, mientras me sostenía entre los brazos.

—Señor, disculpe. Se cruzó una carreta por el camino que iba descontrolada y tuvimos que frenar de golpe o nos acabaría volcando. —Uno de los lacayos se asomó por la ventanilla, salvándome así de una situación un tanto incómoda.

—Tranquilo, Benny, estamos bien. ¿Han podido detener la carreta antes de que cause muchos destrozos u ocurra una desgracia mayor? —quiso saber Heywood.

—Sí, señor. Dos de los soldados han logrado detenerla a tiempo de estrellarse contra una embarcación —contestó el muchacho.

—Muy bien. Continuemos, por favor. No quisiera llegar tarde y hacer esperar a la señora Ducruax. —El joven asintió y retomó su puesto en lo alto del carruaje. Peter me miró de nuevo, que me había logrado liberar de su agarre y volver a mi posición inicial..., lejos de él.

—¿La señora Ducruax? —pregunté para distraer sus intenciones. Abrí de nuevo el abanico y cubrí mi escote con él.

—Es la modista que os tomará las medidas para diseñaros los vestidos, milady. Le envié un aviso a primera hora de la mañana, informándola de que pasaríamos por su tienda —me explicó.

—Sois muy amable, gobernador. De verdad, muchísimas gracias por todo lo que estáis haciendo por mí —agradecí. Hasta fui capaz de poner una expresión del todo lastimera.

—No debéis agradecerme nada, querida. Me gusta ayudar a las personas y más a mujeres en vuestra situación, ha debido de ser una experiencia de lo más terrorífica...

—Oh, no os hacéis una idea, señor —contesté y dejé que una lágrima asomase en mis ojos. Me limpié con delicadeza y proseguí: —. Fue horrible... Esos hombres..., no, esos salvajes nos abordaron y mataron a toda la tripulación y pasajeros que había a bordo. Yo logré escapar en un bote porque mi esposo me obligó a saltar, pero él se quedó atrás y... yo no... cuando levanté la vista hacia el barco, vi su cuerpo caer por la proa... él estaba... había mucha sangre y... —balbuceé entristecida, obligándome a pensar en la cosa más triste de mi vida para que mi dolor fuera creíble. Y así debió de ser porque Heywood estiró una mano hacia mí y tomó la mía con delicadeza.

—No hace falta que recordéis esos trágicos momentos, querida. No os angustiéis más, ahora estáis a salvo conmigo y no dejaré que nadie os haga ningún daño.

—Ojalá nuestro señor se lleve a esos sucios piratas al fondo del océano o que un rayo los parta en dos —expresé mostrando rabia—. Perdón, no debería de haber dicho eso. Yo no...

—Tal vez vuestras plegarias se vean recompensadas de algún modo. —El carruaje se detuvo y Heywood se asomó para ver dónde estábamos. Se volvió hacia mí, sonrió y dijo: —. Ya hemos llegado.

El gobernador abrió la postecilla y bajó de un salto. Tomó el peldaño que el lacayo llevaba en las manos y lo colocó delante para que yo pudiese salir sin problemas. Extendió una mano hacia mí y la tomé, esbozando una enorme sonrisa.

En cuanto mis pies tocaron tierra firme, abrí de nuevo el abanico para airearme un poco. El viento era bastante cálido en ese día tan despejado. Miré a mi izquierda y vi a los soldados que nos escoltaban desmontar de sus caballos.

Frente a nosotros, una hilera de construcciones de diversos tamaños y colores ocupaban toda la calle. Debíamos de estar en una de las avenidas principales de Port Royal y donde se concentraban las tiendas donde las personas más pudientes se acercaban a gastar su dinero.

—*Milady* —dijo Heywood a la vez que me ofrecía su brazo. Asentí y me sujeté a él sin dejar de mover el abanico contra mi escote.

Cruzamos al otro lado de la calle y avanzamos hacia una pequeña tienda de color amarillo claro y puertas verdes. Subimos un par de peldaños, Heywood abrió la puerta y me invitó a pasar primero. Di un paso hacia el interior y observé todo a mi alrededor.

Había varios maniqués, si es que se podían considerar así, con diferentes prendas femeninas de varios colores. Se veía que eran de un corte elegante, algo que no cualquiera podría pagar en esa época.

En el centro, una mesa enorme de madera llamaba la atención. Estaba llena de telas y retales, más algún que otro utensilio de costura. Colgados en ganchos clavados a las paredes, vislumbré otro tipo de vestidos, más frescos y, supuse, más económicos.

Unas cortinas al fondo, de color verde oscuro y por las que no traspasaba la luz, dividían la estancia. De ahí salió una mujer elegante, de cabellos castaños y recogidos en un moño muy elaborado. Llevaba una cinta métrica colgando del cuello e iba vestida con un vestido de color azul marino.

—Bien hallados sean, señores —saludó la mujer. Era alta, no mucho más que yo, pero sí más que la media de las mujeres de la época y en esa zona.

—Buenos días, Magali. Te presentó a lady Isobell Ballfour, mi invitada. Lady Ballfour, ella es Magali Ducruax—nos presentó Heywood.

—Oh, querida, cuánto siento vuestra pérdida —dijo ella y se acercó hasta mí para darme un sincero abrazo. Por un instante, me sentí mal por mentir a estas personas.

—Gracias —contesté sin más.

—Como dije en el mensaje, Magali, venimos para que te encargues de vestir a nuestra invitada. Y...

—Sí, tranquilo, gobernador. Lo tengo todo listo. Recibí vuestra carta a primera hora de la mañana y me puse manos a la obra —interrumpió a Heywood—. Voy a necesitar que la señorita Ballfour se quede aquí conmigo un tiempo, para asegurarme bien de las medidas y la elección de los

colores que más se ajusten a ella —dijo.

—Sí, claro, tómense el tiempo que necesiten. Yo debo atender unos asuntos en el puerto, volveré a recogerla en cuanto termine. ¿Le parece bien, *Milady*? —No me hacía mucha gracia quedarme a solas con una desconocida, pero debía continuar con mi papel, si quería lograr acercarme a él lo suficiente para saber cómo liberar a Hiram.

—Estaré bien, señor —respondí con un sencillo asentimiento.

Heywood se despidió de las dos con suma elegancia, se colocó el sombrero sobre la cabeza y salió de la tienda. Ni siquiera me había dado cuenta, cuando nos bajamos del carruaje, de que lo llevara en las manos.

—Ven, querida. Acompáñame por aquí. —Magali hizo un gesto para que la siguiera. Yo asentí, tomé las faldas de mi vestido y caminé tras sus pasos.

La madera rechinaba bajo nuestros pies y los tacones que ella llevaba golpeaban como si fuesen entonando una melodía. Se notaba que era una mujer elegante y que conocía bien los modales que regían entre la alta sociedad de la época.

Magali atravesó las cortinas por las que apareció en la tienda y seguí camino tras ella. Entramos en lo que debía de ser el taller de costura donde se obraba la magia, ya que vi un par de máquinas de coser y muchos retales y telas sobre una mesa enorme. También había varios maniqués con patrones sujetos a ellos por alfileres.

Me sorprendió ver que la mujer me guiaba más allá del taller, hasta llegar a un pasillo estrecho y oscuro que acababa en la parte trasera de la tienda. Ahí, tomamos unas escaleras de madera que llevaban al primer piso y subimos con calma.

Mi desconfianza empezaba a crecer por momentos. ¿A dónde estábamos yendo? Porque estaba claro que a tomarme las medidas de mi cuerpo, no. En cuanto llegamos a los alto de las escaleras, se giró y me sonrió para indicarme que continuase tras ella.

Recorrimos un pasillo iluminado por varias lámparas de aceite, aunque le llegaba bastante luz de las dos ventanas que había, una a cada extremo. Escuché voces masculinas lejanas y me sobresalté. Había una de ellas que me resultaba familiar.

Magali llegó ante dos puertas de madera y las abrió para mostrarme un salón-comedor amplio. Me invitó a entrar y yo, no sin ciertas dudas, di un paso al interior. En cuanto crucé el umbral y vi a los dos hombres que estaban de pie junto a la chimenea, me quedé pasmada.

—Hola, preciosa. Te sienta bien ese vestido nuevo. —Ahí, con esa sonrisa conquistadora, adornada con una mirada hipnótica y con un vaso en una mano, Liam me observaba con diversión.

—¿Qué demonios...? —Fue lo único que atiné a decir.

—Sí que habla como un marinero más —comentó el otro hombre.

—Te dije que era una mujer especial —soltó Liam. Dejó su bebida sobre la repisa y se acercó a mí en dos zancadas, rodeó mi cuerpo y me dio un fuerte abrazo—. ¿Todo bien por la mansión del

gobernador? —me preguntó en un suave susurro.

—Eh, sí... sí, todo bien, pero... ¿Cómo estás...? ¿Por qué...? —Las palabras no salían en orden por mi boca. Lo escuché reírse, se separó y me dio un beso en la frente.

—Será mejor que te sientes o te vas a acabar desmayando —dijo y me acompañó hacia la mesa. Arrastró una silla y me ayudó a sentarme, mientras yo lo miraba algo aturdida. Paseé mi vista de él a Magali, que se acercó a la chimenea para dejarse envolver por los brazos del otro hombre y fundirse en un apasionado beso—. Chicos..., que tenéis invitados —bromeó Liam.

—¿Celoso, Burke? —dijo el hombre, de cabellos oscuros y rizados, y unos ojos negros como la noche. Una mirada que me intimidaba un poco, bien podría tratarse de un demonio que iba a devorar tu alma.

—Tranquilo, Jonny. Estoy bien servido —respondió Liam.

—¿Alguien me va a explicar lo que sucede aquí? —reclamé antes de que la conversación se tornase en algo más sexual.

—Liv, te presento a mi buen amigo, John MacDougal, y su esposa, Magali —respondió.

—Pero... el gobernador Heywood te presentó como Ducruax, un apellido francés, por cierto —dije, desviando mi mirada hacia ella.

—Es mi apellido de soltera y con el que monté mi negocio aquí, en Port Royal. A ojos de mis clientes, sigo siendo la señorita Ducruax, pero estoy felizmente casada con este cabezota comerciante de tabaco, especias y telas —me explicó—. Y sí, soy de origen francés. Buena observación.

—Olivia es una mujer con muchas aptitudes —intervino Liam—. En cuanto a qué hago aquí, como ya te he dicho, Jonny, mi hermano y yo somos amigos desde que éramos unos niños y vivíamos aquí —me explicó.

—Vale, pero...

—Te dije que iba a estar cerca de ti, preciosa. Ellos me dan alojamiento y me están ayudando con la liberación de mi hermano.

—Pero de eso me encargaba yo —protesté.

—Sí, pero siempre es bueno tener un plan alternativo y nadie mejor que unos ciudadanos respetados de esta ciudad para ayudarnos a fugarnos, en caso de haber algún percance. —Lo miré seria, pensando en que lo que acababa de decir tenía mucho sentido y eso me enrabié, porque no me apetecía tener que darle la razón—. Estás pensando en si darme la razón o no, ¿verdad? —preguntó en su clásico tono jocoso. Le respondí sacándole la lengua, sin más, y estalló en carcajadas.

—Bueno, tal vez debamos explicarle nuestro plan alternativo antes de que regrese el gobernador en su busca y nos pille sin ningún vestido medio hecho —comentó Magali.

Agradecí la intervención de la mujer porque estaba segura de que Liam y yo acabaríamos envueltos en nuestras clásicas burlas y no llegaríamos a nada con ello.

Durante una hora, los tres me explicaron cuál iba a ser ese plan B y todas las posibles vías de escape que podríamos tomar Hiram y yo. Una vez liberado de la cárcel, deberíamos llegar hasta el acantilado del fuerte y saltar desde ahí al vacío. Liam nos esperaría en una barca y tan solo tendríamos que nadar un poco hasta él.

—Solo espero que en verdad nadie nos dispare desde las alturas —comenté algo nerviosa.

—Tranquila, estarán todos muy ocupados tratando de protegerse de los cañonazos —respondió Liam.

—Bien, dicho todo, nosotras nos vamos porque tenemos mucho trabajo por delante —dijo Magali. Dejó el vaso sobre la mesa y se levantó de la silla. John hizo lo mismo y ambos se fundieron en un acalorado beso.

Liam se incorporó y me tendió la mano para ayudarme. Sonreí y me apoyé en él para levantarme. Luego, él me abrazó con fuerza y metió su cabeza en el hueco de mi cuello. Me dio un suave beso que me erizó la piel y me hizo suspirar.

—Ten cuidado, preciosa —comentó, tomando mi rostro en las manos—, y no cometas ninguna locura —dijo.

—Tranquilo, esas te las dejo a ti —me burlé y él se rio.

Volvió a fijar sus ojos azules en mí, se quedó serio y acarició mi mejillas para darme luego un cálido beso en la frente. Cerré los ojos y quise abrazarlo con más fuerza, pero no podíamos demorarnos mucho más.

Tras despedirnos, volví al piso de abajo con Magali y comenzamos con la medición de mi cuerpo y la elección de diferentes colores. Ambas sabíamos que no podría hacer uso de la mayoría de ellos, pero ella comentó que los podría vender bien a otras damas de Port Royal o incluso de Kingston.

A media mañana, Heywood apareció en la tienda para recogerme. Habló con Magali sobre el tipo de vestidos que iba a diseñar para mí y de la fecha en la que los tendría listos. El gobernador le pagó un adelanto del trabajo, nos despedimos y abandonamos la pequeña tienda de costura de la señora Ducruax.



Paseamos durante un tiempo por la avenida central de Port Royal, mientras escuchaba al gobernador explicarme la construcción de la ciudad y sus futuras reconstrucciones debido al hundimiento de media parte de ella y el incendio que aconteció sobre el 1706. Presté atención a su relato, aunque lamenté no poder anotar algunos datos interesantes.

Mientras nos dirigíamos a algún lugar al que solo Heywood sabía, observé la afluencia de viandantes por ambos lados de la calle. Gente que entraba y salía de algunos establecimientos pequeños, otros que simplemente paseaban por la soleada calle y diversidad de carros y carretas circulando por el centro.

—Hemos llegado, querida —dijo él tras detenerse delante de un pequeño local bastante rústico.

Lo miré intrigada y solo obtuve una media sonrisa, algo traviesa, por su parte. Al igual que en la tienda de costura, abrió la puerta y me cedió el honor de entrar primero.

Ya desde el umbral me llegó un olor que me resultó algo familiar, a cola para zapatos y cuero. Cuando era pequeña, acompañaba a mi madre muchas veces a un zapatero que conocía mi padre en Edimburgo y donde llevaban siempre el calzado para arreglar.

En cuanto entré en el local lo confirmé, una zapatería, pero no como las de mi época, sino como la de ese hombre escocés al que acudían mis padres. Todo era de una madera oscura y estaba lleno de diferentes moldes y telas de cuero.

Al fondo, un hombre algo mayor nos observaba entrar por encima de sus redondos lentes bien sujetos al puente de su nariz. El hombre iba ataviado con un delantal marrón oscuro y entre las manos tenía lo que más tarde sería un zapato de caballero, por el tamaño de la suela.

—Buenas tardes, gobernador. ¿Qué se le ofrece de este humilde zapatero? —preguntó el hombre.

—Jenkins, buenas tardes tenga usted también. Le presento a mi invitada, lady Isobella Ballfour —me presentó Heywood.

El hombre había salido del otro lado de su mesa de trabajo y estaba ante mí, mostrando una sonrisa afectuosa y tendiendo una mano. Acerqué la mía con delicadeza y el zapatero le dio un fugaz

beso. Un hombre de estatura media, apenas un poco más alto que yo y con un cabello blanco bastante abundante.

—*Milady*, es un placer conocer a una dama de tan exquisita belleza. —La sonrisa que se dibujó en mis labios era tanto de asombro por su delicadeza a la hora de elegir las palabras, como de respuesta.

—El placer es mío, señor Jenkins —contesté, haciendo una genuflexión sencilla, nada ostentosa.

—Oh, por favor, llámeme Gregor. Así me hará sentir joven otra vez —expresó, acompañado de un guiño de ojo. Contuve la risa y tan solo asentí.

—Eres todo un mujeriego, Jenkins —se burló Heywood, quien nos observaba divertido.

—Bueno, es difícil no serlo con una mujer tan hermosa. No se ven bellezas así por la zona, no desde hace mucho tiempo.

—Eso es porque no es de aquí.

—¿De dónde sois, *Milady*, si no es mala pregunta? —quiso saber el zapatero.

—De una pequeña aldea del norte de Escocia, señor, cerca de Inverness —respondí con agudeza.

—Vaya, así que sois escocesa... —Jenkins se acarició el mentón y me observó con más detalle, llegando a dar un paso hacia atrás incluso—. Jamás había conocido una belleza como vos venida de tierras tan al norte —dijo.

—¿Sois escocés, señor? —pregunté.

—No, muchacha. Soy de Nortumbria, lindando con Escocia, por eso conozco algo de vuestra cultura.

—Y de sus mujeres, por lo que veo —intervino Heywood.

—Me gusta mezclarme entre los locales, gobernador. Ya me conocéis —respondió con jocosidad. Ambos hombres se rieron, lo que me dejó claro que esos dos eran más que simples compatriotas. Se podría decir que eran compañeros de ligoteos.

—Dejemos las confesiones para otro momento, Jenkins. Vengo a hacerte unos encargos para lady Ballfour.

—¿Para mí? —dije sorprendida.

—Querida, no puedes estar solo con un par de zapatos. Necesitas, al menos, tres. Luego, en Florida, podrás hacerte con más para poder lucirlos entre las damas y en los eventos a los que deberemos acudir —me explicó él.

—¿Su mujer y su hija también os acompañarán en su nuevo puesto, señor? —La pregunta del zapatero iba acompañada de cierto sarcasmo que a Heywood, por lo que observé en su reacción, no le hizo demasiada gracia.

—No, ellas han decidido quedarse en Londres —optó por decir.

—Bueno, mejor para usted, gobernador. —Heywood abrió la boca para reprocharle ese comentario, pero el hombre me miró y dijo: —Bien, querida, siéntate en ese taburete y estira una

pierna hacia mí. Tengo que medirte el pie para elaborar tu nuevo calzado.

Seguí la dirección que él me indicaba con el brazo y tomé asiento. Estiré la pierna derecha y dejé que me quitase el zapato que llevaba puesto. Lo hizo con delicadeza, aunque se demoró más de lo necesario por acariciar mi gemelo.

—Lo cierto es que están algo desgastados, *milady* —comentó mientras manoseaba el zapato y lo observaba con minuciosidad.

—Sí, son los que llevaba puestos cuando salté del barco...

—Oh, lo de los piratas, cierto. Qué tragedia, querida. Siento mucho vuestra pérdida.

—Gracias, *Gregor*. —Me esforcé por remarcar bien su nombre y le mostré mi sonrisa más seductora.

—No debéis dármelas, cualquiera se sentiría afligido por lo que os ha sucedido. Tan joven y viuda...

Heywood carraspeó y clavó la mirada en los ancianos ojos del zapatero, que se limitó a volver con su atención sobre mi pie.

—Tenéis unos pies hermosos, un tono pálido y de tacto suave. Inusual, la verdad, pero agradable —comentó Jenkins, que no dejaba de mover mi pie de un lado a otro.

Sacó una regla de no sé dónde y la colocó bajo la planta. Desvié la mirada hacia el gobernador y lo vi fijo en mis pies desnudos, observándolos de una forma que me resultó algo lasciva. Bien podría decirse que estaba excitado. ¿Acaso era un fetichista?

—Ten, apoya el pie aquí, querida —dijo Jenkins. Sobre el suelo, y bajo mis pies, había colocado un trozo de cuero.

Me bajé del taburete y me quedé ahí parada, mientras el hombre trazaba un dibujo alrededor de mis pies sobre la tela. Luego, volví a tomar asiento y él se incorporó con el cuero en la mano.

—Bien, no tenéis un pie muy grande, lady Ballfour. Podré tener el primer par de zapatos para dentro de tres días —comentó.

Quise colocarme mi calzado de nuevo, pero Heywood se agachó raudo y veloz para ayudarme. O, más bien, para ser él quien me los colocase en su sitio. Tomó una pierna con delicadeza y se demoró lo justo en deslizar el calzado sobre mi pie. Parecía estar teniendo una auténtica experiencia religiosa, la verdad. Casi me hizo reír, sobre todo al pensar en lo que diría Nat ante una situación así, o Liam. Seguro que mi cuñado se burlaría de mí durante bastante tiempo.

Bueno, al menos había descubierto algo con lo que seducir al gobernador de una forma más..., loca. Necesitaba hacerlo perder la cabeza para lograr manipularlo y liberar así a Hiram de dónde quiera que lo tuvieran preso.

—¿Acudiréis al ajusticiamiento del pirata, *milady*? —La pregunta de Jenkins me heló la sangre e hizo que mi corazón se detuviese.

—No creo que sea un lugar para una dama, Gregor, y mucho menos después de haber pasado

por una experiencia como la suya —respondió Heywood por mí.

—Ojalá se pudrieran todos en el infierno —solté con rabia, algo que sorprendió a ambos hombres.

—Creo que vuestra dama no es tan sensible como vos pensáis, gobernador —bromeó el zapatero—. ¿Seríais capaz de mirar a ese hombre a los ojos antes de ser ahorcado? —quiso saber.

—Podría escupir en su comida, incluso. Me lo han quitado todo, he perdido a mi esposo por culpa de esos bárbaros —aseveré. Tampoco era una mentira, ya que Hiram había acabado encarcelado por culpa de otro pirata.

—¿Os gustaría verlo, querida? —La pregunta de Heywood me desconcertó, no entendía muy bien por qué me la había hecho. Ambos hombres se miraron y sonrieron de la misma forma diabólica. ¿Qué extraños juegos solían hacer esos dos con las mujeres?

—¿No estaríais incumpliendo alguna ordenanza, señor? —le dije.

—Soy el gobernador, la máxima autoridad en esta parte del Caribe. Puedo hacer lo que quiera, realmente, yo dicto las órdenes.

—Me encantaría, señor —exclamé, quizás, con demasiada efusividad.

—Cualquiera diría que la valentía de la joven os excita, Heywood. —Esa forma que tuvo el hombre de dirigirse al gobernador por primera vez, me confirmó que eran algo más que compañeros de juegos. Una idea horrible se me pasó por la cabeza, unas imágenes demasiado perturbadoras. Saqué esos pensamientos de mi cabeza.

—Cuidado, Jenkins. Aún sigo siendo tu gobernador. —Una advertencia y una amenaza, típico de los hombres. Hay cosas que no cambian, sea la época que sea. Heywood se giró hacia mí y dijo: —Vamos, querida. Aún nos queda una parada que hacer antes de regresar a la mansión.

Asentí, nos despedimos del zapatero y abandonamos el pequeño local de olor a cuero encolado. Desandamos el camino hecho hasta llegar de nuevo al carruaje, que nos esperaba frente a la tienda de costuras.

—Tranquila, está en una celda y no podrá tocarte. Además, yo estaré a tu lado —comentó el gobernador en cuanto nos vimos a solas en el interior del transporte.

—Gracias..., *Peter*. —Un bache en el camino hizo que saltase sobre mi asiento, pero esta vez, y por suerte, no acabé entre los brazos de Heywood.

No tardamos mucho en llegar a nuestro destino, algo que agradecí. En cuanto la portilla se abrió y Peter hubo saltado al exterior, me moví nerviosa en el asiento. Pronto volvería a ver a Hiram y mi corazón lo sabía porque latía a toda velocidad.

Bajé los peldaños ayudada por Heywood y haciendo un esfuerzo enorme por no perder la compostura. Una vez en tierra firme, levanté la vista para ver la fortificación de piedra grisácea que se erguía ante nosotros. El fuerte Charles, no muy grande, pero lo suficiente para albergar media docena de prisioneros y los debidos guardias.

—OS habéis quedado helada —me susurró Heywood. Ni me había dado cuenta que permanecía sujeta a su mano. Lo miré y sonreí como pude. Mis ojos comenzaban a encharcarse de la emoción por verlo de nuevo—. Esto ha sido una mala idea —dijo al ver mi estado.

—No —exclamé con efusividad—. Quiero decir..., estoy bien, gobernador. Es solo que me ha impresionado la fortaleza y me ha recordado a mi esposo, nada más —afirmé.

Heywood se quedó mirándome demasiado tiempo y yo solo pude tragar saliva, nerviosa y a la espera de que dictasen sentencia. Tras una larga espera para mi pobre corazón, asintió y me ofreció el brazo para entrar juntos.

Tuve la sensación de que me iba a desmayar durante todo el trayecto. Recorrimos un largo pasillo, oscuro e iluminado por pequeñas antorchas colocadas cada pocos metros. El ambiente ahí dentro era denso y fresco a la vez.

Uno de los guardias de la prisión nos informó de que tan solo tenían a un hombre encarcelado tras esos muros, uno de los piratas del famoso Samuel Bellamy, El Negro.

Llegamos al final del pasillo, ante una puerta de madera con una diminuta ventana con barrotes. El guardia sacó un manojo de llaves y abrió el cerrojo. Mis piernas se tropezaron entre ellas y creí que me caería, pero logré sujetarme con firmeza al brazo de Heywood.

Un paso, solo tenía que dar un paso hacia el interior de esa sala y lo vería.

Un paso.

Al cruzar el umbral, la claridad me golpeó en los ojos. Pude sentir el aire fresco acariciar mi rostro. Había dos amplias celdas a cada lado y en cada una de ellas, dos aberturas horadadas en la pared a modo de ventana y cubiertas por barrotes. Se podía escuchar el graznar de las gaviotas en el exterior y el mar golpear los acantilados.

El sonido de unas cadenas, provenientes de la celda de más al fondo, agitó mi corazón. Ahí estaban esos dos luceros que tanto añoraba, observándome con asombro. Más bien, estupefactos diría yo.

Hiram, mi hombre, mi esposo..., mi pirata, estaba sentado en el suelo, pero se levantó de golpe en cuanto nos vio allí. Tuve que controlar el enorme impulso de correr a abrazarme a él, aun con barrotes de por medio, pero permanecí quieta y con los ojos anegados en lágrimas.

Me llevé una mano a la boca y ahagué un gemido de dolor y de emoción por verlo sano y vivo.

—Aquí tenéis al pirata que será ahorcado en tres días —me informó Heywood. Se angustió al ver las lágrimas en mis ojos y me tomó de las manos—. Querida, estáis llorando... Os ha recordado a vuestro esposo, ¿no es cierto? —Asentí, las palabras no salían de mi boca, se habían quedado atascadas en la garganta.

Un ruido al otro lado de la puerta de madera llamó la atención del gobernador. Instantes después, el guardia entraba para informar sobre un pequeño conflicto en la entrada de la fortaleza que requería de la presencia del gobernador.

—Querida, he de salir un momento a solucionar...

—Vaya, gobernador Heywood. Estaré bien, esperaré aquí —me apresuré a decirle.

—¿Estáis segura?

—Sí. Id, os requieren vuestros hombres. —Él asintió y desapareció de allí, acompañado de los dos guardias.

Solos, ahora estábamos por fin solos.

Nos miramos durante unos segundos y luego corrimos el uno hacia el otro. A través de los barrotes nos tocamos y nos besamos, haciendo que nuestros corazones latiesen con fuerza. Metí las manos al otro lado de la celda y acaricié su rostro, su cabello sucio y enredado. Él deslizó sus dedos por mi mandíbula y los llevó por el cuello hasta rozar las montañas abultadas que formaban mis pechos en el escote del vestido. Cerré los ojos ante su contacto y gemí.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Liv? —me recriminó en susurros.

—Hemos venido a sacarte de aquí —jadeé. Mi cuerpo estaba ardiendo, necesitaba sentirlo. Llevaba demasiado tiempo lejos de él y comenzaba a ser una auténtica tortura.

—¿Hemos? —Noté el calor de su aliento contra mi boca, mientras con sus dedos hacía sensuales dibujos sobre mis pechos. Introdujo un dedo en el canalillo y gemí con más fuerza—. Voy a matar a Liam —jadeó él.

—Fue todo idea mía, no culpes a tu hermano por tener el mismo deseo de liberarte que yo —respondí. Abrí los ojos para poder mirarlo y lo vi ahí, fijo en mi rostro sonrojado por la excitación. Paseé la punta de mi lengua por los labios y eso hizo que él gruñese frustrado.

—Joder, Liv. No te haces una idea de lo mucho que te deseo ahora mismo —confesó como una plegaría.

—Me la hago porque es lo mismo que me pasa a mí —ronroneé. Pegué mi cuerpo más a los barrotes, lo que hizo que mis senos asomasen más en el escote—. Necesito tenerte dentro o moriré abrasada por este fuego...

Hiram liberó un quejido gutural y bajó la cabeza hasta ellos, los amasó y lamió con fervor. Paseó la lengua por ellos, prendiendo aún más cuerpo ardido. Metió la lengua por dentro de la tela y noté el roce sobre uno de mis pezones. Cerré los ojos, me aferré a los barrotes y jadeé.

No sé en qué momento había conseguido meter una mano por debajo de mi falda, pero me sorprendí al sentir su dedo deslizarse por la hendidura de mi sexo.

—Oh, por Dios santo, Liv... Cómo estás... —jadeó contra mis pechos—. Voy a tener que aliviarme en cuanto te vayas —protestó.

—Ni se te ocurra malgastar una gota de tu energía, Irlandés, o no dejaré que me vuelvas a tocar... Oh, joder, Hiram —dije casi en susurros para que nadie más nos escuchase.

—Si por mi fuera, pelirroja, te arrancaba ese vestido y te hacía el amor aquí mismo hasta dejarte sin fuerzas.

—No sé quién acabaría sin fuerzas primero, pirata, tú o yo. —El sonido de unas pisadas y unas voces en la lejanía rompió por completo la magia. Nos separamos el uno del otro con rapidez y yo me recoqué la ropa con premura.

—¿Cuándo? —preguntó Hiram, que se ajustaba los pantalones en la entrepierna y con expresión de dolor.

—Pronto, en dos días —respondí segundos antes de que Heywood apareciese en la estancia.

—Siento haberme demorado, querida, pero... —Al entrar y encontrarme algo acalorada, con las mejillas sonrojadas y el abanico contra mi pecho, se angustió y acortó la distancia entre ambos en dos pasos—. ¿Lady Ballfour, qué os ocurre? ¿Ese bastardo os ha dicho algo que os ha importunado? —quiso saber.

—No..., yo solo... le hablé del suceso con mi esposo y le dije que pronto acabaría su camino como pirata —mentí de forma descarada, aunque el calor que dominaba mi cuerpo era difícil de ocultar.

—¿Qué le has dicho, sucio pirata? —le recriminó a Hiram.

Él esbozó esa media sonrisa pícaro que tan loca me volvía y dijo:

—Le he dicho que yo asaltaría mil barcos y mataría a cien mil esposos por una mujer como ella. —Y tuvo la osadía de guiñarme un ojo, lo que provocó que soltase el aire de mis pulmones con un sonoro gemido.

Será cabrón.

—No le escuchéis, Isobell. Son palabras dichas por un demonio, un ser sin alma alguna —comentó Heywood.

Asentí, mostrando mi lado más afligido y realizando mi mejor papel teatral. Quizás demasiado porque, sin previo aviso, se apoderó de mi boca. Ahogué un quejido en la garganta y escuché las cadenas que mantenían sujeto a Hiram resonar con fuerza.

Empujé con delicadeza al gobernador, no sin hacerle una seña a mi esposo para que no hiciese nada. Cuando Heywood separó los labios de los míos, jadeante, pude ver la ira en el rostro de Hiram. Estuve segura de que lo mataría en cuanto tuviese oportunidad.

—Perdona, yo... Mis disculpas, Isobell. No sé qué me ha pasado, me dejé llevar y... —balbuceo Peter, algo desconcertado por lo que acababa de hacer.

Tragué saliva y, a pesar de la mirada reprobatoria de Hiram, me acerqué para calmarle. Posé mis manos sobre las suyas y expresé con calma:

—Tranquilo, gobernador. Tan solo me habéis pillado desprevenida, eso es todo. Este no es el lugar más indicado. —El rostro de Heywood se iluminó, pero sus ojos se oscurecieron. Esbozó una sonrisa y asintió.

—Será mejor que regresemos a la mansión. Allí tendremos más intimidad —dijo y pude notar la emoción en sus palabras.

Volví a tragar saliva, ladeé la cabeza para mirar a mi esposo y decirle con la mirada que todo estaba bajo control. Hiram apretó los labios y vi cómo tensaba la mandíbula y apretaba los puños alrededor de los barrotes. Cerré los ojos, tomé aire y fuerzas para hacer lo que mi cuerpo no quería, que era abandonar esa estancia. Los abrí, miré a Heywood y respondí:

—Sí, vámonos de aquí. —Y minutos más tarde me veía de nuevo sentada en el interior del carruaje, de camino al hogar del gobernador, que no dejaba de mirarme con absoluto deseo.

Iba a ser una tarde interesante y algo complicada.



La portilla del carruaje se cerró de golpe y observé al gobernador tirar de las cortinillas hasta cubrirlas ambas. Tragué saliva, ya que intuía lo que pretendía. Tal vez mis juegos e insinuaciones hubieran conseguido un efecto un tanto salvaje en él.

En cuanto nos pusimos en marcha, se sentó frente a mí, sin quitarme la vista de encima y con la respiración agitada. No me atrevía a mirarlo porque se podría tomar ese gesto como una señal de aceptación de lo que quiera que estuviese pasando por su cabeza.

Traté de sentarme lo más recta posible, siempre con el abanico cubriendo mi escote y con la vista puesta en lo poco que las cortinillas me dejaban ver del exterior. Una situación muy, muy incómoda.

El calor en el interior empezó a concentrarse demasiado y me costaba respirar bien. Agité el abanico con fuerza, pero solo conseguía remover el aire caliente que nos envolvía. Heywood respiraba con dificultad, pero no por culpa de la alta temperatura. Más bien parecía un toro resollando por las narices.

Un bache me hizo saltar en mi asiento y, cuando me quise dar cuenta, lo tenía arrodillado ante mí, jadeando como un perro. En cuestión de segundos tomó uno de mis pies y le quitó el zapato. Se quedó observándolo durante unos instantes en los que vi cómo se relamía con lascivia.

—Oh, mi querida Isobell... No he podido dejar de pensar en esta parte de tu cuerpo desde que los vi desnudos, tan blancos y tan suaves —ronroneo mientras lo acariciaba con ambas manos.

Estaba en *shock*, no sabía cómo reaccionar ante ese tipo de atenciones tan... fetichistas, pero la cosa se puso peor cuando se llevó el pie a la boca y comenzó a lamerlo a la vez que gemía de excitación.

—¡Gobernador! —exclamé, sobresaltada.

Intenté retirar el pie de su boca, pero él lo sujetó con más fuerza y prosiguió con sus lamidas. Con una mano me mantenía bien cogida del tobillo y con la otra fue a por el otro pie. Me revolví como pude, pero era más fuerte que yo y el deseo le había vuelto un salvaje. En cuanto me quitó el otro zapato, tiró del pie hasta su miembro. Lo noté duro y palpitante.

—Heywood..., esto es totalmente inapropiado. Por favor, señor, aquí no... compórtese —intenté convencerlo, sin lograr que me escuchase.

Seguía gruñendo como un animal en celo mientras lamía un pie y con el otro se masturbaba.

Cuanto más me resistía, más se excitaba él. Se bajó el pantalón y liberó su pene. Se apretó más contra mi pie y se frotó hasta que llegó a su liberación. A mí me dio una arcada que oculté con el abanico.

Con una de las telas que cubrían los asientos, limpió los restos de su semen de mi piel. Esta vez, me sujetaba con delicadeza. Ya no quedaba nada del animal que hacía unos segundos se había corrido sobre mi pie.

Lo miraba atónita, sin creermelo lo que acababa de ocurrir. Me habían advertido sobre algunas conductas un tanto extrañas en el gobernador de Jamaica, pero jamás me hubiese imaginado algo así.

—Tienes una piel tan suave y sedosa que no me pude resistir. El beso en la prisión me hizo perder la compostura, siento mucho si esto te ha incomodado, Isobell —me explicó mientras limpiaba con afán mis pies. Pude notar un poco de arrepentimiento en su voz, o de vergüenza.

—Yo... yo no sé qué decir, gobernador... —Heywood se levantó tan rápido que apenas tuve opción de reaccionar. Se apoderó de mis labios y los besó con frenesí. Ahogué una protesta en la garganta y lo empujé con fuerza—. Peter, por favor, creo que han sido demasiadas emociones por ahora —dije de la forma más educada que pude. Él era mi billete a la liberación de Hiram y no quería ofenderlo.

—En cuanto lleguemos a la mansión, te voy a tumbar sobre mi escritorio y te haré gemir tan alto que te escucharán en toda Jamaica —susurró contra mi oído.

«Ni en tus sueños, amigo», pensé para mí. Me moví hacia un lateral del asiento y puse mis manos delante para impedirle pegarse más a mí. Él seguía encendido y no lo culpaba por ello: yo había estado buscando este tipo de deseo con el que poder manipularle.

—Peter, cálmate o empezaré a gritar y entonces sí que me escucharán, pero no será por placer. Serénate y contrólate, enseguida llegaremos a la casa...

—¿Me dejarás lamer todo tu cuerpo hasta saciarme? —me interrumpió.

—No, si no frenas tus impulsos ahora mismo. Soy una dama y este no es lugar para este tipo de... situaciones —afirmé para su alegría.

Curvó su boca en una amplia sonrisa victoriosa y sus ojos brillaron de una forma intensa que me sobrecogió un poco. Debía pensar en cómo evitar lo que ya parecía inminente que sucediera y solo tenía el trayecto hasta la mansión para ello.

Por suerte para mí, Heywood mantuvo el autocontrol, aunque permaneció sentado a mi lado. Yo aparté la tela de la cortinilla para dejar entrar la luz y el aire fresco. Cerré los ojos y recé por un milagro que lograra librarme de aquel embrollo.

El trayecto hasta la mansión se me hizo eterno y acabé con dolor de cuello por pasarme el tiempo mirando a través de la ventanilla. Ni me atrevía a desviar los ojos hacia el gobernador, no fuera a ser que volviese a abalanzarse sobre mí otra vez.

En cuanto el carruaje se detuvo y la portilla se abrió, suspiré con fuerza y me encomendé a todos los santos del cielo, si es que se decidían por escucharme en algún momento. Salí yo primero,

ayudada por el lacayo perfectamente plantado junto a la escalerilla.

Heywood siguió mis pasos, pero un soldado se acercó a nosotros y le susurró algo al oído. Los observé con atención y vi cómo el gobernador apretaba los labios. Cerró los ojos y resopló de mala gana. Le dijo algo al soldado, este asintió y se alejó de nosotros.

—Querida, vamos a tener que aplazar nuestros... placeres para más tarde. Me reclaman en otro sitio y, al parecer, no puedo eludirlo. —Esas palabras me sonaron a cántico celestial. Heywood tomó mi mano y le dio un suave beso en el dorso. Luego, me miró y dijo: —. Siento dejarte sola para el almuerzo, pero dudo que pueda acompañarte. Este asunto me llevará bastante tiempo, pero volveré para la cena y entonces...

—No se preocupe, *gobernador*, seguro que encuentro con qué entretenerme —le corté antes de que terminase la frase.

Se despidió de mí con leve asentimiento, y un suave beso en mi mano, y se alejó acompañado del soldado. Lo observé caminar hacia la cuadra en busca de su caballo y comprobé que tenía un andar elegante, un porte digno de un hombre de su posición.

Un lacayo había sacado un precioso caballo blanco vestido con una montura de color rojo y rebordes dorados. El animal resolló en cuanto Heywood se subió a la grupa y tensó las riendas. Con un ligero toque de talones, gobernador y escoltas abandonaron la finca.

Entré en la mansión y me fui directa a mis aposentos. Debía pensar en cómo librarme de tener que acostarme con Heywood porque eso era lo único que no estaba dispuesta a hacer.

Al estar sola, informé a una de las sirvientas que comería en mi habitación.

Me quité los zapatos en cuanto me quedé a solas y aflojé los cordones del corpiño para respirar mejor. Empezaba a tener mucho calor y el vestido me pesaba bastante, pero no podía quitármelo.

Caminé por la habitación sin dejar de mascullar y maldecir en español, para evitar que alguien supiera lo que decía.

—Olivia, vas a tener que ser muy ingeniosa y ver cómo narices sales de este embrollo o acabarás haciendo algo que no quieres —me reproché a mí misma—. ¿Cómo puedo hacer que se quede dormido sin tener que golpearlo?

Alguien llamó a mi puerta e, instantes después, entró una sirvienta cargando con una bandeja de plata llena de comida. A esa joven no la conocía, tal vez su puesto esté en la cocina y por eso no habíamos coincidido.

La observé mientras dejaba todo sobre una mesa de té que tenía junto a la ventana. Era un palmo más baja que yo, de piel dorada y cabello negro; aunque llevaba un vestido largo, pude ver un cuerpo con curvas. Sus ojos, tan negros como la noche, me recordaron mucho a mi amiga Natalia.

Escuché cómo tarareaba una canción a la vez que realizaba su labor. Presté atención a su voz porque me resultó algo familiar y me quedé atónita al reconocer ese acento.

—¿Eres española? —pregunté en mi idioma natal. Ella me miró perpleja, hasta pude notar un

pequeño temblor en las manos—. Tranquila, no se lo diré a nadie.

Se quedó quieta y pensando durante unos segundos, debatiéndose si contestar o no. No la culpaba por sentir miedo, lo más seguro era que la hubiesen capturado de alguna colonia española y la hubiesen vendido como esclava. Por eso, y para mostrarle que podía confiar en mí, decidí confesarle que yo también era española.

—Hablo tu mismo idioma porque es mi lengua materna, mis padres eran españoles.

—Pero vos habláis un perfecto inglés, *milady* —respondió sin levantar la vista del suelo.

—Es por mi abuela paterna, era inglesa —mentí, no podía contarle toda la historia de mi vida—. Mi nombre español es Olivia, ¿cómo te llamas tú? —quise saber.

—Catalina, *milady*.

—¿Y cómo has acabado aquí?

—Tomando malas decisiones. —La miré intrigada. Ella suspiró y pareció relajarse lo suficiente como para confiar en mí y dijo: —. Mi padre era el encargado de herrar a los caballos de la guardia real. Quiso casarme con un rico terrateniente e influyente en la corte, pero yo me negué. Me escapé de casa con un soldado, a quien le entregué mi virtud y después me dejó abandonada en una mugrienta taberna de camino al sur.

»Al escabullirse sin pagar, el tabernero me obligó a trabajar para pagar la deuda. Durante meses, atendí las necesidades de los hombres que hacían un alto en el camino para descansar. —No necesité preguntarle qué tipo de trabajos eran esos, me lo pude imaginar—. Un buen día, un comerciante se detuvo y me compró. Meses más tarde acabé aquí. El gobernador anterior realizó los trámites de compra-venta y me instaló en la mansión como ayudante de cocina. Esa es toda mi historia, *milady* —finalizó.

Mi primer impulso fue acercarme para abrazarla, pero al ver que ella rehuía el contacto, tan solo apoyé una mano sobre su hombro en señal de apoyo.

—Siento mucho todo por lo que has pasado, Catalina, y si hay algo que pueda hacer por ti, no tengas miedo en pedírmelo —dije con absoluta sinceridad. La joven levantó la mirada hacia mí y pude ver cómo los ojos se le encharcaban.

—Gracias, por vuestra amabilidad, *milady*. Nunca nadie había sido así conmigo y os lo agradezco mucho. —Respondí con una sonrisa y la dejé irse para evitarle un castigo por parte de la cocinera o de algún superior.

Me senté para degustar la deliciosa comida que me había traído y sopesar las mil excusas que podría darle al gobernador cuando viniera en busca de su recompensa. Pasé el resto del día rebuscando entre los libros de la pequeña biblioteca de la mansión. Quería encontrar algún tipo de sustancia que adormeciese al gobernador, algo que pudiese echarle en la bebida o en la comida y que le dejase KO unas cuantas horas.

Hallé la solución a mis problemas en un viejo libro de botánica donde explicaban el efecto

somnífero de algunas plantas. Tan solo debía infundirlas el tiempo suficiente para obtener el resultado deseado. El problema ahora era encontrar esas plantas y lograr realizar todo ese trabajo sin levantar sospecha alguna.

Decidí salir al pequeño huerto que había junto a la casa, con libro en mano, y buscar las plantas necesarias, pero la suerte no parecía estar de mi lado. Heywood regresó antes de lo esperado y me encontró de camino al jardín. Maldije para mis adentros, mientras le mostraba la sonrisa más hipócrita de mi vida.

—Gobernador, ya habéis vuelto —saludé mostrando una falsa efusividad.

—Bueno, tenía motivos para regresar cuanto antes, querida. —Heywood sonrió de una forma que me heló la sangre. Estaba claro que no se había olvidado de sus intenciones, así que tendría que inventar algo y rápido.

—Oh, milord, ya habéis regresado. —Bendito Alfred, aunque ese no era su nombre, pero me costaba mucho memorizar el de todos y casi todos los mayordomos en las películas se llamaban así —. Le diré a la señora Cook que ya puede preparar la cena —dijo el hombre.

—Esperaremos en el salón mientras tanto —contestó Heywood sin quitarme la vista de encima. El hombre asintió y volvió a entrar en la casa—. Querida —dijo ofreciéndome su brazo—, vayamos a degustar un buen whisky que tengo y que un amable juez escocés me regaló por haberle favorecido en unos asuntos *personales*. —Esa última palabra, tan enfatizada, me sonó de lo más perturbador, pero tan solo sonreí y me sujeté al brazo sin ejercer demasiada presión. No quería que el hombre se emocionase más de lo que ya estaba.

Dejé que me llevase hacia el interior de la mansión. Entramos en el salón donde recibía a las visitas y me liberó de su agarre para irse a servir un par de vasos de esa bebida dorada que tanto me gustaba, aunque esta vez debería de degustarlo con moderación para no perder el control sobre el entorno.

Esperé a que me sirviera la bebida junto a la chimenea. Con un vaso en cada mano, Heywood se acercó a mí y me entregó el mío. Él le dio un trago, mientras yo dejaba el libro en su lugar de origen.

—¿Te interesa la botánica? —me preguntó sin dejar de recorrer mi rostro con la mirada.

—Se me ha despertado el interés hace poco, sí. —Heywood dio un paso hacia mí, pero yo retrocedí de forma instintiva—. ¿Y qué tal ha ido la reunión? —dije nerviosa e intentando distraerlo de sus intenciones.

—Un asunto de impuestos con unos mercaderes. Nada que el poder de la corona no pueda controlar..., eso y la amenaza de hacerlos pasar un par de noches en los calabozos.

—Eso es un tanto cruel, ¿no crees?

—No tanto como el tenerte ante mí, cual tentación salida del infierno —ronroneó acercándose otro paso más.

—Qué cosas dices —respondí acalorada. Tal vez se pensase que mi estado actual se debía a

sentirme atraída por él, pero nada más lejos de la realidad. Me llevé el vaso a la boca y le di un pequeño trago a mi bebida para calmar mis nervios.

—Siento envidia, ahora mismo —pronunció. Lo miré intrigada—. Vendería mi alma al diablo por volver a rozar vuestros labios, tal y como lo hace el vaso. —Otro paso hacia mí y yo di otro hacia atrás, pero acabé chocando contra la pared y, por ende, acorralada.

Heywood curvó los labios con una media sonrisa victoriosa y apoyó una mano junto a mi cabeza, impidiéndome así cualquier intento de fuga. Tragué saliva y lo miré. Él bajó la cabeza en busca de mis labios, pero yo me moví rápido y me alejé rodeando el sofá.

—Gobernador, este no es el lugar más indicado para...

—Por favor, Isobell, acordamos que nos tutearíamos cuando estuviésemos bajo estos techos. Llámame por mi nombre —protestó entre risas mientras me perseguía por toda la estancia.

Logró acorralarme de nuevo contra el escritorio de madera de roble oscurecida del fondo y pasó un brazo alrededor de mi cintura para ceñirme con fuerza hacia su cuerpo. Buscó, sin éxito, mi boca. Con mis manos y la fuerza que pude emplear, lo mantuve a distancia mientras esquivaba sus labios.

—Peter, este no es el sitio indicado.

—Es tan buen sitio como otro cualquiera, querida. Ansío saborear tus labios de nuevo, acariciar esa piel tan sedosa que tienes... —Las puertas se abrieron de golpe y el mayordomo apareció ante nosotros, pillándonos a ambos en una postura un tanto inapropiada—. ¿Querías algo, Alfred? —preguntó Heywood sin mirar al hombre, que permanecía con una pose digna y parado en el umbral.

—Siento interrumpirlos, milord, pero la cena ya está servida —explicó él.

—Sí que se ha dado prisa la señora Cook en tenerla lista hoy —soltó Heywood de forma sarcástica.

—¿Queréis que le diga que la guarde y la caliente para más tarde, milord?

—No —exclamé. Aproveché el momento para liberarme del gobernador y alejarme de él, que me miraba intrigado por mi reacción—. Sería una falta de respeto enorme hacia el trabajo de la señora Cook —dije.

Me moví deprisa y pasé por delante del mayordomo, que me hizo un gesto gentil y me acompañó hasta el comedor. Heywood vino tras nuestros pasos.

Al cruzar las puertas de la nueva estancia, me sorprendió encontrarme con Catalina colocando dos copas sobre la mesa, una por comensal. La joven hizo una reverencia y me miró de una forma que me causó intriga.

Alfred retiró la que sería mi silla hacia atrás y me indicó que tomase asiento, cosa que hice dándole las gracias por su amabilidad. El gobernador, sentado a la cabeza de la mesa y a mi derecha, no me quitaba la vista de encima. Si por él fuese, yo sería la cena esta noche, aunque intuía que acabaría siendo el postre.

Una vez sentados a la mesa, Catalina comenzó a retirar la cubierta de los platos centrales. El

sabroso aroma a guiso de pescado hizo que mi estómago protestase. Alfred nos sirvió vino a cada uno y luego, por orden de Heywood, dejó la jarra a su lado para ser él quien se ocupase de rellenar nuestras copas.

—No bebáis whisky tras la cena, *milady* —me susurró Catalina justo antes de salir del comedor.

No entendí muy bien su advertencia, pero me la anoté en la mente. Obviamente, no pude preguntar por qué, así que me centré en darle a mi acompañante la mejor de las conversaciones.

Me pasé toda la cena esquivando las caricias del gobernador, tanto sobre la mesa como por debajo de ella. Dirigí el diálogo hacia la política de la corona en el Caribe y sonsacándole más sobre el ajusticiamiento de Hiram.

Terminada la cena, Heywood me llevó hasta su pequeño despacho con la excusa de que allí guardaba el mejor whisky. No encontré una forma elegante de excusarme, así que accedí para su deleite.

A un par de puertas se encontraba el lugar que guardaba los secretos de la corona inglesa en Jamaica: contratos, sentencias, leyes, decretos y mil documentos más. Al igual que en el salón, Heywood disponía de una pequeña biblioteca donde, según explicó, tenía las joyas de la literatura británica.

—¿Quieres un poco de whisky? —me preguntó tras cerrar la puerta.

Me giré ligeramente, sonreí y rehusé la invitación al recordar la advertencia de Catalina. Él asintió y se fue directo al minibar que había en un rincón de la pequeña sala y junto a dos butacas de terciopelo verde.

Se sirvió un buen vaso de bebida y se volvió hacia mí. Mi respiración era entrecortada, pero no por excitación. La de él, en cambio, estaba claro que era por el deseo. Le dio un buen trago al líquido ambarino y me mostró una sonrisa que dejaban claras las intenciones con las que me había atraído hasta allí, algo que ya sabía.

—Es-es un despacho muy hermoso y bien organizado —dije nerviosa y desviando mis ojos hacia las paredes de color oscuro. La luz de las velas le daban un aspecto un tanto tenebroso al lugar, todo había que decirlo.

—No más hermoso que tu rostro, Isobell. —Heywood dio un paso hacia mí y yo retrocedí. Él siguió con su avance hasta acabar sentada sobre una de las butacas. Vacío la copa de un solo trago, se relamió y se abalanzó sobre mí, sin más.

—¡Peter! —exclamé a la vez que levantaba las manos.

Poco pude hacer, ya que su cuerpo era mucho más pesado que el mío y terminé con él sobre mí, devorando mi boca con fervor. Ahogué una queja en la garganta, mientras sentía su lengua empujar contra mis labios.

Cuando logró abrirlos, apretó más su boca contra la mía y buscó mi lengua con ansia. Nuestros dientes acabaron chocando en su impulso. Intenté empujarlo, pero era imposible moverlo. Estaba

fuera de sí. Lo escuchaba resollar cual toro bravo, mientras manipulaba las faldas de mi vestido.

—Peter, por favor —jadee en un instante en que separó su boca para tomar aire—, aquí no...

—Nadie osaría entrar aquí sin mi permiso, estamos completamente solos, Isobell. —Y eso me aterró—. Necesito hundirme en ti, no lo puedo aguantar más. Ese breve contacto en el carruaje tan solo ha servido para alimentar más el deseo que siento por ti —dijo.

Estaba claro que el hombre era hábil a la hora de manejar la ropa femenina porque, cuando me quise dar cuenta, tenía los faldones levantados y las piernas abiertas.

—Peter, no lo hagas... Acabo de enviudar y... yo no... ¿Qué pensará su familia? —supliqué. Me moví bajo la pesadez de su cuerpo y traté de quitármelo de encima, pero era muy fuerte y me tenía bien sujeta.

—Oh, eres tan cálida, Isobell... No te haces una idea de cuánto deseaba esto —farfulló. Pasó un brazo por debajo de mi pierna y la levantó —. Tranquila, será rápido. Esta vez, al menos. Luego, seré más gentil. —Y se colocó mejor en el hueco de mis piernas.

Forcejear no me estaba sirviendo de nada y a él parecía motivarlo en exceso. Mientras besaba mi cuello, traté de buscar algo con qué golpearlo. Todo estaba demasiado lejos de mi alcance.

Heywood se incorporó lo justo para desabrocharse los pantalones y aproveché para empujarlo. En su rostro asomó una sonrisa que me heló la sangre y se abalanzó sobre mí, pero un mareo repentino lo hizo moverse de forma errática. Trastabilló con sus propios pies, se fue de bruces contra el borde del escritorio. Cayó inconsciente al suelo. El sonido del cráneo golpeando contra la madera fue estremecedor.

Todo ocurrió en décimas de segundos. Atónita, y sin comprender nada, bajé las faldas de mi vestido y me acerqué a él. Lo golpeé con suavidad con el pie, pero no se movió. Su cuerpo estaba laxo, sin vida se podría decir.

Me puse de rodillas a su lado y lo zarandeeé, pero no hubo señas de estar en la tierra de los vivos. Manipulé su cabeza en busca de sangre, pero no hallé nada, salvo un terrible chichón. Llevé los dedos hacia su yugular y comprobé que tenía pulso.

—¿Qué demonios ha pasado? —susurré incrédula. No había bebido tanto como para desmayarse de esa forma, y si hubiese estado borracho, jamás se le habría levantado. ¿Entonces?

Unos golpecitos en la puerta del despacho llamaron mi atención. Me levanté y corrí hacia allí. Por unos segundos, dudé si abrirla o no porque, si alguien encontraba al gobernador en ese estado, me podrían acusar de intento de... algo.

—*Milady*, soy yo, Catalina —escuché decir al otro lado.

Solté de golpe el aire contenido en los pulmones. Abrí la puerta y la dejé entrar.

—No sé lo que le ha pasado, yo no...

—Ha sido el láudano, *milady*. Se lo eché a su whisky mientras cenaban. Escuché que tenía intención de traerlos aquí y me imaginé que vos no queríais yacer con el señor, con la muerte de

vuestro esposo tan reciente —me contestó la joven.

Me quedé pasmada al escucharla decir eso. Una completa desconocida me acababa de ayudar, aun a riesgo de ser descubierta.

—Gracias. —Era todo lo que podía decir, sin romperme a llorar.

—¿Ha llegado a tocaros, miladi? A veces, tarda un poco en hacer efecto. Tal vez debí haberlo echado en su copa de vino y... —La cogí de las manos, con los ojos vidriosos y a punto de llorar.

—Todo está bien, Catalina —mentí para tranquilizar a la joven.

—Bueno, ahora debe irse, *milady*. Mañana se despertará con un fuerte dolor de cabeza y apenas recordará nada de todo esto —me dijo, entonces.

—Pero, no podemos dejarlo así...

—Oh, no se preocupe. No es la primera vez que se queda dormido en el despacho.

Sopesé lo que me decía durante unos breves instantes. Luego, asentí y salimos las dos de allí, rumbo a mi habitación. Por el camino, le pregunté a Catalina si podría subirme un cubo con agua hervida y esta accedió. Necesitaba lavarme como fuera.

Mientras esperaba por el valde de agua, me quité la ropa poco a poco. Respiré despacio para calmarme y no romper a llorar, aunque era lo que mi cuerpo me pedía en ese momento. En cuanto me quedé con la camisola interior, me senté en el borde de la cama y me llevé las manos a la cara. Rompí a llorar. Me sentí sucia y tan solo tenía deseos de arrancarme la piel a tiras.

Cuando Catalina llegó a la habitación, cargando con un cubo lleno de agua caliente, y me vio en ese estado, se asustó. Dejó el valde a un lado de la puerta y se acercó a mí corriendo.

—*Milady*, ¿qué os ocurre? ¿Estáis bien? —preguntó preocupada.

Se sentó a mi lado y me rodeó con los brazos, algo que yo agradecí porque me sentía muy sola y sucia en esos momentos.

—Es que... yo... yo solo recordaba a mi... a mi... —Las palabras se perdieron en mi garganta, no podía hablar sin romperme en mil pedazos.

—A vuestro esposo —dijo ella y lloré con más fuerza.

—Lo echo mucho de menos, Catalina, mucho.

—Ay, ya, señora —susurró, acunándome entre los brazos como si fuese una buena amiga—. Volveréis a verlo, miladi, no os disgustéis. La vida solo es una parte del camino, pronto recorreréis juntos un nuevo sendero —dijo.

No pude decir nada, no pude hablar más. Necesitaba llorar, gritar y resquebrajarme del todo. Lloré por Hiram, por David, por mí, por mi padre, por mi amiga..., por Liam y por todo lo acontecido hasta la fecha. Lloré hasta quedarme vacía por completo.

Catalina se fue en cuanto me calmé y le aseguré que estaría bien, que ya no volvería a llorar más. Me lavé bien con el agua templada y me metí en la cama. Me cubrí entera con las mantas y cerré los ojos, deseando que toda esa locura acabase pronto o no podría hacer de nuevo lo mismo sin perder

mi alma por completo.



No fui consciente del momento en el que logré dormirme. Tan solo desperté cuando las sirvientas entraron en la habitación y comenzaron a mover cortinas y colocar lo que supuse sería una bandeja de metal sobre la mesa de té.

Somnolienta, me moví en la cama y traté de abrir los ojos, pero la claridad me cegó de golpe. Resoplé a modo de protesta y me giré para darle la espalda a las ventanas. El ruido de las pisadas de las muchachas taladró mi cabeza y decidí que ya era hora de levantarme.

Me senté en el borde de la cama y solté un bostezo, acompañado de un gran estiramiento de todo mi cuerpo. Me dolían todos los músculos habidos y por haber, pero el dolor interno era mucho peor. Me vinieron *flashes* a la memoria de lo ocurrido la noche pasada y eso me erizó la piel por completo. Cerré los ojos, sacudí la cabeza y salí de la cama.

—¿Eso es mi desayuno? —pregunté intrigada al ver la bandeja descubierta sobre la mesa. Un par de platos de diferentes frutas y pescados ahumados, y una tetera humeante con su correspondiente taza.

—Sí, *milady*. El gobernador nos ordenó subíroslo porque él ha tenido que acudir a un asunto urgente —respondió una joven totalmente desconocida para mí.

—Vamos, chicas, no os demoréis que aún queda mucho trabajo por delante. —Mary, la mujer que me había atendido la mañana anterior, entró dando palmadas en la habitación y sacando de allí a las dos jóvenes. Una vez solas las dos, cerró la puerta y se acercó a mí para colocarme la fina bata de seda rosa. Cogió un cepillo y, mientras soltaba mi larga melena para acicalarla, dijo: —Hoy seré yo vuestra asistente, *milady*.

—¿Le ha ocurrido algo a Catalina? —quise saber. Esperaba que no la hubiesen descubierto por lo sucedido con el gobernador en el despacho y la hubiesen echado a la calle. Me sentiría muy culpable, la verdad, porque ella tan solo quiso protegerme.

—Anoche arrestaron a su prometido y ha ido hoy al cuartel para verlo —contestó a la vez que pasaba el cepillo por mi cabello.

—Vaya..., pero ¿está bien?

—Ella, un mar de lágrimas, *milady*. Ya os lo podréis imaginar.

—Sí, claro, cómo no. Cuando te arrebatan a tu ser más querido, el mundo se rompe bajo tus pies

y te traga hasta las profundidades. —No me había dado cuenta de lo oscuras que habían sonado mis palabras, pero en verdad que sentía eso porque fue la sensación que tuve cuando me dieron la noticia del encarcelamiento de Hiram.

—Catalina es joven, volverá a enamorarse...

—Mary, tú nunca te has enamorado, ¿verdad? —la corté antes de que acabase su exposición.

—No, *milady*, lo cierto es que no. Yo siempre he servido en esta casa desde bien pequeña y tan solo me he preocupado por hacer bien mi trabajo y que todos estén lo mejor atendidos.

—Claro, solo alguien que nunca amó podría decir algo así. —Ella abrió la boca para responder, pero yo proseguí con mi exposición: —. Cuando amas a una persona con tanta intensidad, sientes que el mundo no merece la pena si no estás con él; tu vida cobra sentido a su lado y si no lo está, ya nada tiene sentido. Si alguien amenaza con arrebatarte ese amor, puedes llegar a cometer las mayores locuras por salvarlo, por protegerlo..., por no perderlo. Cuando amas tanto que hasta te duele el alma, toda tu vida cobra un color diferente. Es tu otra mitad, tu complemento —dije, y un dolor enorme golpeó de lleno en el centro de mi pecho.

—Siento mucho os he incomodado, *miladi*. No fue mi intención. Por vuestras palabras, se nota el gran amor que aún le profesáis a vuestro esposo —respondió Mary en un tono tranquilo.

—Lo amaré hasta el día en que me muera, y si renacemos en otra vida, lo seguiré amando y lo buscaré allá a donde vaya. —Esas palabras hicieron que una lágrima descendiese por mi mejilla de forma involuntaria. La vida sin Hiram no era una opción, nunca. Como le dije una y mil veces, descendería al infierno por él y pelearía con el mismísimo Lucifer por recuperarlo. Mi alma estaba atada a la suya, para siempre.

Unas voces femeninas en el exterior atrajeron nuestra atención. Nos acercamos a la ventana y vimos a Catalina siendo abrazada por dos muchachas del servicio. La joven tenía las manos cubriendo el rostro y lloraba de forma desconsolada.

—Mary, ¿podrías decirle que suba a mi habitación, por favor? Quisiera hablar con ella, si no es mucha molestia. Yo seguiré con mi pelo, gracias —solicité con suma educación.

El ama de llaves de la mansión asintió y me entregó el cepillo que yo le pedía con la mano extendida hacia ella. Salió de la estancia y la escuché bajar las escaleras con paso lento, pero firme. Luego, pude verla al otro lado de la ventana. Abrazó a Catalina, le dijo algo al oído y la joven asintió. Con un gesto de lo más maternal, Mary limpió las lágrimas de la muchacha y la acompañó al interior de la casa. Instantes después, atravesaban ambas las puertas de mi habitación.

—Catalina, me han informado de lo sucedido con tu prometido —dije tras levantarme de la silla y correr a abrazarla. Ella se deshizo en llantos de nuevo en cuanto la rodeé con los brazos—. Mary, ¿podría subirme una taza más? Quisiera hablar con ella, a solas si es posible —le pedí a la mujer.

—Sí, *milady*, por su puesto. Ahora mismo se la subo. —Y volvió a desaparecer, cerrando la puerta tras de sí.

—Catalina, cuéntame lo que ha ocurrido —solicité a una joven desgarrada por completo.

Como pudo, y entre sollozos, me explicó que lo habían apresado por hacer trampas jugando a las cartas en una taberna del centro de la ciudad. Él juraba que no era cierto, pero su acusador no era otro que el magistrado de la zona.

Por lo visto, la disputa se tornó en una violenta pelea y el prometido de Catalina golpeó con fuerza el rostro del magistrado. Jamie, que así se llamaba el joven, era un muchacho robusto que había crecido en las calles y sabía muy bien cómo pelear.

—Lo van a colgar, milady. Lo ajusticiarán junto con el pirata preso en los calabozos y... y yo... yo no... —pronunció entre hipidos.

—Ssshhh, ya, Catalina. No pueden matar a una persona solo por una pelea en un bar y un juego de cartas. Ni en este mundo ni en ninguno —dije para calmarle.

—No me dejaron verlo, milady. Ni siquiera me permitieron pasar de las puertas de la prisión. Salió un soldado a explicarme los cargos y me mandaron de vuelta a la mansión. Vine con la intención de suplicarle al gobernador por su vida, pero ya se había ido y... ¡No puedo imaginarme la vida sin él, milady, no puedo! ¡Van a ahorcarlo y ni siquiera me pude despedir de él! —exclamó, rota por completo, y a mí se me partió el corazón. Empatizaba demasiado con ella, las dos estábamos en la misma situación.

Sentí la rabia crecer dentro de mí por tal injusticia, por ambas injusticias. Me coloqué frente a Catalina, con las manos apoyadas sobre sus hombros, y dije, en español:

—Tú y yo nos vamos a la prisión ahora mismo.

—Pe-pero, milady. N-no... no nos van a permitir...

—Eso déjame a mí, pero tú vas a ver tu prometido como que me llamo Olivia —aseveré.

—Creía que os llamabais Isobell, milady —comentó ella, sorprendida.

—Es mi segundo nombre, me lo puso mi madre —mentí..., a medias.

En ese instante, Mary llegó con la taza y la dejó sobre la mesa. Le di las gracias y nos dejó solas a las dos. Invité a Catalina a degustar el desayuno conmigo y después, me vestiría y juntas iríamos a esa estúpida prisión. Conseguiría que nos dejaran entrar.

La prisión no se encontraba muy lejos de la mansión, así que decidí que iríamos dando un paseo. Informé a Mary y a Alfred de que quería caminar por las cercanías y que deseaba que Catalina me acompañase. Ninguno se opuso y las dos abandonamos la casa con calma.

Cruzamos la explanada que dividía la vivienda del gobernador con la civilización y caminamos por la amplia calle que llevaba directamente a las puertas de la prisión. Una vez allí, dos guardias nos impidieron la entrada.

—Quiero hablar con quien esté a cargo de la cárcel —exigí de forma altiva. Catalina permanecía tras de mí, nerviosa y sin levantar la vista del suelo.

—Señorita, ya le hemos dicho que no se admiten visitas y mucho menos a dos mujeres solas, sin

escolta —respondió uno de los hombres, con absoluta soberbia.

—Si mal no recuerdo, tú estabas aquí ayer, ¿verdad? —dije, desviando la mirada hacia el otro soldado que permanecía en silencio apoyado contra el muro de la entrada.

—Así es, y os recuerdo, milady —contestó.

—¿Y recordáis con quien vine?

—Con el gobernador, milady.

—Muy bien, ¿y qué pensáis que diría el señor Heywood si le contase que dos de sus soldados se han puesto del todo impertinentes conmigo, su invitada? —Lancé mi amenaza de forma velada, con seguridad y sintiéndome poderosa.

—Vamos, milady, no haría tal cosa —soltó el soberbio. Clavé mi mirada en él, dejando claro lo mucho que me desagradaba su presencia.

—¿No? Ponme a prueba —lo desafié. Estiré mi cuerpo todo lo que pude, levanté el mentón y le mostré lo decidida que estaba a atravesar esas jodidas puertas, con su permiso o sin él.

El soldado me miró durante unos instantes, sopesando mis palabras. Deslizó la mirada por todo mi rostro y luego mi cuerpo, me estaba midiendo. «Vamos, dame un motivo para partirte esa cara de estúpido que tienes, campeón», pensé, plantada en mi sitio y sin dejar que me amedrentase ese inglés prepotente. Emitió un sonido con la lengua y le hizo una señal a su compañero con la cabeza, señalando hacia las puertas.

—Déjalas pasar, pero vigílas —ordenó para mi regocijo.

A punto estuve de hacer un gesto de lo más actual y que estaba segura de que ninguno comprendería, pero me contuve. Tomé a Catalina de la mano y tiré de ella hacia el interior del edificio.

Seguimos al soldado, que nos guio por el mismo camino que había recorrido el día anterior con Heywood. Sabía hacia dónde nos llevaban y mi corazón comenzó a latir con fuerza. En unos instantes, volvería a verlo.

Mi respiración se aceleró en el momento en el que el guardia abrió la última de las puertas que nos llevarían a esa sala semicircular donde se encontraban los presos que iban a ser ahorcados.

—Gracias. Si no le importa, espere aquí fuera, por favor —le ordené con educación.

—Milady, no puedo dejarlas solas...

—¿Debo pedir que vayan en busca del gobernador y le molesten en sus gestiones? —Sí, me sentía poderosa tras decir esas palabras.

—Esperaré aquí fuera, milady —aceptó finalmente el joven, no sin dudarlo durante unos instantes, y cerró la puerta.

En ese momento, Catalina me soltó y corrió hacia una de las celdas donde un joven permanecía sujeto a los barrotes. Los dos amantes, con lágrimas en los ojos, se abrazaron y se besaron.

El ruido de unas cadenas atrajo mi atención hacia la celda opuesta a ellos. El corazón se me paró,

hasta dejé de respirar. Hiram me miraba desde el interior de su cárcel, con absoluta devoción y pude ver el amor que sentía por mí con solo mirarlo.

Me acerqué a los barrotes y él hizo lo mismo. Sin importarnos nada, nos besamos y gemí contra su boca al sentir el calor de sus labios acariciando los míos.

—Eres toda una dama poderosa, esposa —pronunció contra mi boca.

—Es lo que pasa cuando quieren hacerle daño a lo que más quiero —respondí—. ¿Cómo estás? —quise saber.

—Bueno, he hecho un nuevo amigo —dijo y miró hacia el joven Jamie.

Me giré y vi a Catalina mirarme con absoluta sorpresa. Yo solo pude suspirar y sonreír. Luego se lo explicaría todo, ahora no era el momento.

—Milady, vos... vos no... —balbuceó ella.

—Más tarde te lo cuento todo, Catalina. Aquí hay demasiados oídos —le dije en voz baja, sin separarme de los barrotes y sintiendo las suaves caricias de la mano de Hiram en mi brazo. Ese hombre me hacía arder con solo rozarme, con mirarme.

—Nos van a ahorcar en dos días, no se puede hacer nada —pronunció Jamie, con voz temblorosa y sin soltar las manos de su prometida.

—Algo me dice que no será así, ¿me equivoco? —dijo Hiram, mirándome y esbozando esa media sonrisa que hacía que todo mi mundo se detuviese.

—No, no te equivocas —respondí—. Os sacaré de aquí, a los dos —afirmé.

—Pero, ¿cómo...? Milady, es muy peligroso. Vos sola no podréis... —intentó decir Catalina.

—Tranquila, no está sola —comentó Hiram. La miré y asentí. Me giré y fijé mis ojos en esos dos océanos en los que tanto me gustaba verme reflejada—. Dime que tendrás cuidado, pelirroja. Si te ocurriese algo...

—¿Tú también vas a estar como tu hermano? ¿Tan desvalida creéis que estoy? —bromeé. Él se rio y ese sonido vibró por todo mi cuerpo, música para mis oídos.

—No, sé que eres una auténtica pirata, Olivia Burke. —Y me volvió a besar. Quería más, necesitaba más, pero tendría que esperar un par de días para tenerlo entero para mí.

El sonido de las llaves golpeando contra la puerta de madera hizo que me alejase de él y me acercase a Catalina y Jamie. Segundos más tarde, el soldado la abrió y nos hizo un gesto para que saliésemos ya de allí.

Dejé que mi nueva amiga se despidiese de su prometido. Miré de forma disimulada hacia Hiram y lo vi guiñarme un ojo de forma cómplice. Se me encogieron hasta los dedos de los pies, ese gesto me erizó todo el cuerpo y me excitó.

Recorrimos el camino de vuelta a la salida de la prisión en silencio, pero cogidas de la mano. Tenía mucho que explicarle a Catalina y poco tiempo para todo ello, pero algo me decía que podía confiar en ella.

Nos despedimos de los soldados y emprendimos camino de regreso a la mansión. Al principio, lo hicimos en silencio hasta que estuvimos lo suficientemente lejos de la prisión. Entonces, le conté la verdad sobre quién era yo en realidad y quién era Hiram para mí.

—Pero, milady, si os descubren...

—Y por eso debes guardarme el secreto, Catalina. Y llámame Liv, por favor —la interrumpí.

Ella me miró, algo desconcertada y temerosa, pero asintió para mi alivio. Abrió la boca para continuar con la conversación, pero su expresión cambió de incredulidad a un horror tremendo y soltó una exclamación a la vez que retrocedía sin dejar de mirar a alguien a mi espalda. Me giré para enfrentar a quien fuera que estuviese detrás de mí.

—Liam —exclamé. Mi mano ya estaba buscando la daga que Bellamy me había regalado y que llevaba oculta entre los pliegues del vestido.

—¿Qué? ¿Vas a clavarme eso, preciosa? —dijo él, mostrando su sonrisa más conquistadora.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? Podrían verte, joder —protesté.

—¡Oye! ¿Has besado a mi hermano con esa boca?

—Déjate de estupideces. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Protegete, ¿qué voy a estar haciendo? —respondió casi ofendido. Se cruzó de brazos y miró en dirección a Catalina, que permanecía atónita y oculta tras mi espalda—. ¿No nos vas a presentar? —dijo de una forma coqueta y curvando su boca en esa media sonrisa seductora, igual a la de su hermano.

Solté un bufido y puse los ojos en blanco. Era imposible, veía a una mujer y sentía la necesidad de conquistarla.

—Liam, ella es Catalina, una sirvienta de la mansión del gobernador. —Cogí a la joven de la mano y la animé a salir de mi espalda—. Él es mi cuñado, Liam. Tranquila, no le tengas miedo, no te hará nada —le aseguré para calmarla.

—Nada malo, dirás —apostilló él. Lo miré de forma inquisitiva y soltó una carcajada.

—Son... son iguales... es el mismo rostro que el de... que el de... —balbuceó Catalina.

—Sí, en eso consiste ser hermanos gemelos —se burló Liam. Le di un puñetazo en el brazo y él soltó un quejido, seguido de otra risa—. Bueno, dime. Te he visto salir de la prisión, dos veces. ¿Cómo está? —quiso saber.

—Más delgado, pero está bien. No le han apaleado, o yo no vi nada en su rostro ni en las manos. Ninguna marca extraña —respondí. Le conté toda la información que pude recabar las dos veces que estuve allí, el número de guardias, el camino hasta la celda, etcétera.

—¿Estás segura de que podrás hacerlo, Liv? Yo no tengo tan claro que tú sola puedas colarte tras esos muros y evitar que te detengan.

—Oh, por eso no te preocupes. No estaré sola, Catalina estará conmigo —afirmé. Ella abrió los ojos tanto que casi se le salieron de las órbitas.

Liam me cogió del codo y me alejó de ella unos pasos, los justos para hablar a solas.

—¿Se puede saber a qué juegas, Liv? ¿Qué no me estás contando? —inquirió entre susurros.

—Su prometido está en la misma celda que Hiram. Lo han detenido de forma injusta y les dije que los ayudaría a huir. —Liam soltó una maldición, resopló frustrado y se revolió el cabello.

—¿Es que te has vuelto loca? Ya tenemos bastantes problemas con lograr escapar nosotros solos, como para llevarnos a alguien más con nosotros —bufó.

—No puedo dejarlo, Liam. Ella me ayudó anoche cuando... cuando Heywood... —Dejé de hablar cuando fui consciente de que estaba a punto de contarle lo que sucedió con el gobernador y sabía que lo mataría.

—¿Cuando qué, Liv? ¿Qué te ha hecho? Juro que si te ha puesto una mano encima...

—No ha pasado nada con lo que no pueda lidiar yo sola, Liam. Deja esa necesidad tuya de comportarte como el hombre protector del hogar.

Lo vi apretar la mandíbula con rabia y asomar un brillo en sus ojos que me dio miedo. Por un instante pensé que correría en busca del gobernador y lo mataría con sus propias manos, pero no hizo nada de eso.

—No se lo cuentes a mi hermano hasta que no estemos bien lejos o acabaremos los tres con una soga al cuello —dijo, finalmente. Asentí, conteniendo las lágrimas y las ganas enormes que tenía por abrazarlo—. Hablaré con mis amigos para que les den cobijo y los ayuden a huir de Port Royal, pero tendréis que ser rápidos porque yo no podré estar ahí para ayudarlos —comentó.

Salté a sus brazos, no me pude contener. Él rodeó mi cuerpo y lo apretó contra el suyo. Bajó la cabeza y depositó un tierno beso sobre mi hombro que me hizo estremecer.

—Gracias —le susurré al oído.

—Haces conmigo lo que quieres, preciosa, ya lo sabes. Me es imposible negarte nada, pero, por favor, ve con mucho cuidado o no me lo perdonaré nunca..., ni mi hermano —dijo segundos antes de besar la piel de mi cuello.

—Lo tendré, tranquilo —prometí, aferrada a él y sin querer soltarme.

Nos despedimos y Catalina y yo retomamos nuestro camino de regreso a la mansión. Le fui explicando lo que se me había ocurrido y cómo podríamos entrar en la prisión, pero para ello iba a necesitar su habilidad con los sedantes.

El día estaba despejado, no hacía mucho calor, pero si calentaba lo justo para poder estar al sol sin quemarte. La luz brillaba a nuestro alrededor y mi corazón latía con fuerza al saber que pronto estaría entre sus brazos.

Dos días.



Llegó el ansiado día en el que liberaría a mi esposo, porque si de algo estaba segura era de que lo lograría. Nuestro plan no tenía fisuras, a pesar de haberlo modificado a última hora por los dos añadidos a la fuga.

Catalina y yo estuvimos planificando durante día y medio la forma de volver a la prisión sin levantar sospechas. Por supuesto, la excusa era que ella necesitaba despedirse bien de su prometido, pero debíamos ser cautas o todo nuestro plan se iría al traste y acabaríamos nosotras tras las rejas.

Por mi parte mantuve el control de la situación con el gobernador, gracias a las gotas que Catalina me preparó para que se las sirviese en la bebida. Con eso, lograba que Heywood se quedase profundamente dormido antes de llegar a nada más conmigo que unos pocos besos y algún que otro manoseo.

Me desperté llena de energía y con una enorme sonrisa en la cara. Por primera vez, desde que estaba allí alojada, no me había levantado entre protestas ni gruñidos. Cuando las sirvientas entraron en la habitación, yo ya estaba a medio vestir y con el pelo cepillado.

—Buenos días, milady —saludó Catalina.

—Buenos días, ¿la señora Cook tiene listo lo que le pedí anoche? —pregunté de forma disimulada, ya que la otra chica podría irle con el cuento al gobernador y tirar al traste todos nuestros planes.

—Así es, está listo desde primera hora de la mañana, milady.

—Bien, prepárate, Catalina. Vendrás conmigo —dije, intentando que sonase como una orden de una dama a su sirvienta. Ella asintió e hizo una leve reverencia. Yo contuve la risa porque jamás me acostumbraría a ese tipo de modales.

Por suerte para mí, Heywood no se encontraba en la mansión. Al parecer, le habían enviado un mensaje urgente sobre el avistamiento de un barco pirata cerca de las costas de Jamaica y me dejó un aviso, excusándose por dejarme sola esa mañana, pero debía ir al puerto para organizar la flota.

«Ya están cerca», pensé emocionada. Teníamos poco tiempo, así que apenas degusté un trozo de pan y me bebí el té en un suspiro. Fui corriendo a la cocina, donde me encontré con la señora Cook terminando de cubrir la cesta de mimbre con un trapo de cuadros azules y blancos.

En cuanto lo tuve todo, Catalina y yo nos dirigimos con paso rápido hacia la prisión. Por el

camino vimos el revuelo que se empezaba a formar en las calles, con los soldados corriendo en dirección al puerto y a los respectivos fuertes.

Tomé a Catalina de la mano y tiré de ella para acelerar el paso, debíamos llegar cuanto antes o nos pillaría todo el caos en mitad de la calle.

—Milady, ¿cree que funcionará? —me preguntó.

—Si le has puesto la suficiente cantidad de láudano al bizcocho, sí. Y ya te he dicho que me llames Liv —respondí con convicción.

Llegamos ante las puertas del imponente edificio de piedra grisácea y nos encontramos, al igual que la última vez, a dos soldados. La única diferencia era que, en esa ocasión, las puertas estaban abiertas y un grupo de varios soldados salían corriendo, armados todos con mosquetes y sus espadas sujetas a los cinturones.

—¿Ocurre algo, señores? —pregunté, mostrando intriga y una falsa preocupación.

—Un avistamiento de un barco pirata en la entrada de la ensenada, pero nada que la flota de la corona no pueda solventar —respondió el soldado que consideraba más agradable.

—¿Queríais algo? —preguntó el otro con su clásico tono prepotente.

Controlé mis enormes ganas de clavarle la daga en el estómago y levanté la cesta que llevaba sujeta con ambas manos.

—Les traigo una ofrenda de paz, por las molestias causadas el otro día —dije y les mostré mi sonrisa más hipócrita. Incluso aleteé mis pestañas de forma seductora.

—Dirá mejor por la extorsión —respondió. «Controla tus impulsos, Olivia», me recordé a mí misma.

—No le haga caso, milady. Son ustedes muy amables por molestarse —se apresuró a decir el otro soldado. Dejó el mosquetón apoyado contra la pared y se acercó a nosotras. Levantó la tela de cubría la cesta y pegó la nariz al borde para aspirar el aroma que emanaba del interior.

—Permítanme que les sirva un trozo, señores. Es lo menos que puedo hacer por ustedes —me apresuré a decir.

—No hace falta, miladi. Puede dejarnos la cesta aquí y...

—Oh, tonterías, no es molestia. Ya se lo dije. Les estoy muy agradecida por lo que hicieron por mi sirvienta.

Con la canasta bien sujeta al brazo, entré sin preguntar ni pedir permiso. Mire en derredor en busca de un sitio donde extender el picnic, seguida de cerca por Catalina y siendo vigiladas ambas por los jóvenes soldados.

—Oh, sí. Esa pequeña mesa servirá —exclamé al ver al fondo una estructura algo roída, pero estable.

—Milady, este no es el mejor momento —intentó disuadirme el soldado amable.

—Es un buen momento, como otro cualquiera. ¿Acaso corremos peligro aquí dentro?

—No, por supuesto que no, pero...

—Pues, entonces, disfrutemos de la compañía unos de otros. —Dejé la cesta sobre la mesa y, con la ayuda de Catalina, sacamos toda la cubertería del interior, incluido el bizcocho.

Con el bollo troceado, lo serví en diversos platos que entregué a cada uno de ellos. Al instante, aparecieron tres soldados más, que se quedaron algo pasmados al principio, pero se unieron al festín enseguida.

Entre chascarrillos y tragos de ron, degustaron el manjar que nosotras íbamos sirviendo. Cuando nos quisimos dar cuenta, teníamos a un total de ocho soldados ingleses esparcidos por el suelo de la prisión.

—¿Cuánto láudano has puesto, Catalina? —pregunté incrédula al ver lo rápido que les había hecho efecto el sedante.

—Un poco más de lo que le suelo echar al señor, pero tal vez me haya excedido —respondió ella, que miraba pasmada los cuerpos ahí tirados.

Un estruendo nos sobresaltó a las dos. Quise decirle que no debía tener miedo, pero otro fuerte estallido impactó tan cerca de la prisión que todo el suelo a nuestros pies se estremeció.

Cañonazos, gritos y más cañonazos. Ya estaban aquí.

—Vamos, démonos prisa —la insté.

Ambas comenzamos a buscar las llaves de las celdas en los cinturones de los cuerpos inertes. Pesaban como condenados búfalos y nos costaba moverlos para poder rebuscar bien.

—Aquí, milad... Liv —exclamó Catalina.

Levanté la vista hacia ella y la vi alzando las llaves sobre su cabeza, sin dejar de sonreír victoriosa. Se incorporó del suelo, sacudió la tierra de la falda y dio un paso hacia mí para entregármelas.

En ese instante, uno de los soldados tumbados boca abajo en el suelo, la sujetó del tobillo y tiró de ella. Catalina gritó del susto e intentó librarse del agarre. A ese hombre no le había hecho efecto del todo nuestro sedante. No lo pensé, cogí uno de los mosquetes del suelo, me acerqué corriendo y lo golpeé en la base de la nuca con el arma. Cayó al instante.

—Espero no haberlo matado —resollé aún con la escopeta en las manos. Miré a Catalina, que me observaba con cierta admiración—. Venga, saquemos a nuestros hombres de esas mugrosas celdas —dije tras dejar caer al suelo el mosquete.

Con las llaves en una mano y a Catalina en la otra, corrimos por el largo pasillo de la prisión, mientras se escuchaban los cañonazos y el griterío de la gente en el exterior. Llegamos a la puerta que daba a las celdas de los sentenciados a morir en la horca y fui probando una a una hasta dar con la correcta.

Entramos de golpe y tanto James como Hiram nos miraron sorprendidos y a la vez emocionados porque eran conscientes de que la libertad estaba al alcance de nuestras manos. Abrí la puerta de la celda y, sin mucha demora, probé llave a llave la que abría los grilletes.

—¿Qué ocurre ahí afuera? —preguntó Hiram mientras intentaba abrir esas malditas cadenas.

—Necesitábamos una distracción —resoplé frustrada.

—¿Y no se te ocurrió otra forma más que destruir Port Royal? —bromeó él.

—Les advertí que no se ensañasen con la ciudad y espero que cumplan la promesa.

—Cariño, son piratas...

—Lo sé, estoy casada con uno. ¡Demonios! —maldije al no encontrar ninguna que abriese esos grilletes.

—Prueba con la que está colgada en esa columna —dijo Jamie.

Desvié la vista hacia la pareja abrazada y lo vi señalar con la mano. Seguí la dirección de su mano y vi una llave colgada de una argolla oxidada en una de las columnas de la entrada. Corrí a por ella, la tomé con efusividad y volví para probar suerte.

—¡Sí! —exclamé cuando escuché el maravilloso sonido de apertura del metal.

Le lancé la llave a Catalina para que ayudase a su prometido, mientras yo le quitaba las pesadas cadenas a Hiram. En cuanto cayeron al suelo, nos fundimos en un abrazo y en un apasionado beso.

—Pelirroja, no sabes cuánto te amo y las enormes ganas que tengo de hacerte el amor ahora mismo —ronroneó contra mi boca.

—Las mismas que yo tengo de ti, Irlandés —jadeé.

Escuchamos cadenas caer al suelo de golpe y nos giramos para ver a Jamie libre también.

—Salgamos de aquí, muchachos —dijo Hiram.

Me tomó de la mano y tiró de mí. Los cuatro recorrimos la distancia que separaba el recinto de las celdas con la salida en poco tiempo. De camino, pasamos por encima de los soldados aún tendidos en el suelo. Un sueño profundo que haría que se despertaran con un enorme dolor de cabeza.

—¿Esto también entraba dentro de tus planes? —bromeó Hiram al mirar esos hombres dormitar a pierna suelta.

—Improvisamos un poco —respondí divertida. Él se carcajeó.

Continuamos camino hasta llegar al exterior. Allí, siempre atentos a que no apareciesen soldados, pudimos observar el caos que envolvía la pequeña ciudad portuaria de Port Royal. Varias columnas de un humo negro y denso salían del suelo hacia el cielo. Esa imagen me impresionó bastante. Solo esperaba que no hubiese muchas víctimas inocentes o mi alma estaría condenada a arder en el infierno.

—Tranquila, iremos juntos —pronunció Hiram tras ver mi expresión de asombro.

—Sal de mi cabeza, pirata —me burlé de forma cariñosa.

—Eres muy fácil de leer, Liv. —Me tomó de la cintura, me atrajo hacia él y me besó. El estruendo de otro cañonazo hizo que nos alejáramos el uno del otro de forma súbita.

—Bueno, nuestros caminos se separan aquí. Catalina, ¿sabes a dónde tienes que ir? —dije

mirando a mi nueva amiga. Ella asintió—. Liam ha hablado con ellos y os ayudarán a huir de aquí. Tened cuidado de que no os reconozcan los soldados por el camino y... —Un nudo se aferró a mi garganta y, por unos segundos, no pude hablar—. Suerte, Catalina..., y James. Espero que encontréis un lugar donde empezar de nuevo —pronuncié finalmente.

Ella, con lágrimas en los ojos, se abrazó a mí.

—Siempre tendrás una amiga en mí, Liv. No sabes cuánto te agradezco lo que has hecho por mí, por nosotros —dijo entre sollozos.

—Seréis bien recibidos en Nassau, si queréis probar suerte allí —comentó Hiram.

—Gracias..., a los dos —contestó Jamie.

Ambos hombres se dieron un sonoro abrazo, nos despedimos y los vimos perderse entre la muchedumbre asustada que corría de un lado para otro por las calles.

—Bien, tú dirás, mujer temeraria —se burló Hiram entonces.

Le saqué la lengua y lo cogí de la mano para guiarlo hacia el punto de reunión con Liam. Rodeamos el edificio hasta llegar a los acantilados. Caminamos hasta el borde y oteé el horizonte en busca del bote.

—Vamos, Liam... ¿Dónde demonios estás? —maldije al aire.

—¿Pretendes que saltemos al vacío? —preguntó mi esposo, asombrado e intrigado y sin dejar de mirar hacia abajo.

—Si a Jack Sparrow le funcionó, a nosotros también.

—Definitivamente, estoy casado con una salvaje.

—No vi que tuvieses queja alguna la última noche que pasamos juntos —solté sin desviar la mirada del mar.

—Y no me quejo, solo matizo. —Unos disparos a nuestras espaldas y unos gritos, hicieron que Hiram se diese la vuelta para ver qué pasaba—. Esto..., cariño, creo que tenemos un pequeño problema —dijo.

—Mierda —bufé al girarme y ver a un grupo de soldados corriendo en nuestra dirección. Un silbido proveniente del agua llamó nuestra atención. Ahí estaba, la barca que Liam hacía avanzar a buen ritmo. Nuestra salvación.

—Mi amor, si no sobrevivimos a esto, recuérdame que te castigue en el más allá —dijo Hiram.

—Si no sobrevivimos, ambos arderemos en el infierno —contesté.

Él me tomó de la mano, le dio un suave apretón y confesó:

—Y será un placer arder contigo. —Sin demorarnos mucho más, y con las balas silbando a nuestras espaldas, saltamos al vacío.



El agua golpeó todo mi cuerpo hasta dejarlo hecho gelatina, o eso fue lo que pensé en cuanto choqué contra las frías aguas del mar del Caribe. Jamás en mi vida hubiera pensado que fuese tan doloroso caer al agua. Pensé en los saltadores olímpicos de mi tiempo y me pregunté cómo lo hacían para no acabar con todo el cuerpo lleno de moratones, porque si de algo estaba segura era de que me iban a salir más de uno.

Y lo peor de la caída no fue la dureza de las aguas haciendo papilla mis huesos, sino el verme hundida y envuelta por el oleaje y la tela de mi vestido cubriendo mi rostro. Me moví con angustia, intentando apartarlas para tomar impulso y salir a la superficie en busca de aire. Pero la suerte no estaba de mi lado, al parecer.

Las olas me empujaban hacia atrás, como si su deseo mayor fuese estamparme contra las rocas del acantilado. Moví las piernas para intentar contrarrestar la fuerza del mar, a la vez que seguía luchando con el maldito vestido.

Una mano firme se aferró a mi brazo y tiró de mí con fuerza hasta alcanzar la superficie. En cuanto mi cabeza estuvo fuera del agua, abrí la boca y respiré bien profundo. Llené mis pulmones y di gracias por el oxígeno que entró a raudales.

—Tranquila, te tengo —me dijo Hiram.

Rodeó mi cintura con un brazo y con el otro empezó a nadar para sacarnos a ambos de la corriente que acabaría estampándonos contra las rocas. Con bastante esfuerzo, tiró de mi cuerpo hasta que los dos estuvimos a salvo y lejos del acantilado. Aún así, no me soltó.

El estruendo del oleaje hacía de barrera contra los gritos desde las alturas y los disparos, que apenas lograban llegar a la distancia a la que nos encontrábamos. Sí escuchamos los cañonazos a lo lejos, pero el sonido fue como un eco que rebotaba por todas partes.

Llegamos a la barca exhaustos. Hiram más que yo, sobre todo por el peso de mi vestido. Liam fue quien me ayudó a subir primero y luego tendió el brazo hacia su hermano. De un solo tirón, arrastró el pesado cuerpo del pirata al interior del bote y comenzó a remar en cuanto se aseguró de que ambos estábamos bien.

—No me mires así, fue todo idea de tu esposa —dijo Liam, al ver cómo lo miraba su hermano.

—¿Dónde está Bellamy? —pregunté entre castañeteo y castañeteo de dientes.

—Divirtiéndose con Teach y Hornigold —respondió, mientras remaba con fuerza para sacarnos de allí.

—¿Es que habéis traído a toda la maldita flota de Nassau? —comentó Hiram, asombrado.

—Yo no, ella solita los reunió a todos y trazó el plan. Por eso se ganó su apodo: Corazón de fuego —le explicó.

Hiram me miró. Estaba sentada entre sus piernas, rodeada por sus fuertes brazos. Sonreí y me encogí de hombros, sin dejar de tiritar. Él me apartó el cabello mojado de la cara, acarició mis mejillas y me besó.

—Sí, todo un corazón de fuego —dijo sin dejar de acariciarme el mentón y de mirarme con suma adoración. Me abrazó con fuerza y dirigió sus ojos hacia Liam—. ¿Te ayudó a remar, hermano? —le preguntó.

—Tranquilo, tú arrópala. Llegaremos enseguida al barco.

—¿Al Marianne? —pregunté yo. Liam tan solo asintió y siguió remando con la vista puesta en el horizonte.

No tardamos mucho en llegar hasta la balandra de Williams. En cuanto el bote golpeó contra el casco del barco, una escalerilla cayó sobre nuestras cabezas, seguida de unos cabos que Liam anudó a los extremos de la barca.

Me indicaron que subiese yo primero, por lo que me sujeté bien a las cuerdas y fui colocando un pie detrás de otro en los peldaños de madera. Hiram iba detrás de mí, mientras Liam sujetaba la escalerilla para que no se zarandease mucho con el peso de nuestros cuerpos.

Una mano me esperaba al final de la ascensión y me aferré a ella con fuerza. Tiró de mí y me vi volar hacia los brazos de Williams, que enseguida me depositó sobre el suelo de cubierta.

Instantes después, Hiram saltaba al interior del navío. Sin pensarlo, me abracé a él con fuerza, seguía sin creermelo que en verdad lo hubiésemos logrado y al fin lo tuviese conmigo de nuevo. El barco estalló en vítores, silbidos y aplausos a nuestro alrededor.

—Vaya, nunca me habían recibido con tanta efusividad. Gracias, chicos, eso anima mucho a mi malogrado ego —bromeó Liam, que saltó al otro lado de la baranda de madera justo en el momento de los aplausos.

Hiram se movió lo justo para estirar el brazo e incluir a su hermano en nuestra reunión familiar.

—Estás a salvo, hermano. Lo logramos —exhaló Liam, como si por fin hubiese descansado de un largo viaje y, en parte, así era.

—Os debo mi vida a los dos —respondió él. Mis ojos se llenaron de lágrimas y se mezclaron con el agua salada que aún recorría mi rostro—. A todos os debo mi vida. Nunca me hubiese esperado un despliegue así para venir en mi auxilio —les dijo Hiram, mirando a la tripulación del Marianne que nos rodeaba.

—Cualquiera le decía que no a tu mujer —bromeó Williams y todos estallaron en carcajadas.

Las risas nos envolvieron a los tres. Liam se separó de nosotros y se mezcló entre la tripulación, que lo recibieron con palmadas en los hombros y efusivos saludos.

—Estás tiritando, Liv —dijo Hiram, que me cubría por completo con su enorme envergadura. Su cuerpo emanaba calor, pero no el suficiente como para calentarme y la ropa empapada tampoco ayudaba mucho.

—Chicos, tenéis un camarote a vuestra disposición con ropa seca —comentó Williams, que se acercó a nosotros y posó una mano sobre el hombro de Hiram. Lo miré extrañada y él me sonrió—. A mí no me mires, fue cosa de Liam. Dijo que ibais a necesitar cambiaros de ropa y me hizo meter un par de sacos con vuestras prendas —dijo a la vez que se encogía de hombros.

Esa explicación me dejó sin palabras. Me moví entre los brazos de Hiram y me solté para ir en busca de mi cuñado. Tiré de él y lo rodeé. Liam hizo lo mismo y yo le susurré al oído:

—Gracias..., por todo. Sin ti no habría podido lograrlo.

—Lo mismo te digo, preciosa —respondió con ternura—. Ve con tu hombre, vamos. Tenéis que recuperar el tiempo perdido —dijo.

Me separé de él, lo miré y sonreí. Hiram ya estaba de camino a buscarme cuando me giré. Me tomó de la mano y me llevó hasta el camarote que Williams nos había preparado. Allí, tal y como dijo el capitán del Marianne, había dos sacos con ropa para los dos.

Mientras me desanudaba los cordones del corpiño, observé que era un camarote amplio, con una cama lo suficientemente grande como para que dos personas durmiesen en ella. Había una mesa colocada contra una de las paredes, sobre la que estaban los sacos de ropa abiertos.

Hiram, que ya estaba más acostumbrado que yo a quitarse la ropa mojada, ya se había quitado todo menos los pantalones. Yo, en cambio, sufría serios problemas para gestionar mis movimientos con los cordones y mis tiritonas.

—Trae, deja que te ayude —dijo al verme en apuros.

Ni me molesté en negarme, tenía los dedos entumecidos. Más bien, todo mi cuerpo parecía un trozo de cartón enorme. Dejé que él, con sus hábiles manos, me fuese desvistiendo poco a poco. Pronto acabé desnuda ante sus ojos, que recorrieron mi cuerpo con un deseo más que visible.

Cuando clavó en mí sus ojos, me mordí el labio inferior porque yo ya estaba más que lista para él. Como dos salvajes, nos lanzamos la una a los brazos del otro y nos besamos con fervor.

Sus manos sobre mi piel quemaban, allá donde me acariciaba notaba cómo ardía mi piel. Lo necesitaba, lo deseaba y no podía esperar más para tenerlo dentro de mí otra vez. Hiram supo lo que necesitaba, me tomó de las nalgas y me colocó sobre su cintura, la cual yo rodeé con mis piernas.

Sin dejar de besarnos, de enredar nuestras lenguas, caminó conmigo bien sujeta hasta dejarme sentada en el borde de la mesa.

Dejó mi boca vacía de sus besos para pasar a saborear mi piel salada. Acarició mi cuello con su lengua, mientras masajeaba mis pechos con las manos. Arquee mi cuerpo hacia atrás y liberé un

gemido cuando tomó uno de mis pezones con los dientes.

—Si supieras la de noches que soñé contigo, con tenerte desnuda ante mí —ronroneó contra mi pecho.

Revolví su pelo con una mano y jadeé:

—Las mismas que yo contigo, pirata. Quítate esos pantalones de una vez y entra en mí o voy a explotar.

Gruñó contra el pezón y apretó ligeramente los dientes hasta provocarme un placentero dolor que hizo que gimiera más alto. Lo escuché maniobrar con su ropa y, sin previo aviso, me penetró con fuerza.

Ambos gemimos.

Hiram llevó las manos hasta mis caderas y apretó con suavidad mientras dejaba que mi cuerpo se acostumbrase a la invasión. Yo rodeé su cuello con mis brazos y me apoderé de su boca. Empezó a moverse, entonces, al ritmo en que nuestras lenguas danzaban y se enredaban.

Jadeante, empujó con más fuerza, haciendo que la mesa golpease con fuerza contra la madera de la pared. No teníamos pensado ser discretos, no después de llevar tanto tiempo lejos el uno del otro. Nos necesitábamos.

—Oh, Dios, Hiram... Sigue, no pares —exclamé en cuanto noté que el orgasmo me invadía.

—No tenía pensado parar —respondió él, que aceleró más el ritmo de sus acometidas.

Me llenaba cada vez que me penetraba, notaba cómo rozaba todo mi interior con su miembro, grande, duro..., perfecto.

Clavó los dedos en la carne de mis caderas y aceleró más y más y más. Estiré mi cuello hacia atrás y grité cuando el orgasmo se apoderó de mí por completo. Mi cuerpo tembló, y no solo por la fuerza con la que me penetraba.

—Oh, joder, Liv... Sí... —exhaló él al dejarse ir.

Noté el calor en mi interior y cómo me llenaba mientras se vaciaba por completo en mí. Exhausto, apoyó la cabeza sobre mi hombro. Lo abracé, besé su mejilla y me reí. Él levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—¿Ahora te da la risa cuando culminas? —preguntó, divertido, a la vez que acariciaba el perfil de mi mandíbula.

—Me río porque soy feliz —respondí. Lo besé y él respondió a mi beso dejándome saborear de nuevo su lengua.

—Yo también soy feliz, porque tú me haces el hombre más feliz del mundo, pelirroja. Mi vida ya no tiene sentido sin ti, Olivia Burke. Te amo y no veo la hora de formar una familia contigo. —Las lágrimas asomaron en mis ojos, lágrimas de auténtica felicidad.

Hiram besó el agua de mis ojos y luego cubrió mi boca con la suya para darme el beso más maravilloso que jamás me hubieran dado. Aún unidos por nuestros cuerpos, nos besamos y nos

acariciamos con pasión, tanta que enseguida noté cómo su miembro se volvía a endurecer.

Hicimos el amor de nuevo y ya no salimos más del camarote.



U nas suaves caricias, acompañadas de húmedos besos por mi cuerpo, me sacaron de mi mundo de ensueños..., o tal vez seguía en él.

Pegado a mi espalda, Hiram paseaba una mano por mi vientre e iba camino del tesoro escondido entre mis piernas. Con los labios, acariciaba la piel de mi cuello y mi hombro. Noté cómo su barba raspaba la zona donde depositaba los besos y mi cuerpo se estremecía por ese contacto.

Me retorcí entre sus brazos, al mismo tiempo en que él pegaba aún más su cuerpo al mío. Su calor me envolvió y los jadeos contra mi oído me marearon. Lo sentí hurgar con el dedo en mi sexo, hasta encontrar el preciado botón que desataba todo el caos.

Gemí y me arqueé, mientras él frotaba mi clitoris con el dedo, dibujando sensuales círculos. Profundizó más y lo introdujo en mi interior, al mismo tiempo que me daba pequeños mordiscos en la base del cuello. Eso me volvió loca.

Llevé una mano hacia atrás y sujeté su cabeza con fuerza, sin dejar de frotarme contra su mano y jadear.

—Eso es, mi amor, dámelo todo —ronroneó en mi oído. Esa voz tan melosa, tan masculina y cargada de excitación me hacía perder la cordura.

—Hiram —jadeé. Las convulsiones pronto llegaron y me estremecí en su abrazo mientras hundía su dedo más en mí. Gemí, o tal vez grité, pero me sentí desfallecer.

Mi cuerpo se quedó laxo. Él tomó mi pierna y la levantó hasta dejarla colocada sobre su brazo. Desde atrás, me penetró y todo volvió a revivir en mí. Sentí una descarga eléctrica recorrer mi cuerpo.

—Me encanta esta postura, cariño —murmuró al mismo tiempo que se movía dentro de mí.

—Dios, y a mí —resollé, aferrando el borde de la almohada con una mano y la otra acariciando su cabeza.

—Te deseo, Liv, te deseo todo el tiempo, en todo momento —jadeó con cada embestida.

Yo ya no podía hablar más, no lograba articular nada que no fuesen sonoros gemidos. Hiram entraba y salía con fuerza, agitando todo mi cuerpo y llevándome hasta el séptimo cielo. Cada roce de su miembro en mi interior me producía una infinidad de descargas que me retorcían por completo.

Un nuevo orgasmo, pero más intenso, me invadió de nuevo. Si eso era un sueño, tenía claro que no quería despertar nunca.

Hiram no tardó mucho en llegar al clímax y se derramó en mi interior, acompañado de un gutural quejido. Depositó un suave beso en mi hombro, salió con cuidado y bajó mi pierna a su posición original. Nuestras respiraciones seguían aceleradas y los corazones latían con fuerza, pero me sentía plena y feliz.

Rodeó mi cintura con un brazo y me atrajo hacia él.

—Buenos días, esposa —murmuró tras darme un beso en la mejilla.

—Buenos días, esposo. —Me giré en la cama para poder mirarlo y dejar que me besara. Y eso hizo.

—¿Has dormido bien?

—Los momentos en los que no me hacías el amor, sí —contesté con picardía, y me mordí el labio porque sabía lo que ese gesto le provocaba.

—¿Tienes alguna queja? —No me dejó responder, ya que su boca tapó la mía de golpe. Al instante, nuestras lenguas estaban danzando en el interior de nuestras bocas—. Dios, no sé qué deseo más, si tu boca o el resto de tu cuerpo —ronroneó tras cesar en el beso y apoyar su frente contra la mía.

Sonreí y metí mis manos entre la cortina de cabellos rubios que caían sobre ambos como una cascada dorada.

—Por suerte para los dos, ambas cosas se pueden disfrutar al mismo tiempo. —Él se rio de tal forma que todo en mi ser vibró.

—Te amo, pelirroja.

—Te amo, Irlandés.

Tiempo más tarde, abandonamos el camarote para reunirnos con el resto de la tripulación en cubierta. El mar estaba algo agitado, ya que acabé entre los brazos de Hiram en varias sacudidas.

—Si quieres que volvamos de nuevo a...

—Cállate, Irlandés —le recriminé tras darle un codazo.

Se carcajeó, me aprisionó contra la pared y me besó con tanta fuerza que creía que me iba a arrancar los labios. Mordió y tiró con delicadeza. Gemí y noté cómo mi cuerpo volvía a despertar.

—¿Estás segura de que no quieres regresar? —ronroneó.

—Segura —jadeé, pero era mentira. Lo único que deseaba más que nada era tenerlo dentro de mí otra vez. Y él lo sabía porque esbozó esa pícara sonrisa suya y me dio un fugaz beso.

Me cogió de la mano y dijo:

—Vamos, corazón de fuego.

—No me llames así, por favor —protesté.

—¿Por qué? Es tu nombre pirata —bromeó. Respondí con un gruñido que hizo que él estallase

en risas. Me encantaba escucharlo reír de nuevo, mi corazón saltaba de emoción cada vez que lo hacía.

Seguimos camino hasta salir a cubierta, donde encontramos a varios hombres haciendo labores de ajustes de los cabos atados a los mástiles. Busqué con la mirada a Liam y lo vi en el timón con Williams. Se pasaban el catalejo y conversaban entre risas. Hacia allí nos dirigimos los dos.

—Vaya, sus majestades nos honran con su visita —bromeó mi cuñado.

—Hola a ti también —saludé.

—Espero que hayáis dormido bien, aunque con tanto gemido...

—¡Liam! —exclamé y le lancé una patada a la espinilla, pero él fue más hábil y retiró rápido la pierna.

—¿Alguna vez vais a dejar de agrediros? —protestó Hiram.

—No —contestamos los dos al mismo tiempo.

William, que nos observaba con suma atención, estalló en carcajadas.

—Lo raro es que no se hayan matado durante todo este tiempo —dijo y fue Hiram quien acabó riendo con él y Liam. Yo me crucé de brazos y los miré a los tres con mi peor cara de enfado.

—Me gusta cuando te enfadas porque arrugas la nariz de una forma muy divertida —comentó Hiram. Le saqué la lengua y los tres volvieron a reír.

—Bueno, cuando sus señorías acaben de carcajearse de mí, ¿alguno podría decirme hacia dónde nos dirigimos? —pregunté y coloqué mis manos sobre mis caderas.

—Nuestro siguiente destino es Tortuga. Allí repondremos fuerzas para retomar rumbo a casa. — Fue Williams quien me dio la explicación, pero yo solo podía pensar en esa última palabra, *casa*. No veía la hora de regresar a nuestro hogar y empezar, por fin, nuestra vida y nuestra propia familia.

—¿Sabemos si están todos bien? —quise saber, aunque por quien más me preocupaba era por Bellamy y el resto de la tripulación. Mis amigos, mi familia ya.

—Compruébalo tú misma —dijo Liam. Me hizo entrega del catalejo y señaló hacia donde tenía que apuntar.

Me lo coloqué en el ojo derecho y cerré el otro mientras él me hacía girar con cuidado. Lo vi al instante, la figura de tres barcos a lo lejos. Tres enormes buques que impresionaban con solo mirarlos: La Sultana, El Ranger y El Queen Anne's Revenge. Los tres con todas las velas desplegadas y sorteando el agitado mar, como si cabalgaran sobre la ondas que el agua iba formando a su paso. Tres guerreros del mar.

Mi corazón dio un vuelco en el pecho y mis ojos se encharcaron. Sonreí agradecida, aunque era pronto para saber si había habido alguna baja entre ellos. Aún así, estaban ahí, escoltándonos hacia nuestro destino.

Le devolví el catalejo a Liam, que me miró y levantó las cejas sorprendido al ver mi cara.

—Últimamente lloras mucho —se burló él.

—Lo haría mucho menos si los hermanos Burke dejaran de darme disgustos —respondí.

—¡Oye! —protestaron los dos. Les guiñé un ojo a modo de burla.

—No sé cuál será la excusa de este para hacerte llorar, pero a mí me tendieron una emboscada —dijo Hiram.

—Yo no hago nada. Tal vez le recuerdo demasiado a ti y por eso llora —contestó Liam.

Resoplé y miré al cielo, soltando una plegaria de auxilio que hizo que Williams se doblase de la risa.

* * * *

Llegamos a Tortuga justo cuando se levantaba una tormenta tropical, algo que agradecí porque mi única experiencia lidiando con algo así fue bastante traumática y no quería repetirla por nada del mundo. Salvo porque fue la primera vez que Hiram y yo nos besamos, eso fue lo único bueno de la experiencia.

Como la balandra era más rápida, nosotros fuimos los primeros en pisar tierra firme. Con los cabos que sujetaban el barco al puerto bien amarrados, emprendimos camino hacia el complejo donde todos los marineros se reunían. Como siempre, los hombres fueron agasajados e incitados por el séquito de prostitutas asiduas a la isla.

Fuimos directos a la taberna, ya que los hombres estaban sedientos. Yo estaba hambrienta, la verdad. Tanta actividad y la escasa y mala comida del barco hacían que mi estómago protestase cada poco.

Nos repartimos por las mesas y la bebida pronto empezó a rondar de unos a otros. Nosotros tres nos sentamos en una mesa algo alejada del resto para estar más tranquilos mientras esperábamos por Bellamy y el resto.

—Mmm, los hermanos Burke de nuevo por estas playas —ronroneó una mujer parada delante de nuestra mesa.

Levanté la vista y observé que se trataba de una prostituta, ya que iba bastante ligera de ropa. Digamos que tenía tapado lo justo. Era una mujer ancha de caderas, cintura estrecha y dos buenas tetas que estaban a punto de reventar la tela de la camisa que llevaba puesta. Su cabello, negro como la noche, caía de forma grácil sobre los hombros y sus ojos eran de un color ambarino que parecían más bien los de una leona. La vi relamerse mientras paseaba su mirada de un hermano a otro.

Estiré una mano hasta posarla sobre la de Hiram y entrelacé mis dedos con los suyos, sin desviar mis ojos de ella. Esboqué la sonrisa más falsa de mi vida y le miré con dureza.

—Jazmine, yo que tú me iría a buscar calor a otra mesa, si quieres mantener intactos los dos pies —expresó Liam.

—Vaya, una mujer posesiva. Espero que seas capaz de saciarlos a los dos, hermosa —dijo ofendida y se fue.

—Podías habértela quedado tú, hermano —comentó Hiram, entonces. Pasó un brazo por mi

espalda y me atrajo hacia él hasta acabar sentada en su regazo.

—Ahora mismo no tengo ganas. Luego la buscaré —contestó él. Cogió una jarra de cerveza y le dio un buen trago.

Me pregunté qué estaría pasando por su cabeza en esos momentos y quise saber si estaba bien, pero la taberna estalló en vítores y aplausos. Nos giramos y vimos aparecer a Bellamy, seguido de Hornigold, Teach y el resto de la tripulación.

Enseguida se formó un enorme revuelo de hombres abrazándose unos a otros y dándose sonoras palmadas en la espalda. No faltaron los chascarrillos y alguna que otra mujer revoloteando alrededor de los piratas más apuestos.

—Bueno, la misión ha salido bien, capitana —pronunció Bellamy en cuanto llegó a nuestro encuentro.

Hiram y él se fundieron en un fuerte abrazo. Pude ver la admiración que sentían el uno por el otro, eran buenos amigos. En cuanto se separaron, fui yo quien ocupó el lugar de mi esposo entre los brazos de Samuel.

—Me alegra ver que estás bien —dije con sinceridad.

—¿Estabas preocupada por mí? —preguntó con esa burlona sonrisa suya.

—Claro que lo estaba, por todos —protesté entre risas.

—Veo que vosotros dos habéis hecho las paces —dijo Hiram a nuestro lado.

—Te has perdido muchas cosas, hermano —contestó Liam.

De pronto, mis pies se despegaron del suelo y me vi suspendida en el aire. Solté un grito de sorpresa, pero enseguida supe quién era el culpable. Teach me tenía sujeta por la cintura y me agitaba como si fuese un saco de heno.

—Eres una mujer excepcional, Corazón de fuego. Gracias por incluirnos en esta aventura, ha sido de lo más satisfactoria —expresó el pirata.

—Vale, pero devuélveme al suelo —protesté algo mareada.

Obedeció sin reparos. En cuanto me hubo dejado en tierra firme, estrechó un brazo con Hiram y dijo:

—Irlandés, tienes a una gran mujer contigo. No sé cómo has hecho para obtener a alguien así, pero ya me estás contando tu secreto.

—Bueno, digamos que ha sido cosa del destino —contestó él, fijando su mirada azul en mí. Sentí que me sonrojaba por esa forma en la que me observaba y agaché la cabeza.

—Tampoco es que te diese mucha opción a negarte a venir, Teach —se burló Liam a mi espalda.

—Eso es cierto. ¿Te han dicho ya que esta jovencita tuvo la osadía de enfrentarse a mí? —dijo Barbanegra.

—Suele ser bastante rebelde, sí —afirmó Hiram.

—Doy fe de ello —intervino Bellamy.

—Yo también... ¡Ay! —exclamó Liam tras darle un codazo en el estómago—. A Bellamy no le has pegado —protestó.

—Él es mi *capitán* —respondí divertida y todos acabamos riendo.

—Bueno, comamos y bebamos para celebrar que hemos logrado liberar a un gran hombre de la horca —sentenció Bellamy. Cogió una silla y la colocó junto a las nuestras.

—Si me disculpáis —dijo Hiram. Se alejó de nosotros y se fue directo a un grupo de hombres que reían y hacían gestos un tanto obscenos.

Lo observé saludar uno a uno. Hornigold estaba entre esos hombres, que lo miraba como un padre mira a un hijo. Hiram se giró hacia él. No se dijeron nada, tan solo sonrieron y se fundieron en un fraternal abrazo. Eso me conmovió.

—Sivas a llorar, déjame que avise a mi hermano para que te bese, preciosa. A no ser que quieras que sea yo quien lo haga —bromeó Liam a mi lado.

—Te juro que acabas con mi paciencia, Liam Burke —solté tras un sonoro suspiro.

—¿Aún llevas el puñal que te regalé? —preguntó Bellamy.

—No hace falta que la animes, ¿sabes? Estoy seguro de que ella solita lo ha pensado ya —protestó Liam.

—Y estás a un grano de arena de que te haga una equis en ese bonito trasero tuyo —dije con sorna.

—Vaya, vaya... —Se cruzó de brazos y esbozó una pícara sonrisa—. Así que piensas que tengo un trasero bonito.

—Señor, dame paciencia —exclamé poniendo los ojos en blanco.

Liam me lanzó un beso y la mesa entera estalló en sonoras carcajadas. Desistí de empezar una guerra dialéctica con él, era imposible y solo servía para alimentar más su ego. Me senté en mi sitio y mantuve una divertida conversación con todos, mientras esperaba el regreso de mi esposo.

Al caer la noche, Hiram y yo decidimos que ya era momento de retirarnos a nuestro camarote en el barco, así que nos levantamos de la mesa para despedirnos de todos.

—Tenéis una habitación reservada en el hostel —se adelantó Bellamy a nosotros.

—Querrás decir en el prostíbulo —apostillé. Él me sonrió y asintió—. ¿Por qué...?

—Tomároslo como un regalo por haber salido todo tan bien —contestó antes de que yo formulase la pregunta—. Es la misma estancia en la que te alojaste tú, Liv. —Me puse roja al instante al recordar el tipo de habitación que era.

—Vaya, vaya —farfulló Liam, sentado a la mesa y mirándonos de forma divertida.

—Cariño, ¿has dormido con prostitutas? —bromeó Hiram, abrazado a mi cintura.

—En realidad —empezó a decir Liam—, no durmí...

—Me sé el camino, vámonos —sentencié y cogí a Hiram de la mano para sacarlo de allí antes de que alguien dijese algo inapropiado sobre aquella noche.

—¡Que lo paséis bien! —exclamó Liam a nuestras espaldas.

Cerré los ojos y resoplé.

—Un día de estos, lo mato. Lo juro —maldije mientras tiraba del brazo de Hiram.

—¿Hay algo que me quieras contar? —me preguntó él.

—Más tarde —dije.

Apuré el paso, siempre con él tras de mí y bien sujeto a mi mano. Salimos de la taberna y giramos a la derecha, en dirección al edificio medio derruido dentro del antiguo fuerte. El hostel-puticlub estaba ubicado justo enfrente.

No tardamos mucho en llegar. La dueña del negocio me reconoció enseguida y me saludó con una leve caída de ojos. Le pedí si podían subirnos una tina con agua caliente para darnos un baño y esta asintió.

Hiram observaba mi forma de interactuar con la gente sin dejar de sonreír. Hice caso omiso a su expresión divertida y tiré de él escaleras arriba. Por el camino, nos cruzamos con varias parejas desatando ya sus pasiones en el corredor de madera que daba a las habitaciones.

Encontré la que había sido mi estancia hacía apenas una semana y abrí la puerta a toda prisa. Entré y cerré en cuanto Hiram cruzó el umbral. Se quedó parado y miró todo a su alrededor.

Al igual que la otra vez, los golpes del cabecero y los gritos de placer de la habitación de al lado resonaron con fuerza. Era como si estuviesen metidos en el armario, follando como dos salvajes. Hiram me miró de soslayo y pude ver una pícara sonrisa asomar en su rostro.

—Por favor, no digas nada. Nada de esto fue idea mía —dije con resignación.

—No te juzgo, solo me divierte el pensar en lo que debió de pasar por tu cabeza durmiendo con tal acompañamiento musical —contestó divertido.

Más gemidos, golpes y una voz femenina suplicando más al otro lado de la pared. Cerré los ojos y suspiré para calmarme. Hiram me cogió de la mano, tiró de ella hasta tenerme entre sus brazos. Posó las manos en mis caderas y me tomó del mentón para obligarme a mirarlo.

—Liv, ¿qué ocurre? —preguntó sin dejar de acariciar mi barbillas.

¡Dios! ¿Cómo se lo iba a contar, sin que sonase algo malo o...? Respiré profundo y busqué las fuerzas en mi interior para confesarle algo que podría hacer tambalear los cimientos de nuestra relación.

—Dormí con Liam —solté sin más y enseguida me di cuenta de que sonaba fatal tal y como lo había dicho.

Él se tensó y dio unos pasos hacia atrás, lejos de mí. Sentí un frío repentino recorrer mi cuerpo y estiré la mano apresurada para sujetarlo de la muñeca.

—Solo dormimos... Yo... Dios, ha sonado fatal... Él y yo no...

—¿Os habéis acostado? —me cortó, serio.

—¿Qué? Por dios santo, pues claro que no —exclamé.

—Entonces, ¿por qué parece que me estás confesando una infidelidad?

—Joder, porque se me han hecho bola las palabras en la boca —contesté. Ordené rápido todo en mi cabeza y volví a intentarlo—. Yo no quería quedarme sola en este lugar, te echaba mucho de menos y tenía miedo a que algún depravado entrase a la fuerza mientras dormía. Le pedí que se quedase y pasó la noche aquí, conmigo. Pero no hicimos nada, salvo hablar —le expliqué.

—¿De qué? —quiso saber.

—De ti... Liam y yo... estuvimos muy mal, Hiram. Cuando nos enteramos de tu... de que te iban a ahorcar, el mundo se derrumbó bajo nuestros pies y nos apoyamos el uno en el otro. Necesitaba que me abrazases y me dijese que todo iba a salir bien, pero tú no estabas y él ocupó ese hueco.

—¿Debo preocuparme por mi hermano, entonces?

—No. Joder, claro que no. Es solo que... sin él jamás hubiese logrado orquestar todo esto para liberarte, Hiram. Fue un gran apoyo, una grandísima ayuda. Me hubiese derrumbado infinidad de veces, si no llega a ser por él. Tal vez por eso... él y yo...

—Liv, dilo ya. Me está matando esta incertidumbre. Suéltalo ya —me instó, pero seguía sin acercarse a mí y eso me estaba rompiendo por dentro.

Cerré los ojos, llené los pulmones y confesé:

—Nos besamos. —Dos palabras que pesaron mucho al decirlas. Abrí los ojos de nuevo y lo encontré mirándome serio, distante.

—¿Aquí, en la cama? —preguntó, finalmente.

—No, en el barco de camino a Port Royal. —Y se soltó de mi mano.

Me dio la espalda y avanzó unos pasos hasta la ventana. Lo vi suspirar y revolverse el cabello. Apoyó ambas manos contra el marco blanco y bajó la cabeza. Su silencio me estaba matando y solo quería correr para abrazarme a él.

—¿Qué sentiste al besarlo? —preguntó sin mirarme.

—Que te besaba a ti. —Levantó la cabeza, se giró y me miró. Mis ojos comenzaban a encharcarse, pero tomé aire y continué: —. Los dos estábamos confusos, demasiada tensión pensando en que no llegaríamos a tiempo y de que te perderíamos para siempre. Yo no besé a tu hermano, te besé a ti, te veía a ti... hasta que me di cuenta de que no eras tú y me alejé de él.

—¿Qué hizo él?

—Liam se sorprendió tanto como yo de lo que había pasado. Tardó en volver a mirarme a los ojos, estaba avergonzado y me pidió perdón mil veces. Hiram, yo...

—¿Sientes algo por él? —me cortó.

—Te he dicho que no, que estábamos los dos confusos por toda la tensión de la misión. Por favor, Hiram, yo te amo a ti. Perdóname... —Alguien llamó a la puerta y cortó la conversación.

Él pasó por mi lado como si fuese un mueble más de la habitación y quise morir. Abrió y al otro

lado estaban varias chicas cargando con una tina de madera y varios cubos con agua humeante. Las invitó a entrar y el séquito de sirvientas entró para prepararlo todo.

Yo permanecí quieta, en la misma posición y sin poder articular palabra alguna. Tan solo las observaba a ellas porque si lo miraba a él y veía esos ojos observarme con frialdad, me derrumbaría por completo.

Una de las chicas colocó una serie de toallas alrededor de la bañera y las demás comenzaron a verter el agua en su interior. Fue entonces cuando sentí la mano de Hiram acariciar la mía hasta enredar sus dedos con los míos. Me rompí en mil pedazos.

Giré de golpe mi cuerpo hacia él y me abracé con fuerza. Me rodeó sin pensarlo y acarició mi cabello, mientras susurraba palabras bonitas para calmarme porque yo comencé a llorar de forma desconsolada.

Cuando las muchachas terminaron de llenar toda la bañera, Hiram les dio las gracias y las despidió con educación. Una vez solos, me separó de él y con un dedo levantó mi cabeza y dijo:

—Será mejor que nos demos un baño y hablemos con calma.



El agua estaba caliente cuando Hiram sumergió mi cuerpo con suma delicadeza. Me había quitado la ropa despacio, saboreando cada movimiento y provocando que mi corazón casi explotase en varias ocasiones. Quise besarlo, pero él me lo impidió. Estaba claro que me quería castigar negándome el contacto de su boca.

Cogió una pastilla de jabón con aroma a frutos que las chicas habían dejado junto a la bañera y la paseó por toda mi piel. De forma lenta y sensual, acarició cada rincón de mi cuerpo a la vez que me echaba agua con la otra mano.

Iba a explotar porque esa forma de tocarme era diferente y me mataba más que no me permitiese tocarle de ninguna forma.

No hablamos, tan solo lavó bien mi cuerpo.

Sabía que se estaba conteniendo porque vi cómo apretaba la mandíbula cada vez que yo respiraba de forma efusiva y mis pechos asomaban por encima del agua. Me limité a observarlo y a dejarlo hacer, a pesar de que lo que más deseaba era que se metiese ahí conmigo para subirme a él y hacer el amor.

—Hiram —jadeé en el momento en que paseó la mano por la cara interna de mis muslos.

—Ssshhh —me ordenó sin más.

Acarició los labios de mi sexo de forma leve, fugaz más bien. Lo justo para que yo soltase un gemido y mi cuerpo temblase. Retiró la mano y pasó a lavarme el pelo.

Resoplé, frustrada, y lo escuché reírse. Estaba claro que me estaba castigando.

Se tomó su tiempo para limpiar bien cada mechón de mi cabello y me dio uno de los mejores masajes en la cabeza que jamás me hayan dado. Gemí de placer otra vez, pero no por excitación. Lo escuché gruñir y eso me sacó una sonrisa. No era yo la única que lo estaba pasando mal. Bien.

Una vez que se aseguró de que tanto cabello como cuerpo estuviesen bien aseados, me tomó en brazos y me sacó de la bañera. Me alzó con tanta fuerza que solté un pequeño grito de sorpresa.

Caminó conmigo hasta la cama y me sentó en el borde. Lo observé quitarse las botas y la camisa, todo un espectáculo para mis ojos. Un cuerpo escultural digno de ser adorado y devorado.

Los músculos de los brazos se le tensaban con cada movimiento. Admiré cada centímetro perfectamente marcado y coloreado por el sol del Caribe. Terminó de quitarse la ropa y clavó en mí

esos dos océanos que se oscurecieron en cuanto hicieron contacto con los míos.

Sus pectorales se movieron y los músculos del vientre llamaron mi atención. Era todo para mí.

Hiram se acercó con movimientos felinos y plantó las manos a ambos lados de mi cuerpo. Bajó la cabeza hacia mi boca, pero tan solo deslizó la punta de su lengua sobre mis labios. Quise atraparlo, pero se alejó. Me quejé y él se rio.

—Súbete a la cama, de pie —ronroneó en mi oído antes de depositar un ardiente beso en la base de mi cuello.

Mi razonamiento no funcionaba de ninguna manera, tan solo obedecí. Cuando me giré para incorporarme sobre el colchón, me dio un ligero cachete en el trasero. Otra queja, otra risa.

Él también se puso de pie y me llevó hasta el borde del dosel. Lo miré intrigada, intentando saber qué pretendía, hasta que cogió una de mis manos y la levantó sobre mi cabeza. Entonces, lo entendí.

No recordaba las correas que había atadas al techo de la cama.

Con cuidado de no apretar mucho la soga y lastimarme, cerró la cuerda alrededor de mi muñeca. Hizo lo mismo con la otra y mi excitación fue máxima. Respiraba tan deprisa que mi pecho se elevaba con fuerza.

Una vez inmovilizada, se apoderó de mi boca y me besó con furia. Sentí su lengua entrar con fuerza y enredarse con la mía. Un beso lleno de rabia.

Sus manos acariciaban mi espalda humedecida por el agua que caía de mi cabello y mi cuerpo ardía con el roce. Quise subirme a su cintura, pero él enroscó mi melena en su mano y tiró de ella hacia atrás, dejando expuesto el cuello para él.

Lo besó, lo mordió y murmuró:

—Sujétate bien.

No pude evitar reírme al comprender que esta experiencia iba a ser dura, muy dura. Castigo o no, no quería que acabase nunca.

Descendió por mi cuerpo, depositando suaves besos y deteniéndose en mis pechos, lo justo para saborear y jugar con los pezones. Cerré los ojos y gemí por todas sus caricias y besos.

Abrí los ojos cuando se arrodilló y colocó mis piernas sobre sus hombros. Luego, con las manos pegadas a mis nalgas, metió la cabeza entre los muslos y besó la cara interna con tanta sensualidad que hasta me mareé.

—Oh, joder —exhalé tras notar la primera caricia de su lengua sobre mi sexo.

Una lamida, seguida de otra y el rozar de la espesa barba contra esa zona tan sensible.

Me agarré con fuerza a las cuerdas porque empezaba a sentir cómo mi cuerpo temblaba con cada pasada de la lengua, hasta que succionó el clítoris con fuerza y me rompió.

Jadeé, grité y me convulsioné ahí sujeta, mientras él devoraba por completo todo mi sexo, sin dejar de lamer cada rincón íntimo de mí.

Saciado, levantó la cabeza y sonrió al verme tan exhausta y laxa. Bajó mis piernas y se incorporó

para levantarme de nuevo y colocarme sobre su cintura.

Duro, así lo sentí cuando entró de una sola embestida que hizo que soltase un grito de sorpresa. Él gruñó al sentir el calor de mi humedad abrazar su miembro. Apretó los dedos en mis nalgas y empezó el baile.

Amarrada a las cuerdas y sujeta del el trasero por él, Hiram me penetró con fuerza. Entraba y salía de mí con tanta potencia que se podía escuchar el sonido de nuestras carnes al chocar.

—Eres mía, Olivia Burke, ¿me oyes bien? Mía y de nadie más —exclamó con rabia.

Sí, me estaba castigando..., y bendito castigo.

—Sí... Sí, joder, soy tuya —jadeé.

Mi cuerpo se agitaba por las brutas entradas, pero no había dolor alguno. Tan solo placer, el más grande de todos. Gemimos y gritamos, haciendo el amor como dos salvajes. El clímax nos invadió al mismo tiempo.

—Si esta es tu forma de castigarme, creo que me portaré mal más a menudo —jadeé aún con el dentro de mí. Él se rio y besó uno de mis pechos.

—Esto no ha sido un castigo, ha sido una demostración de lo que somos tú y yo.

—Tú eres mío, al igual que yo soy tuya —murmuré.

—No lo olvides nunca. —Besó mi nariz y salió de mí.

Aflojó las sogas alrededor de mis muñecas con cuidado y luego besó mis manos. Me maravillaba lo bruto que podía ser en un momento y al otro convertirse en un hombre delicado.

—¿Qué? —preguntó al ver la cara con la que lo miraba.

—Estoy profundamente enamorada de ti, Irlandés. No existe ni existirá jamás otro hombre. Si no eres tú, no será nadie —confesé sin pensarlo.

Hiram me observó con detenimiento y pude ver un brillo intenso en sus ojos. Orgullo, emoción..., y amor. Tan grande como el que yo sentía por él. La respuesta a mi confesión fue un apasionado beso que me hizo ahogar un gemido en su garganta.

—Creo que ahora me toca a mí darte un baño, ¿no crees? —ronroneó contra mi boca.

Respondí con sonido gutural, a la vez que asentía.

Nos movimos con cuidado por el colchón y noté la debilidad de mi cuerpo. Habían sido dos orgasmos inmensos que me habían dejado sin fuerzas. Él bajó primero y estiró los brazos hacia mí para ayudarme, y menos mal que lo hizo porque mis piernas se doblaron en cuanto tocaron suelo firme. Hiram curvó la boca en una traviesa sonrisa porque sabía el motivo de la flacidez de mi cuerpo.

Caminamos cogidos de la mano hasta la bañera. Me dio un beso antes de introducirse en el agua ahora tibia y gemir de placer. Apoyó la espalda contra el borde de la bañera y cerró los ojos, mientras yo mojaba su cuerpo con las manos.

Limpié todo su cuerpo de la misma forma delicada que él lo hizo conmigo, hasta que acabé

sentada a horcadas sobre sus piernas y haciendo el amor de nuevo, pero esta vez con más calma.



A la mañana siguiente me despertaron unos golpes en la pared del cabecero y varios gemidos y sonidos guturales. Hundí la cara en la almohada y liberé un grito de protesta. No me di cuenta de que estaba sola hasta que levanté la cabeza y vi el sitio de Hiram vacío. Estiré la mano y lo noté frío, lo que me indicaba que hacía rato que se había ido.

Me tumbé boca arriba y las dudas vinieron a mi mente. Me pregunté si seguiría disgustado por la confesión de anoche. Pero, si en verdad lo hubiese estado, no me hubiese hecho el amor en varias ocasiones como lo hizo.

Como si la cama tuviera chinches, aparté las mantas a un lado y salí de ella de un salto. Recogí del suelo todas mis prendas y me vestí a gran velocidad. Peiné mi larga melena con los dedos y abandoné la habitación.

Bajé las escaleras deprisa, con cuidado de no rodar y acabar sentada en el suelo o abriéndome la cabeza. Hablé con la dueña del hostel y le pregunté por mi esposo. Se encogió de hombros y dijo que lo vio salir temprano en dirección a la playa. Le di las gracias y emprendí camino.

A la altura de la taberna vi a varios hombres de la tripulación de La Sultana y a Bellamy con ellos.

—Buenos días, Liv. Espero que hayas descansado bien —saludó el capitán.

—Lo cierto es que sí. ¿Habéis visto a Hiram por aquí? —No quería demorarme mucho en explicarles lo placentera que había sido mi noche.

—Se fue a la playa con Liam —respondió Brom y los demás los confirmaron con un leve asentimiento.

Una terrible sensación se apoderó de mí, un mal presentimiento.

—Gracias. —Me di la vuelta para ir en su busca, pero Bellamy me sujetó del brazo y me alejó del grupo.

—Sea lo que sea, deberías dejar que lo solucionen entre ellos, Liv.

—No sé a qué te refieres con eso.

—Lo sabes perfectamente, Olivia. —Lo miré a los ojos, seria—. No interfieras entre esos dos hermanos, ellos sabrán cómo solucionar lo que quiera que haya sucedido. El mal de amores puede destruir familias.

—Gracias por vuestro sabio consejo, *capitán* —dije tras liberarme de su agarre y me alejé.

Me sentí mal al instante por hablarle así, sabía que solo estaba siendo un buen amigo, pero me molestaba mucho que insinuase cosas que no son ciertas. Además, ese problema era cosa nuestra y de nadie más. Diferentes opiniones pululando en una pareja, sin ser reclamadas, solo empeoran las cosas.

Apuré el paso todo lo que pude y recé porque tan solo estuviesen hablando. Dejé tras de mí los muros del fuerte y atravesé la espesa vegetación. Me peleé con varias ramas hasta que llegué al arenal y los vi a los dos a lo lejos. Liam le estaba contando algo que hizo que Hiram estallase en carcajadas. Solté el aire de los pulmones de golpe.

—Gracias —dije mirando al cielo.

Como si ambos percibiesen mi presencia, giraron la cabeza en mi dirección. Sonreí y corrí hacia ellos, pero toda mi paz se disipó en cuanto llegué a su altura.

Hiram tenía los nudillos enrojecidos y Liam..., él tenía el rostro magullado y una pequeña brecha en el labio.

—¿Qué demonios...? —maldije al mirarlos.

—Estamos bien, tan solo una pequeña refriega familiar —respondió Hiram.

—¿Es que no podéis solucionar los problemas hablando, como personas civilizadas? —Me crucé de brazos, enfadada.

—Somos hombres y así solucionamos nuestras diferencias —dijo Liam.

—¡Oh, claro! El gen masculino os empuja a comportaros como auténticos neandertales —exclamé.

—¿Gen? —La expresión de Hiram era de no haber entendido ni una sola palabra de lo que había dicho.

—¿Neandertal? —Y la de Liam era exactamente igual.

Resoplé ofuscada.

—¿Y ya habéis solucionado las cosas? —quise saber.

—Sí —contestaron al unísono.

—Bien, vamos a curaros esas heridas que...

—Cuida de tu hombre, que yo me sé cuidar solo —me interrumpió Liam. Le dio un par de palmadas a su hermano en el hombro y se alejó de nosotros.

Lo observé perderse entre los árboles y suspiré con fuerza. Volví a mirar a Hiram, que permanecía fijo en mi rostro.

—¿Te parece normal acabar a golpes con tu hermano? —le recriminé.

—No es la primera vez que nos peleamos.

—Bueno, pero es que...

—¿Qué? —me cortó él—. ¿Te molesta que le haya pegado o que nos hayamos peleado por ti? —inquirió.

—Ambas.

—¿Por qué?

—Porque es absurdo que os peléis por mí, cuando yo te amo a ti y te elijo a ti..., siempre. Porque es tu hermano y tenéis un vínculo muy especial que muy pocos lo tienen y no es correcto que se rompa por una simple mujer que... —No me dejó terminar de hablar. Acalló mis palabras con un beso.

—Tú no eres una simple mujer —afirmó contra mi boca.

—Hiram...

—Déjame hablar —me ordenó. Sentí sus dedos presionando la piel de mis nalgas—. Por ti, Olivia Burke, mataría al mismo rey del infierno; rompería cualquier lazo que me impidiese estar a tu lado. Si mi hermano y yo hemos acabado a golpes ha sido precisamente para no romper nuestro vínculo porque, como tú bien dices, es muy fuerte —dijo.

—No quiero ser la causante de que os distanciéis.

—Y no lo serás, pero déjanos que solucionemos nuestras diferencias como sabemos hacerlo y como creamos oportuno. Nunca pasaremos de una pequeña refriega, Liv, pero así es como se hacen las cosas en mi tiempo. ¿Lo entiendes? —Lo miré a los ojos y vi mi reflejo en esos dos luceros. Asentí y me besó de nuevo.

* * * *

Permanecimos en Tortuga un par de días más para garantizarnos una travesía de regreso a Nassau tranquila y sin ningún incidente.

Entre Hiram y Liam todo se había solucionado esa mañana en la playa y volvimos a nuestros roles de siempre. Al principio, no sabía cómo comportarme con mi cuñado, pero fue mi esposo quien me animó a no perder la conexión que habíamos establecido su hermano y yo.

Pasamos mucho tiempo juntos, hablando sobre el futuro que nos deparaba y, cómo no, haciendo el amor. Fueron dos días llenos de risas, bailes y mucha pasión.

Llegó el día de partir de vuelta a casa y estábamos emocionados. Toda la tripulación de Bellamy se reunió en la playa y se fueron distribuyendo por grupos de no más de siete hombres por cada bote. Al haber pocas barcas, iríamos en varias tandas.

Hiram y yo nos quedamos casi de los últimos, Liam estaba con nosotros.

—Bueno, hermano, disfruta de tu libertad y cuida de madre hasta mi regreso —dijo. Ambos se fusionaron en un fuerte abrazo.

—¿No vienes con nosotros? —pregunté sorprendida.

Él se separó de Hiram, me miró y me sonrió.

—El capitán tiene otros planes y embarcaremos en unos días, rumbo a interceptar algún buque que entre en estas aguas —nos explicó.

Yo lo miré desconcertada.

—Pero... —Liam me abrazó con fuerza y yo me fundí entre sus brazos.

—Vosotros dos tenéis una familia que formar y yo una vida con la que seguir —me susurró antes de darme un beso en la mejilla.

—Regresa pronto y hazlo de una pieza —le dijo Hiram.

—Siempre. —Sonrió y nos guiñó un ojo a los dos. Dio media vuelta y emprendió camino hacia el fuerte. Antes de cruzar la vegetación, se giró y gritó: —¡No me echéis de menos, preciosa! —Y desapareció entre los árboles.

Me quedé viendo cómo su alta figura se perdía entre la maleza. Sentí un vacío enorme, me llevé una mano a la boca y suspiré.

—¿Liv? ¿Estás llorando? —me llamó Hiram.

—Sí —contesté con la voz quebrada. Él se rio y lo miré, ofendida—. No te rías de mí, me he acostumbrado a tenerlo siempre a mi lado y ahora siento que estoy despidiendo a un hijo que se va de casa para buscar su futuro. —Estalló en carcajadas y lo golpeé en la espinilla.

—Siempre va a estar a tu lado, y al mío..., o eso espero, al menos.

—Ya, pero... —No pude terminar de hablar porque mi voz me abandonó.

Hiram me atrajo hacia él y me envolvió con los brazos. Acarició mi cabello y dibujó suaves círculos en mi espalda.

—Pronto estará con nosotros y volverás a sentir la necesidad de matarlo. —Ahora, la que se rio fui yo.

—Bueno, chicos, os toca —exclamó Alastir a nuestras espaldas.

Hiram y yo nos miramos y nos dimos un fugaz beso. Subimos a la barca y emprendimos rumbo al barco que nos llevaría de vuelta a nuestro hogar.

Ahí sentada, viendo la isla alejarse con cada palada que Alastir daba y con el viento revolviendo mi cabello, me embargó la emoción por el futuro que se nos presentaba delante a los dos. Una casa, una familia..., un hogar. No veía la hora de construir esa vida junto a él.



Febrero de 2017, Gijón

Norte de España

La brisa de la playa me ayudaba a pensar y por eso, cuando el tiempo me lo permitía, me iba a dar un paseo por el arenal de la bahía de San Lorenzo. Solía hacerlo descalza, para dejar que las olas del mar acariciasen mis pies.

Me crucé con varias personas que iban con sus perros. Ver a los animales disfrutar de la arena, corriendo libres y felices de una lado para otro, me sacaba una sonrisa. También lo hacían las parejas de enamorados que encontraba por el camino, pero lo hacía con tristeza y añoranza.

Hacía ya una semana que le conté a Natalia todo sobre mi viaje en el tiempo, sobre la aventura vivida en época de piratas y sobre él. Le hablé sobre Hiram, sobre Liam y toda la gran familia que formaban todos.

Al principio, me tomó por una loca o incluso que me habían lavado el cerebro tanto que me creía esa historia, pero después de muchas horas de conversación, acabó por convencerse de que no mentía. O eso quise pensar.

No habíamos vuelto a tocar el tema. Los días transcurrieron con normalidad, hablábamos de otras cosas, nos reíamos y nos divertíamos, pero nada sobre mi vida en la República pirata de Nassau.

La vibración de mi móvil me sacó de mis pensamientos. Lo saqué del bolsillo de la chaqueta y vi que ella me estaba llamando.

—Dime que no te has entretenido con algún hombre espectacular —le dije nada más descolgar. Ella se rio al otro lado del teléfono.

—No, pero sabes que me podría pasar.

—Lo sé perfectamente. —Nos reímos las dos—. ¿Ya estás de vuelta? —pregunté.

—Sí y te llevo algo que sé que te va a interesar. Lo vi en el despacho del profesor López y le dije que estabas investigando una nueva materia —respondió.

Me quedé pensativa, tratando de adivinar de qué se trataba. Natalia había tenido que viajar a Madrid para recoger una serie de documentos de la universidad y trasladar su expediente aquí, a Asturias.

—Si has estado con el profesor López... lo que traes es un libro —deduje en voz alta.

—¡Bingo! Pero no te contaré nada más, ya verás de qué se trata cuando llegue a casa.

—¿A qué hora llegarás?

—Este cacharro dice que estaré ahí en unas dos horas.

—Ajam. —Me quedé callada, pensando.

—Suéltalo ya —dijo ella.

—¿Por qué sabes que quiero decirte algo?

—Porque te conozco. ¿Qué pasa?

—Has visto a... has...

—Sí, he visto a David. —Cerré los ojos y suspiré.

—¿Y cómo está? —Aunque me imaginaba la respuesta, pregunté igualmente.

—Mal —contestó sin más. Estaba claro que Natalia no quería hablar del tema, al menos no por teléfono.

—Ten cuidado en la carretera —opté por decirle.

—En nada me tienes ahí, tranquila. —Y puso fin a la llamada.

Me quedé mirando el móvil, en silencio. Los ojos se me empañaron al pensar en David y en el daño tan grande que le había hecho, pero no podía volver con él. Mi corazón estaba ocupado y le estaría engañando. A veces me preguntaba si habría cometido un error al dejarlo marchar porque Hiram no iba a volver, nunca.

—Te echo tanto de menos, mi amor —susurré al viento que soplaba en ese instante.

Desvié la mirada hacia el mar, hacia el horizonte, esperando ver emerger de entre las nubes la figura de un barco pirata.

Había estado recopilando información sobre viajes en el tiempo, pero eran todo teorías y no me servían de mucho. También busqué algo sobre leyendas de la zona y no encontré ninguna referencia a brújulas ni nada parecido. Todo lo que encontré fueron historias vagas, mitologías y leyendas basadas en cuentos de antaño, pero nada que me pusiese en el camino de regreso a su lado.

Llené los pulmones de aire y lo dejé ir con un largo suspiro. Di un último vistazo al horizonte oscuro del mar del Cantábrico y volví a casa.

Natalia llegó tres horas más tarde, eran cerca de las cinco cuando entró por la puerta de casa con su clásico saludo divertido. Me encontró sentada en el sofá, leyendo un libro que saqué de la biblioteca sobre leyendas indias.

—Hola, investigadora —saludó nada más llegar a mi lado. Me dio un beso en la mejilla y dejó caer el petate sobre la mesa del comedor.

—Veo que vienes cargada —bromeé, porque ya sabía que ese libro misterioso lo llevaba ahí dentro.

—¿Quieres que te lo de ya?

—Estás tardando, amiga —afirmé.

Ella se rio. Abrió el bolso y sacó un enorme libro de tapa dura, algo viejo por lo que pude ver de primeras. Se sentó a mi lado, con semejante ladrillo entre las manos. Me lo colocó sobre mi regazo y sonrió.

No había título alguno, tan solo una encuadernación rústica. Acaricié las tapas y me di cuenta de que estaban algo despegadas. Este libro tenía muchos años, más de cien. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo cuando lo abrí. La primera página hablaba sobre las historias que se habían reunido en ese libro, único al parecer.

Levanté la vista hacia Nat, atónita. Ella asintió, sonriente y me indicó que siguiese leyendo. Bajé la mirada de nuevo hacia el libro y comencé a pasar páginas. Mi amiga me ayudó o más bien me llevó hacia lo que ella me quería mostrar. Pasó un puñado de páginas y se detuvo en una en concreto. Me quedé en *shock* al ver lo que ese texto decía.

—Esto... esto es... es... —Las palabras no me salían, se me habían amontonado todas en la garganta.

—Tu llave de vuelta a él, amiga —dijo Natalia.

La miré con lágrimas en los ojos y luego volví a mirar la hoja que tenía ante mí. Era una leyenda sobre viajes en el tiempo, atraídas a una época antigua por mediación de objetos simbólicos. Personas que desaparecían y retornaban pasado un tiempo, aunque algunas nunca volvían.

Tenía ante mí la clave de todo, la forma en que podría volver con Hiram. Mi corazón empezó a latir con fuerza y las lágrimas colapsaron mis ojos.

Mi viaje de vuelta al pasado estaba cada vez más cerca.

CONOZCAMOS
A NUESTROS
piratas

NESSA MCDUBH



Olivia O'Brien



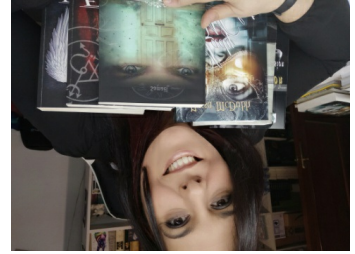
Hiram Burke



Liam Burke



Samuel
Bellamy



Nessa McDubh (Xixón, 1980)

Escritora autopublicada de origen asturiano.

«Contar historias es mi razón de ser. Mi forma de evadirme de la realidad y de viajar a otros mundos...»

Apasionada y enamorada de Escocia, se escapa cada vez que puede a empaparse de la magia de esas tierras y poder reconectar consigo misma.

Todos sus libros están disponibles en [Amazon](#) y Kindle Unlimited.

Puedes saber más sobre la autora a través de sus redes sociales: @nessa_mcdubh.

